



**Gustavo Alfredo Jácome**

# **PORQUÉ SE FUERON LAS GARZAS**

**Colección  Carangue**

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "JENYRMIN CARRÓN" NÚCLEO DE IMBABURA





Gustavo Alfredo Jácome

PORQUÉ  
SE FUERON  
LAS GARZAS



Colección: **CARANGUE** VOLUMEN XXXIII

Ibarra, 2018



Gustavo Alfredo Jácome

**Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”,  
Núcleo de Imbabura**

**Luis Fernando Revelo C., *Director***

**PORQUÉ SE FUERON LAS GARZAS**

© Gustavo Alfredo Jácome

Colección: CARANGUE Volumen XXXIII

Portada: Título: De regreso a casa. Autor: José Villarreal.

Diseño y diagramación: Julio Flores Ruiz

Primera Edición: Editorial “Gallocapitán” Otavalo 1979.

Última Edición: Casa de la Cultura Ecuatoriana  
“Benjamín Carrión” Núcleo de Imbabura. Abril 2018.

Impresión: Studio21

Quito-Ecuador

# PRÓLOGO

## “PORQUÉ SE FUERON LA GARZAS”

“El hombre con extraordinarios quilates de cultura, identidad, prestigio y trascendencia, perdurará por siempre en la mente de su pueblo”.

Al abordar la vida del escritor **GUSTAVO ALFREDO JÁCOME**, encuentro entre sus páginas una de sus grandes obras literarias. “*Porqué se fueron las garzas*” y con ella, la pluma y el talento de un representante de la narrativa ecuatoriana que, transforma la palabra en un recurso para describir aspectos sociales del pueblo indígena. Las páginas discurren con majestuosa habilidad provocando en el lector, el deseo de continuar ojeando y encontrar en sus líneas la diversidad cultural, tradicional y costumbrista de sus personajes.

Gustavo Alfredo Jácome es el insigne representante de las letras, en su texto literario visualiza el carácter indómito del hombre, la belleza sutil de la mujer, la resistencia histórica de un pueblo y el amor que se niega a ser reconocido por criterios antojadizos de superioridad étnica.

En la obra, las palabras circulan con facilidad y son las encargadas de resaltar el paisaje imbabureño, testigo silencioso de las dádivas de amor que esperan con vehemencia ser correspondido y dejar de lado por instantes, desagravios, indiferencia y desamor.

La Literatura, al ser el maravilloso arte de expresión y libertad, posibilita a su preclaro representante dejar huellas profundas sobre la forma de vida de un sector social; al mismo tiempo, nos conduce a un mundo mágico de esperanza, utopía y realidad.

*“Porqué se fueron las garzas”* es una obra que, se inscribe en la colección Carangue con el número XXXIII y que nos invita a leer y encontrar en sus hojas, la razón de un mundo nuevo, que no se divida por odios, racismo, prepotencia y dinero, que prevalezca eternamente el respeto, el amor, la inclusión.

“Somos todos iguales en una sociedad desigual”

**MSc. Diana Barahona**

*“También la verdad se inventa”.*

*Antonio Machado*

*“Hay que soñar hacia atrás, hacia la fuente,  
hay que remar siglos arriba”.*

*Octavio Paz*

*“Cuando soñamos que soñamos está próximo el  
despertar”.*

*Novalis*

*“Donner un sens plus aux mots de la tribu”.*

*Mallarmé*

*“Y tienes que volver a tus indios, a tu gente,  
lo otro sería canallada”.*

*J. E. Adoum*



Piensa que te piensa, no vas mismo a atinar dónde seguir buscándote, Andrés Tupatauchi. Todas las mañanas sales del sueño para caer en la pesadilla: *¿Pita ñuca cani?* ¿Quién soy? ¿De quiénes vengo? Afuera, unas campanas de voces desconocidas suenan como fuera del redil, acá en el norte, un tanto desmanadas de los campanarios coloniales del centro de la ciudad. Por ellas me doy cuenta que es domingo. Y porque siento a mi lado el tibio oleaje de Karen. Le veo sin necesidad de abrir los ojos. Durante mucho tiempo, ya casado, al despertarme y sentir que dormía junto juntito a mí, me agarraba de ella con miedo de que fuera un sueño, una brujería de alguno de esos dioses buenos que adoraban mis antepasados, y luego, sobresaltado, me zafaba del sueño para dar la cara a la realidad y solo me tranquilizaba cuando, como ahura, con manos, con ojos, nariz y boca comprobaba que era cierto, que estaba pegadita a mí, blanca, sedita, con ese su olor de hembrisima-ricura. En mis primeras increíbles aventuras con gringas –confesá nomás, Andrés Tupatauchi–, me sentía apocado. A lo menos la primera vez, no sabía qué hacerme. Fue con la Susan. (Aquí entre nos, ella tuvo que hacer todo). Es que nunca se me había ofrecido, y peor con una blanca. Nunca ni por mal pensamiento, me pude haber imaginado dormirle a una gringa ni siquiera en mis sueños más alocados, como esos en que me empujaba volando con todas las fuerzas de mi poncho y en los que siempre terminaba yo cayéndome de golpe. Y sin embargo, ocurrió con la Susan. Con la Susan y otras más. No sabía lo que me pasaba, casi pierdo la cabeza. Era como si me cayeran del cielo. Lo que es la vida.

Afuera, los ruidos de la ciudad mal dormida. Las campanas vuelven a sonar. El ascensor ha comenzado a subir y bajar. Son los inquilinos de los otros pisos. Karen sigue durmiendo. Ahura es domingo, qué bueno, y podemos quedarnos sin el corazón asustado. Con la que hoy es mi mujer fue

casi igual. Claro que ella terminó encariñándose. Pero ni siquiera me pasó por aquí que llegaría a ser mi mujer y que yo iba a volver a la lacta casado con gringa. En las primeras veces, me daba vergüenza poner mis manos de chocoto en la lanita cardada de su cuerpo. Y como creía a ratos que soñaba, no quería tocarle por el miedo de que se me desvanezca. Poco a poco, según mis manos se iban haciendo de confianza, me daba el gusto de acariciarle como en una sola mazorca.

Ayer llegué de Quinchibuela a pasar el fin de semana con ella. Sí, no puede quedarse acompañándome, primero porque su estómago no aguantó la comida de naturales y fue muy dura con ella “la venganza de Atahualpa”, y además por el trabajo que se consiguió en la embajada. Pero yo vengo todos los sábados o los viernes si es que hay como. Ahora se despierta, se remueve, hace un ruidito satisfecho de gata ronronera, Good morning honey. Y yo, que nunca pude cambiar mi sequedad aunque por dentro me estuviera desliendo, me quedo mirando lo que más me gusta de su cara, sus ojos de azul despejado, y apenas beso su mejilla. Ella, al verme recostado en el espaldar de la cama, me quiere retener con un brazo que alza desnudo hasta mi cuello. Yo espío sus hombros. Qué blancos. Van para dos años que nos casamos, uno allá, en los Estados, otro acá. Ha ido conformándose con mi modo de ser arisco y tan solamente mío. Y como ya sabe que he amanecido a romperme los sesos con mis pensamientos, me sonrío y se levanta para dejarme tranquilo. Le veo que casi transparente va al baño. Ahura ya no me encierro con ella como al principio para ver el agua resbalando por la granizada de su cuerpo, para abrazarle por detrás nomás porque siempre me avergonzaba de la diferencia que reflejaba el espejo, aunque ella me ha dicho muchas veces, dándose cuenta de mis acholos, que le gusto así, dark, que ella quisiera un hijo mío, con mi color. Yo completo: y con tus ojos. Pero hoy ni pensar en eso, y he tenido que hacer todas esas quirumancias para evitar.

Los sábados y domingos son, ciertico, días de fiesta para los dos, para ella es su happy weekend, para mí es como pasada de cargo, con vísperas y todo, con banda de músicos, con convite. Las gentes que me conocen dicen que ya me estoy haciendo a ella, que ya me estoy civilizando, que ya acepto, aunque corrido-corrído, que mi mujer convide a sus amigas, a sus amigos, algún sábado, cuando yo estoy, que ya me dejo sacar de paseo, aunquando

al verme con ella por las calles –Quito todavía es un pueblo chico, a pesar de sus pasos a desnivel y todo–, vaya alborotando a las gentes como perro con lata; auncuando los chullas se vuelvan y le queden viendo con esas miradas de hambre canina, auncuando algunas viejas de mantilla y agua bendita no puedan convencerse que yo me haya casado con una gringa. No bonitica, nuha de ser cierto, criadito nomás a de ser, criadito de casa grande, cómo he de creer pes que la pobre gringa se haya casado. Ay hija nuha de ser cierto; auncuando me doy cuenta de las sonrisitas que provoca pareja tan desigual; auncuando –felizmente ella no entiende–, me acuchillen por la espalda: Ve el guangudo con Mamaniña. Adió el pendejo con gringa y uno ni siquiera con una hecha en casa, carajo. El resto de la semana paso en mi colegio de Quinchibuela, como diablo en botella, carifruncido, malgenioso: Ha amanecido con la luna el rector ca. Maldormido pes sin la gringa. A ratos ido, porque me paso rumirumiando lo del último fin de semana. (Que recordarán los guagras, toros y vacas, cuando a la tarde, echados de barriga, con los ojos lejísimos, caduno por su cuenta, mascan y mascan sin importarles siquiera que el sol se quede y se quede, al filo de los montes, encendiendo todos sus fósforos de bengala). Pero no siempre estoy bravo, hay días que un dije ha amanecido el rector ca. Hay que aprovecharle pidiéndole permiso, haciéndole firmar los vales, la autorización para rendir los exámenes atrasados. Los lunes son mis días malos, cuando regreso de Quito, solo, sin mi mujer y tengo que conformarme con lo que cocina mama Miche. A veces ni yo mismo me aguanto, ni yo mismo sé por qué me pongo así, aunque escarbando un poquito yo sí sé, yo sí me doy cuenta por qué me exprimo todos los cuyes de mis manos, porqué hay días que paso como gusano en candela, y cuando no mismo puedo aguantarme, vuelo a Quito. Y encuentro a mi mujer tranquila en su trabajo o en el departamento, y entonces me avergüenzo de mis dudas y entre mí le pido perdón por ser tan malpensado. Ahurita le oigo en la cocina haciendo el desayuno. Así siento más que es mi mujer, cuando me da de comer lo que ella cocina para mí y cuando después del baño me trenza el guango. Entonces, Andrés Tupatauchi, hasta te inflas. En esos ratos, qué bien que te queda eso de “indio togado”.

Mañana volveré a mi problema: ¿Quién soy? ¿De quiénes vengo? ¿Dónde encontrar el rastro de mis anteriores pisadas?

Esa mañana, al revisar en la biblioteca el fichero de historia de América, di con un título en español: “Estudios etnohistóricos del Ecuador: los descendientes del Inca Atahualpa”. ¡Púchicas! Busqué con todos mis ojos el nombre del autor. Era Udo Oberem. Debía de ser algún investigador extranjero, pero con todo, sentí que se revolvía en mí el conchito del recuerdo: había llegado hasta esta universidad americana una publicación de mi llacta y sobre mi gente. Sí, claro, pedí el libro en seguidita porque era paisano y por eso de que somos los indios rojos puro Atahualpa. Después iba a comprobar que había sido porque la sangre siempre chuta. Pero nunca pensé que encontraría un dato, no, dos datos que iban a hacer de mi vida este rebulicio. Al leer el primero sentí un sacudón como si hubiera recibido un golpe de viento paramero en plena cara, porque así me enfrié. Dejé pasar un rato largo tratando de reponerme para leer con calma. Entonces volví a leer una y otra vez. Sí, era el mismo, el mismito, letra por letra. Al seguir leyendo, después de dos páginas apenas, encontré el segundo dato. Miles de hormigas me subieron por las canillas hasta el pecho. Sudaba y debía haberme puesto verde porque mis compañeros, los que estudiaban en la misma mesa que yo, se dieron cuenta de que algo me pensaba y primero Diana, *Are you feeling fine*, Andrés? Y como yo no contestaba esperando que me subiera y me bajara un gran bocado, uno tras otro los demás, ¿Te ocurre algo? ¿Te sientes enfermo?, y el más cercano me dio unas palmadas, hasta que yo por fin, no no, ya pasó, y procurando sonreír para zafarme de sus miradas, estoy bien gracias. Nos asustaste Andrés. De veras, ¿te sientes bien? Y yo todavía atontado, sí sí gracias, pero ellas y ellos seguían aguaitándome, y yo, secándome el sudor me levanté. Voy a salir un rato. Si necesitas que te acompañe. No, no es nada, gracias. A lo que llegué a un ventanal del pasillo, los ojos se me fueron y detrás de ellos mi alma volvió a Quinchibuela. Ahura entiendo porqué

cuando yo estaba en la escuela, un presidente made in USA que tuvimos, así de buenagente y de grandote, le mandó a este país a mi tía Rosita Tupatauchi como propaganda de turismo diciendo que era princesa india. Me acuerdo que los blancos de Imbaquí se rieron con las manos en los bolsillos, pero los gringos se la tragaron y los periodistas igual, porque la foto de mi tía –gualcas de perlones, manillas de coral, camisa de bordados y encajes–, salió en los periódicos y dio la vuelta al mundo convertida en tarjeta postal. Nuestros ponchos se inflaron de orgullo, no solo los de nosotros, las familias, de todo Quinchibuela, y comprábamos los Comercios, para recortar la foto que pegábamos en las puertas y paredes de nuestras casas. Sería por eso o por qué sería, lo cierto es que a poco comenzaron a llegar a Quinchibuela grupos y grupos de gringos turistas que nos espían escondiendo la cara detrás de sus máquinas de fotos. Solo después compraban nuestros tejidos very good, por ser hechos a mano. La mandada de mi tía Rosita a los Estados, ¿sería porque se había aficionado de ella el presidente por ser una longa guapa o sería porque sabía lo que acabo de encontrar en este libro? A lo mejor era por esto, porque el mismo presidente le hizo a Quinchibuela parroquia civil y nombró como su primer teniente político a otro de mis tíos, Julián Tupatauchi. Ciertamente que los Tupatauchis cabezas han sido en Quinchibuela. De mi abuelo siempre había oído decir: Taita Simón ca respeto es. Y así era porque toda su vida fue curaca de la parcialidad, y cuando murió, mi taitico heredó el cargo y la vara de autoridad también, que guardaba entre sus santos, adornada de cintas y con claveles color de sangre seca. Era de chonta, con anillos de bronce y en la punta la cabeza de un animal o ave desconocida. Me daba gusto verle asistir, vara en mano, a las fiestas de la iglesia o a las juntas de la comunidad. Ese mando, aunque humilde pero así pasado de taitas a hijos, por herencia, ¿no sería por esto? Y pensando en mi caso, la beca que me dieron para estudiar en este país por siete años y que he creído hasta hoy que me tocó por suertudo, porque la verdad es que soy el único natural con una beca así, ¿no me darían también por esto mismo? Pero algo hubiera oído, alguna cosa hubiera salido del abuelo o de taitico, y nunca les oí nada de esto. Y ahora este libro. Volví a la biblioteca –¿Ya estás bien Andrés?–, y pedí prestado el libro para llevarme a mi cuarto. Me pasé desvelado hasta la ma-

drugada. leyendo y releendo, saltándome las páginas para ver hasta dónde llegaba la pista. Por los títulos de los documentos que el autor había copiado, me di cuenta que no avanzaba sino hasta fines del siglo dieciséis. Una lástima. Pero pueda ser que tenga otra obra, una segunda parte de sus investigaciones o quizá encuentre otro autor que trate sobre el mismo asunto. Casi sin pegar los ojos, volví esperanzado a la biblioteca, revisé tarjeta por tarjeta del fichero con mucho cuidado, no sea que se me vaya a pasar algún título. Pero no, no encontré sino los “Comentarios reales” del Inca Garcilaso de la Vega. Pedí siquiera eso y me llevé también a mi cuarto. Me pasé revisando primero los índices, capítulo por capítulo. Encontré uno que decía: “Hijos de Atahualpa”. Sentí que el corazón me tamborió. Busqué la página. Qué pena, eran los mismos datos que ya tenía. Con todo, seguí leyendo el libro de día y de noche sin encontrar nada de lo que buscaba, pero qué cosas más buenas sobre los incas, qué adelantados habían estado: chasquis, amautas, aravicos, trepanaciones, quipucamayos, vírgenes del sol, palacios, pucaraes, templos, ñustas, calzada del Cuzco a Quito, el Tahuantinsuyo extendido a los cuatro horizontes del mundo, qué organización del imperio, qué poder, qué riqueza, qué brutal la persona del inca emperador, hijo del sol, divino por los cuatro costados. Leyendo todo eso, sentía que en mí fermentaba el orgullo de ser indio. Cuando llegué a eso de la coya, hermana y mujer legítima del inca emperador, sentí un vuelco y me acordé de la Mila. ¿Será? ¿Será por esto? Cuántos días, cuántas noches me habré pasado como ido, dale que dale sobre lo mismo. Lo que pensé en esos días, lo que me imaginaba en esas madrugadas. A ratos creía que tenía razón para sospechar lo que sospechaba. ¿Y si resultaba que era cierto? Ajajay, Andrés Tupatauchi. Mi corazón se ponía a potranquiar, solo mi corazón, por dentro, porque por fuera qué dezqué. Para los demás yo era pura soledad de páramo, puro silencio de niebla, molino dando vueltas y vueltas sobre lo mismo. Pero otros días y otras noches, Shunsho Andrés Tupatauchi, muspa Andrés Tupatauchi, soñándote semejantes cosas, loco mismo croque estás Andrés Tupatauchi. Y así pasaba con mi alma arrinconada, solo tristiando, tristiando solo. No no no. Andrés Tupatauchi. Pero vuelta sí sí sí. ¿Qué le pasará a este Andrés Tupatauchi, se han dado cuenta? No asiste a clases, se pasa en la bibliote-

ca todo el tiempo, anda hablando solo y cuando se le encuentra, tarda en reconocerla a una. Sí, yo creía que era solamente conmigo, el otro día, Hi Andrés, y como que nunca me hubiera conocido. A veces es como si quisiera decir algo, hasta abre la boca, pero luego se cierra enterito. ¿Qué le pasará a este Andrés Tupatauchi? Longo manavali, ni ayudando tan a nosotros pobres taitas, come-de-balde nomás, solo escuelero, solo con libros, como la Mila, igualitos, como yunta nomás andando los dos. Después de encontrar esos datos, un día no no no, otro día sí sí sí. ¿Y ahura? De gana tan habrás encontrado ese libro para estar así, ni a quién contar tienes ni cómo contar semejante cosa, loco te han de creer, Andrés Tupatauchi, se han de burlar de vos, se han de reír, ¿verás no? Y con este miedo te pasas rompiéndote la cabeza. Felizmente tienes donde guardar bien guardados tus pensares al igual que tus doleres. Nunca te había hecho falta tener a quien contar porque te has contado a vos mismo, cogiéndote a solas. Pero esta vez sí, ya no te aguantas. Necesitas mismo abrirte ante alguien, contar a alguien. Pero, ¿contar a alguien vos? Contar mismo no, consultar sería. ¿A quién consultar? De tus compañeros, a ninguno; de tus compañeras, ni hablar, ellas son buenas solo para esos ratos. Tal vez a algún profesor. A mister Simons? Al profe de historia? No. Quizá a Miss Cooligan. Ella es profesora de antropología social, vive sola la viejita y como algo sabe de español podrá leer el libro. Sí sí, a ella, y tras otros días de dudas y dudas, al fin me animé. Con mucho gusto, Andrés Tupatauchi. Esperé con ansia el día y la hora. Fui a su casa con el libro. Buenos días, Miss Cooligan. Y yo sudaba. Adelante, Andrés, y asiento. Me senté y no atinaba. Al fin le entregué el libro abierto en la página que tenía señalada, se puso los antiojos, leyó, se tardó un silencio laargo en que clarito me oí zafado el corazón. Leyó, leyó y yo suda que te suda. A lo que terminó me alzó a ver por sobre los lentes como preguntándome ¿Y qué? Es que mi nombre es Tupatauchi y soy de Imbaquí. Y sin decirme una palabra, volvió a leer otro rato largo largo. Por fin chilpió To-pa-tau-chi. Ud. es Andrés Tupatauchi, claro, y así se llamaba el hijo de. Claro. Oh yes, yo comprender, Andrés Tupatauchi, yo comprender, y Ud. es de, de. De Imbaquí, Miss Cooligan, de Imbaquí. Oh yes. Y, claro, él haberse casado en Imbaquí. Oh yes, yo comprender, yo comprender todo. Oh, my friend Andrés Tupatauchi, congratulations. Y me tendió la mano y

con sus rodillas que le rechinaron hizo un doblado que era un saludo cortésano que a mí me pareció una burla y Miss Cooligan entendió lo que me pasaba y Oh yes, todo está mucho claro, todo mucho lógico. Yo conozco este autor Udo Oberem, él es un profesor de la University de Bonn y él es un investigador mucho serio, Oh my friend Andrés Tupatauchi, congratulations, cómo dice usted en español, Oh yes, muchas felicitaciones, Andrés Tupatauchi. Entonces, Miss Cooligan, a usted le parece que. Oh yes, muchas felicitaciones. Solo después de un rato y de un vaso de whisky que me dio y que yo me tomé de un solo viaje, respiré aliviado. La viejita me hizo muchas preguntas y copió los datos y me volvió a felicitar. Pero usted, Miss Cooligan, me guardará el secreto. I promes, Andrés Tupatauchi.

Salí a la calle atrancado por la emoción, corrí corrí chocando con los que iban y venían por las veredas y no paré sino en un parque cercano, donde di salida a los relinchos que ya me reventaban el pecho. Necesitaba contar a gritos lo que me pasaba, pero en esta lejurá, a quién, con quién compartir mi contento. Estando en Quinchibuela otra cosa hubiera sido, hubiera contado a mis gentes, mis gentes hubieran soltado voladores, hubieran reventado camaretas, hubieran acuchillado el aire con sus silbos, hubieran tronado con sus churos. Desde ese día sois otro, Andrés Tupatauchi. Te has vuelto bien alhaja. Saludador saludador, conversón conversón. Ahura sois vos el que quiere armar la conversa con el que se asome. Necesitas contar eso del hallazgo, munachir tu orgullo de raza, y si se trata de munachir, ante nadie mejor que ante las mujeres, y ya estás pensando vos en la Karen, en la Joan, en la Betty, tres de tus compañeras con las que has tenido tus cosas. Y así era. En los primeros meses, casi no me alcanzaba, no es charla. Yo, huayrapamushca en medio de esa gringuería, fui la curiosidad de todo el mundo, de profes y compañeros. Me miraban como a un animal raro. Los profes, sin quedar uno, se creyeron en la obligación de iniciar la primera clase del año saludando la presencia de un “authentic indígena of Equator”, lo que quería decir en su propio pelambre de poncho, calzoncillo y guango. Lo hacían con palabras seguramente bondadosas que yo comprendía por las sonrisas con que eran dichas y por los aplausos de mis compañeros. Ellas y ellos me tendían las manos y con diversos gestos me ofrecían su amistad. En las clases de español no me

dejaban un minuto sano con tantas preguntas:

¿Usted ser authentic indígena?

Se dice indígena.

Excuse me.

¿De dónde ser tú? Oh, yes, de Quinchibuela manta.

¿Quinchibuela o Manta?

Perdón, manta en mi lengua es lo mismo que decir made in USA.

¿Usted es indígena hombre o indígena mujer?

Entonces ¿por qué tener esto?

¿Y qué nombre llamar esto?

Guango.

Y a ratos en español y a ratos en mi chaupi-inglés, me defendía y trataba de aclarar, de rectificar: No, no soy auca, no es cierto, los ecuatorianos no vivimos en los árboles. Sí, soy Quinchibuelamanta, en Ecuador. ¿Equator?

No, no está en África. Ecuador es un country de América del sur. No, no vivimos con taparrabos y plumas. Sí, claro, hay lugares calurosos, pero tenemos también nevados. Sí sí, bananas y ahura petróleo. Sí, producimos revoluciones y terremotos también. No, Idi Amín no es nuestro presidente. Contamos con dictadores propios. Sí, tres o cuatro de golpe, no es porque no valgan mismo sino porque tenemos de sobra generales y contralmirantes y cuando llegan al poder caduno hace su propia revolución nacionalista. Sí, salvadores de la patria. ¿El petróleo? No es cierto que nosotros hayamos robado a la Texaco. Sí, eso sí es cierto: el primer barril fue llevado en procesión por las calles y plazas de Quito, declarado héroe nacional y puesto en el templete y canonizado. No no, ca-no-ni-za-do, aunque pensando bien es lo que usted dice: está carbonizado. Sí sí, se deriva de hacer carbón.

Me volví el estudiante más popular de mi curso. Mis compañeros buscaban mi compañía y mi amistad. Me inscribieron en sus equipos deportivos y en todos chambonié. En los weekend era invitado a una y otra parte. Las muchachas eran las que más me buscaban, pero no faltaron los guiños de unos cuantos que tenían unas maneritas, Hi Andrés, y que después supe que eran maricones. ¿Cómo será eso? Debieron creerme uno de ellos: No barbas, no impulso varonil con las girls, no boy-friend de ninguna, y esta mi timidez untada con tan servicial sonrisa. Ellas, al principio por curiosidad; por

novelería, unas; por dárselas de demócratas, otras; por llamar la atención exhibiéndose en el bar, en las discotecas, con un acompañante tan raro; todas, quizá, por humanidad. Me veían tan botado, tan huagcho, sin conocimiento de nada, perdido en un mundo tan complicado, antes tan solo visto por mí en las películas. Cómo, por ejemplo, tomar agua en este bebedero al que todos se agachan y pueden beber y yo no sé cómo hacer saltar el chorro. Qué chasco. Cómo maniobrar para poder lavarme las manos. Y para que caiga el jabón líquido que veo en esa botella. Y para que funcione el secador eléctrico. Claro que todos me ayudaban al verme del todo. Pero, qué achollo y qué vaina. La ayuda de las muchachas me sonaba a caridad. Después me confesaron que les atraía la timidez del compañero “indígena” y algunas comenzaron a interesarse por ese hombre con quien era preciso tomar una la iniciativa ante tanta inocencia, ante su desarme total. ¿Cómo besará este Andrés Tupatauchi? Entre sus buenas costumbres, ¿estará el besar? Y cuando llegaba a ocurrir, caduna supe que pensaba, al darse cuenta de mi novatada, que era ella la que había recibido el primer beso dado por Andrés Tupatauchi en su vida. Yo al principio era tan solo susto y asustado dejaba que hicieran conmigo lo que les venía en gana. Me imaginaba: Así se han dihaber sentido –aunque en otra postura–, las ñustas, las pallas, las coyas con los conquistadores, y estos habrán hecho al galope, de puro arrechos, con todas las ganas guardadas. Igualito, yo me dejaba abusar por mis viracochas ganosas, embelesado en el mismo azul de ojos, en el mismo oro de pelos, en la misma leche de sus cuerpos. Cómo imaginar que yo iba a atreverme a nada con ninguna de ellas porque el tenerles nomás tan lindas cerca de mí era un sueño y muchas veces me desperté agarrado de mi sueño. No habían mentido el Fermín, el Juancho, el Fausto, el Manungo, cuando contaban las cosas que hacían con las gringas en ese hotel de Imbaquí. Callá charlón. Por diosito que es cierto. Cómo vamos a creer pes. Por esta. Y besaban los dedos en cruz. Yo tan podría contar a mi regreso: Con la Karen tan, con la Susan tan, con la Mary tan, con la Elizabeth tan, todas zarcas, bermejas, macas, ellas sí patronitas, aunque algunas, según me di cuenta, eran unas facilonas, unas busconas. Al verme en medio de ese revoltijo de su pelo pensaba: Así deben sentirse las tucurpillas y tórtolas en los trigales de agosto, picotiando a gusto dentro de un huracán de oro. Qué besos, qué changas, hermano. Después

de todo eso, muchas veces me preguntaba: ¿Por qué con vos? ¿Qué tenías de bueno, Andrés Tupatauchi? ¿Por qué se endulzaban con vos? ¿Era tu silencio? ¿Era tu soledad? ¿Lo raro de tu facha? O quizásmente la seguridad de que vos no tenías cómo contar por falta de idioma, a quién contar, a nadie ante quien alabarte. Hasta que llegaste a sospechar que podía ser lo que habías oído decir, eso de ser aventajado. La cosa se resolvía en el momento de nacer uno. Decía la mujer a la vieja que le ayudaba en el parto:

Vea amamía: si es jaricito ca, dejarále siquiera unos cuatro deditos más la tripita de la vida, para que salga aventajadito pes.

Así miso mos dihacer, no se priocupe bonitica, no se priocupe, más mejores puje.

Pero no, no era solamente eso. Entonces qué. Había sido mi capacidad de aguante. Me llegaron a decir ellas, a retazos, por entregas:

Eres un hombre raro, Andrés Tupatauchi.

Un hombre fuera de serie.

Como que vinieras de otro planeta.

Como que giraras en otra órbita.

Feliz la mujer que se case contigo.

Hasta que hubo una que me dijo sin rodeos: Andrés Tupatauchi: debes patentar tu ritmo.

Esto me quedó sonando. No me acuerdo si fue en el primer año o en el segundo de mis estudios en los Estados, que el profe de antropología social explicó eso de ser bradipsíquico, lento en el reaccionar, característica que dijo ser propia de los individuos de ciertas razas. Y no dijo más, quizá por consideración al “indigeno of Equator” que le escuchaba. Entonces mi memoria se fue a los libros de los indigenistas ecuatorianos que decían que el indio era un ocioso y que la pereza era cosa innata en él. Los tontos. La explicación del profesor produjo una epidemia de toses en el aula y algunas de mis compañeras, las que ya me conocían cómo era yo en eso, me miraron de reojo y me sonrieron, como diciendo, Yo testigo. Yo había sido un aguantón, un sabrosito aguantón, vuelta ellas, unas más, otras menos, no sé si por muy traquiadas, por muy golosas o por raza, eran rapiditas rapiditas. Por eso había sido que yo podía sentir semejantes botes que daban. Yo me gozaba primero en su gozo, en sus gañidos, en sus cambrio-

las, en sus jadeos y boquiadas. Después de la explicación del profesor, aumentó la curiosidad que yo despertaba. Entonces creí lo que mis amigos contaban haber hecho con las gringas. Les conchababan en el cine. Les pagaban más cuando se dejaban alquilar por noche entera. Con ellas aprendieron la letra colorada. Razón tenían las guarmis de Quinchibuela, enamoradas, novias, mamas, de decir lo que decían:

Gringas puercas, arrechas, dañando del todo a nuestros longos.

De mí sé que decían en Quinchibuela, apenas llegado, que me habían abierto los ojos, que me habían dañado. No sé. Pero yo volví limpio del vicio de las drogas, por lo menos. Intentaron varias veces conmigo. El primer viaje que fumé la hierba, me hizo tal estrago que no volví por el segundo. Semejante asco que me quedó. Ellas sí y ellos, casi todos. Una lástima. A mí me salvó mi susto creo.

Karen, Joan y Betty aceptaron mi invitación. Excuse me, Andrés Tupatauchi, ¿las tres a tu cuarto hoy a las cinco? Yes, yes, vos Karen, vos Joan, vos Betty, hoy en mi cuarto a las cinco. ¿O.K.? Las tres pusieron una cara de No entendemos, pero las tres asistieron cumplidamente. Llegaron con la pregunta en los ojos, en los ademanes, en la manera de sentarse, alairito, en la cama, en la chulla silla. No atinaban eso de invitarles a las tres de golpe y a la misma hora. Una por una sí, claro. Y yo, Pónganse cómodas, y después un vaso de whisky que tomaron sin explicarse porque nunca les había brindado nada. Soltaron la respiración cuando les dije que les había invitado para hacerles conocer unos datos históricos muy interesantes, y sin más, abrí el libro en la página señalada con el papel en el que estaba la traducción al inglés hecha por Miss Cooligan. Las cabezas de las tres se amontonaron sobre lo escrito. Leyerón igualito a la última calentada antesitos de un examen. Y luego, ¿Esto está en este libro? ¿Es la fiel traducción? ¡Oh fantastic, Andrés Tupatauchi, fantastic! Y todo ese entusiasmo después de leer tan solo el primer párrafo que decía que el primer hijo de Atahualpa se llamó Tupatauchi. Pero por favor, sigan leyendo, sigan. Las tres se sentaron en la cama y se comían con los ojos el papel. Renglón por renglón, iban entendiendo que Topatauchi, muchacho todavía en 1533 fue enviado por su padre el inca-shyri Atahualpa, desde Cajamarca a Quito, con una escolta de cuatro mil indios, defendiendo al heredero del trono del Tahuantinsuyo contra el peligro de los

viracochas, que avanzaban incontenibles desde las costas de Piura. En Quito, Topatauchi se alojó, con todo su real derecho, en el palacio imperial. Luego del asesinato de Atahualpa, Sebastián de Benalcázar arribó a Quito, en donde buscó a los hijos del shyri-inca y logró identificar a Topatauchi, quien fue entregado a la protección de los frailes franciscanos que llegaron con los españoles, los cuales creyeron que una manera muy eficaz de protegerle era volverle, de hereje, cristiano. Y así fue como le bautizaron con el nombre de Francisco, al que añadieron como apellido el nombre aborigen y le llamaron Francisco Topatauchi. La documentación añadía algo que producía mi aturdimiento: Francisco Topatauchi, una vez hombre, se casó con la hija del cacique de Imbaquí, doña Beatriz Coquilago Ango. Después de leer y entender este último dato, las tres se miraron y se volvieron a mí con la sorpresa abierta en ojos, boca, brazos, piernas, porque las tres entendieron, sin pizca de duda, que yo, Andrés Tupatauchi, era descendiente del shyri-inca Atahualpa. Un cargamontón de besos y abrazos me cayó encima como a futbolista que acabara de hacer un golazo. Y a gritos: ¡Andrés Tupatauchi es un príncipe heredero! Otros besos y abrazos. ¡Tenía sangre real! ¡Hurra! ¡En Imbaquí se había mantenido la descendencia de Atahualpa! Más besos y abrazos. Pero un momento por favor, yo, yo. ¡Hurra! ¡Oh my prince! ¡God save the King! Pero yo tengo. ¡Tahuantinsuyo's King! Yo tengo, tengo que investigar, tengo que comprobar, tengo que saber si soy mismo o no descendiente de Atahualpa, y ellas, que no, que todo era legítimo, que todo estaba claro, que los datos eran indudables, que eran verídicos, que eran documentados y que yo resultaba ser un príncipe heredero. Y así me aclamaron entre las tres levantando mis brazos de boxeador triunfante. Y otro vaso de whisky y ellas también los cigarrillos marihuaneros. Y si era de investigar, me ayudarían a investigar. ¿O.K.? El padre de una de ellas era amigo de un senador (yo recordé eso de "Torpe como un senador americano" que había oído), solicitarían a través del senador la ayuda de la Academia de Historia. ¿O.K.? Acudirían conmigo a la biblioteca del congreso. ¿O.K.? Y cuando ya todo esté comprobado y yo fuera declarado heredero del trono, se podría restaurar el Tahuantinsuyo. ¿O.K.? Los marines desembarcarían nomás en todas las playas de los países que formaron el imperio incásico, pedirían la eficaz e infalible intervención de la CIA. ¿O.K.? Y yo sería el dueño del fabuloso tesoro

ro de Atahualpa. Isn't it right? Y en esta parte otro whisky y más humo de marihuana. ¡God save the King! ¿O. K.? Entonces alguna de ellas sintoniza una radio a todo volumen y entre gritos y palmoteos comienzan a bailar. Es música pop apropiada para pompis pomposos, pero también es tu ritmo de tantanes tamboreros que golpean en tus lomas interiores y vos, contagiado, empiezas a machacar con un entusiasta alpargateo, porque pensándote con campanitas a la espalda y zamarros de chivo, bailas aruchicamente. Estás inconocible, Andrés Tupatauchi. Las tres se zangolotean y más que bailar, las tres te están munachendo caduna lo suyo. A las tres les habías hecho hermanitas de verija, así como ellas de cuántos nomás te habrán hecho hermano de piernas. Aprovechas una pausa de ese bombardeo de bombo para otros whiskys. Ellas vuelven al menie a dos nalgas que no es sino la probana que una por una te brindan y vos “Me he de comer esa tuna” y les reconstruyes en tu pensamiento porque les conoces por dentro y cuántas tardes te habrás pasado repasando geografía a dos manos. Por eso sabes sus gustos y caprichitos particulares conoces cómo se escalofría caduna y les reconoces por los gañidos de perros-guaguas que en esos ratos ponen cerca de tu oreja y vos sabes lo que ellas diosolopay te han enseñado y en agradecimiento un nuevo turno que a vos te hace más efecto por falta de costumbre y más marihuana que fuman ya idas y el cuarto se llena de neblina de páramo detrás de la cual alcanzas a ver a la, Pero si es la Mila, si es mi hermana, mi pani, los dos estamos en el cerro. No te vayas Mila, no te vayas, pero aquí caduna quiere que las otras dos sean las primeras en irse para y un nuevo whisky ese era en honor del Tahuantinsuyo's King y vos cuando vuelvas a tu llacta ya has pensado en tal caso comprar por cuatro días el derecho a pintarte la cara con albayalde y a que todo el mundo te diga ¡Amo-coraza! y del puro gusto alborotas el aire con volatería con banda de músicos con pingullos con tambores con churos y nuevamente la música pop que vos bailas al ritmo de tu jalajá-ja-ja y las tres flexionando rodillas aletiendo brazos chorriando pelos embarrándose de vos porque ellas son las vírgenes del sol en la danza de tu coronación como príncipe heredero del Tahuantinsuyo, retoño del sol y divino por todas tus cuatro sangres ¡Amo-coraza! cetro y joyas de oropel sombrero de pico, guantes de punto blanco, caballero sobre caballo medieval aunque tengas que pagar caro el alquiler de la felicidad de esos cuatro

días aunque el cura te cobre por la misa por el sermón por el sacristán por el maitro de capilla por encender las ceras por tocar las campanas aunque te cobren la vestidora y el dueño del caballo y el maitro mayor de la banda pero te has de desahugar en pólvora tantas iras contenidas has de salir a camaretazos de tu *manavalingui* de todun-siempre te has de desquitar aunque sea con ese tiro-al-blanco de-chancita. ¡Tararactac-tac-tac-PUMMM! ¡Amo coraza! y en esos ratos has de oír la epifanía de los pífanos sobre el Yavirac del Inti-raymi que luego se desgarran en el jaguay de las cosechas y ves que por los cerros se desparraman manadas de runa-llamas de alpacas y vicuñas todas con su andadito apretado de hembras coquetonas y oyes a los amautas su sabiduría de equinoccios y chaquiñanes de estrellas y a los aravicos que cuentan cantando tus hazañas guerreras en el confin del Collasuyo ¡Amo-coraza! dice el loa al que también has pagado para que desembuche con todos sus braceos el discurso que le han hecho memorizar en meses y meses de coscachos y que vos ni siquiera entiendes y sumos sacerdotes cuelgan de tu cabeza la esmeralda del shyri y el llanto del inca y te sientan en tu trono de oro ¡Amo-coraza! aunque para eso tengas que malbaratar el terrenito tengas que vender tus guagras tus borreguitos tus cuchicitos y aunque por el resto de tu vida te pases tzuntzu y yangagu recordando tus cuatro días de reinado pero habrás ganado respeto en tu parcialidad porque ya has sido prioste del Santo San Luis y ya nadie te podrá afrentar con eso de “*mana cargo yalishca*” y entonces los chasquis salen disparados como quindes hacia los cuatro extremos del mundo con la nueva de tu coronación pero también anuncian las fogatas saltando de punta en punta de los montes ¡Amo-coraza! tu volatería ha despertado al trueno que ya despeña su piedrísima cerro abajo latiguiada misericordia por el rayo y con ese trompeterío entras en el Acllahuasi vos el unquito vos el bienvenido vos el bienamado y ves que salen a tu encuentro las vírgenes del sol igualitas a las longas de ese conjunto de danzas folclóricas de Quinchibuela y se postran a tus plantas sumisas y vergonzosas y todas espezanzadas pero son las tres que te hacen unos guiños de cuerpo entero. Fue cuando te abriste de brazos y desde tus adentros te salió un rugido:

¡OH PACHACÁMAC!

Se despertó con la luz del nuevo día. A su lado se acurrucaba una desnudez aplacada.

El hallazgo de los datos históricos se hizo noticia porque mis tres compañeras, al otro día mismo de la invitación, supe que se quitaban la palabra porfiando ser cada una la más sabedora. Bueno, Andrés Tupatauchi, debes ser sincero, era eso mismo lo que habías buscado. Primero fue en la universidad, en donde profesores y estudiantes me cerraban el paso con preguntas. De la universidad, la noticia saltó a la prensa: “Príncipe heredero del Tahuantinsuyo estudia en universidad de nuestro país”, era el titular de la entrevista que publicaban junto con unas cuantas fotos en las que yo aparecía con mis compañeros recibiendo clases, estudiando en la biblioteca, conversando en pasillos y jardines. Karen se había dado modos para aparecer en todas pegadita a mi, con su sonrisa. Desde entonces, me tomó a su cargo y no me aflojó un solo rato ayudándome en medio de luces, reflectores y relampagueos de flash y sobre todo en las respuestas a tantas preguntas con las que me atolondraban. Procuré ser lo más honrado en mis palabras y hasta aclaré que lo único que yo podía asegurar, porque así decían los documentos, era que el primer hijo de Atahualpa, heredero del trono del Tahuantinsuyo, se llamó Francisco Tupatauchi y que este se casó con una hija del cacique de Imbaquí, y que yo llevaba el mismo apellido, Tupatauchi, que era de Imbaquí, Ecuador, y que a mi regreso me pondría a investigar en los archivos de mi país si era o no descendiente de ese hijo de Atahualpa. Pero para los periodistas, yo debía considerarme ya el príncipe heredero del imperio de los incas. Me ponía a pensar: Qué dirían en Quinchibuela los naturales y en Imbaquí los blancos si supieran lo que estaba viviendo. Después de unas semanas supe, al recibir una carta de la Mila, lo que decían: “He mostrado a taiticos los periódicos que mandaste y les he contado en lo que te hallas, ellos se contentaron aunque creo que no atinaron a entender bien. Lo que es nuestras fa-

milias y los demás naturales de Quinchibuela ni hicieron caso, será por la tía Rosa que hace algunos años le hicieron aparecer como princesa india, dijeron, al Andrés tan le han de creer lo mismo, ojalá él tan nos mande más gringos compradores, vuelta los profesores del colegio y los demás mishos de Imbaquí mejor se rieron y cuando fui a los periódicos de Quito quisieron que pague para publicar, pero yo espero que en otra carta me expliques más bonito qué mismo es lo que hay”. Hice pedazos la carta pero no pude hacer lo mismo con el desobligo. En cambio en Berkeley, no me dejaban tranquilo: que entrevistas por aquí, que declaraciones por allá, que presentaciones en la tele. En una de esas veces, en la que, como siempre, me acompañaba Karen, el locutor metió la pata: al verle junto a mí le preguntó Su nombre por favor, Karen, Karen Smith, y el animador volviéndose a mí, La señorita Smith, ¿es su novia? Yo, cogido de sorpresa, no atiné qué contestar y le regresé a ver a Karen en busca de ayuda. Ella me sonrió el sí con cabeza y todo, y yo sin pensar Sí, señor, es mi novia. El animador, sin darse cuenta de lo que acababa de animar, volvió a las preguntas. ¿Y cuándo es el día de la boda? Entonces sí nos pusimos en apuros y ninguno de los dos soltó palabra. Lo que hicimos fue sonreír. Su mano buscó mi mano y yo me agarré de ella para no ahogarme. A la salida reímos como guaguas por la travesura que habíamos cometido. Pero luego Karen se preocupó, Qué van a decir mis padres, qué cháchara nos van a hacer los compañeros. Yo le encaré:

¿Eres ciertito mi novia?

Yeeees –y se colgó de mi cuello.

¿Y quisieras casarte conmigo?

Otro yes más besuquiado todavía y, para que yo entendiera mejor, añadió el sí quichua, *ari*, una de las pocas palabras de mi lengua que me había aprendido. Orejero por la seriedad con que tomaba lo que creí una broma, comencé a defenderme con un montón de peros:

Pero yo tengo que volverme a mi lllacta, a my country,

¿te irías conmigo?

Claro que sí –fue la respuesta con palmo de manos.

Pero mi país es diferente del tuyo, en el Ecuador no

Mejor si es diferente.

Pero yo soy pobre, Karen, y conmigo no tendrías las cosas que tienes en tu casa.

Y quién pide riquezas. Trabajaremos los dos. ¿O.K.?

Mis papás son indios, gente humilde –Y con este humilde quise que me entendiera también gente ignorante.

Si son como tú, no hay problema.

No había qué hacer. Me había tomado en serio. Claro que no me defendí bien, porque debí ponerle por delante que yo no era, que yo me encerraba en mis silencios emperrados, que miba de mi hacia mis huidas menospensadas para estar a mis solas. Ve Andrés, volví a tierra. A lo mejor ya le quería. Cuando llegamos a su casa, no me animé a entrar. Temí que sus padres. Desde esa noche ya tuve otro guato con que soguiarme y pasarme dando y dando vueltas alrededor de la estaca. ¿Qué era lo que a Karen Smith le hacía decidirse así? Para tener lo que habíamos tenido los dos en todas esas tardes, ni yo ni ella perdimos el tiempo en ponernos a pensar, pero eso de casarse era otra cosa. Entonces sospeché que podría tratarse solo de novelería, de interés por tomar parte en esa publicidad que ella había conseguido por sus conocidos y amigos. Pero después, yo mismo, ¿Sería tan solo lo que aquí llaman “snob”? Claro que me daba cuenta que le gustaba que un “authentic indian of Equator” fuera su boyfriend. Pero yo seguí estacado. ¿Le comenzaba a salir el imperialismo que había sabido tener escondido en alguna parte y quería también ella visitar algo de en mis dominios no se pone el dólar, tal como esos compañeros de la universidad que habían regresado con tzantzas y mariguana y unas fotos descuartizadas en la línea equinoccial y contaban mil tonterías de Equator country of indians? ¿O era la ilusión de conocer la tierra de encantos que yo mismo le había ponderado hasta el borde de las lágrimas? ¿O estaba esperanzada a que yo resulte un descendiente de Atahualpa y llegar a ser una princesa heredera de un imperio aunque sea solo soñado? Pero recordando cómo se me brindaba, pensé que podía ser mi buen desempeño. Ahura que ya ha pasado un buen tiempo me puedo contestar.

Mi corazón brincaba de los recelos a las sacadas de pecho. Si me caso con gringa, qué va a decir la gente de Quinchibuela. Me verán mal. Me harán a un lado. Harán conmigo lo mismo que hicieron con el Ángel Fa-

rinango, el único natural que logró casarse con una blanca de Imbaquí. No le perdonaron por nada del mundo, por más que regaló las campanas para la torre de la capilla de la parcialidad; por más que pasó el cargo para con ese pretexto entrar en amistad y convidar a su casa a todos los ayllus. Nada. Se quedó con puerquito despostado, con chichita fermentando, porque nadie se movió de sus casas. Desesperada, ella, pretendiendo igualarse a las mujeres de Quinchibuela, se humanó, la pobre, a vestirse como india. Nada. La misha era misha y no había qué hacer. Y en mi caso, ¿qué dirán, qué harán al verme llegar casado no con blanca nomás sino con gringa? Ahura ya sé lo que dicen. Han querido que después de haber vivido siete años en el extranjero y de haber alcanzado el título que he alcanzado, vuelva y me case con una longa de Quinchibuela. ¿Y por qué me murmuraran solamente a mí, si yo conozco unos amores de dos plazas entre naturales y gringas. Cabalmente el Chivilo anda amatrerado con una gringa. El Cabascango, natural como yo, anda amishcadote de otra gringa. Sé que también dos longas de la comunidad de Quinchibuela que vivían en la Villa se han casado con franceses y que los hipis guambrean de lo lindo con las longas. Entonces, ¿qué? Tranquilo, Andrés Tupatauchi. Tendrán que hacerse a los nuevos tiempos. Pero a quienes quería verles muertos de iras viéndome casado con gringa, era a los llamados blancos de Imbaquí. A ellos, que a pesar de sus ínfulas, ninguno ha logrado casarse con gringa. Me imaginaba la envidia remordida que tendrían al ver que un indio, que según ellos nada vale, les había ganado en títulos y en mujer. Y sobre todo – pensaba –, así me sacaré el clavo que desde hace tiempos llevo hundido en el alma, me desquitaré de la humillación que sufrí en el cuarto año de colegio, cuando me enamoré de una compañera blanca que por bonita y bien hecha le hicieron abanderada. Cómo le quise con mi alma arrinconada en mi insignificancia de indio. Cómo sufrí con ese amor sin esperanza. Yo, sarapanga, queriendo coger una estrella. Yo, guagua-huirag-churo caído del nido por hacer amagos de volar. Y me contentaba con mirarle, nada más. Con dejar que mis ojos fueran tras tras de ella, como perro. Sí, como perro en tiempo de choclos, así atzagnado el brazo para no hacer daño. Y como perro le meniaba el rabo cuando alguna vez mis ojos se encontraban con los suyos, tan bonitos. Mataba todas las materias para ser uno de los mejo-

res en el curso y para que ella se fijara en mí. Qué cuidado ponía en mi aseo para hacerme digno de ella. Me convertí en una cría de indio, manso y bien domesticado, para congraciarme con ella. Y cuando en el cuarto curso ya fui considerado el mejor estudiante, dos veces –me acuerdo clarito–, dos veces, cuando preparábamos los exámenes trimestrales, me pidió que fuera a su casa para juntos repasar las materias que consideraba eran mi fuerte. Cómo me latió el corazón y cómo me arreglé para ir a su casa, sobre todo la primera vez. Madrugué a bañarme, a aguaitarme la cara, las manos, las uñas. ¿Qué es pes, fiesta tendrás, Andrés? –me averiguó la Mila que me preparaba la mejor mudada. No, panico, no tengo fiesta. Pero para mí era mejor que tener fiesta. Me aprendí de memoria las materias del examen. Repasé los gestos, las posturas, para dar la mejor impresión. Ensayé hasta la inclinación de cabeza al saludar con su papá, con su mamá, con sus hermanas, con el perro. La Mila me trezó bien el guango. Diosito lindo: que no me traicione el sudor de la mano en esos momentos. Minutos antes de la hora fijada, reloj en muñeca temblorosa, ya estuve cerca de su casa. Me había estado esperando porque me alcanzó a ver por la ventana y salió a recibirme en la puerta de calle. Qué bonita era. Entramos a la salita. Allí estaban dos compañeras más. Me sentí algo como engañado. Creí, tontamente, que iba a estar a solas con ella. Pero, bueno, estaba en su casa, y ella, juntito a mí, con sus pelitos bayos rosquillándome las sienes al leer en mi cuaderno, oyendo mis explicaciones. Esas tres horas, fueron minutos de cielo para mí. Otras veces, como mis cuadernos de resúmenes tenían fama entre mis compañeros de ser los mejor llevados –a dos y tres tintas, con letras de adorno en los títulos y subtítulos–, me pedía prestados para igualarse. Entonces me sonreía y yo sentía que esas sonrisas eran solo para mí, eran solo mías. Cuando me devolvía, yo rebuscaba algún apunte, algún rastro de sus manos. Olisquiaba el forro, las hojas en busca de alguna huella, y creyendo encontrar algo suyo, terminaba recorriendo todo el cuaderno a besos, porque sus manos le habían tocado, porque sus ojos habían pasado por esas páginas. Las dos idas a su casa y las veces que me había pedido prestados mis apuntes, hicieron que en mi tonto pensamiento urdiera no sé qué locas ideas que me llevaron a tramar algo que fue mi perdición. Una tarde, sobresaltado, nervioso, me pasé aguaitando las vitri-

nas de una papelería de Imbaquí. Cuando alguien se acercaba, yo me hacía el que nada, el que miraba los libros y revistas, pero vuelta, ojo a las tarjetas postales. Eran como la que uno de mis compañeros, quizá el único que siendo blanco algo se parecía a mí por su timidez, compró para declararse a una guambra. Buscaba una como para mí, una que por su significado hiciera juego con lo que yo sentía, una que le llegara al alma. Al fin, después de tanto escoger, me resolví por una que tenía el dibujo de un gran corazón herido por unas espinas. Armándome de coraje, entré, y con el billete sudoroso en mis manos, saludé a la señorita y le señalé la tarjeta que quería. Ella abrió la vitrina y se volvió a mí para asegurarse: ¿Esta del corazón herido? Me pareció que en su voz había una sonrisita de burla. Sí. Y sentí que mi susto con vergüenza me bajaba por la espalda. Pagué y antes de salir de la papelería, escondí la tarjeta como que hubiera robado. Cuántos días me habré pasado porfiando por escribir el borrador. Tachaba, borraba, rompía. Quería decirle algo bonito, dejar que hablara mi corazón, pero nada. Con el borrador en la mano iba y venía por entre el dulce olor de los maizales de abril, por los chaquiñanes en sombra, leyendo bajito, pero no salía a mi gusto. No decía mi sentimiento, mi loco amor, mi pena, mi desesperación. Y miraba las nubes y miraba las lomas y dejaba que mi alma se fuera en el agua de la cequia. Y volviendo en mí, oía el lloro de amor de las tórtolas. Quién fuera como ellas para decirle cantando, con ese arrullo, así de triste, así de escondido, así de tierno. Desde arriba me espía el cerro, orejero, sonreído de nieve. Taita Imbabura: no he subido todavía hasta tu shungo de piedra a graduarme de jari, de macho. Pero ya soy hombre porque ya siento en mi pecho lo que vos sabes que siento, porque ya sufro como un hombre, porque ya he aprendido a llorar para adentro. Ayúdame, Taita Imbabura, y hacé que ella tenga corazón para mí, que ella... y por más que tragué a bocados gruesos, siempre me salió con la voz el lloro. Cuánto me costaba sentir lo que sentía y sentir para quien sentía. Los blancos, en cambio, con qué concha que se declaraban nomás y con qué facilidad lograban ser correspondidos. Contaban que a la primera les besaban tras las esquinas, en los zaguanes de sus casas, en los callejones, en el cine. Eran ellos los que recibían los recados de las muchachas, porque yo oía a las comedidas: Ve, la Nancy dice que te asomes. Ve, la Betty dice que

te quiere y qué es lo que decís vos. Ellos les chachariaban. Alabanciosos, decían que les habían besado y otras cosas más. Yo no contaría a nadie, yo me guardaría para mí, para mí solito. Al fin, después de tanto lidiar me pareció que el borrador estaba ya bien y que debía pasar a limpio, en la tarjeta. ¡Lo que le decía! ¡Lo que le confesaba! ¡Lo que le prometía! Todavía, a pesar de los años que han pasado, se me corta el pellejo. Ella era mi flor de romero, mi espigueta de trigo, mi plumita de garza, mi rosa y mi espina. Yo seguiría la universidad. Mis padres tejedores así me habían ofrecido. Estudiaría día y noche, me graduaría, sería un profesional, trabajaría para ella, todo lo que gane sería para ella, le adoraría toda la vida. Yo sería su criado, su esclavo, sí, su criado y su esclavo, pero nada más que de ella, por ella. Cuando tuve lista la tarjeta, esperé que me pida alguno de mis cuadernos. Pasaron muchos días, muchos para mis ansias. Yo guardaba la tarjeta con susto, le llevaba al colegio pero metida entre el forro y la tapa de un cuaderno. Al fin, un día llegó lo que esperaba porque se me acercó y me sonrió y me pidió uno de mis apuntes. Me di modos para poner dentro la tarjeta sin que ella se diera cuenta. Sudando, temblando, le entregué y quise sonreír también, pero sentí que mis ojos, que mi cara, que mi cuerpo entero me traicionaban. Me dio las gracias y se fue, y con ella, mi cuaderno. Le hojiará en su casa, encontrará el sobre y leerá su nombre, reconocerá mi letra, tal vez se asustará, pero, ¿será un susto con mezcla de agrado? Si es así, abrirá el sobre, apurada, con su pecho en oleaje, como totora de laguna en día de viento. Pero si el susto de hallar un sobre con su nombre y con mi letra va seguido de la sospecha de que podía ser lo que era, dudará, no sabrá qué hacer. ¿Cómo saber sus sentimientos? Esa noche, como si hubiera puesto una camareta debajo de mi camastro y hubiera prendido también la mecha, esperaba, cerrando los ojos y hasta apretando las manos, que reventara. Al día siguiente, No te puedo esperar Mila, madrugué al colegio y me escondí en un lugar para verle llegar. Quería adivinar su respuesta en la manera de caminar, en el uniforme, en el peinado, antes de poder ver de cerca su cara y sus ojos. Pero esperé de gana, porque no fue ese día ni el siguiente. Pensé lo peor. Pero yo mismo traté de engañarme: ¿Cayó enferma? ¿Tuvo que viajar? ¿Alguien está enfermo en su casa? No me atreví a preguntar a sus amigas. Tuve miedo de despertar sospechas. Al

tercer día, desesperado, resolví ir a dar las vueltas por cerca de su casa. Tal vez alguien me dé alguna razón. Quizá le alcance a ver de lejos, por lo menos. Así fue, porque después de horas y horas de humilde y desesperada espera, cuando más cerca estaba del portón de su casa, vi que ella salía. Al verme puso cara de susto, se dio media vuelta y entró corriendo a su casa. Después de un rato salió su papá como perro de hacienda y con insultos en ladridos y una feroz carrera se vino contra mí. Tuve que correr y desbarancarme quebrada abajo. Allí, en el fondo, sucio, rasguñado, enlodado, y más que todo herido en mi alma, con el corazón sangrante, tal como el de la tarjeta, allí terminaron mis ilusiones de perro enamorado de la luna. Y allí comenzó también mi tormento. Muchas noches, muchos días sonaron en mis orejas, como chilpidos por el eco, los insultos: indioemierda erda erda erda, rosca atrevido ido ido ido. Tenía que arrancarle de mi pecho, y todo dentro de mí se negaba. Tenía que sacarle de mi cabeza, y su recuerdo se emperraba en mi alma. Yo ya no tenía esperanza alguna. ¿Por qué entonces me moría por ella? En esas noches, en esos libros, en esos campos, me dolía más que nunca haber nacido indio, ser lo que era, un pobre runa, y sin embargo, sentir lo que sentía. Me quería morir.

No volvió nunca más al colegio. Sus padres, aunque no eran ricos, hicieron un esfuerzo por alejarle de mí, y llevarle a la capital, al internado de un colegio religioso. Cualquier sacrificio, con tal de librarle de semejante deshonra. A nadie dijeron nada. Nadie supo lo de la tarjeta. Que la gente comentara que un indio se había atrevido a poner sus ojos nomás en ella, le habría manchado para toda la vida. Nadie, ningún blanco, por nada del mundo hubiera querido tener amores con ella. Bueno, el tiempo ha cambiado. A mi regreso he averiguado. Qué fue de. Nada pes. La pobre guambra, salada. Se enamoró de ella un cholo de apellido indio. Te has de acordar, el Tabango, empleado en el Seguro. Ele, la familia ni oír ni ver. Entonces salió con hijo de un tipo de buena familia. Lo que es la vida, ¿no? Aquí mismo se paga. En cambio, yo he vuelto casado con gringa, con una hembra mejor que ella en. Perdón. Mejor que ella, no. Ella fue mi primer amor. Ella mi primera pena. Y siento que vuelve a mí con esa tristeza con que le quise.

Rosalina... Rosalina... Rosalina...

Volvía después de siete años. En esa larga nostalgia, Quinchibuela había cambiado. Había perdido la inocencia. Se le notaba en los ojos, en ese silencio sin balidos, en los callejones ensanchados por donde había comenzado a transitar la jactancia de los naturales motorizados con sus propias camionetas y automóviles. O por donde llegaban los buses atestados de longos colegiales y sus cuadernos, de tejedores y sus quipes de orlón. Quinchibuela había comenzado a dejar de ser un rincón netamente campesino para echar facha parroquiana. De sus casas enfiladas ya no se elevaba el aroma en humo de leña de monte. Habían desaparecido las zanjas con el disparo vegetal de los chaguarqueros, y, en su lugar, en mal remedo, se empinaban, aquí y allá, las antenas de televisión. Algo hacían las golondrinas en los alambres de la fuerza eléctrica que el cielo tenía un cierto parecido con el papel de música. Quedaban tan solo los maizales, ya de cosecha en ese mes de julio, y uno que otro guagra rezagado. El Imbabura, en cambio, no había pasado un día, asimismo langarote, atajando el sol de la mañana. Una nueva carretera, la “Pana”, que había quedado en construcción, pasaba ya por el pie de Quinchibuela, hecha un huracán de carros. Le había arrinconado al tren, que ya no cruzaba como antes, empitonando la soledad y haciendo temblar la tierra, tarde y mañana. Con todo, ahí quedaban todavía los rieles crujiendo al sol sus coyunturas enmohecidas. Cuando estaban brillosos por el trajín, parecía que luego del aplastón del tren, jugaban a ver quién llega primero a la vuelta.

Las casas daban fe del cambio. Claro que desde antes habían desaparecido, como nidos viejos, las chozas pajizas para ser reemplazadas por casas de teja a dos aguas. Algunas ya miraban perplejas por el único ojo de una ventana. (Ya vas vos, Andrés Tupatauchi, con tus pujos de viajado, porque mentalmente te has puesto a comparar con los rascacielos que has visto y su vidriería de ojos de mosca, iluminados por la noche). Otras casas asomaban pintaditas de cal con sol. Unas pocas, como que se avergon-

zaban, las pobres, de sus rojos y verdes escandalosos. Había casas de dos pisos en las que el dueño, que había hecho de arquitecto, se había olvidado de la grada y sus ocupantes tenían que subir casi por el mismo palo del anochecer por el cual maromeaban las gallinas para llegar a dormir en los lecheros y capulíes. Una se había propasado en eso de estar a la moda y se le destemplaban los dientes con el rechinar de las puertas metálicas, hasta hacerse arriba un rollo. Desde sus balcones, los dueños se asomaban con las mismas caras de chagracamas con pujos de blancos acomodados.

Los hermanos le habían esperado con la sorpresa de casa nueva y de dos pisos, portón de hierro forjado y vidrios catedral, transparente a los cuatro vientos por las inacostumbradas ventanas, pero, a la entrada, el mismo chiquero gruñidor y las mazorcas guayungas piernabiernas bajo el alero. Ni donde negar. En cada casa sonaba el pulso del día con el tan-tan de los telares y el cucurruceito de las lanzaderas que iban y venían, como palomas enredadas en los hilos de la trama. Los radio-transistores sonaban a todo pecho con los sanjuanitos de la radiodifusora local. Se oía también el veloz taconeado de las máquinas de coser pedaleadas por longas que trabajaban sin alzar cabeza. De vez en cuando dejaban de pedalear para sonreír vendedores a los visitantes, por lo regular gringos turistas, máquina fotográfica en ristre. Algunos indios jóvenes, jinetes en sus bicicletas, llevaban sus tejidos o traían material. Quinchibuela era una factoría en hormigueante trabajo. Por la noche, las casas y callejuelas se iluminaban con luz eléctrica. Había un menú de escueleros y colegiales. Los jóvenes eran una nueva versión de naturales. Se los veía desenvueltos, sin chispa de apocamiento. Se los oía sonoros, vacilando inclusive a las gringas y vacilándolas en inglés. Estas se volvían a mirarlos con caras bonitas. (Ya ves, Andrés Tupatauchi, no solo vos). Unos cuantos muchachos, ellas y ellos, una vez bachilleres habían ingresado resueltamente en la universidad. (Te das cuenta, Andrés Tupatauchi, no solo vos). Otros integraban conjuntos de danzas del folclor indio, y en sus presentaciones, llenas de colorido y alegría, recibían los aplausos de los públicos nacionales y, según decían, habían salido a exhibirse en otros países. También habían organizado conjuntos musicales y de las actuaciones como aficionados en la radiodifusora de Imbaquí y algunas de la capital habían pasado al profesionalismo y actuaban con buen éxito en hoteles y salones nocturnos. Los jóvenes que todavía permanecían en Quinchibuela nunca concurrían a

cantinas y chicherías y al término de sus clases o de las labores en los telares jugaban volley en la cancha de la plazoleta, entremezclando gritos y chanzas trilingües. Play –se les oía decir al realizar el saque de la pelota. Otros, seguimomos de los blancos, perfectamente equipados, sin pizca del achicamiento indio y con sus guangos a cuestras, entrenaban fútbol en el estadio de la comuna para el campeonato en el que competían más de veinte conjuntos de las parcialidades circunvecinas. (A pesar de todos estos cambios y mejoras, vos sabías, Andrés Tupatauchi, que tu llegada, con gringa al hombro iba a alborotar a las bungas).

Eso ca cierto es pes: Ha vuelto vestido como natural mismo, igualito por fuera está, pero cambiaaado por dentro. Y para mejorar la afirmación, el tejedor, sin dejar de bicicletear el telar, añadió la expresiva palabra quichua: *trucarishca*, cambiado, dado la vuelta, como bolsillo nomás.

Pero regresando está pes a su llacta –le defendió el hilandero, padre de un longuito, alumno del colegio recientemente fundado en la parcialidad, mientras hacía girar la rueda de madera de la torcedora–, queriendo a su gente le mos visto.

34 | ¡Tch! –el tejedor hizo primero un ruido mojado de lengua que se zafara de dientes y paladar, despreciativa, y luego, Queriendo a su gente –repitió con tono rectificador. Querer a su gente será regresar casado con gringa, ¿ja? Y completó su disgusto incrustando otra de sus insustituibles palabras quichuas: Nos viene a *munachir* la gringa el pendejo.

Pero buena huarmi dicen ques pes, ayudando a su marido tan.

Cómo va ayudar pes, no viviendo junto con marido ca. Solo en Quito dicen que para la gringa.

Pero aquí tan mos visto, andando con marido.

Sí, andando con marido estuvo, pero solo al comienzo. No enseñando ca, solo viviendo en Quito está pes. Dicen que no come tan comida de naturales.

Así diciendo están.

Que del todo no gustó casa de hermanos que dieron posada.

Pero de dos pisos es pes, nuevecitica. Para la llegada del Andrés mismo se apuraron acabando.

Dicen que a gringa no gustó taitas ni hermanos del Andrés.

Pero castellanos, racionalotes están pes.

Pero son runas pes. Queriendo el Andrés a gente de Quinchibuela ca, hubra casado con huarimi de las nuestras pes. Como el Carlos. El tan estudiado es, pero casar ca con la Matilde Quimbo se casó. Así pes, con gente propia, no con gringa. Ni ha de aguantar tan, verás no.

Dicen que marido y mujer ca solo conversando gringo nomás están. Así mos oido.

Volvieron al silencio en medio del cual se oía el rítmico crujido del telar, con sus maderas como charoladas por la incansable trajinería de las manos tejedoras. La rueda de la torcedora aventaba el aire como aleteo de tórtolas.

Los padres de familia indios que llevaban a sus hijos a matricularlos en el flamante colegio, no atinaban a entender lo que veían, a pesar de que los de Quinchibuela eran ya leídos y por leídos habían suprimido de su lengua eso de “amito” y “patrón” y trataban a los blancos de señor y señora, de igual a igual, ante la indignación de los que se sentían atrevidinsolentemente tratados por los roscas. Años antes, cuando la parcialidad de Quinchibuela fue elevada a la categoría de parroquia civil, ya tuvieron la sorpresa de que como primer teniente político fuera nombrado un indio, el Julián Tupatauchi. Pero era mismamente cosa de no creer que el Andrés, ido al extranjero haya vuelto hecho doctor, como blanco nomás, igualando al blanco nomás, y que a más de hacerse doctor se haya hecho también rector del colegio fundado en Quinchibuela y que esté mandando a maitros blancos, a secretarias blancas, a empleados blancos, Señorita, déme haciendo este oficio, A ver, usté, inspector Guevara déme comprando en Imbaquí papel sellado. Era cosa de no creer que haiga llegado un natural a ser rector y se pase requintiando como a guaguas a los mishos de los profesores, licenciado Benítez, por qué se atrasa a clases, doctor Vargas, está moltado en cien sueres por faltar sin mi permiso. Eso era para morir de risa. Ajajay, carajo. Un endígena, un doctor endígena, un doctor rector endígena, sentado en sillón, mandando a mishos, moltando a mishos, jodiendo a mishos. Esto queríamos ver, carajo.

Un ambiente de soliviantación, de racismo al revés, comenzó a fermentar en Quinchibuela. El no atinar qué hacer ni qué pensar era mayormente problemático en los padres de familia indios de otras parcialidades, amarrados todavía al amito-sumercé, al pordiós-patroncito. Viendo lo que veían –un runa como ellos mandando en colegio, en despacho de rector–

, oyendo lo que oían: Sí señor rector, A sus órdenes señor rector, no sabían cómo tratarle, cómo mismo saludarle al entrar en el rectorado y verle sentado en sillón de amo, tras escritorio de patrón, con secretaria blanca al lado. Por fuera ca, indio mismo estaba pes, guango-poncho-calzoncillo, tonces ca ha de ser de saludar *Mingachiguay*, tío Andrés, pero dentro del Andrés ca un blanco estaba metido pes. Será nomás de saludar como a blanco, Alabado sea el santísimo sacramento, amo doctor Tupatauchi. El mismo susto, los mismos sudores que al tratar a blanco. Qué jodida esta mezcla, indio por fuera, blanco por dentro. Blanco con todos sus saberes, indio con título de blanco, indio con mando de blanco.

Los jóvenes indios de Quinchibuela, los estudiantes sobre todo, se sentían orgullosos del doctor Andrés Tupatauchi. Él había demostrado algo que no sabían precisar, pero que les hacía sentirse bien en su condición de indios. Les había puesto muestra, se había convertido en ejemplo, lucía bien al guango, vestía con dignidad el poncho.

Nosotros tan hemos de estudiar para doctor.

Claro pes.

Y cuando ya hagamos doctores ca, nosotros tan hemos de casar con gringa.

Asimismo, con gringa carita de mama-virgen.

Asimismo, con pelito de trigal.

Asimismo con gringa buenota, digan nomás –les corrigió el Fausto Fichamba.

Hablando de Roma. Vealé pes al Andrés. ¿Sabía que ha vuelto hecho doctor?

Vaya vecinito, claro que sé. Sé que es doctor, sé que anda amishcote de una gringa y dándose de faite.

Ahi le tiene casado con mama-niña-señora.

Sé que es rector del colegio que han fundado a propósito para él. Todo sé. Pero, ¿siacuerda cuando era longo escuelero? Y ahura, vealé ustedé, no conoce a nadie.

A lo que hemos llegado.

Y todo por la pobreza. Como ahura ellos son los de la plata.

Si hasta hay que tratarles de ustedé y decirles “señor”.

Al Andrés habrá pes que decirle doctor Tupatauchi.

Qué más nos toca. Pero vea, vecino: si no fuera por los indios, los blancos nos moriríamos de hambre y necesidad. Porque vea, ellos mantienen los estancos y guaraperías, mantienen a los comisarios y tenientes políticos con las multas, mantienen a los abogados y escribanos. Andímonos las tiendas de abarrotes y almacenes, sin los indios, se acabarían de cerrar. Los taxistas dicen que sin los indios no tendrían qué comer. No les ha visto cómo regresan en auto y cómo se hacen llevar hasta el patio de sus casas? Yo les he oído decir a los taxistas y buseros de Imbaquí: cierto es, dejan los carros apestando a indio, pero nos dentro la lana pes. Y así por el estilo. Lo mismo dicen los de los cines, los de los almacenes donde compran radios, motos, bicicletas, linternas, máquinas. Ni qué decir de los curas: sin los indios no tendrían ni sotana ni mengana que ponerse. Nuhay vainas, vecinito: sin los indios, fijo que nos morimos de hambre.

Las salidas del doctor Andrés Tupatauchi a Imbaquí producían urticaria en los blancos degradados a mestizos.

Sí, eso son: mestizos –había explicado el rector a sus alumnos. Nosotros los indios somos raza pura.

Les hablaba en un quichua revalidado, con un tic que consistía en adelantar el gesto, la mímica a la palabra.

Nada, señores alumnos, nada de amo tal o patrón cual. Eso se acabó. Si ellos son señores, también somos nosotros. Claro, ellos nos quieren siempre humillados, nos quieren buenos con b de burro.

Los longos se reían para adentro, para un adentro reflatado, al verse tratados de señores: señores alumnos.

Los mestizos –había proseguido–, no son mejores que nosotros. Se acabó el diosolopay amito. Se acabó la esclavitud y la servidumbre. Somos hombres tal como los mestizos, y tenemos que vivir y portarnos como hombres. Y había añadido en su quichua expresivo: *Ali jaris* (varones completos).

Los señores alumnos, caras brillosas de jabón mal usado todavía, crenchas amansadas a punta de agua y peine, oían con el corazón ansioso de liberarse del miedo ancestral al blanco –perdón, al mestizo–, para aprender a ser roscas atrevidos.

El rector tenía la oportunidad de pasarse de las palabras a los hechos cuando salía a Imbaquí. Había que dar ejemplo. Pero el aire aseñorado que adoptaba, era patada en mala parte para los blancos. Se torcían y retorcían

mientras se atoraban con los insultos. Era de oírles en las peluquerías, en las sastrerías, en las oficinas públicas a las que el rector acudía por diligencias correspondientes a su cargo.

El rocoto es insoportable. Le queda viendo a uno, esperando que se le salude.

Anda como señor, el indio verde.

No saluda a nadie.

Semejante prosudo, qué va. Emponchado y bajo ese sombrero no cede a nadie la acera.

Con decirle que ni a las señoras.

Eso cuando va a pie. Si no, solo en carro anda el verdugo, echándonos polvo, como gran señor. Pero dicen que es doctor pes, el runa.

Así dicen, que volvió de los yunaites hecho doctor.

Y al fin, doctor en qué mismo es?

Doctor en mierda pes, como dijo el otro.

Pero yo sí le planté al roscón –contó el síndico. Lotrodía, no me vino pes con señor Galeano? Amo Galeano, rosca atrevido–, le reprendí. Tuve ímpetus de írmele a patadas al rutushca.

Y el amo Galeano era de una ignorancia bermeja, un típico mestizoque. En la cuenta, por ejemplo –decían los mismos compinches del club–, no pasaba del círculo del uno al siete, y eso porque era jugador de cuarenta. A su ignorancia añadía una tontera a tiempo completo, todo lo cual justificaba el sobrenombre con que la gente le conocía: burro angora.

Pero dicen que le han hecho rector de un colegio.

Sí, pero es colegio para indios como él.

¿Y cómo así?

Por la hermana pes. ¿Cómo cómo?

Ques pes. No sabrás. Atrasado de noticias vos ca.

Dicen que la longa de la hermana tiene sus cosas con el general de esta dictadura-de-frente-mar.

Con esa longa buenamozota? ¿Con la Luzmila?

Claro pes. Entrada libre al palacio de gobierno, con pase especial.

No te creo.

Como me oyen. Dicen que le tiene loco la longa.

No te creo hombre.

Que se viene los viernes por la noche a Quinchibuela.

Nóooooooooo.

Pero si se ha visto el carro presidencial aquí, parquiado por más señas frente al salón de las Chaupimuchas.

Eso sí es cierto.

Ve –le explicó al atrasado de noticias–: el chofer le deja a mi general para, y él viene a rancharse.

Con razón que ambos hermanos no pisan en el suelo.

Con que así son las cosas.

Vaya: la misma creación del colegio en Quinchibuela no es sino para teparle la boca al hermano. Eso nomás es, cholitos.

Pero dicen que los profesores y empleados del colegio están que no se aguantan.

Vaya usted a tener como superior a un rosca, a ser mandado por un indio, compadre.

No solo por eso, sino que les trata como a perros, que les despotiza, que les desautoriza delante de los longos de los alumnos.

Eso más.

Que les multa si no le tratan de doctor.

Así que todo el mundo tendrá que andarle doctoriando.

Así es: buenos días doctor, permisito doctor, perdón doctor hablo.

Qué doctor ni qué doctor, indio nomás es.

Anda viendo que hace llorar a las empleadas de secretaría.

¿Y qué diciendo pes? Porque son blancas pes, y el indio es enemigo del blanco.

Algo oí de la hija del Culligo.

Nada pes, que la pobre guambra tuvo que renunciar porque no le aguantó al verdugo del rector.

Este indio es un caso.

Qué laya de indio será este.

La muerte es el rosca.

Pero él ha de pensar, Para eso soy doctor.

Y cuánto provecho ha sacado de andar uniformado de indio.

Dicen que ni para en el colegio.

Es que anda en no sé qué averiguaciones en escribanías y archivos.

**H**a llegado el tan ansiado lunes que me fijé para ir al Archivo de Historia. Tendré que faltar este día al colegio sin permiso del ministerio. Pero no es eso lo que me tiene así, sino el miedo de no dar con los datos que me he propuesto buscar, y de seguir talcualito, colgado del aire.

Me he levantado temprano, me he arreglado de la mejor manera. Mi mujer, en este lunes desacostumbrado, ha preparado el desayuno para los dos. Yo me he servido con sorbos de silencio. Iba a decirle diosolopay, pero le digo Gracias. Recojo mi portafolios. Mi mujer se queda en el espejo. Veo el reloj. Son las ocho y diez, Karen. O.K. Pero sigue. Al fin termina y viene a la puerta, aseguro el departamento y vamos a esperar el ascensor. Los inquilinos de los otros pisos nos estarán curiosiando. Por la manera con que nos aguaitan me doy cuenta –no sé si también mi mujer–, que no se conforman con nuestro matrimonio. Y a mí qué. Llega el ascensor, por suerte, vacío, porque siempre es un problema eso del saludo. Las muchachas de servicio me quedan viendo, esperando, ellas, mi saludo. A mi mujer le dan de malagana los buenos días, será carajo porque está rebajada por haberse casado conmigo. Unas señoras de nylon me contestan con un fruncido de narices. Pero el compromiso es cuando me topo con alguno de los maridos, porque yo queriendo hacer valer la cuestarriba de mis esfuerzos y ellos sus casi quinientos años de cuchí-cara-blan-quisco, nos encaramos sin saludar, y ellos, seguro, irán mascando a boca llena su indioemierda. Llegamos a la planta baja, esta vez, sin un mal encuentro en el ascensor.

Mi mujer me busca la mano y así caminamos hasta la camioneta que me compré para los viajes entre Quito y el colegio de Quinchibuela. Le abro la puerta y Karen entra, me doy la vuelta, subo, enciendo el motor y salgo a la calle a trasmano por donde avanzo hasta la avenida Seis de Di-

ciembre y por esta hacia el sur. Mi mujer va a su trabajo. Mañana con sol. Carros que van y vienen, todos sobre el tiempo. El ruido del motor disimula mi silencio. Mi mujer –que me conoce–, me dice en su inglés Tó-malo con calma, Andrés. Sin pensar, me sale la respuesta en quichua, *Ari*, que ratifico, Yes, claro. Y vuelvo a callarme. Después de unas cuadras, tuerzo hacia la avenida Patria y dejo a mi mujer en la embajada. Antes, me besa y desde la acera me dice bye-bye, con los dedos. Las gentes me quedan viendo y después a mi mujer con más curiosidad. Yo avanzo por las calles asoladas hasta el Archivo. Al llegar a la puerta de la oficina, según el prolijo plan que me he trazado, me saco el sombrero y saludo ni humilde ni estirado, Buenos días, señorita, la señorita me alza a ver desde su escritorio. Buenos, y no termina y cuelga de mí una mirada y una pregunta, entonces le digo a lo que he venido. Sí –dice–, y toda alelada, Por acá es la oficina del señor director, hay que hablar primero con él. Buenos días, señor director, me llamo Andrés Tupatauchi, Mucho gusto, y no no es cierto que tenga ningún gusto porque me doy cuenta que no le cayó bien el trato de señor ni tampoco le gustó mi saludo, tal vez esperó el señor director, sin tal vez, esperó que le salude Buenos días patroncito, buenos días amito o alabado sea el señor santísimo sacramento, que en los naturales de Quinchibuela está reducido al pucho final “cremento”, seguido de “sumercé”. Y no soy yo un natural? Por eso el señor director ¿Qué deseas, hijo? –así de vos y de hijo. Y ve que desenfundo debajo del poncho mi portafolios y que saco un libro, que abro el libro y tomo un papel. Si me hace el favorcito de permitirme el legajo número 298 del año de 1596. Entonces el señor director cambia de pose, me recibe el papel con los datos y se demora en leer, hasta que le pase la sorpresa. Un indio que quiere investigar, ¿sabrá paleografía? Y luego de mala gana, No sé si esté a la mano, porque estamos recién ordenando el archivo. Vea, señorita, llévela al, cómo me dijiste que era tu nombre, Andrés Tupatauchi, doctor Andrés Tupatauchi, para ser –pero a tiempo me rectifico: A sus órdenes, y le suena mi apellido y lo desmenuza:

Tu-pa-tau-chi, como que le viene algo a la memoria pero no atina por el momento porque le ha llamado más la atención eso de doctor y queriendo recordar algo en mí, repite otra vez, Tu-pa-tau-chi. Vea, señorita,

llévele a la sala de lectura y busque el legajo que pide, y volviéndose a mí, Pasa, pase –y se traga doctor–, vaya con la señorita. Yo le agradezco y voy con la señorita a una sala en donde están otras empleadas en sus máquinas. Espere un momento, doctor. Las empleadas dejan de teclear y en ese silencio me miran, me examinan de pies a cabeza como alarmadas porque han oído que me ha tratado de usted y de doctor, y comienza a pesarme el poncho y no atino con mi portafolios bajo el brazo y el sombrero a dos manos, pero algo me tranquilizo al pensar que deben encontrarme sorprendentemente limpio en mi camisa, en mis pantalones que conservan el blanco del calzoncillo, en mis pies con alpargates. Las empleadas se miran las caras mientras yo me hago el que leo algo en los anaqueles y veo que apretando los labios y moviendo de arribabajo la cabeza hacen una seña que significa, Ahí tienes, un indio doctor, y vuelven a sonar las máquinas, y yo me alivio y respiro y tengo tiempo de pasarme el pañuelo por la cara. Y ahora soy yo el que les mira, de piernas a cara. Una de ellas al verme parado en medio de la oficina me sonrío, Por qué no se sienta, y se ha quedado con la frase sin terminar porque se desanima a última hora de añadir doctor, pero como quiera que sea me ha tratado de usted, y me indica una silla con la mano, y yo Gracias, señorita, y me doy cuenta que le hace un no sé qué eso de señorita venido de uno como yo. Cojo la silla y me siento. La señorita que fue a buscar el legajo no asoma. Debe ser difícil encontrar algo en ese terremoto de papeles empolvados, amarillentos, carcomidos. Y pasan los minutos y al fin viene la señorita a espiar en los anaqueles de la oficina en donde me ha dejado. No asoma adentro, debe estar por aquí. Vuelve a consultar el papel que le di y lee para confirmar: Legajo número 298, y mientras busca en los anaqueles le oigo, como disculpa ante mí: Es que el siglo dieciséis está incompleto y en desorden. Legajo número 298, aquí están hasta el 190. Debe estar adentro mismo y veo que se vuelve a la habitación llenecita de anaqueles y legajos con el mismo tufo de humedad y papeles guardados.

Yo me doy cuenta cómo se sienten los que necesítandome se ven obligados a tratarme de doctor. Hay unos mestizos que no se han conformado con que yo, siendo un natural, haya alcanzado un título que ellos qué de qué, y como que me hicieran un favorzote, Buenos días doctor. Otros maldisimulan su envidia y me tratan de “doctorcito”, achicando con el diminutivo mi título que les chinga. A los mestizos engallados les duele en alguna parte mi doctorado, quizá en su hinchazón blanca, en su blanquisquería en blanco. Y ya les estoy oyendo: Cómo mos de soportar pes que un rutushca se haiga hecho doctor, que quiera valer más que nosotros y tengamos que tratarle, qué te parece, de doctor. Pero para salir de su humillación, me refriegan enseguidita, como con piedra pómez, mi apellido indio: Doctor Tupatauchi; doctor sí, pero indio nomás, en cambio nosotros aunque sin título, aunque sin universidad, pero blancos, pero patrones, pero nobles. Sí, nobles brutos –que me disculpen los caballos. Hay todavía otros, los mishos angoras, pelisucos, ojiazules que no me perdonan que yo les haya puesto la muestra, y que sin embargo, me sonrían aunque con una sonrisa amarga, despechada, al tiempo que me dicen “mi dóctor”, pronunciando así, a lo gringo, como en burla de mi título, y con el “mi” soldadesco, como si se tratara de “mi sargento”, “mi cabo” o como queriendo recordarme que, a pesar de todo, sigo siendo la misma cosa de su propiedad, de propiedad del amo-patroncito-sumercé: Mis indios, mis sirvientes, mis conscriptos, mis huasicamas y mi dóctor. Y yo sonrío para adentro, por detrás de mi única cara, cara de palo, cara de piedra, Caspicara o Rumiñahui, que es otra cosa con que les desespero. Como Taita Imbabura, que siempre está con el mismo corte militar de coshco, haga frío o calor, llueva, truene o relampaguee. Vuelta mis alumnos qué gusto tienen de dirigirse a mí llamándome a boca llena Doctor Tupatauchi. Como que fuera suyo el título por mí logrado, como si de algún modo también a ellos les tocara algo, como que tuvieran en mí la prueba papablita de que un natural tan, sin negar ni renegar de ser natural, puede no solo igualar sino mishar, ganar a tantos tontos blanquiscos. Vos sois para ellos, Andrés Tupatauchi, por doctor, su orgullo y su bandera.

Volví la señorita cuando también yo volvía de mí mismo. Traía en sus manos un legajo y en su cara una sonrisa de disculpa. Tomé solo el legajo. Me fijé en el título escrito en la primera página. Era una letra evaporada, escrita como con tinta de tabaco: *“Provança de que don Francisco Topatauchi y don Diego Hilaquita fueron fijos de Atabalipa, señor de Quito, del Peru y del Cuzco, a quien despues de hacerse católico fizo matar don Francisco Pizarro, en Caxamarca, e de estar muy pobres, por lo que piden al rey con que bibir”*.

Sentí un no sé qué al tener en mis manos los folios empalidecidos por el tiempo. Estos papeles habrán estado también en las manos de Francisco Topatauchi. Mi temblequeo creció cuando al virar la primera hoja, con miedo de que se me hiciera pedazos esa como ala de mariposa, encontré en la segunda su firma y rúbrica. Largo rato estuve viendo la letra, rasgo por rasgo, engarce por engarce. El nombre de pila, Francisco, estaba escrito con una abreviatura: Fco. La F inicial aparecía adornada de gavilanes, y un punto grueso después de la o. Topatauchi se leía claramente. El palo de la T mayúscula estaba bien perfilado y tenía parecidos adornos que la F. La p bajaba con un rasgo corto, vuelta la t era alta y estaba cruzada por una raya. Cuánto le dirían a un entendido esas letras, sueltas unas, enlazadas otras. ¿Qué significaba el nombre de pila escrito en abreviatura? ¿Era una manera de achicar la importancia del nombre cristiano postizamente agregado, de despreciar, acaso, la nueva religión de santones y de un dios que había muerto a manos de sus propios hijos –como dijo su padre Atabalipa en Cajamarca–, religión de muerte, de cruces-cuchillos, religión de solo infierno para los pobres, de consagración del crimen de la conquista, de la segregación, del discrimen racial; religión que arrinconó al dios-sol, el alto inalcanzable Inti-yaya? La rúbrica enredada, pero con este trazo fir-

me bajo su legítimo nombre, Topatauchi. ¿era la afirmación orgullosa de su ascendencia real? ¿Deberías vos también adoptar la misma rúbrica como un distintivo dinástico, Andrés Tupatauchi?

Puse mi mano en el mismo sitio en donde también Francisco Topatauchi habrá puesto la suya para trazar su firma y rúbrica. Sentí un nuevo temblequeo. Este temblequeo, ¿significa un rencuentro con tu antiguo golpe de sangre? ¿Significa que los ijares de tu alma se estremecen al husmiar, a través de los siglos, las huellas de tus antiguas pulsaciones? *“En la ciudad de Sant Francisco de Quito a veynte y siete días del mes de marzo de 1567, ante los señores presydenete y Oydores de la Audiencia y Chancillería Real de su Magestad parecieron don Francisco Topatauchi y Diego Hilaquita hijos que dixeron ser de Atabalipa ynga señor que fue destos rreynos e presentaron un escrito de pedimiento ynsertas ciertas preguntas de ynterrogatorio al tenor del cual vno en pos de otro es este que se sigue: Muy magnífico señor don Francisco Topatauchi y don Diego Hilaquita hijos de Atabalipa señor que fue destos rreynos dezimos que nosotros siendo como somos personas principales deste rreyno quedamos pobres e sin bienes ni haziendas ningunos de que nos poder alimentar ni sustentar y bibimos muy trabaxosamente”*.

Ahi había empezado el hambre. Desde el comienzo. Apenas “anocheció en la mitad del día”. Al día siguiente del reparto del rescate, pesando el oro por arrobas. Luego del gran despojo de tierras, *“quedamos pobres e sin bienes de que nos poder alimentar ni sustentar”*. Nos encaminamos a Punyaro. En esa comunidad –habían dicho los jóvenes del comité “Rigcharishun”–, la cosa es como para ponerse a llorar o para comenzar a matar. Vamos a Punyaro, entonces. Por lo menos, oiremos sus quejas, nos sentaremos junto a su pobreza. Ya caminando por los callejones, como si nos hubiéramos conversado, igual que al entrar en casa de velorio, apagamos nuestras voces y el transistor que alguno llevaba afarolado bajo el poncho, sonando los sanjuanitos. Del corredor de una de las casas que daban al camino, salían los gruñidos animalizados de una upa, asustada del todo con nuestra presencia forastera. Con gestos y brazos empujaba a una vieja a hacer algo contra los huairapamushcas. Le entendieron los perros porque ellos se pegaron contra nosotros, como si nosotros tuviéramos la culpa de que permanecieran fieles a dueños tan hambriados. O sería que no nos encontraban en el mismo tufo, en el mismo olor sudoroso y cansado. Esta de-

be ser la casa que buscamos –dije– la casa del alcalde de la comuna.

Esa casa, como las de todos los indios, no tenía portón ni aldabas ni vida-para-adentro y solo estaba a cargo de la alarma de los perros. Me adelanté hacia la culata, porque la mediagua daba la espalda al callejón, avergonzada de tanta miseria a un solo andar. Al acercarme paso a paso hacia el cuadrado de tierra endurecida que hacía de patio, tantí alguna presencia: *Mingachiguay taitá. Mingachiguay mama.* (Ayudaremos, taita, Ayudaremos, mama). A llorar si estáis llorando, a cocinar si mujer está soplamocuando tulpa, a comer piojos si están despiojándose, de mujer a marido, de taitas a hijos, en gradería de cabezas. Y entonces oí que una voz me invitaba a entrar: *Shamuylla.* Ya con el viejo alcalde a la vista, sentado en el corredor, tejiendo un canasto de suro, completé mi saludo: *Causanguichu, taita.* (Has vivido, estás viviendo, taita). Y la respuesta del taita: *Causani miiiii.* (Viviendo estoy), dicha con un desgano tal de la vida, con tal tono derrumbado, que nosotros entendimos: Qué más me queda sino seguir jodiéndome con esta vida que no es vida. Después de eso, de qué valía sentarse en ese velorio, “*quedamos pobres e sin bienes ni haciendas ningunos de que nos poder alimentar ni sustentar y bibimos trabaxosamente*”. Y así era, porque las manos del viejo alcalde que nos acogió en su pobreza, con la sencilla hospitalidad de indio viejo, no descansaron de tejer el canasto de suro, como si fueran carreras con alguien, con la muerte, y no quisieran dejarse ganar todavía y acabar mismo de morirse de hambre. Mandados a llamar por el alcalde, fueron llegando otros indios miembros del cabildo.

Llegaron deshabitados, como almas en pena. Se sentaron mazamorramente en lo que encontraron, en zambos, en el canto de un poyo de adobe, acallambados bajo sus sombrerozcos, silencios como ataud, indiotizados. Entonces nos dio vergüenza de nuestras camisas limpias, de nuestras dos o tres comidas diarias, de nuestro diario alfabeto. Tres de esos taitas se atragantaban con sus cotos de tan briosa carne, como que ahí donde los demás tenemos la garganta les hubieran nacido criadillas de toro padre. Cuando hablaron, hablaron roncacos, gastados, tosiendo cada palabra, carraspiando sin carraspera, cosa que daba ganas de darles tosiendo bien para ayudarles a respirar. “*Provança de que don Francisco Topatauchi y don Diego Hilaquita fueron hijos de Atabalipa. señor del Quito, del Peru y del Cuzco, a quien despues de hacerse cotólico hizo motar don Francisco Pizarro, en Caxamarca, e de es-*

*tar muy pobres, por lo que piden al rey con que bibir*". Eran desperdicios de cinco siglos de hambre. Vivían tan solo por la parte animal, porque todavía mascaban. "Y nosotros pobres a quién vamos pedir nada, a quién vamos contar que tierritas que hizo de hacer comprar el IERAC diciendo, cuando parcelaron hacienda, ya mismo van rematar porque no pudiendo pagar ni carbón ni leña vendiendo ni habitas ni melloquitos ni papitas vendiendo, dejando de comer, ajustamos para pagar". Pagar por tierras que fueron de sus abuelos, arranchadas por el encomendero en robo público, en el que no hay derecho precisamente a reclamar a los hacendados de hoy que venden a sus dueños de ayer, tierras revendidas, requetevendidas, setenta veces siete revendidas. "Y viniendo tan patrón de banco: indios de mierda ya vamos quitar terrenos si no pagan, una lástima va hablando. A guambras tan han mandado botando de fábrica, trabajitos de suro ca no dan ni para salcita, cómo mandar pes guaguas a escuela de dónde para pizarra, de dónde para cuaderno, de dónde para libros, como animalitos nomás están criando. Otros ca ya enterramos tan, de dónde para curar pes. En chagritas entran nomás primicieros, cuentan diez guachos y cosechan uno, en chogllitos, en maicito, en cebadita, en alverjita y si queremos mezquinar, Taitacura nuha de bautizar, nuha dihacer de casar, nuha de enterrar, al infierno tihás dir rosca lambido. Ya ven, tíos, cuánto trabajo para no más de ser pobres".

Regresábamos anochecidos, cuando una flauta nos remató con una puñalada por la espalda. El que así le hacía llorar debía estar desesperado tratando de tapar con sus dedos todos los seis suspiros. Pero el carrizo se iba en llanto. En esa flauta oímos la voz de la raza. Lloraba en la noche con un lloro que llegaba desde atrás, desde una pena amontonada por siglos, con lágrimas que resbalaban por mejillas cangaguosas, con llorido de páramo flautiado por el viento. Se quejaba haciéndonos cargos, como hembra abandonada, sacándonos en cara nuestra vergüenza por el pulso que llevamos, culpándonos de nuestros intentos de despellejarnos de todo lo que somos. Y su queja repetida de disco rayado no era sino que había encontrado un aujerito de polilla y por ahí jurguniaba, jurguniaba, pellejo adentro, hasta sacarnos ese polvito de pena que nos iba desmoronando, ya ibas a decir jodiendo, Andrés Tupatauchi.

La llegada del parte matrimonial de “Mr. Andrés Tupatauchi to Miss Karen Smith” significó un desgarrón para la Mila. En el correo mismo sintió que se le salían las lágrimas. Ya en el cuarto, lloró lloró. En un respiro de reflexión, gimoqueando se enfrentó a sí misma. ¿Quién lloraba al Andrés? ¿Era la hermana a quien le dolía la separación quizá definitiva del ñaño porque ya casado con gringa se quedaría para siempre en los Estados? Por el morderse de labios como queriendo renegadamente aguantarse el lloro, por el despecho con que estrujaba el parte, por el colérico inflarse y desinflarse del pecho, se dio cuenta, coloreando, que las suyas no eran las afectuosas lágrimas de una hermana, sino de. Debía mejor disimular sus sentimientos. Cuando el fin de semana siguiente, aprovechando el descanso de las labores de su oficina, la Mila fue a Quinchibuela y llegó a la casa de sus padres con la noticia, estos la escucharon con la habitual ausencia de sus ojos, en los que, con todo, comenzó a relampaguear algo como susto, pero también con los conocidos pujidos con que solían sacar afuera algún contentamiento. El taita dejó por un momento de tejer, la mama salió de la única habitación (cocina-dormitorio-troje), con los ojos sancochados por el humo, y los dos se quedaron enredados con las miradas. Los hermanos mayores, Juana y Antonio, comentaron en un quichua complacido. Pero después del alelamiento ante la buena noticia, los dos viejos se quedaron intercambiando sus temores. Recordaron el caso del Ángel Farinango, el primer indio y el unquito que se casó con una blanca y a quien toda la parcialidad rechazó cargamontonamente. Pero los tres hermanos pensaron que los tiempos habían cambiado y que ya no era cosa del otro mundo que los jóvenes indios de Quinchibuela tuvieran sus cosas con las gringas. Los sabidos tenían su explicación: Los extremos se tocan –decían. Las gringas y los longos coinciden:

las unas, con eso del sexo libre y “haz el amor y no la guerra”; los otros, con la costumbre aborigen de primero dar la probana. ¿Habrá sido así entre el Andrés y su gringa? – volvió a torturarse la Mila. El parte no fue una sorpresa para mí. Algo comencé a sospechar por las fotos. Primero fueron fotos con mis compañeros. Luego, fotos con mis amigas. Después, fotos con mi amiga Karen. Por último, fotos con Karen y su familia. En la carta con la que llegó el parte, el Andrés trataba de justificarse: Habrá sido mi destino. Destino destino –rechazó la Mila en una de las relecturas. “El destino no existe –había oído a uno de sus profesores universitarios. El destino lo hace cada uno”. Cada vez que leía eso de que Yo no dejaré de quererte, seré siempre el mismo de siempre, la Mila se emperraba aún más. No, él no será nunca el de antes. Nunca más será mi turi, mi pana, mi propio. Me ha hecho ver con gringa. ¿no? Bueno. Yo tan le haré ver con otro mejor que él. Y en una noche de desvelo horizontal y vengativo, la Mila se decidió. Sí, mañana mismo. Recordó el asedio, la babosería del general. Desde que me conoció, desde que fui la primera vez a la mansión presidencial para la entrevista que nos hicieron a los trabajadores sociales que necesitaban contratar para el Patronato Nacional del Niño, cartelaramente dirigido por la primeradama. Yo me presenté porsiacaso. Había visto que otra licenciada indígena de Quinchibuela trabajaba en alguna oficina del correo y muchas otras licenciadas, como profesoras. Yo resulté una de las favorecidas, los otros cuatro fueron mishos. El que me escogió fue el mismísimo general, por sobre la presencia de la primeradama. La explicación para ella y los malpensados y también para la prensa habrá sido que Para eso era un gobierno nacionalista y revolucionario, para hacer justicia a los de abajo, a los aborígenes, para ayudar a levantarse a la raza vencida. Qué mal que me ha sonado siempre eso de “aborígenes” y de “raza vencida”. Pero la verdad es que me di cuenta que le caí bien y que me echó el ojo desde el principio, y desde entonces he sido la escogida para las comisiones especiales, para las visitas a otras ciudades con el general y su esposísima, y a veces solo con el general. Por tres veces he estado a punto de caer. Al principio yo era solo susto. Después me di cuenta que me chocaba la labia literatosa. Algo miha dihaber quedado del odio contra los gorilas que sentí hervir en el pecho de mis compañeros de universidad, algo de los habladijos contra los tigrillos

amaestrados para herir y matar a manifestantes, valientes para invadir los predios universitarios como a país enemigo y quemar libros, destrozár bibliotecas, laboratorios, gabinetes en búsqueda de las “ideas foráneas”. Entendí también que yo era un antojo nomás del general, como servirse una arepa o comerse cosas finas con fritada y “harsto” ají, y asentar luego con una pilsener bien helada y relamerse la jactancia: Le tiré a la longa. Me caía chancha su pinta de soldadito de plomo, su fachita de michelín arropado con la banda presidencial, su risita de segundas intenciones, su uniforme llenito de ananayes oropeles entorchados botones dioro y ese chagrillo de medallas llenando el pecho heroico. ¿A quién le encuentro parecido? A ver, ¿a quién? Ah, ya, a un toremplatado que vi que soltaron en una fiesta de pueblo. Y el general porfia que porfia, queriéndome meter gato por liebre, y yo como que no era conmigo. Y no era que me hubiera estado haciendo la del angosto, no, sino que no quería enguaricharme. Pero, tonta, si es el general, el general-presidente. Y a mí qué. Qué se habrá creído que porque soy. No, conmigo no. Creo que mi rechazo le encaprichaba más. Vuelta las blancas, caían y levantaban, las chullas a lo menos, las busconas andaban banderiándose a la que caiga, con un menie de turumbas. Me daba cuenta que yo era el antojo de generales, coroneles, contralmirantes, capitanes, aunque respetando la antigüedad, porque parece que maliciaban que yo ya tenía algo con mi-general. Y yo arisca como preñadilla nomás, haciéndole desesperar, estirada y creída, aunque india tan o por lo mismo que india. Le he resultado un hueso duro a mi-general. Claro que he tenido que estar en un tira y afloja, ni facilona ni negadora del todo. Me ha dado miedo perder el empleo por consentir o por no consentir. Y si llegaba a darse cuenta la primeradama? Quiso conseguir con regalitos de pacotilla, quiso vencerme con palabritas floripondriadas, y yo ataja y ataja sus manos que intentaban sabrosiarse en mis piernas. Así no me gusta general. Qué hermosos bordados de tu camisa Milita, los bordaste tú seguramente, cómo los haces. Como bien. Y yo ataja sus manos. No no general, así no me meto. En esos ratos me acordaba del Andrés. A él no le hubiera gustado esas malacrianzas. Pero ahura que él me ha hecho lo que me ha hecho, me desquitaré en la misma forma. Hoy es el día fijado para el matrimonio. Me vengaré bien vengada, le cobraré en la misma moneda, si es

posible a la misma hora. Y pensando así, sin darme cuenta estoy llegando al palacio de gobierno, entrando en el despacho presidencial. Coshcos coshcos coshcos, dragones de tarqui, lanceros de yaguachi, –audones calderones, y la caterva de palanquiadores, adulones, chupamedias, y las delegaciones de la parroquia tal y el cantón cual de todos los lados del país, a conseguir la bequita para el guagua, el empleíto masquesea de portero, chapa o pesquisa, y el general-dictador, como en los cuentos de los reyes y emperadores desde el palacio real, repartiendo favores, venias y sonrisas, con esa su caidita de cabeza de reloj a las seis y cinco, qué alhajito el general, una dama el general, un oro, y esa facilidad de palabra que se maneja y esos discursos que improvisa pasandundía, sin papel, todito dememoria, con todos los canales de televisión en cadena nacional. Me han visto los edecanes-percherones, los pajes-al-cuadrar, los rodapieses, y dios les pague me hacen pasar sin los bostezos de la espera. Tendrían instrucciones. Los que han estado esperando desde la mañana, desde ayer, Nosotrus ca dende le semana pasada estamos, me sesgomiran, pero yo paso por entre golpes de tacos y el chililín de las espuelas y después de cruzar puertas y puertas con centinelas armados, llego al despacho del excelentísimo que al verme Venga Ud. (todavía ceremonioso). Venga, señorita Tupatauchi. Y entonces consejeros, asesores, jefesazos, jefecitos de relaciones públicas y de relaciones priva, secretarias y taquimecas expertas en eso del órgano regular, desaparecen como por encanto, obedeciendo alguna seña que yo no veo, y estamos solos, yo y el excelentísimo. Qué sorpresa, diga Ud. en qué puedo servirla, y yo me suelto a llorar y no finjo al llorar como lloro, y el general sintiéndose efectivamente solo, en tono confianzudo, Qué te pasa Milita, y yo sigo guaguayashquiando, y como se desespera por consolarme y quiere que le cuente el motivo de mis lágrimas y no es posible en el despacho presidencial, Vámonos, Milita, a un lugar donde podamos conversar con tranquilidad los dos solitos, y yo me hago la sorprendida y luego la rogada, pero termino diciendo que bueno, y entonces le veo que timbra y por una puerta entra un oficial, se cuadra y recibe una orden que no oigo, y se vuelve a mí y me sonrío y alairito me conduce por unos corredores secretos que dan a un patio con muchas miches flamantes, me abre la puerta de uno de esos carros y le ordena al chofer también uniformado, y

este enciende motores y sale por el portón a la calle entre el presenten armas y tacones al cuadrar y otros soldados paran el tránsito para que salga el carro en el que me dejo llevar ya un poco asustada pero también orgullosa del aparato militar en mi honor y el carro parte con el apuro de mi general y el chofer uniformado por suerte no me hace conversación ni yo le pregunto a dónde me lleva y se me comienza a enfriar la venganza pero ya estoy en camino y nuhay quihacer y tras minutos muy largos de ir por calles y calles el carro vuela por una carretera ya fuera de la ciudad y mi venganza sigue enfriándose y casi estoy arrepentida de lo que estoy haciendo pero al fin va llegamos e una quinta o casa de hacienda y el chofer me abre la puerta del carro y otro uniformado me saluda militarmente y me lleva a un salón muy lujoso con una luz sospechosa y unos sillones más sospechosos todavía y de una puerta sale mi general que ha llegado antes que yo en su carro presidencial con pitadas de pase libre porque había salido del palacio a atender asuntos de estado muy urgentes y me extiende los brazos Qué pasa Milita mi amor me has hecho asustar malamente y yo vuelvo a moquiar. Qué pasa por favor y yo sigo moquiando sin soltar prenda hasta que por fin agravando el lloro desembucho lo que así me tiene. Ah pero eso no es para que te pongas así Milita mi amor mi tortolita eso es para celebrarlo y vamos a celebrarlo no faltaría más y toca un timbre y un uniformado se cuadra recibe la orden y vuelve con un charol con botellas y vasos. Pero es que general. No no, no es para llorar. Pero es que él es mi hermano más querido. Sí sí y por lo mismo, tú, Milita, has de querer la felicidad de tu hermano más querido y vamos a brindar por la felicidad de los novios, salud mi amor, mi huiragchurito, y cuando vuelva, porque una vez graduado ha de volver al país, aquí le daremos trabajo, fundaremos un colegio, un colegio indigenista en Quinchibuela, él será el rector, no faltaría más Milita mi amor mi cushunguita, para eso mi gobierno es nacionalista y revolucionario y ya no más lagrimitas, y consiento que sus bigotes canujientos me raspen las mejillas y él toma que toma Y por qué no te sirves Milita. (Y mientras más toma sus cachetes se van poniendo más redondos más orondos más cachondos). Y cogiéndome del brazo me lleva a otro cuarto y allí una cama y recién me doy cuenta lo que estoy haciendo y quiero dar marcha atrás y ya no es posible y en estos trances yo pienso: Se-

guro que mi general leído y escrito estará recitando “yo me quité la corbata / ella se quitó el anaco/ yo el cinturón con revólver...” Y vuelvo a la realidad y me asusto de dejar hacer lo que está haciendo conmigo y mi pensamiento se va hacia el Andrés.

¿Por qué en esta primera noche de mi luna de miel me pongo a pensar en la Mila? A ratos parece que no estoy con Karen sino con ella. Pero no, mis manos no se topan con sus manos deteniéndome, esquivando la caricia, mezquinando su cuerpo. Con Karen, desde que nos amañamos todo ha sido consentir, dejar hacer, darse. Esta facilidad me ha quitado viada muchas veces. No he sentido ese gusto de estar conquistando, arranchando, shugando. No he vuelto a sentir la satisfacción asustada de estar haciendo lo prohibido, a escondidas. Además, mis ojos encuentran otras diferencias entre las dos desnudeces. En esta entretengo mis dedos de deshierba, mis manos tantiadoras de frutos. No oigo el ruido de alarma de sus gualcas gotiando de oro su pecho. Ni el viento que en el cerro me ayudó a levantarle los anacos ni el eco que gritaba mis propios gritos desesperados.

También le habrá desnudado, así, cosa por cosa. No general, la camisa si que no. Bueno. También le ha de haber amansado así los pechos. Qué vergüenza, general. Le ha de haber metido las manos. No general, así no. Habrá porfiado porfiado. No así general, así no.

Esta primera noche con Karen ya como mi mujer, la cosa es diferente. Hoy su desnudez se queda. Será mi mujer de noche entera. Le veo junto a mí como luna caída en el agua. Las primeras veces le tomaba con el miedo de despertar de un sueño, con el susto de perderle después, con el sobresalto de que eso que me consentía era por equivocada. Éramos dos cuerpos extraños, lejanos, cuerpos que nos encontrábamos en las ganas, unas ganas hinchadas, cabalmente por las distancias recorridas, desde nuestros propios mundos, desde dos razas, dos sangres diferentes. Me gustó desde la primera vez ver cómo amanecía en sus ojos de no-me-olvides, escuchar su inglés incomprendible de esos ratos, pero arrechamente comprensible con el que se mezclaba mi quichua diosolopaguero.

También le habrá tenido como a mí, desnuda. Le habrá curiosiado toda entera, olisquiándole. También le ha de haber besado así, comenzando. Ahí no, general, no ahí. Qué vergüenza, general. También le habrá di-

cho que le gustaba el olor de le gringa, como me está diciendo el general que le gustan mis olores silvestres que le traen su infancia campesina, olores a romero y cedrón heridos, aroma de mi carne primeriza, limpia de colonias y menjurjes y no sé qué otras palabras latosas con las que cree que me está halagando.

Más adelante me contó Karen que una de las cosas que descubrió en mí fue un olor a florestas ignoradas por ella, pero que las adivinaba primitivas, equinociales, parameras. Y yo, todo corrido, pensaba que sería seguramente ese mismo tufo indio que desesperaba a mis compañeros blancos de escuela y colegio, olor a hierbajos, a boñiga, a vellón mojado de borrego.

Si yo huelo a limpio, cómo olerán las blancas que habrán pasado por esta misma cama. Les conocerá a todas y caduna por el olor, por sus piernas, por el tamaño, forma y dureza de sus pechos, por el modo de besar, por la manera de. Que le llame Wilo? No, general. Respeto es respeto. Sí, general, dioslepague. Pero no he poder decirle Wilo. Bueno bueno, veremos.

Qué habrá pensado la Mila de mi matrimonio. A ratos he creído que liha dihaber gustado que yo haya logrado casarme con gringa. Pero lo primero que ha hecho es no escribirme. Entiendo su silencio. Debe haberle dolido, como me habría dolido a mí de haberse casado primero ella. Pero le pasará, entenderá. También entendió al darse cuenta que me había enamorado de la compañera blanca, cuando estudiábamos en el colegio. Sí, le hizo sufrir, se enojó y algún tiempo no cruzamos palabra. ¿Qué les pasa a ustedes, ja? Ni ella ni yo soltábamos palabra. Bravos cro que están, guambras manavalis. Y mamita se quedó queriendo adivinar el porqué de nuestro encaprichado enojo. Después de todo, la Mila entendió lo que me pasaba y hasta sufrió conmigo cuando el descharche. No, Karen, no, no me pasa nada. Pensaba, nada más, Yes, Karen, *ñuco guarmitu* ahora soy tuyo y vos eres mía, somos *cusa* y *guarmi*, para siempre.

Sí, digo *cusa* y *guarmi*. *Cusa* significa marido, y *guarmi*, mujer, esposa.

Está viringo pegado a mi, pierna con pierna, boca con boca. Pero le siento ajeno. Ajenas sus manos que buscan mis rinconadas. Las manos del Andrés acariciaban, acariciaban, me dejaban acariciada. Cierro los ojos y así logro ver la cara del Andrés. Con vos si, Andrés. Con vos si y con nadie más. (Ojó. Diunhecha). Con vos síííí.

Casados, Karen tiene para mí otro olor, otro sabor. Sabor y olor a pan de casa. Así, sus besos. Así, mis besos que pastorean en sus tolas y hondonadas. Pero ya no tienen para mí –y creo que también para ella–, el gustazo de la fruta robada.

Vuelvo a la realidad como cortada el sueño. Qué desobligo. No es el Andrés el que está en mí. Es un extraño a quien desconozco. ¿Y este resoplido? Ah, ya. Era el burro garañón en la pesebrera de la hacienda, cuando pagando al mayordomo llevamos el Andrés y yo a nuestra burrita para que le cubriera.

Karen, tienes que conocer a mi hermana Mila, hacerte su amiga. Tienen que quererse las dos. Sí, es mi hermana, ¿cómo se dice en inglés predilecta? Thank you: favorita.

Algo ha encontrado en mí el general que le ha puesto feliz. Le veo aguaitar al disimulo las sábanas. Claro, así fue el dolo-ardor. Habiendo comprobado, vuelve a sus besuqueos, a los retazos de sus poetitas leídos en sus ratos libres en el cuartel, entre partido de volley y partido de volley. Le oigo que me dice que soy su virgen del sol, su América virgen, su virgen ñusta y no sé qué babosadas más. Esto se asienta, Milita, mi primer coquito, mi uniuquito. Esto se asienta, mi amor. Y suena la salva de una botella de champán. Y es tal su felicidad de puerco con gusto que capaz que regresando al palacio ordena una salva de cañonazos. Vuelta yo me siento mal. No llores, virgencita mía, mi vasija de barro, mi polvo enamorado.

Bueno, Karen: yo te encontré como te encontré, paro de hoy en adelante, yo soy tu único hombre. Está bien, te tomo la promesa.

Qué pobre cosa mi general descascarado de su uniforme. Puro ish-papuro, colgajos de cebo, cuiquería de várices en las piernas, lacras y lamparones en las canillas, guaipe sudado en el pecho. Ahora mis lágrimas son de asco, de arrepentimiento.

Sí, Karen. Bueno, te diré en tu lengua una vez más:

*I love you.* Pero también en mi lengua para saborear lo que yo te digo y siento: *Juyani mi canta.*

Bueno, general, ya no voy a llorar más. No gracias, no me gusta tomar. Sí, ni siquiera champán. Asiente nomás usted. (Y le veo beber un vaso, otro vaso y otro). Ya quiero irme general. Ya es muy tarde.

Ahora te vistes. Dos ojos aliviados te miran aguardentosos, mientras te fajas el anaco y tratas de arreglarte el pelo y luego te vuelves a mirar lo que vas dejando en esa cama. Sí, tienes razón de sentirte como te sientes. Ya vas camino de tu cuarto. A más del chofer te acompaña un capitancito. Debe ser el sabedor de los secretos de verija del general. Te hace la conversación con una sonrisa confianzuda y picarona que no te gusta, aunque te tranquiliza notar que se aguanta porque ahura ya sois la propiedad privada de su mandamás. Se te hace muy largo el camino de regreso. No quieres conversación, aunque los silencios se hacen más vergüenza para vos. Al fin llegas. El capitancito te abre la puerta del carro, se lleva la mano a la vicera por tu grado de generala y oyes el golpe de sus tacos militares y ves que te sonríe con una mueca con la que te dice Yo sé lo que vienes haciendo. Y vos por primera vez agachas los ojos y le das las espaldas y corres y entras en tu cuarto. ¿Y ahura? Y ahura qué. Que la culpa es del Andrés. No hay tal. Vos misma te buscaste esto. Vos, con tus propios pies fuiste a entregarte. A nadie puedes echar la culpa. Que querías hacerle ver al Andrés con otro mejor, que querías desquitarte, cobrarle en la misma moneda? ¿Por qué? El Andrés podía casarse como se ha casado. Tienes razón de sentir la vergüenza que sientes, de atormentarte con esa espina de penco clavada en tu remordimiento. Tendrás que pedir cambio. No podrás seguir trabajando con la primeradarna. No podrás concurrir al palacio con cara limpia, a alborotar el gallinero, sabiendo que en todos vas a despertar unas ganas, ahura ya sabes en donde. Te mirarían de otro modo. Habría sonrisitas a tus espaldas imaginando tus nalgas ya sabrosiadas, antojos de también probarte en orden descendente de grados militares.

Dos o tres años más tarde, la Mila ha de recordar a este capitancito que la llevó hasta el cuarto, porque tumbado el general para ser reemplazado por otro de los mismos y cuando solo era un trágico desgualingamiento de marioneta aflojada por los hilos del destino, este mismo capitancito, girasoleando en torno al nuevo dictador al igual que toda la milicada, pretenderá tenderle el ala. Y la Mila, que a pesar de todo no habrá perdido su dignidad, ha de pensar, Qué se ha imaginado, coshco infeliz.

**P**erdón, señor rector, le buscan –le dijo la secretaria entrando en el rectorado en una actitud de subordinada al revés.

¿Quiénes? –sin levantar los ojos de unos papeles que tenía sobre su escritorio.

Son unos indiecitos.

¿Qué quieren?

Hablar con usted. Les dije que estaba ocupado, pero insisten.

Hágales pasar.

Entraron en manada y en seguida apestaron el rectorado con un agrio vaho de alpargates y pelambre de animales en susto. Eran naturales de las comunas que ponen a solear sus pobreza en torno a la laguna.

Los de San Miguel, Pilchibuela y Tocagón sobreviven tejiendo totora. Se los ve, acogotados bajo los rollos de esteras más grandes que ellos, que llevan a la feria de los sábados en Imbaquí o los enfilan al borde de la Pana. Eso, los que han heredado de padres a hijos, desde qué tiempos, uno como instinto de araña para tejerse un atrapador de migajas de vida. Los otros ya ni siquiera sienten su infelicidad, atragantados como están de cotos. Sin embargo, estos afligidos son los obligados priostes de San Luis Obispo que el 19 de agosto en punto alborotan la paz del año entero con volaterías, camaretas, banda de músicos y un mes de borracheras, todo bajo la bendición del párroco, pastor al pie de la letra, quien los deja bienaventuradamente trasquilados.

Nosotros pobres aquí viniendo a molestar, doctorcito.

Antes, al saludar se habían hecho un ñudo sin atinar cómo tratarle. Bien decían que era jodido saludar con él. Uno no sabe cómo comenzar. Viéndole con guango y poncho ca, ganas daba de decirle tío Andrés. Pero

más tiraba a patrón, sentado como estaba en sillón de rector, mandando como a criados a empleados blancos. El que habló se decidió a hacerlo trapicheando el sombrero entre sus manos y con el humilde trato de doctorcito. Los otros, también desombrerados, tan solo reforzaban el pedido con un fondo mugidor de pordioses. Sabían a que árbol se arrimaban. Por la Mila pes. Ella tan dentradora que dentraba nomás hasta el despacho del amo-general-dictador, le pedía lo que quería y el amo-general-dictador le daba nomás gusto en todo.

Aquí viniendo a molestar, doctorcito.

Sí, ¿de qué se trata?

Este favor has dihacer.

Pordiós doctorcito –intercalaron los demás el mugido implorante.

El doctorcito se quedó esperando que hablara el que hacía de cabeza.

Verás, doctorcito, blancos ca queriendo quitar tierras están pes.

¿Y qué diciendo?

No sabemos tan, doctorcito.

¿Dónde quedan las tierras que les quieren quitar?

En la orilla de laguna pes, nosotros ca de Calpaquí somos.

Los de Calpaquí habían cavado su propia ruina al ayudar a construir los terraplenes del ferrocarril del norte, hechos a puntemingas, ya dentro de las lindes imbabureñas.

A ellos, en el día de la distribución de oficios, les tocó el de bestias de carga. Lo que la mula, con ser quien es, no soportaba en sus lomos, soportaban en los suyos los indios guanderos de Calpaquí. La lerdona construcción del ferrocarril hizo que su inauguración resultara pasada de moda. Sin embargo, los blancos la festejaron con una alegría que los guanderos no entendieron y se sentaron a ver pasar a su retumbante hambreador. Hasta entonces, ellos habían transportado, desde Quito hasta las provincias del norte, todos los trapiches, las plantas eléctricas, los telares para las fábricas textiles, los automóviles, los camiones, toda clase de máquinas. De otra manera, cómo pes. Los traían en guando, por el camino que bordeaba las lagunas de Mojanda y después por el de Curubí. Ocho, diez, doce indios amarrados a los travesaños laterales, cientopiés sincronizado con el paso acompasado, pac-gluc, pac-gluc, hundiéndose hasta las rodillas en los camellones atorados de lodo.

(En la parte más alta de ese camino ha de haber tenido lugar la escena que dicen contó el ilustre González Suárez –ilustre más que ilustrísimo. Y a propósito, me acuerdo que el profesor de castellano que daba clases en esa facultad contradecía la teoría del superlativo: “Debemos aspirar a que algún día se nos trate de excelentes y no tan solo de excelentísimos, porque en nuestros países subdesarrollados en los que la única cosa desarrollada son las dictaduras, cualquier cacaseno de general se encabrita y, ¡suas!, excelentísimo (y) señor presidente o señor ministro o señor director”. Pero lo que dicen que González Suárez contó a su Vicario, en sus escasos momentos confidenciales, es la escena que tuvo con el indio que le servía de paje en uno de sus obligados viajes a Quito, desde la sede de su obispado, en Ibarra. Cuando habían llegado a la parte más fría del camino, el santo pastor, sacando de la alforja la caminera, le dijo: “Oyes Melchor, qué tal si te tomaras un buen trago de coñac”. Y el indio relamiéndose los belfos de la bestia que oye ya el murmullo del arroyuelo: Ele, amitobispo, habiendo algún cojudo que dé ca, tomáramus numás).

El caso más conmovedor era el de los enfermos que eran llevados a Quito y el de los pianos que eran traídos desde Quito. También venían quejándose todo el camino. Pac-gluc, pac-gluc, pac-gluc. Desde la madrugada hasta el anochecer. A veces los guanderos anochecían del todo en la muerte que bostezaba, abajo en el abismo. Entonces agonizaban ahorcados junto con los estertores musicales que quedaban cerdeando en el silencio paramero, como moscas quereseras.

Vuelta nosotros ca de Guajinro somos, pero tierritas que quieren quitar ca en orilla de laguna están.

¿Y quién les ha dicho que les van a quitar las tierras?

Blancos vinieron con chapas a choza: Ve, runa, vamos comprar tu terreno de orilla de laguna –dejaron diciendo.

¿Dijeron por qué, para qué?

Guajinro. Al pronunciar este nombre sentía que le campaneaban sus interiores. Durante su permanencia en los Estados, repasaba la geografía de la nostalgia y siempre se quedaba con este nombre en la boca hasta quitarse lo amargo. No sé, pero desde pequeño le gustó, desde que lo oyó por vez primera. Hasta pensaba que a Quinchibuela más le hubiera

quedado el nombre de Guajinro. Por eso, una de las primeras visitas del comité fue a esa comuna. Los acompañó Karen. De rato en rato, para no mantenerla discriminada, se volvía para ponerla al tanto, en inglés, de lo que iban conversando. Ella, ya enterada, les sonreía con retraso. Guajinro era otra de las comunas en desgracia. A ellos les quitaron su oficio las tenerías. Habían sido curtidores y entonces vivían de vender suelas. Pasando un mes, iban a unos bosques lejosos, por solo ellos conocidos, allá, por los cerros de occidente, descascaraban en sangre la corteza de unos árboles y volvían cargados de “casca”, roja de tanino. Cargaban también desde el despostadero de Imbaquí, hechas unos cuantos dobleces, las pieles de buey. Cuando los del comité “Rigcharishun” llegaron a una de las casas, encontraron, ahí, los enormes pondos ya inútiles. Enterrados a la intemperie eran como cuencas vacías que se hubieran quedado mirando fijamente el cielo. Todavía salía por ellas una mirada agría y sucia.

Y ahura, taita, de qué vivimos.

El indio achaguarquerado, asimismo con la cabeza enflorada, hizo un ruido de comienzo de risa que se quedó en la garganta, como que intentara reírse amargamente de su suerte: De nada pes, tío, así nomás vivimos muriendo.

Una india daba un zambo contra una piedra de moler.

Sonaba como debe sonar un cráneo hasta que se le saltaran los sesos. Después fue manoseándole las entrañas en cuya blancura hurgaba las semillas negras. Creyendo que para algo malo habían llegado a la casa de taita –Regorio Burga llamamus nusutrus ca, tío–, se asomaron orejeros unos vecinos. Intentaban una sonrisa de disculpa, más que por metiches, por la deformidad de sus cotos. Las puntas de sus ponchos buscaban ya la tierra. Inclusive ya hedían antes de podrirse. En medio de un cebadal, un espantajo hacía malas señas a las tucurpillas. Los infelices se habían desvestido para vestir un espantajo. Quedaban después de todo tan iguales.

Me había descuidado un momento de Karen cuando le vi que doblándose corría a esconder su náusea detrás de la choza. Le seguí y le vi agacharse y vomitar. Pero yo si le advertí. Todo le conté. Ella insistió, porfió. Nuestra llacta no era solo el paisaje de laguna y garzas de azúcar. Y el compromiso era también para mí, porque ahimismo se notaba que ella no

era de las nuestras. Era una escucha que yo había traído para que nos estuviera asquiando. Cuando se alivió, alzó hacia mí su palidez y su I'm sorry. Por favor, el indio no es tan solo la tarjeta postal de los tejedores de Quinchibuela, a los que los mestizos llaman envidiosamente guarangueros porque brincando por sobre todas las trancas, esquivando todas las zancadillas que ellos nos ponen, cayendo y levantando, hemos dejado de vivir en chozas-nidos-bocabajo, hechas, asimismo, paja a pajita, con goteras que te caen en la cara en mitad del sueño o puyazos de sol azulados de humo. O porque ya algunos manejamos nuestras propias camionetas, herramientas de trabajo. Entonces.

Esa tarde subía por la calle-riel de Imbaquí manejando mi folleque. Iba a una diligencia. Al avanzar por la cuadra en que está la agencia del banco vi que en dirección contraria bajaba un carro. El que manejaba –pensé–, debió quedarse a su derecha, detrás del último carro estacionado, porque yo tengo derecho de vía. Pero no, siguió. Ese es un mestizo –me dije–, conoce tu carro y te quiere hacer un problema. Pero yo tengo derecho de vía. Mantuve aplastado el acelerador y seguí. El otro hizo lo mismo y nos enfrentamos. Fijo que al comprobar mi guango esperó sumercémente que asomara en mí el indio y retrocediera para dar paso al patrón, pero como yo me mantuve en mi derecho de vía, según él insolentemente, indioemierdamente, comenzó un furioso braceo ordenándome dar retro. Yo le quedé viendo cómo le gelatiniaban los cachetes. Esto le enfureció más todavía, porque mediocuerpiando ventanilla afuera, ya me soltó algo con una grandísima. Yo seguí gozándome en esas iras tan gamonales. Cierto que él tenía detrás de su carro otros tres más, y yo era el único que por mi lado les atrancaba. Entonces todos los conductores a la bocasucia añadieron sus pitos desaforados. Es una retreta en tu honor –pensaste, Andrés Tupatauchi. Los de las peluquerías y salones de ambas aceras salieron a las puertas y al darse cuenta de que era yo el que había producido el embotellamiento comenzaron a ayudarles con señas y boca. Y yo, firme en mi derecho de vía. Hasta que el chofer de uno de los carros, el del taxi, un mestizo blanquisco, se bajó y se acercó como perro bravo hasta muy cerca de mi carro y me ladró:

¡Anchuri rosca!

Y yo, firme en mi derecho de vía, le devolví el insulto poniendo en mi cara el mayor desprecio que pude. Cuando ya les hice entender que yo no era el indio acogotado, el indio-amito-sumercé, por mi cuenta y porque me daba la, miré hacia atrás por el espejo y empecé a dar retro. Al llegar a la esquina, no es que les di paso, sino que me fui por la transversal con toda la furia de mi motor. No me acuerdo cuántos días pasé remordido en mi silencio, sin querer ver a nadie, ni hablar con nadie, menos con un mestizo. Cuántas madrugadas me recordarla con ese grito apedriándome. Entonces, en el colegio, Mire chofer déme comprando papel higiénico, A ver inspector Guevara, porqué no me pasa ese informe, Señorita secretaria, está usted multada por atrasarse.

Karen no tenía la culpa de descomponerse así. Claro, ella acostumbrada a su casa a todo dar, con el piso alfombrado, con su refrigeradora llena, con su lavadora aspiradora abrillantadora lavadora de platos teléfono televisión modess modish, no soportaba.

Es que ha sido asquienta, la pobre –oí que le compadecían.

En un compadreo de la cámara edilicia, con las más altas miras patrióticas puestas en pro del adelantamiento de Imbaquí, en unánime esbirismo, habían resuelto adjudicar graciosamente sendos lotes de terreno a las tres ramas de las Fuerzas Armadas en las orillas de la laguna, para que en ellos construyeran sus respectivos casinos que servirían de lugar de descanso y solaz a la oficialidad del aguacero de estrellas.

Oh lo que iba a progresar Imbaquí.

Nuestra laguna se convertirla en un lago suizo.

Como el lago de Zurich.

Igualito a Acapulco.

Tal cual Miami Beach.

Como Capri.

Como la Costa Azul.

Como el Mar Rojo.

Todos eran muy viajados, los generosos con cosa ajena.

–De modo que crees que han hecho una buena cosa.

–Claro que sí.

–¿ Crees que es justo que para levantar tres palacetes destinados a

farras y divertimento de los milicos se deba despojar a los infelices de sus chozas y pegujales?

–Nada de despojarles, se les va a pagar y bien pagado.

–Auncuando así fuera, ¿no tienen miedo que ocurra un nuevo levantamiento?

–Y te acordarás también que por culpa de los indios alharaquientos nos quedamos sin el gran muelle-hotel que se proyectaba construir.

–Pero contesta a mi pregunta, ¿crees que es justo hacer eso con los pobres indios? A ver, curuchupa, ¿te quedaría bien que te hagan eso a vos? Que con el fin de levantar casinos de diversión para los militares de alto mando declaren de utilidad pública la manzana en donde está tu casa y te echen trapo afuera, pagándote bien pagado como dices?

–Si fuera para el bien de Imbaquí, ¿por qué no?

–No te hagas, ya te quisiera ver quitado tu casa. Y qué bien esperan para Imbaquí los cabildantes que se proponen hacer ese regalito?

–Se necesita ser un cerrado como vos para no ver el progreso que eso significaría.

–Cuál, por ejemplo.

–Dicen que nuestros hidroaviones vendrían directamente de Salinas a nuestra laguna.

–Ve, curuchupa, los hidroaviones tendrían que volar primero a nuestros ríos del Oriente, a defender lo poco que nos dejaron.

–Se entiende que vendrán los que estén francos y en días de vacaciones.

–Y aún así. A ver, ¿qué beneficio concreto nos traería eso?

–El incremento del turismo, pues, hombre. Tendríamos una corriente de turistas, estos dejarían buena plata y se mejoraría la economía de la ciudad, del cantón, de la provincia.

–Pero, qué inocente sois. La construcción de tres suntuosos edificios, casinos para cada una de las tres ramas de las fuerzas armadas, ¿cómo va a incrementar el turismo y cómo va a mejorar la economía de la ciudad, del cantón y la provincia?

–Porque siempre estarían llenos de visitantes que dejarían unas buenas entradas. Oyes pendejo, tu tontería sí que es inconsútil.

–Bueno, “Pega pero escucha”: ¿no has pensado que esos visitantes

traerían todo de sus propios comisariatos? ¿Whiskys? Los más caros. ¿Vinos? De todas las marcas. ¿Comestibles? Enlatados extranjeros, caviar de la misma Rusia. ¿Orquestas? Las más cotizadas. Y cercarán las mansiones y en las vías de acceso te pondrán unos letreros grandotes: ZONA MILITARIZADA. ENTRADA PROHIBIDA. HOMBRES TRABAJANDO.

Oiga, creamé: se les está haciendo un daño a los indios con eso de civilizarlos. Ellos son felices como están. Sí, creamé. Chupó su cigarrillo con todas las fuerzas de su convencimiento. Porque vea usted lo que está pasando: en el colegio se les aconseja cepillarse la dentadura y usar dentrífico y se les comienzan a podrir los dientes; dejan su tostado y sus yuyos para comer con aseo y manteca y se llenan las tripas de una mar de bichos; los que van al colegio y la universidad se vuelven comunistas y las longas estudiantes que ya usan calzonario se hacen putas. Les estamos jodiendo a los indios, creamé. Y ellos, a su vez, nos joden. No ve cómo el rosca del tal doctor Tupatauchi ha echado a perder el proyecto de los casinos en la laguna? Se ha de haber movido duro y feo la longa posmona de la hermana. Eso, como estar viendo.

Chaquiñán abajo, cerca de la laguna, estaba la choza del Tiburcio Tocagón, tejedor de esteras. Su hijo menor se llamaba José. Seis años tenía el Jusico en sus cachetes quemados por la tostadura del frío madrugero, pero desde los dos gorjiaba vivo vivo en su quichua. Como locro nomás le hervía la boca al Jusico. Taitico había ofrecido llevarle al otro día a Imbaquí, el pueblo de los blancos. Una hora de camino. Esa noche, el Jusico se recordó varias veces para preguntar al cielo si ya había clariado. En la madrugada ya de gorjeo, se despertó asustado. La mama Rusiaro se había levantado temprano a moquiar soplando la tulpa, antes mismo que los huiragchuros comenzaran a silbarse para ir, en jorga, a picotiar las mazorcas. No dejaban nada, pishcos jambrientos. Al salir de la choza ahumada de boñiga, el Jusico bostezó abriendo la boca del porte de la laguna que había estado ya cuantá despierta y temblando, la pobre, de frío. El Tiburcio se había pasado todos esos días, de lucero a lucero, teje que teje las esteras. También el Jusico había aprendido a tejer aventadores. Sus manos sin juguetes solo jugaban con la totora de longo trabajador. Cuando faltaba material, el taita madrugaba a la balsa de totora, se acomodaba bien, hincándose, y con el canalón iba abriendo huecos en el agua a uno y otro lado, como guacaba de chulla ala. Él le seguía con los ojos chapándole hasta que se perdía en los recodos de la tembladera. A la tarde, orillando orillando, regresaba con un guango de totora que ebria al sol de muchos días. Y seguía la tejedora de esteras y más esteras hasta tener un rollo muy grande. Esa madrugada, el taita pujó pujó hasta levantarse cargado del enorme rollo. Cuando comenzó a andar, le cogió un trotecito incontentible. *Jacu* (vámonos)–le dijo–, hormigamente desaparecido bajo el sobrepeso de la carga. El Jusico le siguió tras tras, moldiando en el lodo sus pisadas de perrito patalsuelo. El frío se hacía sudor en la frente del taita y sor-

bo y más sorbo en la nariz del longo. En su llullo pensamiento no atinaba a adivinar dónde mismo vivirían los blancos. Solo los había visto pasar por la carretera, como el viento en el ronquido de los carros, pero nunca había tenido cerca a un blanco. Nomás el taita les insultaba ¿por qué será? cuando bramaba sus borracheras. Después de una largura de jadeos y descansadas, por fin vio desde la loma, allá abajo, una manada de casas. Imbaquí –pensó sin preguntar al taitico, ahura más que nunca sin pronuncia de puro cansado que estaba. Cuando iban por las calles, él solo tenía ojos para los guachos de casas, oreja para la bulla, corazón revolotando como pishco enjaulado. Como rabo le siguió al taita hasta la feria. Solo ahí descansó pobre taitico la carga de esteras. Fue entonces como si hubiera levantado una piedra y encontrado un hormiguero. Así se vio en medio de blancos y naturales. Primera vez que temblaba al tener cerquita a los blancos. Los espíaaba asustado del todo, escondiéndose tras de taitico. Poco a poco les fue perdiendo el miedo y entonces paró la oreja a lo que decían. No entendió nadita. Pero le pareció que hablaban tan bonito tan bonito, como canto nuevo de pájaro nomás. Alelado los siguió oyendo. Guambra manavali, ni ayudando tan. De una en una, el Tiburcio vendió todas las esteras y guardó la platita en la shigra. En el camino de regreso, sin importarle el hambre, el Jusico se hizo pura pregunta en el hábil parloteo de su quichua. El taita tupido en las cuentas de sus esteras, apenas tenía oreja para las preguntas del Jusico:

Taiticú... Taiticú...

¿*Ima niari, guambra manavali?* (¿Qué dices muchacho que no vales?)

*Taiticú: Misho cacpi, ñucapash rimashami misho shimita.* (Cuando yo sea blanco también he de hablar como blanco).

Mmmmm

El taita tan solamente le gruñó. No quiso quebrar el cristal de agua de ese sueño de guambra manavali. El longo, con las mechas salidas por los huecos del muchico, sorbe que sorbe la ñata, seguía fregando la pita:

*Taiticú: Misho cacpi, ñucapash rimashami misho shimita.*

Q ueda teg-mi-nan-te-men-té pro-hi-bi-do dag alojamiento a gringás acompañadés de indigenós. Comprennez-vous? No quiegó más inmogalidádés en este hotel –instruía la propietaria a sus empleados. Estos reaccionaron de diferente manera. Las camareras: Ya sospeché hemos algo, pero recién nos explicamos eso de encontrar lo que hemos estado encontrando al arreglar las habitaciones que habían sido ocupadas por gringas. Los empleados de admisión, sintieron que se les iban las propinas en dólares. Yo soy francesá pogsiacasó –prosiguío–, pegó como mujeg, me sentó aveggonzadá al descubrig lo que han estadó haciendó las ameguicanás. ¡Y en mi hotel! Amanecegsé algunás no con un indigeno solamenté, sino con dos. ¡Oh, mon Dieu! Es el colmó. C'est ne pas posible. C'est ne pes posible. Y cómo ustedés han estedó pegmitiendó hacceg estó? Los empleados se lavaban les manos: No nos explicamos, madama. Luego, uno de ellos les contaba: Esta mañana, la madama había empujado la puerta de una de las habitaciones, creyéndola desocupada y –según dijo–, había sorprendido muy fragante a una gringa en medio de dos longos. Los veladores se peleaban los turnos de los viernes por la noche, días en que hormigueaban los turistas en Imbaquí. Y eran hormigas coloradas. Se creía que era tan solo por la feria de los sábados puntuales. Ya no era cosa del otro mundo que los longos de Quinchibuela, El Cardón, Monserrat hicieran eso con las gringas. Así como cuentan que en Suiza los turistas están acabando con los mansos cencerros de las vacas que se los llevan como souvenir, en Imbaquí se decía que las gringas estaban acabando con los longos. Nada pes. Que se les había dado por ese nuevo hobby. Están haciendo la rial con los longos. Los que eran alumnos del colegio nocturno de Imbaquí, los viernes por la tarde ya era sabido, salían de sus casas bien bañados y sin los útiles que esa noche les resultaban inútiles. “Vamos a buscar vida”, dejaron diciendo –daban razón a los taitas las vecinas. Se des-

pertaban el sábado en los hoteles con el alba de los cuerpos gozados. Los buscavidas regresaban de uno en uno, ojerosos, ajados, pero relamiéndose el sabor a gringa, como guagras después del abrevadero. Se contaban las picardías que les habían hecho, las cosas nuevas que habían aprendido. Hijó, que brutal la de anoche. Para eso la mía pes: me enseñó una nueva postura. Contá contá. Pagá para contarte. Terminaban también contando la plata que se habían hecho, en sucres, en dólares. Ve, harís de estudiar, no vaya a ser que te carguís el año, longo manavali –aconsejaban las longas celosas. No mos de ser tan manavalis –se jactaban los longos cebados–, que gringas contentan. Y ellas, las longas, se lamentaban: Ya probando gringa, qué tan han de querer con nosotros, las naturales. Y a vos, ¿cómo te fue, Efraín? Ni cuentas nunca nada. Él solo oía con la cara impenetrable las jactancias de sus compañeros de aventuras. Solo él sabía porqué hacía lo que hacía con las gringas. Yo no por vicio ni picardía. Yo no por paga. Por eso escogía de entre las gringas, en lo posible, la que más se pareciera a alguna de ellas. Y entonces no esperaba que le propusieran, él tomaba la iniciativa y eso de la paga no le importaba y hasta le hacía sentirse mal. Y en esos ratos mismo, actuaban con furia, haciendo cuenta que era la carne de alguna de ellas. A las gringuitas les gustaba su estilo, su agresividad de macho. alguna quizá pensaría en un delicioso sadismo, sin entender que era una manera de desquitarse, de cobrarse una deuda de sangre. No pude mismo con alguna de las hijas, aunque me pasaba días y días aguaitándoles, tendido en los potreros, raposiando las noches en los jardines de la casa de la hacienda, pero se me hacía que algo me vengaba con esas hembras, asimismo blancas y bermejas y zarcas. El hijo de mi hermana había sacado del padre algunas mechass bermejas y los ojos como de trival tierno. En mis adentros, me sentía orgulloso de mi sobrino porque tiraba a blanco y, a ratos, por eso mismo le odiaba. Pobre media-sangre. Al principio, mis taitas y hermanas tuvieron que decir que era, por catiro, hijo de Taita Imbabura. Y yo también, muspa como era, me había creído. Después supe, carajo, que fue el patrón de la hacienda el que le clavó el guagua.

**D**e esos amores de alquiler –a tanto por longo y por noche–, se formó una pareja de amor. Desde el principio el Chivilo se dio cuenta que la gringa era diferente. No atinaba él a explicarse, pero le pareció, desde cuando se insinuó con una sonrisa, que no era una gringa para la aventura de una noche. Tal vez por su manera de ser, de mirar, la forma como se desnudó y luego se entregó. En efecto, después de la gozadera de esa primera noche, cuando al amanecer, él se disponía a escabullirse, ella le abrazó por la cintura y le invitó a quedarse. Por vez primera en esas aventuras de fin de semana, ella le preguntó su nombre. El le dijo que Fermín, y ella que Elizabeth. Pero llámame Ely, le pidió. Ely –endulzó él su boca. Sonrieron. Los dos comprendieron que era la insinuación para un nuevo comienzo. En un momento, Fermín vio la aurora filtrándose por las hendijas de la ventana y por las pestañas de Ely. Aras del sueño, pensó él: Por fin con una conocida.

Se despertaron con el sol ya maduro. Cada uno disimulaba su propia inquietud pensando en la forma en que él, ya cogido por el día, podía salir de la habitación sin hacerse problema con los escrúpulos moralizantes de la propietaria del motelito, que, con todo, tenía hijos de diferentes huéspedes. Se escabulleron, uno por uno, y se encaminaron hacia un salón, concurrido por gringos de todos los pelambres. Allí, mientras comían, plañearon. Salvaron las dificultades del idioma con más señas que castellano. Ella se quedaría en Imbaquí. Buscarían una casa de arriendo. Y como él le dijese que era tejedor durante el día y que estudiaba en un colegio nocturno, ella le apoyaría para la compra del material. Todo se les facilitó. Encontraron unos cuartos en la casa de un tejedor que vivía en España, ya unos tres años, dedicado al comercio de los tejidos de Quinchibuela. En una de esas habitaciones, luego de unos días, Fermín armó el telar que su madre no quiso ni por nada que desarmara y se llevara. ¿A dónde? ¿Por qué?;

*Maiman ringui?* (¿A dónde te vas?) –le preguntaba ante el resuelto silencio del hijo, a quien alguien sacaba cuarto aparte. Y había añadido el reproche final: Longo manavali, queriendo amañar croque está pes.

En ese hogar imprevisto, los dos formaron una pareja de amantes locos. El tenía en ella una muñeca. Ella sí, mama-niña-bonitica, cosa-asia-da, ojitos de borraja, carita de amapola, pelito de orlón en trama, por entre el cual aleteaba, como tórtola atrapada, su corazón. Le gustaba desnudarla y de rodillas olisquear en el cuerpo desnudo aromas de choclo descatulado, acariciar pelitos de choclo descatulado. Primero la saboreaba a besos, a todo lo largo, sin dejar un granito. Ella a su vez, en el sexo de Fermín encontró un idolillo incaico, hecho de barro vivo, palpitante. Hinchado de caricias le recibía en su carne abierta. Y en los revuelcos de ese oleaje desesperado, ella se asía de él, de sus espaldas y se agarraba a dos manos del guango eréctil, como de una deliciosa réplica. La nueva pareja híbrida motivó las hablaturías de los de Imbaquí. Los veían pasar en tan íntima despreocupación que las mujeres no podían callar su despecho:

Gringas asquerosas, medidas con longos.

Qué encontrarán pes en ellos.

La maldad pes, bonita, la maldad.

Y dicen que ellas les pagan, ¿Cierto será?

Así dicen. Si ahura los papeles están cambiados, amamía.

Los jóvenes mestizos, al verlas pasar culipandeándose, ford-midables, yapaditas, no se explicaban:

¿Qué tendrán estos longos que se consiguen gringas? Son ellas las que se consiguen o fletan su longo y no quieren saber nada con nosotros.

Malhaya mi poca sangre blanca. No hay duda que nosotros los blancos andamos devaluados, cholitos.

Blanco vos. Ni el de los ojos pes.

Y cómo ese meneo roba la mirada, aunque no se quiera ver.

A esta gringa sí taitadiós le ha dado con tontera y todo.

Los viernes y los sábados era mayor la afluencia de gringas a Imbaquí. Los jóvenes se regodeaban desnudándolas, al paso, con los ojos. Muñequitas made in USA, embutidas en blujines, asimismo pelirrubias, ojiazules, dormilonas. Buscando parajes para el amor al aire libre, una maña-

na subieron loma arriba hasta donde vivía el lechero centenario, el árbol totémico. Primero se les fueron los ojos. –los de ella sobre todo–, hacia las cuatro lejanías. Fermín le fue presentando a los cerros, repitiendo sus nombres hasta que Ely los amansara en su boca. No no: Mue-na-la. Otras veces se metían en la ingle formada por las laderas de unas colinas, en donde un riachuelo se lanza para inventarse una cascada. La reconditez del paraje y su efecto de machaca habían sido descubiertos por las parejas de gringos sancochados –versión adánica de los marines–, que desembarcaban en Imbaquí. Hacia el sitio iban en romería de amor. El bramido irrefrenable del chorro poderoso obraba en ellos como un aislante que les hacía sentirse en soledad. Actuando con su manía imperialista y sus rezagos de marines en Puerto Rico, en Hawai, en Corea, en Vietnam y en mil playas del mundo, habían convertido ese rincón agreste en su propiedad privada. Llegados al sitio como llegar a su casa, se desnudaban prolijamente y se tendían a caimanear sol. De rato en rato, correteaban por el potrero, ellas cadereando felizotas. Los que seguían llegando se amistaban con un *hi* y luego se envolvían en su propia desnudez para volar con mayor comodidad hacia las caliginosidades mariguaneras. Entonces el Cuchucho, el lelo del barrio de Monserrat, que según los vecinos no usaba mujer y que se pasaba todo el santo día tirado de barriga en su escondrijo atisbando las oportunidades, comenzaba a gozar de esos macanudos espectáculos, en vivo y en directo. Qué brutal las gringas, oyé. Abiertas de par en par, oyé. Los gringos como guaguas de pechos, oyé. Ely y Fermín iban entre semana para gozar de la intimidad. Deambulaban por las orillas en un abandono de animales silvestres, chapoteaban, saltaban de piedra en piedra, se perseguían y cuando se daban alcance, rodaban por la hierba, se lamían, se enrosocaban, se empiernaban, desfallecían. Aliviados miraban el vaho de colores de la caída de agua sin parada. Él le enseñaba con su rústico terror que no era de mostrar el *cuitzi* (arco iris) con el dedo porque se pudría. Ella le escuchaba compartiendo el terror, pero terminaba riendo amorosamente del inocente primitivismo. ¿Cuánto tiempo duró el arrebato de la pareja? Después de unos meses, cuando ya la gente se había acostumbrado a verlos por las calles como perros amarrados, sorbiendo de rato en rato besos a boquefrasco, desaparecieron. Al cabo de otros meses, volvió Fermín.

Volvió solo, sarapangoso. Le vieron deambular sin oficio ni beneficio, por aquí y por allá, husmeando como perro que quisiera encontrar algún rastro en las querencias que habían frecuentado. Entonces el caso dio tema para que lo comentaran a dos carrillos las comadres del barrio. Que el longo había malbaratado la plata que la gringa le había dado para que aperara el taller de tejidos. No vecinita, la gringa se cansó del longo por eso de que el amor loco dura poco. Nooo. La gringa había estado con el longo tan solamente hasta estudiar cómo era el indio en eso, y se volvió a escribir su tesis de grado.

Disparate: la gringa volvió a encontrar el gusto por su gente y se fue con un gringo. Tampoco: nadamásmente, la gringa había sido una puta. Pero el Fermín porfiaba en buscar el rastro que se le había perdido. Hacía memoria del olor de su cuerpo, de su color, de sus visos y oleajes, ananayes que no volvió a encontrar en nada ni en nadie. Hasta que terminó como los otros –a quienes algo o mucho parece que se les había perdido–. buscándola también en el agrio derrumbadero de las borracheras. Y dicen que caído en las veredas, en los chaquiñanes, lambido por los perros, la alcanzaba a ver, dentro de sus párpados cerrados, porque gateando, mono-teando hacia ella, le oían ganguear:

Ely, ñuca Ely. Y luego, sin conseguirla, pasándose a la supuesta eficacia: *Ely, com jier. Com jier, Ely.*

Y ahura, ¿qué haré? Creí que se había acabado el abuso. Pero no. Hasta hace unos ocho o diez años será, yo mismo he aguantado el arranque. De cuando en cuando, dos chapas, seguidos de los alcaldes con cara de vergüenza por lo que les obligaban a hacer, iban de casa en casa de los naturales quitando a la fuerza ropita o herramienta de trabajo: Tenís que salir a barrer calles de Imbaquí, lavar escusados –dejaban diciendo–, tal día a tal hora, y de no te han de hacer de multar, te han de llevar preso, oírís. Para que devuelvan ponchito, anaquito, lanzaderas, azadón o pala, tenía que salir mama, mujer o hermana a barrer, a limpiar sin paga alguna. Y ahura vuelta. El jefe político de Imbaquí quiere que yo salga a quitar prendas para para, veamos como dice el oficio, sí, “para de esa manera conminarlos a salir a barrer las calles y lavar los servicios higiénicos de la ciudad, los sábados del presente mes, según el turno del calendario elaborado por esta jefatura. Dios, Patria y Libertad, Antonio del Castillo, Jefe Político del Cantón”. ¿Y ahura? Si me niego a cumplir, fijo que me harán de botar. Ocho años se hará en estos finados. Pero cómo voy yo a. No no. Qué van a decir los naturales de Quinchibuela, que siendo yo un teniente político natural hago lo mismito quihan hecho todun siempre los tenientes y comisarios blancos. No no. Qué van a decir, ellos que con tan buenos ojos vieron que yo sea su autoridad y que hasta aquí tan bien nos hemos llevado.

Sí, bien nos hemos llevado, pero más se ha llevado taita Julián.

Tal vez los agraditos será, porque lo que las multas, él no es de los que se embolsican.

Así es. Él ca no hace de encerrar por todo en la cárcel.

Más mejores aconsejando manda a los que chuman, a los que hacen escándalo.

Hace entrar diabuenas a casados que han estado sin hacer vida.

Hace casar a los que viven-bien-nomás para que la gente no ande diciendo que viven mal.

Y eso que no es estudiado. Solo escuela nomás tiene.

Pero entiende de leyes y esas cosas.

Sobre todo, maneja bien la cabeza.

En Quinchibuela, taita-diosito, nunca ha habido crímenes, ni siquiera robos. Los ladrones que he tenido que castigar son de otra comuna. Qué pasó. Te falló tu San Agatón, patrón de los ladrones. No lihas dihaber velado. Que sí le velaste? Pero tihas dihaber olvidado de ponerle cabeza abajo hasta hacer tu trabajito. Ah también le pusiste. Y entonces, ¿por qué te han cogido con el robo al hombro? Ah, el San Agatón te jugó sucio. ¿Por qué no le velaste más mejores a San Antoñito Males. Él dicen que es más milagriento. Ah, ¿también te jugó? Pero hijo, tan guambra, tan fuerte, para trabajar bonitamente, qué has de querer vivir de ladrón. Has de saber tomar. Claro, eso ha de ser. Ve, si te coge el comisario de Imbaquí, te saca plata y te seca en la cárcel. Yo voy a entregar al dueño lo robado y a vos te voy a dejar libre por esta vez que dices que es la primera. Diosolopay, taitico; ve, taitico, por esta que no vuelvo a. Bueno bueno, te creo, hijo, te creo. Ni más, taitico.

Ojalá cumplas tus juramentos, pero eso si, si volvis a robar, te encierro en la cárcel y ahí te dejo y me olvido de vos. ¿Intindinguichu?

Y yo tan me estoy preguntando con este oficio en la mano, ¿intindinguichu? Y si has entendido, ¿qué piensas hacer? Bueno, eso es lo mejor. Consultaré con el Andrés. El es doctor y es mi sobrino. En el colegio ha de estar. Le haré leer el oficio.

Cerró el despacho y se encaminó al colegio. Cuando estuvo cerca, Deben estar en recreo –pensó–, porque la alegría saltaba por encima del cerramiento. Se quedó mirando a los alumnos indígenas, hombres y mujeres. Unos jugaban, ellas conversaban algo chistoso porque reían a gusto. Qué distinto al recreo de mis años de escuela, cuando nosotros, los pocos longos que habíamos sido aceptados en escuela de blancos, nos quedábamos en manada, en un solo temblor, espionando tan solo desde un rincón el contento de los niños blancos.

Se acercó al rectorado y fue recibido por el doctor Andrés Tupatau-

chi. La autoridad parroquial respetaba en el rector, su sobrino, lo ternejo que es, lo cabezudo. Eso sí, por donde mete la cabeza por ahí ha de sacar el cuerpo. Se le metió hacerse doctor y se ha salido con la suya. El rector reverenciaba en el tío Julián más que la autoridad del cargo, la respetabilidad con que había llegado a la vejez. Venía por esto. Y le entregó el oficio. A medida que avanzaba en la lectura, se le hacía más agria la sonrisa. Se desinfló en castellano: Estos mestizos infelices. Y le preguntó en quichua:

¿Y qué piensas hacer, tío Julián?

Eso mismo estoy viniendo a preguntar, hijo. ¿Qué creís que debo hacer?

El rector pensó un momento con el silencio remordiéndole el labio inferior.

¿Qué te harían, tío Julián, no cumpliendo la orden?

No sé, hijo. Me mandarían botando del cargo, tal vez.

Puede ser –reflexionó un momento. ¿Qué dices, tío, si pensamos esto entre todos los del comité?

Bueno, hijo.

Entonces, esta misma tarde nos juntamos, ¿en tu casa o en la tenencia?

En la tenencia está mejor.

A la tarde se reunieron los jóvenes indios que formaban el comité “Rigcharishun”. Se alzaron temprano de sus ocupaciones y telares, ante la convocatoria hecha en persona por el presidente. Este leyó para todos el oficio. Escucharon con meneadas de cabeza, con sonrisas de indignación. Se desahogaron en quichua. Los jóvenes licenciados especialmente hablaron de abuso, de atropello. Ya no son los tiempos de antes. Debemos protestar. No nos dejaremos pisotiar. Ya calmados, comenzaron a pensar en lo que debían hacer. De ninguna manera vamos a permitir –dijeron. Y el doctor Tupatauchi, Bueno, en esto todos estamos de acuerdo, pero no creo que debamos sacrificar a nuestro teniente político así que así. Habrá que ver qué dicen los del gobierno.

Algunos de los presentes, los que habían oído lo que las malas-lenguas decían que había entre la Mila y el general-dictador, notaron que evitó nombrarle, pero dio a entender que había que acudir al mandamás. Entonces uno de los miembros, esquivando los ojos y la oreja del doctor Tu-

76 | patauchi –no vaya a ser que ya sepa mismo y que como hermano que es se sienta lastimado en su amor propio–, soltó algo por lo bajo para que sea otro el que propusiera la idea. Hacía acuerdo del pase libre de la Mila al despacho presidencial. Adiocierto, la Mila –nos podría ayudar. El doctor Tupatauchi se hizo el desentendido, y cuando resolvieron valerse de su hermana para llegar al general-dictador, se excusó de acompañarlos, tenía muchos asuntos que atender en el rectorado y no voy a tener campo para formar parte de la comisión. Y ya en la calle, cuidándose de ser oído, alguno de los jóvenes añadió: A la Mila le sería tan fácil resbalar del Patronato al patrón-neto. La Mila recibió el encargo con algo que comenzó siendo rubor, pero que luego se hizo jactancia de hembra. Fue al palacio de gobierno con los miembros del comité “Rigcharishun” y les sacó pecho por lo saludada que era por toda la oficialidad. Cuando llegaron al despacho presidencial, Ah no, esto que leo es un abuso que no tiene nombre, un atropello inaudito, un crimen nefando. Y yo no voy a permitir, Milita, digo licenciada Tupatauchi, no voy a permitir, quinchibuelenses, que mi gobierno pase a las ínclitas páginas de la historia con semejante baldón. Y como presidente de un gobierno nacionalista y revolucionario, a unas cuantas revoluciones por minuto, ordenó: Señorita llámeme de inmediato al ministro de gobierno. Esto no voy a permitir. Yo que siempre me he jactado de venir de abajo, yo, que me precio de ser un proficuo defensor de la raza vencida (con perdón, Milita, no es una alusión personal), yo, que me he proclamado amigo de la raza cobriza (así me gustas, morena de quince años), no voy a permitir por ningún concepto ni en modo alguno, y yo les agradezco por ayudarme, sí, esta es una gran una grandísima ayuda que me dan para moralizar mi gobierno, para castigar en forma e-jem-pla-ri-za-dora al abusivo del jefe político de de de ah, ya, gracias, de Imbaquí.

Entendieron, haciendo un esfuerzo para aventar la paja y recoger el poco trigo, entendieron que el taita Julián Tupatauchi no debía obedecer la orden del jefe político de Imbaquí y que por esa desobediencia no sería cancelado. Con este respaldo, resolvieron volver y por cuenta propia contestar al jefe político. Debían ser dos comunicaciones bien puestas, capaz que le arda. La una, firmada por el teniente político, y la otra, por los miembros del comité. Y luego de la consulta a un abogado amigo para eso del aspecto le-

gal, vinieron borradores tras borradores. Hay que poner esto, no, no quites esa palabra, así está bien, para que les llegue a lo vivito. (Afuera se sentía el alto bulto del Imbabura orejiando la conversación). Al fin, pasaron en limpio las comunicaciones, firmaron y fueron a dejarlas. Como no encontraron al jefe político, cerraron los sobres y depositáronlos en secretaría.

Cuando el jefe político, en uno de los ratos libres que le dejaba el club acudió a su despacho, una pendejada que acepté solo por servir a la tierra, se encontró con que en su escritorio había dos sobres. Vio que uno de ellos tenía el sello de la Tenencia Política de Quinchibuela. Lo abrió. Qué dirá el indio cojudo. Se empotró los lentes y con malagana comenzó la lectura:

“He recibido su atento oficio número” tal, “en el que me comunica que”, bueno bueno, “el barrido de las calles, así como el aseo de los servicios higiénicos”, veamos qué dice más adelante, “para lo cual me ordena retirar prendas”, etc, etc. “Muy complacido habría dado cumplimiento a su orden si es que”, de modo que no va a cumplirla, veamos veamos, “si es que hubiera hallado yo la disposición legal que me facultara entrar en las casas de habitación de los moradores de esta parroquia”, vele al rosca legalista, “sin permiso de sus dueños”, púchicas las ínfulas de los guangudos, “y retirar abusivamente”, carajo que no me joda, “prendas de vestir o herramientas de trabajo, para obligar a sus dueños a realizar esos trabajos sin paga alguna”. Veamos hasta dónde llega la insolencia del roscón. “Muy por el contrario, señor Jefe Político, nuestra Constitución, en su Art. 19”, qué Constitución ni qué pan caliente, indioemierda, “nuestra Constitución, en su Art. 19 dice: Ninguna persona puede ser obligada a realizar trabajo gratuito o forzado.” Pero, ¿qué es lo que leo? “En vista de esta disposición legal que me he visto obligado a citar, me niego a cumplir la orden”. Cómo cómo. Se acomodó los lentes. Pero esto mismo es lo que dice: “me niego a cumplir la orden dada por su autoridad”. Verdugo insolente. Se rebela contra mi autoridad. Eso es. Pero hay todavía un párrafo final:

“Cumpló con el deber de indicarle que copias de su oficio así como de esta contestación, he remitido a conocimiento del señor Presidente de la República y del Ministro de Gobierno”. Carajo, esto es una insolencia sin nombre.

Desde la primera línea, quiso levantarse de su sillón jefatural para leer la comunicación comentándola con “mis empleados”, para delante de ellos rasgar los roscones insolentes, los hijueputas, los indioemierdas que le provocaba cada renglón, cada palabra insoportable, pero cada palabra insoportable y cada expresión, una más altanera que otra, le levantaba y le frenaba al mismo tiempo, de manera que siguió la lectura en una posición que no era ni parado ni sentado. Alcanzó a tocar el timbre para llamar a su secretario. Este le encontró como engarrotado, con la cara apoplética próxima a reventar, ovillando a sorbos el hilo de las babas, llevándose la mano a la bragueta, por donde comenzó a sentir que se le venía encima su mal de orina. Lea, lea usted, señor secretario, esta insolencia. Si, señor jefe político. Es el runa del teniente político de Quinchibuela. Vea hasta dónde llega el atrevimiento del indioemierda ese. Esto es aconsejado por el comunista del tal doctor Tupatauchi. No hay más. Pero si esto es, señor jefe político, si esto es. Claro, esto es, carajo, una rebelión: “me niego a cumplir la orden emanada de su autoridad”, ¿no? Ahora va a ver el roscón lo que le pasa.

78

Por los golpes en el escritorio, por las palabrotas que salían del despacho del jefe, los empleados se dieron cuenta que algo grave pasaba. Y uno por uno, fueron concentrándose delante de la autoridad cantonal, quien, ya con un apropiado auditorio, terminó de disparar las porquerías que quiso, hasta que se dejó caer en el viejo sillón de pajilla destripada sudando todavía todo un amasijo de roscas, roscones, rosquetes, rosquillas, rutushcas, verdugos, verdesiques. El secretario que tenía en sus manos la comunicación y que la leía por segunda vez para sí, fue obligado a leerla para todos. A intervalos, luego de cada expresión calificada con las peores palabras, volvieron a sonar, esta vez en coro, con indignada solidaridad con el jefe, los insultos contra los indios retobados. Tiene razón señor jefe político, tiene justísima razón. Esto es el colmo. Tendrá que pedir la cancelación del rosca. Pero si es él, el rosca del teniente político el que me amenaza con el presidente de la república y con el ministro de gobierno, qué es, ¿no oyeron? Ah, hay otro sobre. Y este, ¿quién dejó, señor secretario? El mismo doctor Tupatauchi, señor jefe político, y otros indios de Quinchibuela. Ha de ser sobre lo mismo. Verán ¿no? Ah, claro, ¿no les di-

je? Aquí está la comunicación firmada por el tal doctor Tupatauchi y otros. Léame, señor secretario. Sí, señor jefe político: “Quinchibuela, a 13”. Al grano al grano. Sí, señor: “Señor Jefe Político: Los moradores de la parroquia de Quinchibuela, en cuyo nombre le dirigimos esta comunicación, hemos llegado a conocer que Ud. ha ordenado al señor teniente político de esta parroquia, don Julián Tupatauchi, entrar a nuestras casas de habitación y proceder a retirar prendas de vestir de nuestra propiedad o herramientas de trabajo, para de esta manera abusiva e ilegal obligarnos a barrer las calles de Imbaquí y asear los servicios higiénicos municipales de la ciudad”. Les dije que ha de ser sobre el mismo asunto. Si esto es un complot de los roscas esos, convenzasén.

“Rechazamos en forma altiva este nuevo intento de humillación y acanallamiento que Ud. pretende consumir contra nosotros”. Indios alzados, carajo. ¿Oyen? Dicen que rechazan mi orden. Así son ahora estos roscos de Imbaquí, señor jefe político. “Han pasado los tiempos, señor,” señor, ¿no?, para ellos soy patrón, indios togados. “Han pasado los tiempos, señor, en que las autoridades cometían este y otros abusos sin cuento contra nosotros. Ahora los indios tenemos conciencia de ser, como hombres y como ciudadanos, iguales a Ud. y todos los demás mestizos.” Esto es como para morir de risa o de iras: Los indios verdes iguales a nosotros, sus patrones. Yo, Antonio del Castillo igual al Tupatauchi, carajo, y además nos llaman mestizos, los groserotes. Pero siga la lectura. Veamos a qué extremos llegan. “Los indios que hemos logrado educarnos por nuestros propios medios, sin ayuda de nadie y más bien luchando contra la incompreensión de todos, los indios, aunque todavía pocos, que nos hemos superado y que nos sentimos orgullosos de ser indios”, allá ellos, si ese es su gusto, “nos negamos a seguir siendo víctimas de atropellos y explotaciones y ayudaremos a nuestros hermanos no solo de este cantón sino de todo el país, a volver a ser seres humanos y actuar como hombres libres”. ¿Qué les parece? Esto es nada más ni nada menos que su-ble-va-ción. Sublevación de indios en escala nacional. Denunciaré esto al gobierno porque creo que se debería iniciar una acción militar contra los roscas de Quinchibuela. “En el caso concreto de las prendas, ¿qué le parecería a Ud. si nuestro teniente político entrara a su casa de habitación y a las casas de los demás mestizos

de Imbaquí”, pero esto es inaudito, mi casa es para los rutushcas igual a sus pocilgas. Ay carajo. Si no fuera necesario saber todo lo que esos infelices dicen, haría pedazos ese papel y su sarta de insolencias, “entrara a su casa de habitación y a las casas de los demás mestizos de Imbaquí, sin permiso de sus dueños, y abusivamente arrancara prendas de vestir o herramientas de trabajo para obligar a la madre de Ud., a su esposa, su hermana o su hija a barrer no las calles de Imbaquí, sino venir a barrer las calles de nuestra parroquia y asear los servicios higiénicos públicos de Quinchibuela?” Esto es para vomitar sangre. Carajo, los voy a partir a estos verdugos. Sí, señor jefe político, hay que tapparles el hocico a estos indios alzados. Y el jefe político, alizándose a un lado y otro el bigote erizado por la furia: Pero esto es el colmo de los colmos. “Pues esa misma indignación sentimos nosotros ante la orden dada por Ud., orden que la rechazamos y nos rebelamos contra ella por ilegal y abusiva”. Nos rebelamos dicen, ¿no? Este es un documento que los condena. A confesión de parte, relevo de prueba. Los secaré en la cárcel. ¿Sigo, señor jefe político? Sí, siga Ud., aunque siento que reviento oyendo tantas infamias. “Otra cosa sería, señor, si se nos invitara para que, en unión de Uds., los mestizos, nosotros, los naturales, prestáramos nuestra colaboración en el trabajo de las mingas, institución orgullosamente india, mediante la cual desde los tiempos del incario, los naturales hemos abierto caminos, hemos tendido puentes, hemos hecho posible la circulación de trenes, hemos llevado a cabo todas las obras del progreso nacional”. Porque nacieron para eso, para trabajar para sus amos, para servirnos. Pero siga Ud. y acabe pronto. “Otra cosa sería si juntamente con las señoras de del Castillo, de Montenegro, de Sevilla, de Peñahe- rrrera, de Pérez o sus hijas y hermanas, se quisiera que también barran las calles las señoras de Tupatauchi, de Quimbo, de Muenala, de Tituaña, apellidos igualmente honorables”. Pero qué se han creído estos roscas: las longonas longanizas iguales a las matronas de nuestras mujeres, las Titua- ñas y Quimbos igualmente honorables como las señoras de del Castillo, de Peñaherrera, de Pérez. Pero eso sí, yo les voy a bajar el pico a estos roscas insolentes. Yo, y si no, dejo de ser Antonio del Castillo. ¿Terminó esta serie de atrocidades?

Hay un párrafo final, señor: “Entonces, también nosotros, los

hombres, estaríamos junto a nuestras mujeres para ese trabajo y cualquier otro que signifique el progreso y el bien común. –Nos suscribimos de Ud., sus conciudadanos. (f) Dr. Andrés Tupatauchi, Presidente del Comité “Rigcharishun”.

(f) Lcdo. José Farinango, Secretario. (f) Lcda. María Tituaña. (f) Lcdo. Fausto Muenala” ¿Conocen Uds. a estos carajos? Sí, claro. Son todos del grupo del tal Tupatauchi. ¡Doctores y licenciados!, cómo se arrastran ahora estos títulos. Con razón se creen iguales a sus amos.

El jefe político, secándose la frente alforzada de arrugas, ordenó: Que me den línea directa con el gobernador de la provincia. Encárguese de esto, señorita Echeverría. Enseguida, señor jefe político. Ud., señor secretario, localícele por teléfono al presidente del concejo y dígame que se sirva acercarse a mi oficina. Hay que actuar así, en lo caliente, y aplastar a los insolentados antes que se envalentonen más.

Cuando llegó el presidente del concejo, Ven, Alberto, toma asiento y diviértete con esto. El edil vio la cara atomatada del jefe político, vio la expresión de expectativa que tenían los empleados, y tomó los papeles que temblaban en las manos de la autoridad. ¿De qué se trata? Lee y verás. Primero buscó los nombres de los firmantes y pensó, Alguna insolencia de los carajos esos que también conmigo han querido encabritarse. Se hizo un silencio de suspenso, mientras el presidente del concejo leía con los ojos de todos sobre él y sus reacciones. Se detuvo, y del papel pasó la vista al jefe político. Pero si esto es. Insubordinación del rosca del teniente político, ¿verdad, Alberto? –completó el jefe. Sin responderle, siguió leyendo: “En acatamiento de las disposiciones lega”, etc, etc., “me niego a cumplir la orden emana”. Ah no, esto es lo que tú dices: insubordinación. Ahora, Alberto, lee por favor la otra comunicación, la firmada por el indio Tupatauchi. ¿Es sobre el mismo asunto? –preguntó el presidente. Sí –contestó el jefe–, si esto es lo que digo: un complot de esos roscas. El presidente siguió leyendo. Esto ya está más chistoso. Y con voz de burla leyó en tono declamatorio: “Rechazamos en forma altiva este nuevo intento de humillación y acanallamiento que Ud. pretende consumir contra nosotros”! Pero sigue, sigue leyendo –le incitó el jefe político. Ya veo, Antuco: “Ayudaremos a nuestros hermanos no solo de este cantón sino de todo el país a volver a

82 ser seres humanos y actuar como hombres libres"! Caramba, qué sobrados, ¿no? –comentó. No solo es eso –añadió el jefe político–, esto es so-livian-ta-ción. Amenazan, con insolentar a los indios en escala nacional. Pero sigue la lectura, Alberto. Leyó el siguiente párrafo y comentó: Conque querrían que nuestras mujeres, hijas y hermanas fueran a barrer las calles de Quinchibuela y asear los servicios higiénicos. Esto es un buen chiste, oyes. El jefe político le rectificó: No tomes a la broma esto. No no, Antuco, pero esto es tan insólito que da ganas de reír. Ya te vas a reír mejor cuando leas lo que sigue –dijo el jefe. Ya estoy leyendo: "Otra cosa sería si juntamente con las señoras de del Castillo" –la tuya, Antuco–, "de Montenegro", y ahora la tuya, Alberto. ¿No te digo que esto, por desorbitado, produce risa? A mí me produce furia –le replicó el jefe. Si los agarro van a ver lo que hago con esos verdugos engallados. Siguió el edil leyendo: "con la señora de Sevilla" –ya me imagino la cara que va a poner el Lucho Sevilla–, de Peñaherrera, de Pérez, sus hijas y hermanas, se quisiera que también barran las calles las señoras de Tupatauchi, de Quimbo, de Muenala, de Tituaña, apellidos igualmente honorables". Ah, esto ya es inaguantable. Indios de. Eso son –corroboró el jefe ya contento de haber logrado del presidente del concejo esa reacción feroz. Bueno: te he hecho conocer estas comunicaciones porque creo que debemos poner este asunto en conocimiento del pueblo en una gran asamblea, porque esto es una amenaza contra el pueblo de lmbaquí, contra el país entero, ¿no te parece? Está bien, Antuco. Convocaré primero a sesión, ahí haré conocer estas insolencias y estoy seguro que todos estarán de acuerdo con la convocatoria a cabildo abierto. ¿Te parece bien para el día de mañana? Así convinieron.

Los ediles convocados fueron llegando a la oficina del presidente del concejo. Tras leer las dos comunicaciones, cada uno aportaba con su cuota de insultos. Ya en la sesión, Esto es el resultado de darles escuelas a los roscas, de permitirles el ingreso en los colegios, de alcahuetiarlos en las universidades. Esto es una inadmisibile subversión de valores. Están cambiados los papeles. ¿Dónde se ha visto que los indios pretendan ser iguales a sus patronos? Esto es comunismo, puro comunismo. Habrá que bajarles las ínfulas. Pedir una acción militar contra la parcialidad de Quinchibuela, infestada de indios alzados. Hacer un escarmiento. Terminaron

aprobando la convocación al pueblo de Imbaquí a una gran asamblea para la noche del siguiente día. Fuera del acta, se desataron contra los indios insolentados. Había que pararles tieso a los verdugos. Que reventarlos, que cashcarlos, que tzancarlos.

En la mañana del siguiente día corrió la voz en Imbaquí que había llegado de la capital un telegrama para el jefe político. Provenía del ministro de gobierno. Leído el telegrama, el jefe político y el secretario quedaron mirándose sus recíprocas caras de pendejos. El telegrama era un botafuego. El ministro le desautorizaba, dejaba sin valor alguno la orden de arrancar prendas, la calificaba de bárbara, ilegal y racista, le amenazaba con la cancelación y, por una concesión especial, solo le multaba en cien sucres. Y, carajo, ganaba la puchuela de docientos mensuales. Clamaba y proclamaba que “dentro de este gobierno nacionalista y revolucionario no se cometerán atropellos contra los aborígenes, hermanos nuestros, hijos de Atahualpa en Rumiñahui y legítimos herederos del gran Tahuantín-nuestro”. Firmaba el telegrama el coronel Moroshz, quien estratégicamente camuflaba así su apellido Morocho, en un desesperado intento de desindianarse.

Volvieron a reunirse en el despacho del jefe político los personajes consabidos de Imbaquí ante la noticia de la llegada del telegrama. Tenían caras y actitudes de condolientes. Unos, tras leer el telegrama, se mostraban incrédulos: Pero esto es imposible. Pero qué es lo que está pasando. Otros se redujeron a pendular la cabeza y los más prudentes leyeron y en boca cerrada. No sea que la dictadura. Alguien preguntó: ¿Y ahura?

Nada pes. Que esto ya no me llama le atención –aclaró el jefe quiquiriquí de la víspera, en quien era fácil advertir los efectos de helada que le había hecho el telegrama. No hace muchos meses –y mi secretario no me dejará mentir, Diga Ud., señor jefe político–, me llegó una circular en la que decía el secretario general de la administración que el gobierno, dando cumplimiento a uno de los postulados de su filosofía y plan de acción, ordenaba a todas las autoridades de la república dar un trato cortés, comedido y humano a los indígenas, así como tramitar en forma preferente sus asuntos. Verdad, señor jefe político –le dio su lambida el secretario. Y el jefe ya respaldado, añadió Solo falta que declaren ley de la república el Manual de Carreño para tratar a los roscas.

Tramitar en forma preferente –hizo fisga uno de los circunstantes. Palabrería. Como el papel aguanta todo. ¿Y el fracaso de la famosa reforma agraria y los efectos contraproducentes de los decretos dictatoriales sobre yanaperos, arrimados, huasipungueros?

Dar un trato cortés y humano a los indios –se burló otro. Tanto amor a los roscas de Quinchibuela. Y los indios de la provincia del Chimborazo, los de Sigsipamba, Chordeleg, Chunchi, a los que matan a bala, a bayonetazos, a garrotazos o les dejan podrirse en la chirona?

Dirán que los mataron con toda cortesía, ¿no?

O que los mataron por humanidad antes de que se acaben mismo de morir de hambre.

¿Y los veintisiete campesinos y obreros asesinados en Aztra?

Ah, no, en ese matanza la culpa tuvieron los muertos, porque sin hacerles nada se tiraron a un canal y se ahogaron solitos, porque las fuerzas del orden se limitaron tan solo a aterrarlos con fuego de fusilería y ametralladoras, a desesperarlos, a enloquecerlos, a asfixiarlos con bombas lacrimógenas y vomitivas. Nadamásmente.

¿Y este respaldo a los indios de Quinchibuela?

Eso tiene su explicación –dijo un sabedor. Y con todas las orejas pendientes de sus palabras, continuó: Eso es en homenaje a la Mila.

¿La hermana del?

Sí, la hermana del tal doctor Tupatauchi.

¿Cómo cómo?

Claro pes, no ven que dicen que el general...

Algo he oído, alguien me dijo, pero nuha de ser cierto –se hizo el incrédulo para sacarle todo el chisme.

Dicen que mi general sale con frecuencia pretextando hacer inspecciones oculares en la hacienda del ejército, “La Remonta”, pero que la remonta y les inspecciones oculares no les realiza precisamente en la hacienda.

¿Si no?

Ah, vos también, tan inocente.

Pero, ¿y ahura? –dijo uno de ellos dirigiéndose al jefe político. Este guardó un silencio completamente desinflado.

Por lo pronto, el pueblo de Imbaquí pagará los cien sures de mul-

ta. Haremos la derrama. Así expresaremos nuestro repudio a la actitud de la dictadura.

Yo creo, amigos míos, que debo renunciar –comenzó a hacer fieros, honorífico.

Eso ni pensar.

Pero es que estoy desautorizado.

Renunciar, de ninguna manera.

Sería darle gusto al gobierno.

Y cómo se reirían los roscas de Quinchibuela.

Quién quita que el mismo indio del Tupatauchi se haga nombrar jefe político, eso.

No, porque ya es rector del colegio de Quinchibuela.

Pero Ud. no conoce lo ambicioso que es.

Andimenos lo intentará. Tenga eso de fijo.

Con la palancota que dices que tiene.

La prueba es que siendo indio como es, es rector de un colegio y tiene bajo sus órdenes a profesores y empleados blancos.

Claro pes con el mandamás de cuñado.

Si dicen que cuando haiga elecciones.

Fuuuu, pero eso cuándo será. Como ya declararon que no es verdad que estén cansados de servir al pueblo, han de querer quedarse otros ocho añitos más.

Sí, pero en cambio nosotros ya estamos hasta aquí con los milicos.

¿Y qué pasará –decías–, cuando haya elecciones?

Que le candidatizarán al Tupatauchi al concejo y que ganarán y le harán presidente.

No jodas. Sería el colmo.

Nooo –protestaron varios.

Ques pes, ustedes. Así son las agallas de los verdugos esos, no se crean.

Y con la plata que tienen. A lo mejor.

Y leyeron lo de los obispos?

¿Qué pasa?

En el periódico está que han apresado a varios obispos nacionales y

extranjeros, reunidos en una conferencia episcopal, en Riobamba.

No han sido apresados, según el ministro de policía, sino que han sido invitados por el gobierno muy cortésmente al retén San Tenorio.

Pero si dicen que están incomunicados.

Muy cortésmente incomunicados.

Y qué diciendo los apresan.

Porque según el mismo ministro, son unos obispos comunistas sorprendidos cuando preparaban un levantamiento de indios. Y dicen que tienen pruebas, porque les han sido confiscadas unas epístolas a los corintios y otros papeles subversivos igualmente peligrosos.

Pero, qué ignorancia. Si las epístolas son cartas de San Pablo, constan en la Santa Biblia.

Sí, pero es que han dihaber creído que algo tendrán que ver las epístolas con las pistolas.

Porsiaca, habrán dicho.

Pocos días después, llegaba la cancelación del jefe político.

Qué habrá hecho la Mila.

En una de las veces que fui al Archivo Nacional, la señorita que me atendía entregándome los legajos, me dijo: Tal vez, doctor, le interese un proceso que se conserva aquí y que tiene referencia con lo que parece que Ud. investiga. Y diciéndome esto se dirigió a uno de los anaquelos y vi que sin titubiar tomó un legajo, volvió y me entregó. Cuando comenzaba a leer la carátula, añadió: Sobre este proceso hay un estudio muy interesante que se lo voy a traer. Mientras regresaba la señorita y yo leía el título del legajo, pensé un tanto preocupado, Se ha dado cuenta de lo que busco. En la portada leí: “Autos fechos de oficio de mandato de los señores Preste. y oydores de la Real Audiencia de San Francisco de Quito sobre los procedimientos de don Alonso Arenas y Florencia Inga (Sentí un vuelco, ¿Inga?), Corregidor de la Villa de San Miguel de Ibarra (Un Inga, Corregidor de la Villa de. Creo que di con algo interesante) y festejos que le han hecho los gouernadores y Caciques de la Provincia, 1667”. La señorita volvió con un folleto. Aquí tiene, doctor. Leí el título: “El retorno del Inca: Leyenda mesiánica entre los indios andinos”. Fue como si hubiera topado los alambres pelados de la luz. A duras penas pude agradecerle entre la vergüenza por sentirme descubierto y el susto del título. Comencé a leer el folleto desbocadamente. Iba dando botes de noticia en noticia: “leyenda conservada entre indios andinos, que habla del retorno del rey Inca, del renacimiento del imperio incaico y del fin de la dominación no-indígena”. Era también el recuento de los “levantamientos nativistas”, desde el de Taki Ongoy, en 1565, el de Yanahuara, en 1696, la rebelión de Túpac Amaru II, la de Willka, hasta las intentonas ahogadas en sangre ya dentro de las repúblicas. El legajo 227 que me entregó la señorita era una información sumaria de otro de estos intentos en nuestra tierra. Se trataba de un enjuiciamiento a un descendiente real de los incas cuzqueños de la rama de Huáscar. El virrey de Lima había

nombrado en 1666 Corregidor de la Villa de San Miguel de Ibarra a don Alonso de Arenas y Florencia Inga. Antes de emprender el viaje a su corregimiento, este don Alonso había escrito desde Lima a doña Isabel Topatauchi Atabalipa, residente en Quito, nieta de Francisco Topatauchi, anunciando su venida. Doña Isabel en su declaración dijo haber mantenido desde tiempos atrás correspondencia, de Quito a Lima, con don Joseph de Arenas y Florencia Inga, hermano del nombrado corregidor, a través de la cual se habían reconocido como parientes por ser, los dos “descendientes rreales de los incas señores destos rreynos”. El anuncio de la llegada del Corregidor “con la aureola de ser Inga”, tuvo la virtud de despertar en la nobleza india de Quito la esperanza de que al fin iba a cumplirse la leyenda según la cual “un inca llegaría a sacarles del cautiverio”. El corregidor que venía así, como el Mesías prometido, fue recibido con grandes honores por todos los indios de Riobamba, Ambato, Latacunga. En Quito se abrazó con su “tía” doña Isabel Topatauchi Atabalipa, “señora de mucha edad”. Al seguir el viaje a la Villa de San Miguel de Ibarra, los homenajes se repitieron en Guayllabamba, Tabacundo y Cayambe. Pero la recepción en San Pablo de la laguna fue “con rituales incásicos”. Según declaraciones de los acusadores, el camino real, desde Caxas, fue adornado con arcos de flores y castillos y barrido por los “chuqui-usanza”, con manojos de cerdas atadas a lanzas, “cosa que jamás se ha hecho –decían los testigos–, ni aun con los señores Oydores ni con el Presidente, cuando vino a estas partes”. Al leer que el corregidor llegó con una hermana, no con mujer, se me escalofrió todo el cuerpo, y pensé en la Mila. Tanto el corregidor como su hermana fueron llevados en andas de “ingá” y “palla”, en sillones dorados “y con los más elaborados vestidos”. Delante de la real comitiva tocaban “confutritos”, “que son caracolas grandes” y así “llegaron a San Pablo de la laguna con grande algasara y ruido de boceria”. En este pueblo se había concentrado la nobleza india de toda la región, gobernadores y caciques, así como “la plebe indigena” y todos recibieron a don Alonso de Arenas y Florencia Inga como descendiente de los incas y su salvador. Se me secó la boca. Igualito –pensé. Picado por la ansiedad seguí la lectura, desesperándome porque en algunas partes se me hacía más difícil el desciframiento. Encontré una declaración en la que el testigo acusaba al corregidor de permitir que “los indios se arrodillaran ante el y le besaran pies y

manos puesto que el mismo andaba publicando ser rey de los indios por ser descendiente por línea recta del Inga”, cosa que demostraba “exhibiendo un árbol genealógico” Nuevo brinco de mi corazón: Esto, esto es lo que andaba buscando. Pero, ¿y su descripción? Quizá alguno de los testigos. Tras leer otras declaraciones encontré al fin que uno de los testigos declaraba que “en su sala (la de la casa del corregidor), vi un lienzo de pintura de más de dos varas y media de alto en el que al pie están diez Reyes Ingas en fila y encima otro Inga, Huayna Capac, tendido, a lo largo de cuyo pecho sale un ramo y muchas ramas a uno y otro lado y al derecho muchos españoles y españolas”. (El abuelo del corregidor había sido un conquistador de apellido Arenas y el padre, otro español llamado Florencia, por lo que firmaba de Arenas y Florencia) “y al izquierdo los más indios todos de medio cuerpo con diferentes divisas así unos como otros”. (Entre esos indios estaba la madre de don Alonso, una coya cuzqueña, y de ahí que se apellidaba Inga). Seguía el testigo haciendo otras acusaciones, pero nada más decía del árbol genealógico. Hojas más adelante, encontré que el cura de San Pablo de la laguna declaraba que el corregidor “solo hace estimación de los caciques y les enseña en las ramas del árbol pintado de su genealogía que son descendientes de tal y tal rama, aquellos caciques que le dicen su apellido”. Otro testigo añadía que “en la última rama estaban pintados el corregidor y su hermana” y que “bajo la efigie de cada descendiente inga había un letrado identificando a la persona”. Pero, ¿qué decían esos letrados, qué nombres estaban escritos? Seguí la lectura desesperadamente, pero nada. Cuando parecía que iba a dar con lo que buscaba, todo se me hacía humo. Una cosa sí era cierta: en Imbaquí se habían asentado los descendientes de Atahualpa en su condición de principales, porque si no, ¿por qué los Tupatauchis heredaban de padres a hijos la autoridad que tenían sobre los naturales? Mi abuelo fue curaca de Quinchibuela, mi taita le heredó la dignidad y es alcalde, mi tío fue nombrado teniente político. Y yo, ¿no soy acaso líder en Quinchibuela? ¿No he hecho de cabeza en reclamos y protestas contra los abusos de los mestizos? ¿No vienen todos a mí a pedirme ayuda? ¿No me hicieron presidente del comité “Rigcharishun” que formé con los licenciados indios, con los profesores indios, con los universitarios indios de Quinchibuela que en mí reconocen a su jefe? Sí, pero tal vez sea solo por mi título de doctor o porque soy rector del co-

legio. Lo que si me nace desde adentro es mi hermanamiento con los naturales y el odio a los mestizos-media-sangres. Don Alonso de Arenas y Florencia Inga desesperó de diversos modos a los españoles y estos vieron todo malo en “el indio”, trato que daban al corregidor. Igual que a mí. En el “suntuosísimo y espléndido convite” que los curacas y caciques le ofrecieron en San Pablo de la Laguna –decían los testigos–, “gastandose ilegalmente una buena porcion de los tributos que pertenecia a la Corona, el dho. corregidor dijo que valia y estimava mas un cuy asado y un cantaro de chicha”, lo que fue tomado a mal por los españoles porque según el cura de dicho pueblo significaba que “daba importancia a alimentos dinasticos y religiosos y menospreciaba los animales traidos por los españoles y sus frutos y comidas”. Además, según el mismo clérigo, el corregidor había tenido “un comportamiento inapropiado durante el banquete porque prefirio a los caciques y gouernadores, a quienes expreso estimacion y menosprecio a las autoridades españolas que asistieron a dho, convite”. En eso de culpar al corregidor de tratar con menosprecio a los españoles, coincidían todos los testigos, los que contaban hechos y circunstancias. El Vicario del pueblo de Tontaqui, Fray Luis de Barallo, declaró que “una ocasion que fue a visitar al don Alonso de Arenas y Florencia Inga lleugo el hijo del cacique de Urcuqui, Cristobal Cabezas y salio a recibir a dho. don Cristobal llamandole primo y metiendolo adentro dexo a dho. sacerdote con la palabra en la boca”. Qué bien, pensé. Parece que el corregidor con semejante respaldo de parte de los naturales de su corregimiento, quiso alzarse a Inca emperador, rodiarse de una corte formada por la nobleza india y restaurar el reinado incásico. Todo esto entusiasmó a los curacas y caciques y también a “la plebe indigena”. A los primeros “se dirigia con el apelativo de vuestra merced”, trato que los españoles consideraron “no apropiado para los indios porque solo debia ser usado para dirigirse a los españoles”. Creyéndose ya inca soberano, pensó que debía corresponder al respaldo que le ofrecían los gobernadores y caciques indios y entonces les prometió que “no pagarian tributo durante el termino de su cargo”. Prometió también “ir a España y conseguir cedula real para que los españoles no tuvieran que ver con los indios”. Y de las promesas se pasó a las amenazas, porque los testigos declararon haber escuchado en boca del corregidor “dia vendra en que los españoles no nos vean la cara ni pue-

dan levantar los ojos”, “día vendra en que no osen los españoles a ver mis umbrales y que para pisarlos habian de pedirle licencia”. Qué bueno. Otro declaraba que “entrando un español a ver el retrato del Inga en casa del dho. corregidor salio vna hermana suia y rinio a dho. hombre como entra en esa suerte vna cassa Real”. Acerca de la hermana del corregidor, un testigo declaraba que “dho. don Alonso de Arenas y Florencia Inga llevo a la Villa con vna hermana suia con la que estaba muy unido... “Se me cortó el cuerpo. ¡La Mila! Todo yo turbado, seguí leyendo: “vna hermana suia con la que estaba muy unido para hacerse cargo de la casa del corregidor... “Me llené de preguntas: Si el corregidor no llegó con mujer, su hermana “con la que estaba muy unido”, ¿era también su esposa? Don Alonso, por Inga, ¿seguía la costumbre de los reyes incas de casarse con su hermana, la “coya”? Y yo, ¿será por lo mismo que siento lo que siento para la Mila? ¿O será tan solamente porque soy su hermano gemelo? “Mamiticos, casaditos nacieron. Dende el vientre de la mama, *cusa* y *guarmi*, marido y mujer”. Esto, todo un siempre en nuestras orejas, los mestizos en castellano, los naturales en quichua. Decían también que éramos muy parecidos: “Me muero, pero qué igualitos que son. Igualitos como una mano y otra mano”. La Mila y yo nos chapábamos las caras y reíamos. En tiempo de San Juan nos disfrazábamos cambiándonos las ropas. Ni nuestros taiticos atinaban quién mismo era la Mila y quién el Andrés. Contaban que cuando éramos guaguas de pecho tenían que abrirnos las bayetas y destapar todo para darse cuenta. Sihan de querer, ¿no? –preguntaban los que nos conocían. Y claro que nos queríamos. Andábamos siempre juntos, como dos tortolitas. Teníamos los mismos gustos, en comidas, en colores, en gentes. Yo quería a las personas que la Mila quería y la Mila no podía ver a las que yo aborrecía. Ambos caíamos enfermos con lo mismo y ambos nos sanábamos iguales. Pensábamos que también soñábamos los mismos sueños. Cuando de repente taitico y mamita nos cuerriaban, me dolía, a mi la cueriza a la Mila y en la misma parte. Juntos entramos en la escuela. Taitas racionalotes pes –decía la gente–, poniendo en escuela a guaguas. Es que tienen plata por tejedores pes –se justificaban los que no mandaban a sus hijos a la escuela. Era la escuela de las madrecitas misioneras, para hijos de mestizos y naturales. “La yunta” nos llamaban en el colegio. Los naturales de Quinchibuela decían: “Como guayungas nomás andan,

amarraditos”. Juntos entramos en el colegio y juntos hacíamos los deberes y repasábamos las lecciones. El mismo día nos graduamos de bachilleres y los dos ingresamos en la universidad, pero al segundo año yo viajé a los Estados, con esa beca. Se han de querer, no? Casaditos dende el vientre de la mama mismo, *cusa* y *guarmi*. ¿Qué edad tendríamos cuando ocurrió la primera vez? Siete años, ocho años, porque me acuerdo que estábamos en primer grado. Fue en el único camastro en que dormíamos todos, yo, la Mila, mamita, taitico. Mis dos hermanos mayores se acomodaban afuera, en el corredor. Esa mañana me recordé ya de día. A mi –lado dormía la Mila. Nos habían dejado solitos. Debían haber madrugado a la feria del sábado. Volví a acostarme junto a la Mila, bajo los ponchos que servían de cobijas. Las cobijas que tejía taitico eran para la venta. Me acuerdo clarito que nos pusimos a jugar. La Mila soportaba mis bromas, mis pellizcadas. Le hacía cosquillas por oírle reír. Jugando así, mi mano tocó algo caliente entre sus piernas. Era como si estuviera abierta por ahí. La Mila paró en seco su reír. Luego se levantó y salió al patio. A poco oí que orinaba. Esa vez, nada más. Cuando estuvimos en segundo grado y nos preparábamos para hacer la primera comunión, llegamos a saber que eso que hicimos era pecado mortal. El Andrés y la Mila tienen que hacer este año la primera comunión –dijo la madrecita a mamita. Ya están grandes, ya han de maliciar. ¿Qué será maliciar? –me quedé pensando. La madrecita que nos preparaba explicó eso del pecado y los modos de pecar. Ponderó la cantidad de pecados que había. Leía en un libro la lista de pecados, contra cada uno de los diez mandamientos. Ese librito nos vendieron las madrecitas, Dios les pague. Entonces la Mila y yo íbamos a las ganadas, cuál aprendía de memoria más pecados, hasta que sabíamos como lagüita. Eran pecados de nombres muy difíciles, pero aprendimos: El primero, el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto no matar, el sexto no fornicar... No fornicar, longo bruto. Los longos grandes y los mishos solteros de Quinchibuela se burlaban cuando nos oían a los guambras repasar en la plazoleta gritando en coro: “el quinto no matar, el sexto no fornicar...” Se dice el sexto no jurguniar, longos pendejos. La madrecita se hizo un enredo cuando explicaba eso de fornicar. Es el pecado original –dijo. Y nosotros debíamos haber abierto más grande la boca sin entender nadita. Pecado también había sido sentirles a taitico y mamita tarde de la noche. Y no es que pa-

liaban mismo. Yo me despertaba con el ruido y el meneo de la tarima que era nuestra cama. Pellizcaba a la Mila y ambos nos quedábamos aguaitando. Luego de algo que hacían y que nosotros no entendíamos, se quedaban vuelta dormidos. Sentir eso tan había sido pecado. La madrecita nos explicó lo que era el infierno, pura llama y puros diablos. El diablo tenía el cuerpo negro y andaba vestido de colorado. Nos mostró una pintura del diablo: tenía cachos, barbas, cascos, todo de chivo y un rabo largo, largo para enroscar a los pecadores y llevarnos al infierno. Dijo también que junto a cada cristiano iba un diablo al lado izquierdo y el ángel de la guarda al lado derecho. El ángel de la guarda nos cuidaba siempre, de día y de noche, y nos libraba de todo peligro. Pero eso será –pensaba–, con los hijos de los blancos, porque lo que los longos seguíamos cayéndonos, seguíamos rodando a las quebradas, rompiéndonos la cabeza. No han de haber rezado con devoción al ángel de la guarda –nos explicaba la madrecita. Cuando hacen algo malo, el diablo baila del gusto, mientras llora el angelito de la guarda. Pobrecito el ángel de la guarda del Juan, hijo del misho tendero, que dice malas palabras, arrancha las bolas a los longuitos y roba los sures a su taita. Pobrecito angelito de la guarda del patrón dueño de la hacienda que hace de latiguar tieso a los pobres runas, que mete presos a los guagritas diciendo que han entrado de daño, que mezquina agua de cequia, que carajea y gramputea a las longas ordeñadoras. El infierno es un lugar lleno de fuego. Allá van a parar los malos. Bienhechito que patrón, que mayordomo tan irán a infierno por malos, por pegar a mi taitico en patio de hacienda, en mi propia cara. Los diablos atormentan a los condenados: a los mentirosos les sacan la lengua con tenaza, a los borrachos les hacen tragar plomo derretido, a los ladrones les cortan las manos, a los que hacen malacrianzas les castigaban por ahí mismo. Con tantas cosas que contaba la madrecita, comenzamos la Mila y yo a tener miedo de la oscuridad, a ver diablos en todas partes. La Mila gritaba de dormida. Los chivos eran diablos porque tenían cachos, barbas y cascos. Los cuyas también eran diablos que en la noche encendían sus ojos. Ve ve, el diablo –lloraba la Mila. No podíamos dormir tranquilos sintiendo las carreras de los cuyas debajo de la tarima de dormir, parando la oreja a lo que esos diablos se pasaban conversando toda la noche. No pegábamos los ojos por el miedo de que los diablos nos comenzaran a comer por las patas, porque el diablo co-

mía a los guaguas que son malos. Cuando oscurecía nos moríamos del susto con el vuelo de los murciélagos que eran las manos de los diablos que querían tantarnos, así negras y peludas. El diablo bailaba en los remolinos que levantaba el viento y había que cruzarse la cara y el pecho con tres santiguadas. Temblábamos cuando caía un aguacero con rayos porque la madrecita decía que el diablo garabatea en el cielo su firma de diablo. El diablo y el infierno acogotaron nuestros años de escuela. En primer grado comenzó el adoctrinamiento: “Todo fiel crestiano... Cristiano, longo bruto. A ver, repite: crestiano. Nosotros temblando del todo: Cres-tia-no. Nuestros compañeros, hijos de blancos, con risa de burla nos decían “longos crestianos”. La madrecita nos tiraba de la oreja: crestiano. El castellano siempre nos salía salado de lágrimas. La memorización de la doctrina cristiana y el repaso en coro y en alta voz se agravó con la preparación de la primera comunión. “Decid, hijo, ¿cuántos dioses hay? Hay un solo Dios verdadero”. ¿Y taita Imbabura ca? El es pes el que hace de hacer llover o hace que haga sol. Hasta él suben los naturales con agradito, cuando el cielo no puede llover y comienzan a anguiarse el maicito. Y adiocierto: ¿el lechero de Pucará ca? A ver, rezando a lechero, ¿no sanan nomás longuitos enfermos? Y como si adivinara la madrecita dijo que creer en Taita Imbabura, en auqui-cocha, en lechero, era cosa de indios abusioneros, ignorantes, idólatras. Y que ese pecado y todos los pecados había que confesarse. El padrecito que nos confesaba era un franciscano que hablaba bonito nomás y que en todo metía hombre. Antes de confesarnos, le rodíamos en el patio de la escuela:

–Todos vossotross ssoiss de Quinchibuela?

–Sí, padresito sumersé.

–Qué bien, hombre. ¿Y cómo te llamas tú?

–José, padresito.

–¿Y tú?

–Losmila, para servir a sumersé.

–Luzmila sserá, hombre. Veamoss tuss manoss.

–Helaqui, sumersé.

–Hombre, que están ssuziass. Hay que lavarlass, hombre.

Para confesar a los varones hombre se sentó en una silleta cerca del altar mayor. Teníamos que confesarnos cara a cara. Cuando me tocó el

turno, vi que el padrecito tenía ojo azul.

–Acúsate hombre.

Yo sabía todos los pecados del libro, toditos, desde el primero hasta el décimo mandamiento y pensando hacer bien comencé a confesarme desde el principio. El padrecito parecía tener la oreja abierta, pero los ojos cerrados y a cada rato cabeciaba. Yo seguía confesando pecado tras pecado y cuando llegué al sexto mandamiento y dije acuso mi padrecito que fornicado, me quedó chapando con todo el azul de sus ojos y me gritó:

–¿Qué ess lo que dizes, hombre?

Yo, puro susto, creyendo que el padrecito no me había oído, repetí: acuso mi padrecito que fornicado.

–Fornicado sserá, hombre.

Y me quedó chapando chapando y debió ver mis ocho años de muerto-dihambre y dijo como queriendo reír:

–Ssigue ssigue, hombre.

Yo seguí diciendo todo lo que me acordaba pero ya sin orden. Cuando acabé, el padrecito me dio la penitencia, trazó sobre mi cabeza una cruz muy grande y me hizo así en mi cara con su mano suavita suavita. Para confesar a las mujeres, entraba en el confesionario. Las mujeres se tapaban bien la cabeza con fachalina o con reboso y calladito decían sus pecados que el padrecito oía por las rejillas que el confesionario tenía en ambos lados.

(La madre superiora vigilaba desde su reclinatorio el desarrollo de la confesión mientras sus dedos repasaban el ábaco del rosario. Dios te salve María siga niña shsss no conversen llena eres de gracia concéntrense en lo que van a hacer shsss piensen en los pecados que tienen que confesarse el Señor es contigo shsss niñas por favor bendita eres pero Jesús santo Dios cómo es posible que el Padre se duerma entre todas las mujeres y bendito es el fruto esto es más pecado que los pecados de tu vientre Jesús. Ah no no. Pero ¿es posible? Santa María...).

Cuando confesaba a longas maltonas y a hijas de María se tardaba más y salía del confesionario coloradote y con las orejas rocotiándole.

Entonces pensé en la Mila: se habrá confesado eso, eso que hicimos, porque yo por miedo no me confesé. La madrecita nos advirtió que el día de la primera comunión teníamos que estar en ayunas hasta comulgar. Así-

mismo íbamos a la escuela los naturales pensé. Había que lavarse bien bien la boca, pero sin tragar una sola gotita de agua. Dijo también que había que estar recogidos desde la confesión hasta la comunión. ¿Entendiste, Mila? Y así encogidos nomás pasamos los dos esa tarde. Llegó por fin el día de la primera comunión. El día más feliz de la vida –dijo la madrecita. Nos levantamos madrugadito, nos lavamos la boca con mucho miedo de tragarnos el agua. Mamita y la Juana, nos pusieron la mejor ropa y todos juntos caminamos a la escuela. La Mila y yo llevábamos las ceras de la primera comunión bien adornaditas. En el brazo derecho yo llevaba un lazo con fleco dioro. Mi hermana, en vez de fachalina, tenía un velo blanco en la cabeza. Cuando llegamos a la escuela, a lo largo del corredor estaba puesta una mesa blanca blanca. Blanco era el mantel, blancas eran las flores. Decían que las madrecitas iban a dar desayuno a los que hacíamos la primera comunión. Desayuno de café con leche, con pan, con queso, con caramelos. Qué rico. Más que primera comunión iba a ser para mí y para la Mila el primer desayuno de nuestra vida. Esto llenó mi pensamiento y no me dejó permanecer recogido. Me asusté pensando que podía ser hechura del diablo. Mis compañeros, igualito que yo, andaban queriendo parecerse a los angelitos que en unos cuadros de colores nos había mostrado la madrecita. Hasta me saludaron Hola Andrés. Esa mañana no era el rutushca, el rocoto, el verdugo. Como todos teníamos la cera en la mano, no podíamos jugar y andábamos con mucho cuidado. Entonces vi que unos niños blancos se habían metido en la lavandería. Cuando llegué yo, decían muy asustados: “Esto es pecado, esto es pecado”. Era que habían visto colgada y secándose la ropita interior de las madrecitas. El niño Hinojosa, cerrando los ojos para no pecar, comenzó a correr al patio y cuando iba a pasar por mi lado, yo, del miedo de que rompiera las hojitas de mi cera, le empujé y como él iba con los ojos cerrados, se fue a caer en el tanque lleno de agua en que desaguaban los almidonados de las madrecitas. Todos salieron corriendo y gritando: “Fue el longo Andrés. El rutushca fue”. Otros, viéndome viéndome sacudían la mano como queriendo zafarse de mi culpa. Yo no corrí y me quedé parado sin poder moverme viendo al niño Hinojosa que con su cera en alto pero mojado hasta las rodillas lloraba desesperado mientras con la otra mano me culpaba. Llegó corriendo

la madrecita y viendo al niño Hinojosa parado en medio del tanque, le ayudó a salir y en su lengua me preguntó: ¿Fuisste tú, Andrés? Y me vio con ojos de cólera en su cara bonita. Yo me quedé sin pronuncia. ¡Afuera! –gritó con los mismos ojos. Cuando yo salí, todos los niños me espiaban asustados. Pero en ese rato tocó la campana y corrieron a formarse. Ya en la capilla con muchas flores y muchas luces, me puse a pensar que todo eso que me pasaba debía ser cosa del diablo, del diablo que estaba en todas partes y en todo se metía. Después me consolé pensando en el desayuno que iban a darnos las madrecitas. ¿Darían permiso a nosotros los naturales para desayunar junto con niños blancos? Sí. porque había en el corredor una sola mesa y larga. Cuando llegó el rato de pasar al comulgatorio y fuimos todos en fila de ceras encendidas, volví a pensar en la primera comunión y fue porque la madrecita dijo que cuando tengamos a Taitaditosito en nuestros pechos, entonces podíamos nomás pedirle lo que quisiéramos. Al volver a nuestros puestos, muy angelitos, me di cuenta que todos mis compañeros lloraban, espiándose unos a otros. Yo tan quise llorar, pero por más que exprimía mis ojos no me salía una sola lágrima. Con el miedo de quedar como el unquito que no lloraba, espiando y espiando a todos lados, me metí los dedos en los ojos y como me ardieron comencé a moquiar. Ya más tranquilo, pensé en lo que tenía que pedir a Taitaditosito que ya estaba en mi pecho, y era que yo, la Mila, mis taiticos y mis hermanos mayores tengamos siempre algoito que comer. Y parece que Taitaditosito me hizo caso enseguidita porque salimos de la capilla y nos dieron mismo el desayuno, junto con los niños blancos, desayuno en mesa con mantel, en escudilla y plato de china, en vez de los platos de barro en que comíamos, con cuchara brillante y no de palo y con pan y con queso que yo tan, viendo viendo a los niños blancos, prendía con unos fierros para comer.

Un día duró la postura de angelitos, las bondades de angelitos. Y volvimos a ser los diablos de siempre. Pero entonces ya sabíamos lo que era pecado y nos remordía la conciencia cada vez que algo malo hacíamos.

Pasaron los años. La Mila y yo estábamos ya en tercer curso del colegio de Imbaquí. Juntos, siempre juntos íbamos a clases y volvíamos por la tarde. Teníamos quince años, y la Mila –no es porque sea mi hermana–, estaba muy guapa. Mis compañeros y los mishos de los cursos superiores

comenzaron a mirarle y remirarle. Y a mí venían con eso de “cuñado” por aquí, “cuñado” por acá. “Ve, te voy a dar los cigarrillos”, hasta que uno, viéndole en educación física puesta su short, me soltó en la cara: “Qué bien arrepollada tu hermana”. Y alguno añadió algo en voz baja que produjo grandes risotadas. Tuve que aguantarme las ganas de cuesquiarle al misho grosero. Entonces me di cuenta que ya funcionaban bien mis frenos. Los mishos le querían tan solo para eso, para la maldad. Ninguno se hubiera enamorado de ella, por nada del mundo, a pesar de que algunos eran más indios que qué, y a pesar de que la Mila era mejor en cara y en cuerpo que muchas blancas. Imposible. La Mila era india nomás y ellos eran blancos. Podían molestarle, intentar algo malo, pero nada más. Y cómo me enfurecía la manera con que le miraban. Por eso, cuando supe que un longo perseguía a la Mila, le aguaité y del primer guañucta le mandé al suelo y le di una buena cuesquiiza. En el longo me desquité las iras que me hacían tener los mishos. Después pensaba: ¿Por qué hacía eso? ¿Qué era mismo lo que mi corazón tenía para la Mila? El profesor de castellano nos mandó a leer un libro de autor nacional y hacer un resumen. Valdrá como calificación del tercer trimestre, amenazó. Indicó algunos títulos. La Mila y yo escogimos “Cumandá”. Porque sí. Porque nos gustó el título y nada más. Nadie nos había contado ni dicho nada de ese libro. Taitico, aunque enojado por tanto gasto –pero ya le iba bien en las chalinas, en los ponchos–, nos dio la plata y compramos el libro. Pero ni yo ni la Mila nos animábamos a comenzar la lectura. Espiábamos el libro en el tangán cada vez con más susto mientras más pasaban los días. Hasta que al anochecer de un sábado que yo volvía después de jugar fútbol la tarde entera, la Mila me salió a encontrar con una cara tan contenta que casi lloraba, y mostrándome el libro me dijo: Han sido también hermanos. Y como yo debía haber hecho con mi cara sudada una pregunta, la Mila me aclaró, Los guambras, los enamorados de esta novela. Poco a poco me fui dando cuenta, mientras me iba contando. Resulta que la Mila había cogido el libro y de mala gana había abierto casi en las últimas páginas, en la parte en que se descubriría que Cumandá y Carlos eran hermanos. Endulzada había seguido leyendo hasta cuando llegué. En el callejón mismo me contó lo que había leído. Con semejante probana, desde ese rato nos pusimos a leer. Esa no-

che leímos hasta que se acabó el querosín del mechero. Al día siguiente, domingo, madrugamos y subimos al cerro. Buscamos un puesto tranquilo para tranquilamente leer. Leímos todo ese día. Me acuerdo que bien bien mismo no entendíamos. ¿Qué querrá decir esta palabra? ¿Qué significará esto? Pero sí nos dábamos cuenta de la manera como Cumandá y Carlos se conocieron, entendíamos lo que conversaban los dos, nos gustaban las descripciones de paisajes, de ríos, de lagunas. Nos turnábamos en la lectura. Cuando en algún pasaje se le quebraba la voz a la Mila y se le aguaban los ojos, seguía leyendo yo. Nunca nos imaginamos que ese libro que tanto nos costó comenzar a leer, iba a sacudirnos de esa manera. Bajamos del cerro que ya neblinaba, resueltos a echarnos la pera el siguiente día que era lunes y volver al mismo puesto a seguir leyendo. Cuando llegamos a eso de la fiesta en el lago Chimano, yo era ya Carlos y la Mila era Cumandá, y el lago Chimano la laguna que teníamos a nuestros pies, ahí abajito. Solo faltaba la luna. Cumandá tenía que casarse con Yahuarmaqui. ¡*Maná!* (No) –gritó la Mila y se abrazó de mí. Las últimas páginas leímos cara con cara. Cuando llegamos a la muerte de Cumandá, no pudimos más y nos abrazamos en un solo lloro. El resumen fue escrito con muchas lágrimas. Ese libro nos hizo sufrir, nos enfermó, nos acabó. No comíamos. No dormíamos. Nos sentíamos despiertos por los suspiros que salían de por sí. En las clases, no atendíamos pensando en lo que habíamos leído. Íbamos, como siempre, juntos a todas partes, ambos hundidos en el mismo pensamiento. En esos días que así andábamos los dos, como sombras –mamita: *¿Imata nanán?* (¿Qué les duele?) *¿Ungushca charí?* (¿Están enfermos?)–, subimos al cerro a pastorear. Íbamos silencios. Yo, con Cumandá en el pensamiento, la Mila, seguro, con su pensamiento en Carlos. A ratos, la Mila, para salir de lo solita que estaba, hablaba a los borregos, para reprender a los que se quedaban. Al paso del rebaño, tan solo a medio día llegamos al filo de los terrenos comunales. Yo me tendí en la hierba. La Mila se sentó junto a mí y comenzó a abrir el quipe de cucayo que ella había cocinado. Y con el mismo modo con que nuestras mujeres dan de comer a sus maridos, asimismo humilde, asimismo guarmicita, puso en mi mano un chogllo que estaba tapado con los últimos catulos. Yo miré la mazorca a través de los catulos casi transparentes y al arrancarlos creí que le estaba descatulando a

la Mila, y mordí el chogollo con toda mi hambre de hombre. Unos bocados, nada más, y luego todo yo sin atinarme me alejé de la Mila y me tiré al suelo. No sabía lo que me pasaba. Me quedé así, quieto, un rato muy largo, con la oreja en la respiración del cerro. El cerro acezaba en el viento. El cerro acezaba. Entonces sentí que la Mila vino a sentarse a mi lado, silencio. Yo me quedé igual, pero estaba como el ladrón antesitos del robo. Viendo que ella no hablaba, me di la vuelta y le hice frente. Me sonrió y algo dijo que el viento no me dejó oír. Me quedé chapando los bordados de su camisa, ya abombada por los pechos en pleno brote. Me quedé chapando las gualcas y pasé mis dedos por sus perlones que sonaron con un ruido de alarma que asustó a la Mila. Años después sonó en mi oreja ese mismo ruido en los sonajeros colgados del umbral de los portones de las casas de mis amigas: Hi Karen. Hi Susan. Hi Doroty. Cuando oyó la Mila el ruido de sus gualcas, se levantó y corrió. Yo sabía que eso significaba Juguemos a las cogidas. Y corrí detrás de ella. La Mila corría, corría, hasta que llegó a sus siete años, antes de saber lo que era pecado. Yo le seguía tras tras, por donde ella iba. Acuso mi padre que he tenido malos pensamientos. Acuso mi padre que. Yo corría con todas mis fuerzas, pero no podía alcanzarle. En un rato, la Mila, sin dejar de correr voltió la cara para verme si le seguía y no vio una mata en la que se enredó y cayó. Cuando llegué, ella seguía tendida, con su anaco revuelto. El viento ayudó a levantarle aún más. Y mis ojos vieron las piernas de sus quince años. Cuñado: ¡qué bien despachada es tu hermana! Y antes de que nadie más le viera –así, le bajé el anaco y le tapé. Pero mis manos habían sentido el calor de sus piernas, como pancito caliente. Y sin querer, fueron subiendo. Ella se defendía apretando, remordiendo los muslos. Pero mis manos seguían subiendo, subiendo. subiendo hasta el final. Entonces tan solo se tapó los ojos con el brazo. Espié a todos lados. Estábamos solos. El viento agrandaba la soledad. El cerro acezaba en el viento. Y era de cierto que el viento mugía, que el viento bramaba, que el viento lloraba. Y con un empujón del viento, desde lo alto, la neblina comenzó a rodar, ladera abajo. Y yo, con la niebla. Dando tumbos, caído abajo, perdido en la soledad, llorando a gritos. ¡Milaaaaa! ¡Ñuca ñañaguuuuuuu! ¡Ñuca guarmiguuuuuuu!

**Y**o, Francisco Topac-Atauchi, Auqui de Quito, hijo de Atabalipa inga, Señor que fue de los rreynos de Quito e del Cuzco, parti con el Muy Magnifico Gouvernador Capitan Gonzalo Pizarro a la aventura del Pais de la Canela y comparti la desventura con el dicho Gouvernador.

Antonio de Hoznayo, cacique de Gualzaqui, encargado de facer el empadronamiento de yndios del Partido de Otavalo, por horden e mandato del Teniente Pedro de Puelles, el qual a su vez cumplia hordenes del dicho Gouvernador, permitiose inscripbirme entre los subordinados del cacique de Otavalo por cabsa e rrazon de estar yo casado con doña Beatriz An-go, hija del dicho cacique.

El Cabildo de Quito requirio al dicho Gouvernador de no llebar yndios fuera de la provincia porque ya estaba despoblada e que si fuera necesario mesmo el lleballos no lo ficiese forzados ni cargados de cepos e cadenas, protestando quexarse ante su Magestad rreal de assi hacello.

Sin dar oydo al dicho requerimiento, quatro mill yndos del Partido de Otavalo fueron fechos e forzados a dexar mujer y hijos e partir a la dicha expedicion.

Yo fui llebado como Señor Principal por creer y tener por cierto que mi persona e presencia fuera de grandissimo efeto entre la gente belicosa de Quixos a los quales Gonzalo Diaz de Pineda no pudo en dos veces vencellos ni sometellos.

Los yndios partimos de visperas por el chaquiñan de Guapulo, Tumbaco e Pifó, vigilados por guardias de a caballo e aperreados por millas de allcus que ya conocían el sabor de nuestra sangre, antes mesmo de ser lo que luego llegaron a ser para el yndio: consufridores de hambres.

Conduciamos una piara gruñidora de tres mill cuchis e llamas en pie, porfiando con el genio terco de los dichos extraños animales, mas ygualmente con el encaprichamiento mugeril de las llamas.

Detras seguian como trescientos españoles de pie e de caballo, con la fiebre de oro azulenca en los oxos. Partieron jinetes briosos con el sueño de conquistar el famoso Pais de la Canela e la Laguna del Dorado por creellos copiosos en curi.

Mas todo fue un nuevo "*huacay-ñan*".

Ya en páramos de Antizana, caminando días e noches entre niebla e nevasca, murieron mas de cien yndios. Muerte desnuda, asorochada, a bocanadas de granizo.

Jornadas adelante, la misma muerte en sus muchissimas caras de traycion.

Por desfiladeros e huaicos, un solo paso en falso volviase vn ay interminablemente derrumbado.

En tierras baxas, viboras en mortíferas salpicaduras. Sangriento revoltijo de yndio e puma despertando de bruces a la noche.

Vide con mis oxos a muchos christianos e caballos tragados en un solo bocado por las tembladeras acezantes en su hartura.

Vide hombres emponzoñados por tarantulas morir echando de su cuerpo toda la sangre.

Otros, tascados a dos sierras por caimanes.

Otros mas, entorchados de anacondas.

Empero, mas cruel que todas estas muertes fue la muerte por hambre que nos bostezaba.

Los bastimentos desde Quito llevados con tanta fatiga e trabaxo por tan asperas montañas, se avian consumido o malogrado.

Ninguna ciudad, ningun rreyno poderoso. Tan solo pobres aldeas abandonadas por yndios huidizos o defendidas por gente de guerra a los quales los blancos solian escarmentallos con sus mortíferos arcabuces. E por todas partes, la misma verde desolacion de tan montuoso suelo.

Una noche, estando en la aldea de Zumaco, temblo la tierra, claro indicio de las iras de los dioses, que moraban en la aspereza de esos montes que nosotros invadiamos.

Tras el terremoto descolgaronse lluvias sin parada e tempestades de rayos. Mas la cobdicia de oro cerraba oxos e oydos de los blancos e assi decidieron seguir adelante.

En la provincia de Moti se unio al rreal del Governador vn tuerto nombrado Francisco de Orellana con veyntitres hombres. Llegaron fatigados de tanto hacer la guerra contra gente demoniada, segun dixeron, que no permitianles paso e por cuya cabsa perdieron quanto trayan desde Quito. Con el aumento de ellos crecio aun mas el hambre.

Entonces la cobdicia de oro trocasse en busca desesperada de comida por se sustentar. Hovieron de comer pepas de monte que los yndios descubrimos. Por ventura encontramos la conocida guaba e una fruta que por mucho parecerse a la naranja le nombraron naranjilla.

Mas adelante, ningun fruto. Raices montecinas e cogollos de bihaos, cuescos e todos los generas de salvajinas ponzoñosas comiendo las quales andaban como upas, luego se tronchaban con tanta agonía que la muerte llegaba compadecida para los desdichados. E a tanto llego la necesidad que hasta las suelas de los calzados, las correas e arzones de las sillas hovieron de hervir con hierbas para ser comidos.

La carne de los caballos muertos, sin sal, era repartida al peso e con tanto como manjar e mucho se holgaban de ella. Nosotros los yndios a nos pelear los huesos con los perros. E mas luego tovieron que también estos ser comidos. Milles de perros devorados por chrisptianos. Entonces ya roiamos los huesos sin gruñidos competidores.

Mas pese a tan gran hambre en las tripas e flaqueza de brazos, yndios servicios, a abrir camino en la selva con hachas e machetes e tambien a facer muchas puentes para pasar tantos ríos.

Hasta entonces habian muerto mas de cien españoles e mas de tres mill yndios.

E como las aguas cargaban, las que arreciaban del cielo, las que anegaban la tierra, las quales empedian dar seguro paso, el Governador puso en platica con los suyos e convinieron en facer en aguas del rio una fabrica nombrada bergantin en el qual cargar ansi los dolientes como armas e municiones las quales cada vez pesaban mas sobre las espaldas de aquellos que hibamos ansina mas muertos que vivos.

Yndios de servicio a tumbar arboles, a labrar madera, comidos por vna plaga de mosquitos, dando diente con diente al filo de la calentura. Con los arboles cayeron otros mas de nosotros.

Tras tanta fatiga, tanto tiempo y tanto trabaxo, de fasta facer con mucho teson clavos con las herraduras de los caballos mas estorbosos que utiles en tan fragosas tierras e cuando el bergantin se bamboleaba en el rio, el dicho Francisco de Orellana dixo que queria tomar trabaxo de ir en el bergantin a buscar comida en la junta de dos rios, donde los yndios guias decían avia en abundancia, y bolber con comida con que todos se pudieran remediar e que en tanto todo el rreal caminase hacia abaxo para se encontrar en menos tiempo.

Ansi convinieron y el dicho Capitan Orellana e mas sesenta hombres, entre españoles e yndios de servicio, partieron rio abaxo.

Dias, semanas e meses de fatigar los oxos vigilando el retorno. Ninguna señal del dicho Orellana, fasta que a muchas jornadas e mayores trabaxos e padecimientos llegamos a la junta de los rios donde segun noticia dada por los guias avía abundancia de comida. No avia sino cortaduras de como avían saltado en tierra, sin aver parecido nueva de el ni ningun proveymiento.

Visto por el Gouernador como Orellana era ido e alzado e la indisposicion de los del rreal que determinaron a decirle que antes querían morir alli que pasar adelante, resolviose al fin bolber.

El camino de regreso a Quito fue fecho con los ultimos alientos, cubiertos los mesmos españoles de pedazos de ropa podrida en el cuerpo. En derrota total.

Dos años e medio de penurias, de hambres, de trabaxos.

De los trescientos españoles que fueron en busca del Dorado, lanza en ristre, bolbian unos ochenta cadaveres todavía vivos, bordon en mano.

El oro traian con largueza en sus barbas descoloridas.

Ningun cronista se comide en dextrar quantos yndios de los quatro mil bolbimos.

Yo digo que tan solo un puñado.

Yo entre ellos. Bolbi.

Yo, Francisco Topac-Atauchi, el Auqui de Quito.

Regrese.

Ellos, los españoles fueron recibidos entre abrazos e lagrimas de contentamiento por los que bolbian o de dolor por los muertos.

A nosotros, nadie.

Ningun abrazo. Ninguna lágrima ni de alegría ni de dolor.

Habíamos comenzado a llorar para adentro.

Ellos, los ochenta, al llegar, se encaminaron derechamente a la iglesia de Veracruz que sonaba sus campanas.

Yo, a abirme de brazos: Oh Pachacamac.

Bolbi. Regrese. Vidity, vidity.

Assi, cuatro mili yndios del Partido de Otavalo sembraron sus huesos en el camino del descubrimiento del rio de las Amazonas.

Llegado a Quito, confieso vergonzoso que acetate que me nombraran por capitan e Justicia Mayor de los naturales desta provincia y que aviendo rebelado e alzado la provincia de Lita, Quilca e Caguasqui, recebi la misión de quietar e pacificar la dicha provincia e yo execute la horden.

Item en la provincia de Quixos conjuntamente con el Gouvernador Gil Ramirez Davalos.

Otro si en los terminos de Quenca, cinquenta leguas desta ciudad de Quito, a mi costa, mision de muy grande ymportancia por quanto prendí e mande presos a los caciques de Cañaribamba y de los Cujes, mas aclaro que en mi alma acetate esta mision por castigar la segunda traycion por dichos caciques consumada al prestar ayuda a Sebastian de Benalcazar que bino a facer la guerra a nuestras tierras. E digo mas, que de en mi estar oviera fecho con dichos caciques lo que mi padre Atabalipa Inga:

“Sembrar corazones de traydores por ver que frutos daban”.

Todos le encontraban distinto. Sus silencios se habían vuelto tristeza. En medio de la conversación de los demás, le sorprendían con los ojos en la nada. Eso sí, seguía siendo el mismo decidido colaborador del doctor Tupatauchi. Fue el primero en entusiasmarse con los afanes de ayudar a los hermanos de otras comunas. Entre los dos organizaron el comité “Rigcharishun”. Pero José Farinango, desde algún tiempo, era otro hombre.

¿Qué nos pasa, José?

¿Estamos enfermos?

¿O es que estamos ena

José los dejó con la palabra en la boca, les dijo chau y tomando su bicicleta pedaleó hacia Imbaquí. Ya en la cuesta: Debía quedarme de tejedor. Como mi taita, como mis abuelos, como mis hermanos mayores: Chalina, niña. Ponchos, chales, bufandas, míster. Yes, miss, two hundred sucres. Debía quedarme de indio, de indio-e-mierda. Así patiado, gramputiado. Pero, ¿no soy lo mismo aunque sea licenciado? ¿No tengo el mismo tufo de indio, el mismo guango, el mismo apocamiento, el mismo. No. El mismo shungo, no. Ni la misma alma. Y eso es lo malo. Soy indio, pero siento de otra manera, pienso de otro modo. Y eso es lo que en mí han hecho el colegio, la universidad, los libros. Si no se me hubiera cambiado el corazón, me hubiera nomás aficionado de las longas de Quinchibuela. De la Mila tan, aunque ella es estudiada como yo, pero es natural y como a natural le hubiera enamorado. Como naturales nos hubiéramos amañado primero y después, si yo quería, me casaba, si no, le hubiera devuelto a sus taitas agradeciendo. Pero con ella, con ella es otra cosa.

¿Has sabido vos algo?

No, nada.

Debe estar enamorado. Los ojos y los suspiros ca de enamorado son.  
Pero no se le ha visto andar con nadie.

¿Y entonces ca?

No sé.

Lo raro era que le veían entregado totalmente a sus labores en el colegio. Sus alumnos le respetaban y querían. Solo que en los días laborables, llegadas las seis de la tarde, dejaba todo a un lado y muchas veces sin comer, se estaba yendo a Imbaquí, cuidadosamente aseado. La madre superiora de uno de los colegios religiosos de la población le había contratado como profesor ayudante de una de las monjitas encargada del centro de alfabetización de adultos, que funcionaba en las primeras horas de la noche. Apenas le oyó hablar a sor Angelita se dio cuenta que era colombiana. José no sabía precisar de dónde brotaba la dulzura en la que moraba la religiosa, si de las alas de su toca o de las eses antioqueñas. Esa fue la primera chamiqueada bajo la cual cayó. Luego fueron los ojos de la religiosa y más luego sus manos de hostia. Sor Angelita agravó inocentemente el atractivo al entregarle una estampa con la imagen de Teresita del Niño Jesús. Y fue como si le hubiera dado su propia foto. Tan parecida la encontró con la santa, en la toca, en su carita de ángel, que le dio asidero para una suplantación de devociones. Así comenzó en él la congoja de la oruga enamorada de una nube. Cómo pudo pasarme semejante cosa. De una blanca y de una blanca que es madrecita. Sus hábitos, sus votos. Esto, a más de atrevimiento debe ser eso que a ella misma le he oído explicar, sí, sacrilegio. Yo le estoy profanando porque ella pertenece al altar. Y si sor Angelita me advina? Claro que me doy cuenta que le gusta platicar –como ella dice–, conmigo y que en los recreos busca mi compañía. Pero de eso a pensar que. Y yo soy un. Yo no valgo nada.

Sí, me gustaba platicar con José. Le encontraba tan puro, tan lacustre. Es verdad que las hermanas me llegaron a decir: “José se hace turumbas por complacerla”. Tuve que hacerme explicar el sentido de la expresión. Yo creí que era tan solo deseo de mostrarse eficiente en su trabajo, afán de agrandar en provecho propio. Pero sus miradas evasivas, los sudores y turbaciones cuando algo tenía que decirme, su nuez subiendo y bajando, la timidez de animalito tierno en su cuerpo de hombre, me llevaron

a sospechar que José vivía algo que yo debía haber despertado sin advertirlo. Me intranquicé por él, pero también por mí. Y me puse a examinar mi comportamiento. Tal vez algo he estado haciendo que pudo dar lugar a una mala interpretación. Mas, nada encontré de equívoco en mis maneras. Entonces puse mayor atención en las de José Farinango. Yo miraba lo que ocurría dentro de su alma primitiva con la misma fácil transparencia con que contemplaba el frío hervor de la arena en los ojos de agua de esta comarca. José, todo él modosito, incapacitado para el engaño, se denunciaba infantilmente en la nerviosidad de su sonrisa, en la timidez de sus manos saludadoras, en la esmerada blancura de sus vestidos. Le sorprendía mirándome con la misma expresión de sufrimiento del feligrés que eleva sus ojos y sus ruegos a una imagen del altar. Era la misma reverente posturación, la misma fe mezclada de desesperanza. Y comencé a compadecerle. Pese a mi falta de experiencia mundana —de mis veintitrés años, ocho tengo de vocación—, le encontré diferente a todos los jóvenes. Actuaba con la sencillez y naturalidad campesinas. Tenía un alma purificada por siglos de cilicios espirituales. Estaba hecho de laguna y cerro, de penco y mito. Y nació en mí un afán misionero de ayudarle a salvar, no su alma, su vida terrena. Le encontraba tan digno de otra suerte. Como extranjera, había notado el trato humillante que los llamados blancos dan a los indios, inclusive a los que mediante su propio esfuerzo —y tal vez por eso mismo—, habían logrado superarse y sobrepasarlos en educación y hasta en títulos, y me dolía que también él, profesor titulado y si bien indio, hombre de alma noble, fuera uno de los humillados. Poco a poco, a medida del contacto en las actividades del curso de alfabetización, me di cuenta que mi compasión inicial se iba transformando en un sentimiento que me sobresaltó. Y volví a preguntarme si mi preocupación por José Farinango estaba dentro de mi cristiano amor al prójimo o era un sentimiento que producido por el atractivo de su silvestridad, me comenzaba a profanar. No supe entonces contestarme con seguridad. Y comencé a orar para conjurar las asechanzas del mundo que arremetían contra mi inexperto corazón. Mis oraciones han resultado inútiles, porque ahora sí sé, con horrorizada certeza, que mi corazón ha saltado sobre mi vocación misionera, que lo que siento no es el amor en Cristo para el hermano indio, que mi mano no se tien-

de hacia su alma desvalida, sino que es mi impulso de mujer el que se va hacia el hombre a quien largo tiempo he sentido torturado por su inconfesado amor. He luchado contra este sentimiento y Dios es testigo de mis noches desveladas, de mis angustias, de la sinceridad de mi remordimiento. Pero él se interpone entre mis oraciones y el altar. Siento sus manos náufragas hacia mí tendidas, los arrebatos de su sentimiento frenados por la desgracia de haber nacido indio, el abatimiento de todo su ser porque debe encontrarme aún más inalcanzable en mis hábitos.

En este estado de ánimo, la mañana de ese sábado de setiembre –lo recuerdo tan bien–, la hermana Rosita y yo, en cumplimiento de lo ordenado por la madre superiora, nos encaminamos a Camuendo a proseguir nuestra labor social y evangelizadora. Con nosotras iba José, eficaz tranquilizador de temores y celos en los infelices e intérprete de las instrucciones cuando nuestro aprendido quichua nos resultaba insuficiente. Toda esa mañana habíamos visitado algunas casas. A mediodía, a la sombra de un capulí nos sentamos a servirnos el refrigerio que habíamos llevado. Me nació el deseo de atender a José.

Lo que sentí cuando sor Angelita me sirvió con sus manos, con la misma sumisión, con la misma entrega con que entre los naturales la mujer da de comer a su marido, cerca del azadón descansando, detrás de las paredes de la construcción.

Al ofrecer a José el refrigerio, Oh Dios mío, por qué se me viene a la memoria “Tomad y comed, esto es mi cuerpo”? Deseché de inmediato el mal pensamiento. Abajo, por entre pencos y eucaliptos, se divisaba el verde embotellado de la laguna. Con los ojos en esas aguas como las del Tiberiades, platicábamos. La conversación se fue hacia un tema bíblico, la casa de Betania y en ella Martha, María Magdalena y el Rabí. En las noches anteriores, yo había leído la interpretación que un autor daba a los coloquios entre el Maestro y la ex pecadora, hasta lograr que ella fuera purificándose de su mundana levadura y cambiara todos sus amores en un solo amor. Algo de la emoción que esa lectura produjo en mí traté de reproducir esa tarde.

Qué efecto que me hizo esa conversación de sor Angelita. Me sentí como nunca enredado en sus eses antioqueñas. Tenía ella la cara encendi-

da, y no era el sol de la tarde. Yo no sabía qué hacerme, en qué pensar, cómo pensar. ¿Era una conversación a propósito? No sé cómo pude frenar mi corazón desbocado.

Lo que de la acción misionera seguimos haciendo la hermana Rosita y yo, ya no tenía importancia. Al atardecer, iniciamos el regreso. Mientras caminábamos callados los tres, qué asociaciones vinieron a mi mente. Debía ocurrirle lo mismo a José. Eso debía significar su silencio. La hermana Rosita iba a buen paso atendiendo a unas mujeres que algo le confiaban. José y yo, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, nos íbamos retrasando sin atrevernos a mirarnos siquiera. En un momento, la hermana se perdió en un recodo y nos sentimos solos. Nos buscamos los ojos simultáneamente y con la vehemencia del impulso tanto tiempo reprimido, nuestras manos se engarfiaron.

(L) a llamaban “la palla del capitán Juan Lobato”. Su nombre era Isabel Yarucpalla, una de las viudas de Atahualpa, “señora principal entre las principales del Cuzco”. Había sido traída a Quito desde Cajamarca por Rumiñahui, cuando el general quiteño vio que el shyri-inca estaba perdido. Quería protegerla de la sacrílega profanación que a los viracochas había visto consumir impunemente sobre las otras mujeres de Atahualpa, porque tras apresarle “le habían tomado sus mujeres e repartídlas, y en su presencia, viendolo el, usaban dellas en sus adulterios y en lo que les placía a aquellos a quienes las dieron”. El celo varonil de Rumiñahui fue inútil, igual que su brava defensa de Quito, porque vencido por los conquistadores huyó “a tierra de yumbos” con las pallas y los hijos de Atahualpa. Allí fue apresada Isabel Yarucpalla por Sebastián de Benalcázar y entregada como botín de guerra al capitán Juan Lobato, uno de los conquistadores y fundadores de San Francisco de Quito. De esta manera, sin el sí consentidor, fue profanado el sexo sagrado y consagrado en el que, como en el ocaso, solo debía ocultarse el sol.

De distinta manera llegaron las muchachas mexicanas a los brazos de los teúles, dioses comandados por Hernán Cortés, teúl mayor. Eran los caciques vencidos, tlaxcaltecas y aztecas y hasta el mismo emperador Moteczuma, los que entregaban a sus hijas, junto con otros presentes de oro, plata y pedrería. Se proponían aplacar así, primero los dos impulsos irrefrenables y luego sacar de ellos una cría de dioses invencibles. De esta manera se fueron formando las parejas históricas: la Malinche y Hernán Cortés, doña Luisa Xicotencatl y Pedro de Alvarado, la intérprete Catalina y el conquistador de Cartagena de Indias, y en el Perú, doña Elizabeth y el capitán Garcilaso de la Vega, la coya Inés Yupanqui-Huaylas y Francisco Pizarra, alternando con la ñusta Angelina Añas Yupanqui, medio hermana de Atahualpa. Parejas formadas de deseo varonil y enamoramiento femenino, porque ellas se dieron en deslumbramiento total, bajo esos seres todopoderosos que legitimaban su divinidad, ellos sí, palpablemente, en el dorado de sol de sus barbas y crenchas y el cielo de sus ojos, así como en el

disparo fulminante del rayo y su estampido atronador. Y estos intis así indudables, tras repartirse en relincho y habla y salir de su envoltura de escamas relucientes, se dignaban descender hasta ellas, rebuscar entre sus muslos temblorosos y desfallecer igual que los hombres.

De este modo se inaugura un malinchismo de placer y retribuyente soplonería, desde México a la Patagonia, que hace posible que los conquistadores consoliden ambas conquistas.

Isabel Yarucpalla es en Quito una de las malinches.

Porque al estupor del estupro inicial debió seguir el enamorarse del hermoso violador, sobreponiéndose al horror del sacrilegio de su carne en viudez y al fantasma del marido imperial con sus ojos fulminadores en mitad de la entrega. Entonces el capitán Lobato debió de sentir el rescoldo de tantos soles caídos. Y en ella ha de tener la hembra sabia en regodeos de concupiscencia imperial y la amante fiel hasta la traición a los suyos.

Isabel Yarucpalla descubre, en un quichua sigiloso, una sublevación de los caciques de Otavalo y entonces procede igual que la Malinche en la manzanilla a los cholultecas porque "...aviendolo oydo y entendido la dicha doña Isabel en secreto en su lengua luego la susodicha vino a dar aviso dello a ciertos vecynos y soldados que estaban en la casa del dicho capitán Lobato juntamente con este testigo y esto fue a media noche que solo a este efeto vino a aquella ora muy congojosa y llorosa y luego como lo dixo a este testigo y a los demas le pregunto que porque lloraba la qual rrespondio como quieres señor que no llore que de aquí a dos días no a de auer ninguno de bosotros uibos porque todos los indios estan concertados de se balsar y mataros a todos y a las indias de seruicio y que se guardasen y ansi luego la traxeron ante el general llamado Lorenço de Aldana y le tomo su dicho diziendo que tiene rreferido y mediante la dicha nueva y abiso que fue muy notable para el seruicio de su magestad y bien de los españoles se partio el dicho general con este testigo y otros soldados y fueron a prender a los caciques que estaban todos juntos y congregados en la casa de el dicho don Alonso y los prendio y se averiguo la maldad y traycion que pretendían hazer que si no fuera por la dicha doña Isabel se perdiera totalmente esta tierra y fuera menester boluer a conquistarla de nuevo y assi se le agradescio mucho a la susodicha..."

La palla del capitán Lobato, habiendo entregado así a los de su sangre, esa misma madrugada habrá sido más sangre en entrega).

Esa tarde, enlazados por las manos, sor Angelita y José Farinango intercambiaron silencios: el de él, silencio paramero; el de ella, recogimiento de santuario. El arrebato duró unos instantes y, sobresaltados, corrieron en búsqueda de la compañía protectora de la hermana Rosita. En el resto del camino, cada uno iba por su cuenta. Cuando dejó a las dos religiosas en su convento, José Farinango inició el disfrute de su dicha. El mundo comenzó a girar para él de otra manera. De otra manera agujereaban el cielo las estrellas y una felicidad nunca antes experimentada le relinchaba en sus collados. Toda esa noche pasó y repasó por su mente la mirada con que sor Angelita acompañó la entrega de sus manos. Es que por fin los golpes de su corazón habían despertado al eco, y de ella había recibido la respuesta con la misma fidelidad con que había escuchado tantas veces el rebote de su voz en el antepecho de los montes. Quería volver a verla. Confirmar lo que le parecía tan solamente una alucinación. La oportunidad sería la misa dominical. No sabía si se había adormecido, pero al primer repique de las campanas de la capilla conventual que le sonaron a aleluya, ya estuvo esmeradamente listo. Se dirigió al convento y junto con los feligreses entró en la capilla. En las primeras bancas ya estaban arrodilladas las religiosas. Pero no estaba con ellas sor Angelita. Se encendió en suposiciones. Las más diversas. Las más sombrías. La misa le resultó inacabable. Cuando se terminó, pudo preguntar por ella a una de las religiosas. Se sintió indisputada –le contestó. No preguntó más. ¿Enfermedad del cuerpo o mal del alma? ¿Le descompuso la entrega de sus manos? ¿Recapacitó quizás, y se arrepintió? Y si se arrepintió, ¿se siente culpable y por vergüenza se esquivo? ¿Se siente avergonzada de haberme hecho entender lo que entendí? ¿Estaré equivocado? ¿Estaré malinterpretando? Pero, no. Sus ojos me hablaron y su mirada no pudo ser sino mi-

rada de. Sí, de amor. Amor la manera como sus manos salieron al encuentro de mis manos. Amor la resignación con que se dejaron apretar. Sentí que temblaban con el aleteo de tórtolas prisioneras. Necesito verla. Asegurar o desechar mis sospechas a través del lenguaje de sus ojos que ya he aprendido a desenredar. Pero eso será el día de mañana, y qué larga me va a resultar la espera.

¿Qué es lo que he hecho? ¿Ocurrió efectivamente? Sí, porque siento aún en mis manos el calor de las suyas. Me siento manchada por mis impulsos, indigna de mis sayales y de participar con las hermanas en los oficios religiosos. Por vez primera se clava en mí esta clase de sobresalto. ¿Qué mismo es lo que siento para José Farinango? ¿Es compasión? Sí. ¿Está mi compasión dentro de los límites de la solidaridad humana con que en mi vocación misionera debo tratar al prójimo? Sinceramente, no. El haber perdido el dominio sobre mí misma, el salir con mis manos al encuentro de las suyas con semejante vehemencia, son muestras innegables de que yo no mando ya en mis sentimientos. Él, por desvalido, necesita de cristiano amor. Pero, ¿es el amor en Dios el que turba mis noches desveladas? Al tomar mis hábitos he renunciado al mundo y sus vanidades. Al hacer mis votos he consagrado todo mi ser a un amor divino. No puedo mancharme con un amor profano, y, sin embargo, mi corazón ha comenzado a echar raíces en el mundo. Desde esa tarde, desde el contacto con sus manos en frenesí, desde el estallido de los dos imposibles, el suyo y el mío, mi angustia es porque ahora me veo obligada a escoger entre el cielo y la tierra. Así está de distendido mi corazón.

La tarde del lunes llegó por fin para José Farinango en el patio del convento. Con el toque de la campana, sor Angelita salió de su claustro. La examinó mientras, con los ojos en tierra, se acercaba hasta él. Había marchitez en sus tocas. Cuando en la penumbra del corredor, levantó su mirada, José Farinango se dio cuenta de todo. Ya no eran los ojos misericordiosos que descendían hasta él, hasta su postración, como una mano que acariciara el lomo de un cachorro guagcho. Su sonrisa, antes espiritualizada por una tristeza de cielo, ya no era de conmiseración. Ahora eran sus ojos los que se alzaban hasta él con una sonrisa de humana tristeza y total resignación. Tenían esa luz lavada del cielo aliviado de la cargazón de nu-

bes. Miraban en actitud de entregamiento, en demanda de protección. Eran ya ojos de mujer, desacralizados, pertenencia amorosa de un hombre. José Farinango tuvo que aplomarse para no levantarla en brazos. Entraron en sus aulas. Ni ella ni él supieron la forma de desenvolverse con tranquilidad frente a sus alumnos. Al término de la lección de esa noche, en la puerta del convento hasta donde ella le acompañó, volvieron a tomarse de las manos. El, ya seguro, las besó, de una en una, y, luego fuera de sí, le expresó su amor, en su lengua. En quichua, para sentir sus palabras en toda la hondura y trascendencia. En quichua, para advertirla desde donde le declaraba su amor y estar seguro de que ella aceptaba esa realidad. Ella entendió, y nivelándose con él, pudorosamente le contestó con igual decisión y en la misma lengua: *Cantapish mi juyani*. (También yo te quiero).

Un mediodía recargado de problemas del colegio, de la cooperativa, del comité “Rigcharishun”, el doctor Tupatauchi salió del rectorado y en vez de encaminarse al almuerzo, tomó por un caminito que iba de la mano con una de las acequias orillada de berros. Quería mandar en el agua sus problemas. Y el agua corría contoneándose, desnuda completamente, con un cantar frío. Sin darse cuenta, llegó a su niñez al abandonado proyecto de estanque, la cocha de los güilli-güillis de sus años patalsuelo. A los tiempos –pensó. Y se vio metido en esas aguas con otros compañeros de su edad, jugando con el susto de los bichos. Íbamos a cuál pescaba más. Eran muy ariscos. Cuando lográbamos cogerles, nos gustaba verles coletiar y coletiar en la mano hasta que descansaban. Entonces les poníamos en las piedras de la orilla, en fila. Con el sol, su gelatina negra se secaba hasta quedar convertida en cascaritas negras. No sé porqué yo pensaba entonces que esos eran nuestros muertos, los muertos de la Rinconada, de Sagsahuaico, de Pilchibuela. Y ahura, de Colta, de Guagraloma, de Tigua, de Sigsipamba, de Aztra, de Ranca, de Puquio, de Cajamarca. No alcanzarían miles y miles de cochas de güilli-güillis. Pero viendo bien, esta cocha más se parece a Quinchibuela. Los güilli-güillis somos nosotros, los naturales. Aquí estamos, como en una gran pecera, lluspiéndonos entre las algas de un verde iluminado de sol, todos los de la comunidad, talcualitos, caduno en su propio grado de cambio. Esos chilinguitos que van por aquí y por allá como alverjitas renegridas, son los longos escueleros. A ratos, se forman en una misma dirección, se quedan como esperando una voz de mando que alguien les debe dar porque de repente se disparan como atraídos por un imán. Hay de todos los portes. Estos maltones que van latiguiando con sus rabitos como alas de cortapelo, son los colegiales, así andariegos y carilavados. Los jatunru-

cos son los tejedores que se han quedado en Quinchibuela, a los que les van naciendo las patas traseras con las que comienzan a resortiar. Ya en ese estado, suben a la superficie a gustar el aire. Son los tejedores que hacen sus primeros viajes a otros lugares y regresan a respirar aquí. Los que ya tienen las cuatro patas, comienzan a verdiarse el lomo. Esos pueden ser los guambros que han entrado a la universidad, ya desponchados y en cuerpito, apenas con sacos de lana o chompas, pero siguen con sus propios guangos, tal como los renacuajos y su pucho de rabo. Los que ya han cambiado sus branquias por pulmones, principian a descuartizarse para salir de la cocha. Avanzan despernancándose hacia Imbaquí, llevando en el lomo a sus crías que se abrazan con sus cuatro patas. Van esquivando las pedradas de los mestizos, desesperados por la invasión de los indios verdes. Los que han logrado llegar, ahí se quedan, aguantando lo que venga. A veces, los mestizos les aciertan las pedradas-insultos, las pedradas-desprecio, las pedradas-pedradas. Entonces, como los jambatos estiran todas las patas y se quedan tiesos, hechos los muertos. Después de un rato, resucitan en casas nuevas de dos y tres pisos, mejores que las de los blancos. Ya sapos viejos, salta saltando, vuelan a otros países.

Y yo, ¿cuál de estos seré? Ya me han dicho que soy un indio puesto-en-orden. Será porque les he ganado a todos, naturales y mestizos. Entonces debo ser el sapo mayor. Pero, no he de reventar como la rana del cuento. Eso sí.

En las entrevistas de las noches siguientes, a la media luz del portón, luego de las lecciones, sor Angelita le confió sus escrúpulos de conciencia, el respeto que debía guardar a su hábito, la fidelidad a sus votos, el temor de que la superiora sospechara. Pero la superiora estaba más allá de las sospechas y hasta creía tener pruebas. La perturbación de sor Angelita era evidente. Evidentes sus retraimientos, sus ojos acuosos y evasivos. Evidente su apasionamiento que iba quemando ojeras, encendiendo rosas donde había habido palideces místicas. No. La hermana Angelita no era la misma. Con todo, el malpensamiento de la superiora se resistió a conjeturar algo mundano. ¿Con quién? ¿Con el capellán? ¿Alguno de los estudiantes comedidos que entrenaban el básquet o el volley con las internas? Lo que no se atrevía a suponer era que podía ser con José Farinango, el indio ayudante de los cursos de alfabetización, a quien ella misma había contratado. Con el indio, no. Sería una sospecha pecuaria, inadmisibles. Pero cuando agravó el cuidado, creyó, a pesar de la repugnancia, tener certidumbres. Una noche, luego de las labores alfabetizadoras y cuando las otras hermanas se habían retirado ya a sus dormitorios, la llamó a su despacho. Allí, bajo un crucifijo en el que sor Angelita había abierto la herida del costado, la superiora, embadurnándose las manos en sus conjeturas, inició la delicada entrevista. Comenzó por dejar sentado lo innegable del cambio de sor Angelita. Averiguó el motivo. ¿Algún problema en el curso? Silencio y ojos al suelo. ¿Debemos sospechar algo mundano? ¿Un hombre? Silencio y vergüenza en los ojos. Por Dios, hermana Angelita, ¿quién? Silencio y conflicto en todo el cuerpo.

Ante su silencio, hermana, debo sospechar algo deshonesto con José. Intento de respuesta, pero siguió el silencio. Oh, no por Dios Nuestro Señor, hermana. ¿Tan bajo ha descendido? ¿A tal extremo se ha rebajado? ¿Con un indio! Un indio que es un hermano, masor –se vio precisa-

da a rectificar. Sí, hermana, pero no para perder la cabeza, no para poner en peligro su vocación religiosa, inclusive la salvación de su alma. Silencio y lágrimas. ¡Con un indio! –volvió a ponderar la superiora. Hubiera querido sor Angelita aclarar Un indio sí, pero con el alma blanca que no tienen muchos de los llamados blancos. Pero dejó que la superiora prosiguiera desahogándose. Supongo, hermana, que será una ofuscación, un sentimiento pasajero nada más, un malpensamiento, y que usted sabrá reflexionar, sabrá desechar algo que ha comenzado a tiznar su alma y, sobre todo, sabrá luchar contra las asechanzas del demonio, porque eso no podía ser sino obra del infierno. Y como prosiguieron el silencio y las lágrimas y no hubo respuesta alguna, amenazó: De otra manera, me veré obligada a poner este afrentoso asunto en conocimiento de los superiores. Pero sor Angelita se mantuvo callada, entonces creyó necesario indagar: De haber lo que por desgracia tácitamente acepta, espero que haya sabido respetar el hábito que lleva y que no lo habrá manchado con algo pecaminoso. Sí, masor, estoy limpia y pura. La superiora terminó hisopeando malaventuranzas sobre sor Angelita.

El doctor Tupatauchi había hecho citar a José Farinango al rectorado. Allí le entregó sin una palabra pero con ojos de complacencia un sobre que según la comunicación dirigida al rector, contenía la aceptación de la solicitud que José Farinango había enviado meses atrás a una oficina de ayuda internacional. Le concedían una beca para realizar estudios de educación fundamental en la universidad de Puerto Rico. Luego de abrir el sobre, se quedó largo rato con su pensamiento clavado en los renglones de la comunicación. Como el doctor Tupatauchi no viera el regocijo que esperaba, sino, por el contrario, arrugas de preocupación, creyó llegada la oportunidad de averiguar lo que le ocurría. José Farinango quiso escabullirse. Le cerró el paso con un tono de confianza en su voz:

¿Qué te pasa, José? A ver, sentate y contame.

José Farinango sintió a lo que le invitaba y creyó que debía aprovechar la oportunidad para abrirse ante quien, habiendo vivido trances parecidos, podía entenderle.

Tengo un compromiso –dijo para comenzar. ¿Puedes decirme qué clase de compromiso?

No sé cómo decir –contestó todavía sin resolverse. Pero no creo que sea un compromiso que te impida aprovechar la beca.

*Mana yachani.* (No lo sé) –se pasó al quichua más apropiado para iniciar la revelación. Y sin ninguna otra pregunta, atormentando entre sus dedos el papel de la comunicación, comenzó, detalle a detalle, el largo y entrecortado relato. El amigo le escuchaba en silencio. Había sido lo que sospechaba. A medida que avanzaba la confianza entre sudores y ojos que ya mismo brillaban, iba reviviendo su propia tortura cuando su enamoramiento de Rosalina, la compañera blanca del colegio. Con Karen no. A las gringas había llegado por el camino de la novelería y la vía expedita del deseo. Al oír a José Farinango le parecía oírse a sí mismo. Solo que en esa nueva historia de un amor imposible, Rosalina se llamaba sor Angelita y era un imposible aún más imposible. Cuánto les costaba ser indios y sin embargo estar sensibilizados.

Cuando a la tarde de ese día José Farinango acudió al convento para iniciar las labores docentes, la superiora le salió al encuentro para entregarle un sobre con sus honorarios y agradecerle sus servicios. Aunque eso esperaba de un momento a otro, se quedó paralizado con el sobre en las manos. No se atrevió a plantear ningún porqué ni a alzar los ojos a la religiosa y cuando a sus espaldas oyó el golpe del portón, se sintió echado como un perro.

Sin el diario contacto con él, a sor Angelita se le convirtió el convento en una prisión. Su corazón rebotaba dentro de los muros de su hábito. Comenzó a sentirse maniatada por los votos religiosos, por las ataduras conventuales. Aterrada por momentos, creyó que estaba profanando sus tocas por la obsesión con que su pensamiento se iba hacia él, permanecía con él, en una como suplantación de Dios por un hombre. Había dejado desde hace algún tiempo de besar su Cristo y, en cambio, ya sin dominio sobre sí misma, muchas veces se sorprendía soplando en los recoldos de los besos que él había encendido en cada una de sus manos. Perdió su tranquilidad espiritual, su ponderación, la beatitud de todo su ser. En la desesperación de comunicarse de algún modo con él, le chistó a una sirvienta india del convento un recado en quichua. José Farinango le contestó dándole noticia de la beca y su posible viaje. Ella, a su vez, temía que de un día otro llegara la orden de su cambio a otra exiliada casa de la comunidad. Entonces, entre los dos, precipitaron los planes.

La última noche, sor Angelita libró en su celda la batalla final. Todos los rezagos de su vocación se engarfiaban en su alma para detenerla, para cerrar sus oídos a los llamados del siglo. Pero a la vez acometían, arremolinadas, turbulentas, las aguas negras de las voces del mundo, como si hubieran estado tan solo falsamente entredormidas en su pecho. Cuando parecían vencer los unos, creía ver más amorosamente abiertos los brazos del crucifijo que pendía de una de las paredes, sentía más elocuente su mirada muerta, más quemante la sangre redentora sobre su cabeza desatinada. Cuando bullían más convulsas las otras, su corazón terrestre inventaba justificaciones según las cuales él era un nuevo cristo crucificado en el menosprecio, en la incompreensión, en la injusticia, a quien ella, misioneramente, debía, con su sacrificio, ayudarle a salvarse así en la tierra como en el cielo. A la madrugada, triunfó su corazón de mujer. Entonces y solo entonces, comenzó a despojarse de su toca, de su sayal, de sus sandalias. A la mañana siguiente, la superiora los iba a encontrar como los despojos de un naufragio.

Los indios leídos de Quinchibuela se dieron también por comprar los diarios. Hasta en eso querían parecerse a los mestizos parroquiales, olvidándose como guaguas que estaban enojados con ellos. Hacían alarde de su saber leer. Querían aparecer como gentes y gentes cultas, interesadas en las noticias del país y el extranjero. Bien sentados en las bancas del parque de Imbaquí, una pierna sobre otra, “Era para matarlos a los roscas”, hojeaban diariamente los diarios o iban por las aceras deteniéndose a cada paso aparentando su interés en alguna de las noticias o simplemente se paseaban por las calles de brazo del periódico. Una de tantas mañanas, en la plazoleta de Quinchibuela, los jóvenes del comité “Rigcharishun” comentaban la noticia aparecida en uno de los diarios de la capital que se refería a un congreso indigenista que en fecha próxima se realizaría en Quito. Les interesó el dato y resolvieron tratar el asunto en la próxima reunión del comité. Tal vez el doctor Tupatauchi sepa algo más de este congreso y nos pueda contar. Planteado el dato en una de las sesiones, el doctor Tupatauchi: Creen ustedes que deberíamos hacer caso. Estos congresos son reuniones sociales, ganas de llamar la atención de los dichos indigenistas, esos tipos dados de rendedores que andan escribiendo adesivos acerca de nosotros, como eso de que el alcoholismo del indio es una forma de suplir la falta de calorías de su pobre alimentación, que el indio es ocioso de nacimiento. Y yo les pregunto a ustedes si han visto que nuestros taitas se hayan quedado durmiendo hasta las seis de la mañana algún día de su vida. Otros han usado el método estadístico y hacen libros con el conteo que han hecho en tal o cual parcialidad: el indio tiene tantos cuyes, tantas gallinas, tantos huevos. Noticia. Pero si es congreso indigenista, debería nuestro comité estar ahí –le contestaron. Para oír lo que dicen. No sé –dudó. Creo que será perder el tiempo. Con todo, podemos hablar con los organizadores.

Una comisión de jóvenes de Quinchibuela viajó a la capital. ¿Están organizados? Sí, somos del comité “Rigcharishun”. ¿Tienen personería jurídica? No, pero. Entonces no tienen derecho a nombrar delegados. Fue

un no mofletudo. ¿No les dije? Si esos indigenistas son así. Yo ya les he sufrido. Hechos los compadecidos de dientes para afuera, con pujos de tutores, sin dejar nunca su pose de amos misericordiosos hasta nos hacen el gran favor de saludar dándonos la mano, pero todo-ellos asépticos, no sea que les pasemos la indioemierdería. Y nosotros, guambritos, no necesitamos que nadie nos trate las-casamente. Así pensamos todos, pero si hay un congreso indigenista, los indios deberíamos estar presentes y hacernos oír, como sea. Deberíamos, pero nunca nos han tomado en cuenta. Bueno, si es para quitarles la careta, ahí estaremos.

Convinieron estar atentos a los datos de prensa. Pero los diarios daban noticias de violencia callejera en la capital. Era el pueblo hambreado por la dictadura, enfurecido por tanta injusticia, que por fin despertaba. Eran los estudiantes que protestaban por el alza de los pasajes de los buses, la chispita que hizo estallar el polvorín. La dictadura, asustada ante sus fantasmas acusadores, respondió con la típica brutalidad de las fuerzas de represión, digna de la integridad territorial; con la aviación militar que mantuvo un techo de helicópteros sobre la ciudadela universitaria y desde los cuales acosaban a los estudiantes con bombas lacrimógenas y vomitivas; con chapas afanados en hacer méritos, firmes mi capitán, y que acto continuo apaleaban, pateaban, disparaban a matar. Y cayeron obreros con las manos vacías cuando salieron a empuñar en ellas el porvenir de sus hijos, el de la patria. Con trucutús oyé, unos carros blindados que habían tenido guardados cargándoles de furia y que en esos días de violencia les soltaron para que como esas navajas de seis, siete servicios primero asustaran a la gente con su alarido de muerte, luego nos jodieran lanzando bombas que encegucían, nos tumbaran con chorros de agua empitonada oyé, y después aladiaran alairito los obstáculos que con tanto trabajo habíamos puestas los guambas estudiantes, y terminaran invadiendo la universidad, cosa que daba ganas de dejar de tirar piedras y gritos para ponerse uno a gustar de las habilidades de esos aparatos, si no hubiera sido por las bestias sobre caballos embrutecidos de adred, que se venían contra nosotros abriéndose trocha en la selva de manifestantes, con los sables blandidos a diestra y siniestra, y porque ya nos ahogábamos en medio de los gases y teníamos que cargar a nuestros heridos y muertos, víctimas del machismo policial. Tal co-

mo los matarifes del trágico pinocho-pinochet, como los capangas capados del bárbaro del Paraguay, como los obuses del obeso Satanasio. Como toda la milicada de todos los países envilecidos por las dictaduras castrenses. Centenares de estudiantes, muchachas y muchachos menores de edad prisioneros en las cárceles mezclados con delincuentes comunes; mujeres pateadas y puteadas por los chapas heroicos: un intendente salido del planeta de los simios –de tal cara tales multas–, multando en diez mil sucres a gente del pueblo que no podía pagar cuatro reales más en los pasajes de los buses; un generalazo hasta las últimas consecuencias clausurando colegios y universidades, como antes, en la huelga nacional del magisterio, había disuelto su organización clasista y encarcelado a maestras y maestros. Otro de la misma camada silenciando radiodifusoras y canales de televisión. La gran gendarmería haciendo las delicias del público con sus comunicados:

“La Policía Nacional, ante la versión de la muerte del Lcdo. Pablo Herrera, presidente de la FEUE, que en forma maliciosa ha sido difundida por elementos nocivos a la sociedad que se dedican a propalar rumores falsos y sembrar el pánico en nuestro medio, se ve en el deber de aclarar que el susodicho Lcdo. Herrera fue apresado por las fuerzas del orden por haber sido sorprendido comandando la criminal subversión contra el Gobierno de las Fuerzas Armadas, pero que se encuentra gozando de buena salud, sin que en ningún momento haya fallecido. ( sic ) (f) El Comandante General”.

Y para justificar la desproporcionada represión y sobre todo la multimillonaria cifra de los gastos reservados, reservas del titular de gobierno, la declaración ministerial: “Dos mil agitadores colombianos infiltrados entre los estudiantes y su natural euforia que han desatado la guerrilla urbana”. Acto seguido, los pesquisas procedieron a apresar a los civiles propaladores de esos rumores falsos. Y los “Gobernantes”, en sus trece, empeñados en mantener el principio de autoridad. Imposible de toda imposibilidad lograr que piensen con la cabeza: sería como pedir peras al eucalipto. Y nuevamente la manoseada muletilla de “las consignas foráneas” ejecutadas por “los tontos útiles”, de donde resultaba, por lógica elemental, que los del entramado dictatorial eran unos vivísimos inútiles. En el sarampión de dictaduras que habían desgraciado el continente, ninguna como esta, tan alí-babá, con prestidigitadores de miles de toneladas de fertilizantes, con “endeudamientos

agresivos” y más agresivas mañoserías en la emisión gubernamental de bonos-dólares, con escándalos internacionales tipo Tokura, con dilapidación de los fondos públicos para fondear atracos bancarios, con fabulosas cuentas en bancos extranjeros, con empuñes petroleros en crudo y cocinado. Y un quicuyo hidrocarburado Que no, que nada tenía de verdad eso del sobrelevantamiento de millones de barriles de petróleo que según el contralor (“tan legalista en tiempo de dictadura”, el inocente) debía pagar la compañía extranjera, que ni tal que siha ofrecido, porque en el corte y tanteo del 15 de diciembre se comprobó que todo estaba conforme con los niveles de liquidez y la libre oferta y demanda y con los precios competitivos del mercado mundial, y que, de todas maneras, con lo que faltaba, todo estaba completo.

Nunca antes el pueblo había soportado tan angustiante situación a causa del alto costo de la vida. Había hambre, miseria, desesperación. Nunca antes el país había presenciado tal corrupción administrativa, con ministros de estado implicados en asesinatos políticos, en actos terroristas, en tráfico de estupefacientes. La descomposición era total, en todas las esferas del gobierno. Sin embargo, la dictadura había proclamado que “tomaba las riendas del poder” para sanear de inmoralidades el país y solo había sido para jarre borrico! Nunca el poder judicial había caído tan bajo, con una corte de paniaguados presididos por quien se ufana televisivamente de ser la muchacha-de-mano de la dictadura, puertas-adentro y todo-servicio.

Varios días, la prensa del país llenó sus páginas con las crónicas de la aplastada sublevación popular, con fotografías del corre corre callejero. Los canales de televisión se expusieron pasando documentales con el trágico patetismo de buses volcados e incendiados, manifestantes que salían por entre nubarradas de gases lacrimógenos. La policía apaleando, asaltando las casas particulares para sacar arrastrados a los estudiantes que se refugiaban en ellas, invadiendo la maternidad y lanzando sus bombas dentro de esa casa de salud, recién nacidos ahogándose como pejecitos sacados del agua, parturientas salvadas por sus maridos que corrían con ellas en brazos por las calles cercanas y las madres apretando contra su leche los bultitos de su sangre, hogueras nocturnas de llamaradas siniestras en avenidas y barrios, escombros y desperdicios por todas partes cerrando el tránsito, gritería de indignación, de despechada impotencia, de desespera-

ción popular. Y en provincias, colgados de los radios, comiéndose los periódicos hambreados igualmente, pero cruzados de brazos, esperando que les dieran ganando la pelea. Luego, poco a poco, la vuelta al mismo desgualingamiento, al mismo amargor en la boca, a la misma frustración. Hasta el próximo desate de bilis y su correspondiente correctivo dictatorial. Y así, la historia pequeñita de nuestros paisitos.

Después de otros días, cuando la dictadura se quedó tranquila – ¡Vay, nos consolidamos!–, y había una calma que olía a bala, apareció la noticia. El congreso indigenista comenzaría en tal fecha, en los salones del palacio legislativo, deshabitado ya ocho años. Los del comité “Rigcharishun” fueron. A ver qué pasaba. Los organizadores les vieron llegar y con mucha malagana les dejaron entrar a la parte del salón señalada al público.

A la hora fijada para la sesión inaugural, sonó un clarín y, como por la puerta de toriles, hizo su entrada su excelencia el dictador al son de una fanfarria de presenten armas, de tantum-ergos al cuadrar, y seguido de una runfla de edecanes, guardaespaldas guardafangos guardachoques, avanzó por entre un domingo de ramos de sonrisas y genuflexiones hasta la mesa directiva y rellenó el asiento de honor con su animalidad. Desde allí, mientras revoloteaba la mosca-verde de los discursos, su pose de gallipavo se desaguó sobre los asistentes a través de su boba mirada de bovino. Cuando al fin se paró la mosca, el dictador se puso de pie haciendo sonar las cien libras de chatarra que cargaba en el pecho, y al disponerse a salir fue detenido en inmovilidad caballuna por el himno, después del cual, con igual aparato militar que a la entrada, abandonó el salón.

En una de las sesiones de trabajo, el doctor Tupatauchi pidió la palabra. El indigenista mayor que la presidía, un tanto turulato y otro tanto disgustado por actitud tan inesperada de parte de un indio y en un congreso indigenista, le preguntó, prevenido, si era delegado. No soy delegado, señor, pero. Si no sois si no es delegado ni tiene credenciales de serlo –le interrumpió con vos y voz de patrón–, no tiene ningún derecho para hablar. Pero yo soy indio y este dicen que es un congreso indigenista. Con el patrón más inflado le volvió a interrumpir: No puede hablar. Pero señor. Te digo le digo que no le permito hablar. Pero. Las restantes palabras fueron aplastadas por los timbres que resonaron en el salón por largos minu-

tos. Eran los mismos timbres que habían servido para acallar a las barras alborotistas en los lejanos tiempos de vida republicana. En un respiro, el doctor Tupatauchi que no se había conformado con el silencio que le imponía el presidente del congreso indigenista, alcanzó más que a decir a brincar: Solo quiero solo quiero decir que la suerte que la suerte de los indios la resolveremos los indios y no y no los amos indigenistas.

Al son enmohecido de la orquesta de timbres, los jóvenes indios abandonaron el salón. No hubo una voz de indigenista alguno que condenara el atropello.

Muchos de los presentes, al oír, a los tiempos, la conocida voz de los timbres silenciadores, mejor se fueron a los recuerdos del tiempo de mangos del congreso: ¡Abajo el que sabernos! ¡Viva Velasco Ibarra, abajo el sentido común! O bien al ambiente de burla y cháchara en que se desarrollaban las sesiones del menopáusico congreso nacional al que los políticos ansiaban retornar como aspiración suprema, y cuyas sesiones, en los añorados tiempos democráticos, eran transmitidas por radio para deleite del pueblo y para lucimiento del cotorreo de los honorables que pretendían justificar ante sus votantes la acertada elección. Elé, mamitico ya habló nuestro diputado. De ese modo, si bien los patricios de aldea no daban pan al pueblo, le daban circo. Un senador consuetudinario: Señor pishidente: dejo sentada mi más enérgica protesta, señor pishidente, por haber sido ofendido, señor pishidente, por el honorable Chiriboga, señor pishidente. Como en mi persona, señor pishidente, ha sido ofendida mi gloriosa y nunca bien amada y peor atendida provincia, señor pishidente, con cuya representación inmerecidamente me honro (eso sí era cierto), señor pishidente, yo, como caballero de honor que me precio de serlo, señor pishidente, quiero lavar con sangre la ofensa, señor pishidente, y, en consecuencia, señor pishidente, invito al ofensor aleve al campo de honor, señor pishidente, donde se encuentran los varones, señor pishidente, y desafío a duelo al honorable Chiriboga, señor pishidente. Puede él escoger las armas que guste, señor pishidente. (La radio guardó un minuto de silencio. Después del suspenso tragicómico, se oyó la voz del senador desafiado). Señor presidente y honorables colegas: recojo el guante que me ha lanzado el honorable Ocaza y en respuesta a su alunado como caballeresco desafío, yo, públicamente, me declaro muerto.

No deberían importarte tanto estos asuntos, Andrés. Pero me importan, Karen. Take it easy, honey. ¿O.K.? En la intimidad hablaban en inglés. A ratos, él se pasaba al castellano, pero desvariar desvariaba en quichua y en quichua conversaba con la Mila.

Ayer fui a la facultad. A los tiempos. Me acordé cuando entramos, vos a la escuela de trabajadores sociales y yo a la especialización de historia y geografía. Necesitaba consultar un libro que tan solo había en la biblioteca de la facultad. Cuando llegué, el mismo rebulicio de hace años, el mismo empapelado de fachadas, columnas y muros, solo que cambiados nombres y caras. Fijate que hasta el mismo parlante que se iba en el viento, pero que no dejaba oír las clases.

Cómo no me va a importar, Karen, que el nieto de Atahualpa, hijo de Francisco Topatauchi, un tal Alonso Atahualpa, nacido a los pocos años de Cajamarca, se haya dado de español y haya llevado “auito y traxe de español”. Aquí está, aquí tengo la copia de las preguntas que él hace a los testigos dentro de la “provança” que tramita “en la ciudad de San Francisco de Quito de la probincia del Peru”. Mira Karen: *“Ytem sy sauen que puede auer treynta y cynco años poco mas o menos don Francisco Atagualpa padre de don Alonso Atagualpa se caso y velo segun orden de la Santa Madre Yglesia con doña Beatriz Coquilago Ango señora cacica principal de la provincia de Imbaquí y durante el tiempo del matrimonio ovieron y procrearon por su hijo legitimo y universal heredero a dicho don Alonso Atagualpa”. “Si sauen que el dicho don Alonso Atagualpa desde que tuvo hedad y discrecion hasta oy siempre a andado y anda en auito y traxe de español y a traído y trae su persona en buen ornato... y que desde que nascio se a criado entre españoles y asy su comercio y trato es con ellos y es persona que por esta razon syguiendo la inclinacion crisptiana saue leer y escribir y otras gracias buenas y virtuosas que*

*las personas bien nascidas hijos dalgos suelen sauer y aprender...*” Las otras gracias de este tal Alonso fueron “*superar a muchos elegantes de la ciudad*” y, ya convertido en un fifiriche, viajar a Madrid a tratar de conseguir de los reyes “*un repartimiento de veynte mil pesos de renta*”, y morir en la cárcel por deudas. Lo que más indigna es que sus acreedores hayan sido “*sastres, joyeros, sombrereros, guanteros*”, aparte del hospedero. En su testamento reconoce como sus hijos naturales a Mencia, Isabel, Carlos y Gregorio.

Los representantes estudiantiles, más engallados que nunca, han estado adueñados a tiempo completo de la universidad. Como me oyes Mila. Le vi pasar –y me dijeron que ya era profesor–, a ese dirigente estudiantil de nuestro tiempo, el más insolente por más ignorante, al que le oímos, ¿tía cuerdas?. “compañeros, no hay que estudiar castellano porque lo revolucionario es hablar como habla el pueblo y escribir como escribe el pueblo”.

Sí. Karen, también hay datos de estos bisnietos de Atahualpa y nietos de Francisco Topatauchi, aquí de Quito.

Me contaron que estaba de rector ese doctorcito que ha gatiado a los más altos puestos a codazo limpio y con el voto pormigomismo. Ah sí pues, fue tu profesor. ¿De qué? ¿Cómo decís? ¿U-ni-ver-si-to-lo-gí-a? Y eso, ¿qué es?

La señorita ya me conoce y apenas me ve que llego, va y me trae el legajo sin que yo le pida. Gracias señorita. Esta sí merece que le trate de patronita-sumercé. Pero no, yo tengo que hacer valer mi título. Me gusta su manera de contestar mi saludo: “Buenos días, señorita. Cómo está, doctor”. Así, de usted y doctor, cosa que me da una gratitud. Por eso, vergüenza vergüenza, le traje un regalito que no me quiso recibir: Gracias, doctor, de gana se ha molestado. Señas de mi tierra, señorita. Ella y sus compañeras saben que estoy casado con Karen, porque un día me acompañó al archivo a ayudarme a copiar unos datos. Desde entonces no dejan de curiosiarme, como tratando de explicarse: “Algo de bueno ha de tener que se ha casado con gringa”.

A la muerte de don Alonso Atagualpa, solo vivían dos de sus hijos, Mencia y Carlos. En una “provança” que los dos hermanos tramitan, uno de los testigos declara “*que saue que don Carlos y doña Mencia estan muy pobres e padecen extrema necesidad e tanta que el dicho don Carlos no tiene*”.

*una camisa que ponerse siendo como son bisnietos de Atagualpa ynga”.*

Qué camisa querís que te dé, Andrés, si la única buena está lavada. Y yo que tenía que ir al otro día a la casa de mi compañera Rosalina –que para mí era rosalinda–, a matar matemáticas para los exámenes trimestrales. ¿Se secará hasta mañana, Mila? Quién sabe, con lo que no está haciendo sol. Tuvo que acabar de secar a-punte-plancha que yo le ayudé a calentar aventando el carbón sobre el que ponía la que se le enfriaba. Yo tan hubiera podido decir, de sospechar lo que hoy sospecho: siendo como soy un Tupatauchi.

Ya no ha estado de decano ese profesorcito al que le decían “el lili-putiense”. Creo que era más putiense que lili. También tenía su historia. Te has de acordar, Mila, que te conté que cuando fuimos a respaldar a ese “profesor-y cómo-jode”, al que siempre le querían sacar porque se dolía de la facultad, ese decano le reprendió: “Hay que defender a nuestra facultad dentro y fuera de la universidad porque ella nos da de comer”. Pero el “profesor-y cómo-jode” le dio un tapaboca: “Una pena que para el señor decano la facultad sea un pilón”.

Mencia Atabalipa se casó con el español Francisco de Ulloa y dejó una hija, Bárbara, quien nunca mendigó una gracia de los reyes españoles, sino que exigió se le reconozcan sus reales derechos por ser “*descendiente del ynca Atabalipa a quien dio muerte cruel Francisco Pizarro*”. Al morir Bárbara en el año de 1642, dejó de su matrimonio con Tomás Cabrera, una hija que se firmaba primero con el apellido de su madre: María Atagualpa Cabrera. Esta es, Karen, la última descendiente del shyri-inca identificada documentalmente.

Cuando estaba en la biblioteca, la facultad entera se llenó con olores de tripamishqui, chorizo y cosas-finas que subían desde la planta baja, en donde se había consentido, te imaginas, que unas vivanderas hagan negocio con el hambre de peones junto a la obra. Y después no han de querer que digan lo que dicen: Es la única chingana que tiene facultad propia.

Meses me he pasado en el Archivo de Historia con la esperanza de encontrar algún documento que me ayude a seguir la pista, fuera de los que indica el investigador alemán. Los otros dice que están en el Archivo de Indias, en Sevilla. Quién me diera llegar hasta allá. Solo con una beca, pero para eso, señor Ministro, señor Director, señor Embajador, quiero investigar si soy o no soy descendiente de. Me quedarían viendo de pies a cabeza, se reirían en mi propia cara. Me quitaba el sueño. Aquí mismo ha de haber documentos, quizás en la corte suprema. Y un lunes fui. No me he de dar por vencido, he de porfiar como burro. A los empleados les ha parecido raro que un indio-de-poncho-guango-y-calzoncillo: Señor director del archivo, permíto, quiero revisar los legajos que tienen aquí. Cuando les di mi nombre y supieron que era doctor, me han creído abogado. Mejor. No sé cuantas semanas he buscado y buscado, pero nada. Apenas di con unos curiosos procesos de “limpieza de sangre”, seguidos por los que querían ingresar a colegios y universidades en los tiempos coloniales. Tenían que comprobar ser nobles con testigos juramentados que declaraban que “hasta donde les alcanzaba la memoria les consta que los antepasados de los demandantes no habían manchado su alcurnia ganándose la vida trabajando con sus manos”. La ociosidad de los antepasados, basura de España, era requisito impajaritable para ser admitidos. Para eso tenían indios trabajando por ellos en las haciendas, en los obrajes, en las minas, en los montes, en los páramos, con hambre, con frío, con látigo, hasta morir. Pero ellos seguían siendo nobles por ociosos. Viendo bien, algo hemos mejorado, porque yo, de nacer en la colonia, me quedaba fuera del colegio y de la universidad. No hubiera sido sino un mitayo en algún obraje. Ahura mismo, si no fuera por el encaprichamiento de mi taita de no quedarse atrás del Gregorio Fichamba que mandó a su hijo a que se haga licenciado, me hubiera quedado de tejedor, y la Mila de criada-de-todo-servicio.

Al ver que nada encontraba tras semanas de buscar y buscar, pensé que quizá en los archivos de la provincia, porque en un libro de historia patria leí que en Caranqui habían quedado también unos descendientes de Atahualpa. He ido al archivo municipal de la Villa y no me ha costado mucho trabajo dar con un documento en el que aparece una tal Juana Atabalipa como vendedora de un terreno en los llanos de Caranque donde cabalmente en 1606 fue fundada la Villa. Por fin un nuevo dato, y era muy importante porque aseguraba mi sospecha de que en la provincia se habían asentado los descendientes del shyri-inca. Parece que algunos se pusieron el apelativo de Atabalipa y otros se llamaban Topatauchis. Un tanto alentado por este hallazgo, he seguido yendo al archivo municipal de la Villa y he conseguido también que me consientan ver los papeles más antiguos en las escribanías. Hojiando en los montones de legajos incompletos y sin ningún orden, he tenido el gusto de encontrar dos nombres más, un Toribio Tupactachi y un Bernabé Tupantanchi. Los cambios deben ser cosa de los escribanos. Como los amanuenses me han visto copiar esos datos, creo que se han dado cuenta porque han comenzado las burlas: Dezque anda buscando a sus antepasados porque quiere plantar su árbol genialógico. Y cuando llego me contestan el saludo con unas sonrisitas de pendejos en burla.

132

Nada me detendrá hasta dar con lo que busco. He encontrado otro Topantachi, otro nombre suelto. Entonces he pensado que quizá, quién sabe si en los libros parroquiales, porque en las partidas de nacimiento deben estar los nombres de los taitas, y así podría ir amarrando los cabos sueltos. He ido, uno después de otro, a los tres conventos de Imbaquí. He tenido que dar unas atrancadas explicaciones a los señores curas para que me dejen ver unos libros viejos enfilados en unas estanterías. Me he pasado otras semanas revisando partida por partida, especialmente los nacimientos. He encontrado a otros Topatauches, pero no he logrado remendar con los nombres encontrados en el archivo nacional, porque en ninguna parte se han preocupado de ordenar los documentos. Además, están muy incompletos. Me han explicado: El terremoto que en 1868 chocalió la provincia. He vuelto a leer esa monografía del cantón Imbaquí: “Al día siguiente del cataclismo, al mirarse el paisaje, se desconoció: montes y cerros desgajados, lomadas donde la víspera se extendían valles, labios apretados de quebradas que detenían las aguas de los ríos, pog-yos que buscaban encegucidos nuevos cauces subterráneos por donde aflo-

rar, laderas que se habían resbalado con árboles y caseríos escombrados, poblaciones succionadas por uno como hipo de la tierra, en un erupción fragorosa”.

Una madrugada, pensé: Tal vez en la hacienda de Quinchibuela guarden los libros de cuentas del obraje colonial conservado hasta fines del siglo pasado y en el que le había oído a mi abuelo trabajaron sus taiticos. Los actuales dueños venían de unos marqueses coloniales. Qué me van a dejar. Pero no. El administrador de la hacienda que me debía servicios porque un hijo suyo era alumno en mi colegio, en cuanto le averigüé, me dijo: Deben de ser unos libros muy viejos que he visto tirados en la bodega de cosas inservibles, vendrá nomás para que vea. Sí, eran los mismos. Tres que estaban forrados con cuero crudo de borrego, tenían largas listas con las cuentas del obraje, número de varas de bayetas y sargas, suplidos entregados a los mitayos. En el que tenía marcados los años de 1749 y 1761, encontré el nombre de Tomás Topatauche que desempeñaba el oficio de doctrinero. Qué gusto, volvía a remendar el hilo. En esa bodega oía el corretiar de las ratas y unos ayes lejanos. En un listado de mitayos estaban los nombres de otros Topatauches, Juan, Ambrosio, Gaspar, así como el detalle de sus pobres cuentas, con deudas nunca acabadas de pagar y que eran dejadas en herencia de taitas a hijos. La descendencia real se había ido para abajo, con el tiempo, hasta llegar a la esclavitud. Pero había un consuelo: de ese obraje había salido la actual habilidad de los tejedores de Quinchibuela.

Una tarde, después de unas cuantas horas de haber revisado los libros, salí de la bodega a la luz verde de los potreros. Cerca del río, a buena distancia de la vieja casa de hacienda, ocupada por los dueños tan solo en las vacaciones de las cosechas, quedaban todavía en pie pedazos de muros de cal y piedra. Más abajo, junto al río, los arcos de lo que debió haber sido un molino miraban fijamente con sus dos ojos vaciados. Volvía a ese sitio desde mis años de pastor, tras el rebaño de unas pocas ovejas. Sí, los muros eran las ruinas de los galpones en donde debió haber funcionado el obraje. Me senté en una piedra, a repasar los recuerdos de la dolorosa historia leída en los libros. Aquí debieron trabajar, por toda su vida, turnos de centenares de mitayos. Aquí, encarcelados en la medialuz de los galpones, de un claror a otro claror de todos los días. Antes de comenzar la jornada, el mugido en manada del rezo, a la voz de mando del doctrinero. Así, la perversidad era consumada en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y por la señal de la santa

cruz. Luego, bajo el reventar del látigo del capataz, los tejedores se repartían en los telares. Doce horas de trabajo, por años y años, hasta quedar, tras el vómito de sangre, como moscas en la telaraña de las urdimbres. Y sobre el trabajo sin descanso, la brutalidad de los castigos: por romper un hilo, por hacer una falla en el tejido, por no haber cumplido la tarea diaria, por atrasarse, por faltar más que sea por enfermedad, más que sea por muerte de taitas, de mujer, de hijo. Qué importando a nosotros tu pena. El cepo, la prisión, sin pan ni agua. (“En los caminos se encuentran a menudo indios con los cabellos amarrados a la cola de un caballo, en el que montado por un mestizo los conducen a los obrajes... Aquellos hombres impíos descargan sobre los miserables indios azotes a cientos porque no saben contarlos de otro modo”). Si a Cristo con ser Dios Nuestro Señor, le condenaron a cinco mil azotes, a vos, que no sois sino un indio, cómo no vamos a castigarte por tu manganzonería, por tus animaladas, por tus raterías. Retacitos de bayeta para pañal de guagua nomás, amito, botado estaba, no mos de coger más, patroncito, perdonarís nomás. Cuenta, indio ladrón los latigazos, y agradece y besa la mano que te castiga por tu bien para que seas un indio honrado. Yo contaba hasta treinta, hasta cuarenta tan. No aguantando más, los otros cuerazos debían de dar en cuerpo perdido.

134

Has pensado bien, Andrés Tupatauchi. Sería una especie de desquite. Una manera de vengar a tantas víctimas, en tantos siglos. Sí, antes que te pasen las iras.

Días más tarde, el rector iniciaba el juicio de expropiación de unas hectáreas pertenecientes a la hacienda de Quinchibuela. De nada valieron en esa vez los pataleos de los dueños, la bandereada de sus marquesísimos apellidos que olían a naftalina: “Somos descendientes de próceres de la Independencia”. No se olvidaron de la consabida muletilla de que era un brote marxista comandado por el comunista del indio Andrés Tupatauchi. No les dieron resultado tampoco las altas palancas que movieron –más decían que se movía la Mila en los reservados del general–, porque comprobado el requisito legal de la utilidad pública, treinta hectáreas fueron expropiadas para adjudicarlas al colegio, al precio de catastro. En ellas pronto se comenzó a levantar un nuevo local y los alumnos iniciaron sus prácticas agrícolas. Algo era algo. Por tantos azotes, por tantos ayes, por los que habían muerto disecados en los telares, por las mujeres gozadas y desgonzadas.

“A cualquier falta o descuido que cometa el indio, se lo manda tenderse en el suelo, boca abajo, se le quitan los ligeros calzoncillos, que es todo su ropaje, y los azotan haciéndoles contar los latigazos que descargan sobre él hasta completar el número de la sentencia. Después se levantan, y los tienen enseñados a que vayan a hincarse de rodillas delante del que los ha castigado y que besándole la mano, le digan: Dios se lo pague, forzando los trémulos labios del infeliz indio a dar gracias en el nombre de Dios por los azotazos...” (Jorge Juan y Antonio de Ulloa: “NOTICIAS SECRETAS DE AMÉRICA”).

**E**n mala hora habré dado con este libro. Claro que sabía que la colonia fue pura crueldad para los de mi raza, que después de luchar ruimiñahuamente contra el relincho aturdidor y el viracocha y su trueno, todo fue perdido ante los volcanes abusioneros que anunciaban el fin. Sabía también que caímos vencidos y que el vencedor nos cargó de cepos y cadenas y que luego nos domesticó con todas las fuerzas de su cristianismo. Pero en este libro escrito por dos españoles, la denuncia despelleja la verdad hasta dejarle en lo vivo, escalofriada en su dolor inaguantable. Y con esos azotes me despellejo también yo y no atino qué hacer para no seguir oyendo, oreja adentro, tarde de la noche, a toda hora del día, los ayes de la mansedumbre martirizada, los alaridos descoyuntados, el perdón-amito que no alcanza el perdón. Y cierro el libro y no sé si quemarle, enterrarle o hacerle pedazos. Malhaya este saber leer. Pero vuelvo al libro y sigo leyendo con los puños apretados, entripándome de iras. Con quién desquitarme. El español colonial está lejos, más lejos el viracocha conquistador. Pero uno y otro tienen en el mestizo republicano su continuador infame, con igual armadura de fierro por dentro, con la misma brutalidad por dentro y por fuera. Porque el encomendero es el hacendado y su mayor-domo actual, y el corregidor se llama ahora comisario, teniente político, chapa o soldado. Sin embargo este país se dice una república, con toda la seguidilla de dictaduras militares, una república democrática pese a su cua-

renta por ciento de indiorantes, a su cincuenta, a su sesenta por ciento de espantajos crucificados en sus propios trapos. Y cantamos el himno mientras nos exprime el mismo “monstruo sangriento” y seguimos amarrados al mismo “yugo servil”. Cuándo cantaremos los indios “libertad tras el triunfo venía”. Cuándo. Si los levantamientos del hambre y la desesperación son aplastados por los mismos caballos de los conquistadores montados hoy por iscarotes disparando contra su apellido indio, contra su cara y sus cerdas de runa que toda la vida les han jugado una mala pasada. Cuándo. Si unos cristeros pelotudos y unas damísimas riobambenses corcovean en los pretilos pidiendo una catedral que se levantaría sobre una gusanera de indios hambrientamente animalizados, y como el obispo, el único que ha escuchado esa montaña de sermón, primero se duele de tanta miseria y se ha hermanado con “bienaventurados los pobres”, cholo de mierda y obispo comunista del carajo. ¿Y entonces, Andrés Tupatauchi? Tenemos que desamortiguar nuestra prehistoria, de la que nos hicieron perder las pisadas. Porque lo primero que hizo el fraile, el encomendero, el corregidor, fue quitarnos la memoria. El fraile, la memoria de nuestros dioses buenos, para cambiarnos con un dios terremotero, malgenioso, vengativamente infernal, hecho a imagen y semejanza del blanco. Un dios traído por una manga de “buitres de trapo” que cayeron sobre el indio para, en vida mismo, antes de mortecina, comerle hasta el hueso, y una vez muerto, embodegarle en el gran latifundio del purgatorio para seguir, también en lotra-vida, mercadiando con misas, responsos, novenarios.

Ellos, frailes desalmados, dudándonos el alma. Santísimo Padre, ¿será de bautizar a los indios que rayan en la animalidad?

Para luego, por cálculo, hacernos de la grey marcándonos a hierro.

Entonces el pastor de almas, “apacienta mis ovejas”, era un lobo dentro del redil.

“La más graciosa oferta de la sencillez y simplicidad de aquella gente es la de ofrecerle cuantas mujeres fuesen de su gusto; esto proviene de que viendo los indios que los curas tienen consigo una mujer, del mismo modo que los seglares casados, y con ella una familia entera de hijos, están persuadidos a que este horrible sacrilegio es cosa lícita y así son testigos de estos desórdenes tan escandalosos que son capaces de causar terror y confusión al espíritu más atrevido, al ver la libertad y el desahogo con que del lecho de la más horrenda

culpa pasa uno de aquellos sacerdotes a celebrar el más santo sacrificio que cabe en la imaginación”.

Y estos frailes arrechos, estos frailes de sacrilegio, llamando animal, infiel al indio del lnti-raymi, devoto feligrés del Yavirac, del Tikal, del Koricancha, del Teotihuacán.

“...nos parece conveniente citar aquí lo que un cura de la provincia de Quito nos dijo transitando por su curato, y fue que entre las fiestas y la conmemoración de los difuntos recogía todos los años más de doscientos carneros, seis mil gallinas y pollos, cuatro mil cuyes y cincuenta mil huevos. Se debe advertir que este curato no era de los más aventajados”.

Frailes negados y renegados llamándonos salvajes, a nosotros, pan de bondad, semilla de obediencia, humildad en rama. Diosolopay amito.

“Al tenor de la conducta con que los tratan mientras viven, es la impiedad que usan de ellos después de muertos, porque consienten que los cadáveres queden expuestos por los caminos a ser destrozados por los perros y devorados por los buitres, que darles sepultura, ni moverse a compasión, cuando no se ha juntado la limosna el importe de los derechos por entero; pero si el difunto deja alguna cosa, se hace el cura heredero universal, recogiendo los bienes y ovejas, y despojando de todo a la mujer, hijos, hermanos”.

Y claro, ya vendrán los nuescierto de los historiadores monaguillos. Por un padre Las Casas, por un fray Jodoco Ricki, por un González Suárez, cientos y miles de frayvalverdes, de padrealmeidas, de obispordóñez.

“...y si entonces se servían de ellos como esclavos, tenían un solo amo en el encomendero, mas ahora tienen al corregidor, a los dueños de los obrages, a los amos de las haciendas, a los estancieros de ganado y, lo que más escandaliza, a los mismos ministros del altar; todos estos, incluso los curas, tratan con más inhumanidad a los indefensos indios que la mayor que se puede tener con los esclavos negros”.

El corregidor le quitó al indio la memoria de que era un hombre.

“Vamos a empezar por hacer presente el gobierno tiránico con que oprimen

los corregidores a los indios... no puede entrar en él el discurso sin quedar movido a compasión, ni es posible detenerse a pensar en él sin dejar de llorar con lástima...”

Lloran Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Y los miles de católicos, apóstólicos y romanos de ayer y de hoy, explotadores de indios, esperan la gloria a la diestra de dios-padre.

“...llorar con lástima de la miserable, infeliz y desventurada suerte de quienes han venido a ser esclavos, y de una esclavitud tan opresiva, que comparadamente pueden llamarse dichosos aquellos africanos a quienes la fuerza y razón de colonias han condenado a la opresión servil...”

“La tiranía que padecen los indios nace de la insaciable hambre de riquezas que llevan a las Indias los que van a gobernarlos, quienes exigen de ellos más de lo que pudieran sacar de verdaderos esclavos suyos...” “El infeliz indio, viéndose tan tristemente oprimido, lleno de miseria y sin esperanza de justicia, muere en poco tiempo, si la mujer e hijas no han podido entretanto juntar la cantidad que exige el cobrador del tributo... Lo mismo sucede con los baldados, insensatos, imperfectos y otros infelices... se ven los padres y hermanos mayores obligados, por no ver azotar a un hijo o hermano, a ayudarle para completar el tributo...”

138

Cierro el libro ya sin fuerzas para encolerizarme. Afuera un chúshig hace tiritar a la noche malagüera. Y en ese desmadejamiento, siento que algo se me resbala mejilla adentro. Ya con el primer repique de gallos, vuelvo.

“La práctica de castigar a los indios tan despiadadamente no es exclusiva a los obrajes, haciendas y mitayos en general, mas también los curas castigan a sus feligreses; y cualquier particular azota al indio que se le antoja. Este desorden llega a tanto, que hasta los negros esclavos y la gente más vil lo practican continuamente de su propia autoridad”.

(Espiendo espindo el cielo para asegurarse del mediodía, el mayordomo suspendió la cogida del maíz. Aullaba feroz el sol de cosechas. Fila fila, carajo. Con las uñas-largas agazapadas y listas al primer descuido, los indios se enfilaron con los cónsabidos brazos en alto. El mayordomo –qué poquito el cholo–, los fue cacheando uno por uno. A las longas sollamadas por el sol de soltería, ya era sabido, a dos manos, mientras ellas esquivaban

la vergüenza de los pechos brincones. Pero el Rosando no era peón propio de la hacienda y no conocía las costumbres. Alza los brazos, cojudo. Con las mazorcas sobaqueadas, todos vieron que se le cayó también el alma. Bueno, por lo menos así no debió de haber sentido todo el ardor de las culebras de lumbre que se le fueron enroscando por la espalda, por las piernas, por la cara que les había hecho caer de vergüenza a los peones propios).

“Tal es el temor que el nombre de español o de *Viracocha* causa en los indios, que cuando quieren amedrentarlos a sus hijitos o hacerlos callar cuando lloran que con decirles solo que el *Viracocha* va a cogerlos, se horrorizan y corren sin hallar lugar seguro donde ocultarse... Cuando las cholos o cholitos pastan ganado por los campos inmediatos a los caminos, o andan ocupados en alguna otra faena, y ven venir de lejos a algún español, abandonan los rebaños y sementeras y corren despavoridos... y si por casualidad se encuentran atajados por alguna quebrada, prefieren arrojarse por ella con peligro de la vida, que aguardar el peligro mayor de la intermediación del *Viracocha*”.

Igual que hoy. Solo ha cambiado el nombre. Yo me acuerdo el efecto de *Misho ña shamujun* (Ya viene el blanco), con que mamita me amenazaba en mis tres o cuatro años, la parada en seco de mi lloro para aguaitar con todos los sentidos en alarma los pasos de la patada o el trote de los cascos que iban reventando chispas del mismo diablo en la noche, el terror de no atinar de dónde mismo me iba a caer el golpe, las ganas inaguantadas de orinar, las ganas aguantadas de gritar, ya no llorando de hambre sino de miedo desamparado porque la amenaza venía del único amparo que tenía, y el sudor de cuerpo entero y la cargazón de la nariz y hasta el engaño de mi propio corazón que me hacía oír un caballo desbocado. Me quedaba un rato laaargo con el temblequeo de rama al viento, con los ojos en gotas de agua en el rato mismo de caer de la hoja, descuartizado entre mis pequeñitas ganas de vengarme y el hambre que volvía con el mismo lloro.

Cuántas noches y sus amaneceres habré sufrido hasta llegar a la página final. Cuántas llagas me abrió el libro y cuántos odios me han quemado por dentro. Y como siento lo que siento –no depende de mí–, los mestizos dados de blancos, ya me llamarán racista al revés.

“...la mayor parte de las haciendas, y algunas todas enteras, se han formado

con las tierras que injustamente les han quitado a los indios...”

Esto quería oír dicho por alguien que no sea un natural: el robo es el origen de todas las haciendas, oigan hacendados gallipavos. No dice esto Andrés Tupatauchi, dicen dos españoles honrados, autores de este libro. Claro que podrán mostrar escrituras de compraventa y leyes que protejan y legalicen el robo y bulas papales que consagren el origen divino de la propiedad privada. Pero a los hacendados de hoy les dieron robando sus abuelos, ladrones públicos de ayer, ladrones históricos. Los que no robaron, recibieron latifundios regalados graciosamente por los cabildos, generosos con cosa ajena: Desde aquí hasta aquellos montes nevados, desde aquí hasta más allá del atardecer.

En este arranque, le ganó al encomendero el fraile de las temporalidades que desconfiando de las bienaventuranzas –más vale estancia en mano que ángel volando–, entendió mi reino es de este mundo. Solo los cuervos pascuales de Yñigo & Compañía habían acaparado mónitamente ciento ochenta y más haciendas, nada más que en lo que hoy es el Ecuador, de manera que “el viajero que entraba por el Carchi podía avanzar hasta el Macará sin dar un paso fuera de tierras que no fuesen de los jesuitas”. Y, de este modo, el indio, de dueño y señor, ha sido rebajado a semoviente:

“Vendemos preciosa hacienda con agua propia, carretero, ordeño de trescientas vacas, ciento diez peones propios...” (EL COMER-CIO, Quito, Viernes 28 de marzo de 1947, pág.12)

Y luego de así robarnos, el IERAC nos viene a vender las tierras que fueron nuestras, a tanto por metro cuadrado. En esto consiste la gran conquista de la reforma agraria de la “revolución revolucionaria”.

El encomendero de las reparticiones, luego del séptimo día de la creación, nos quitó la memoria de haber sido los dueños legítimos de todo el horizonte, y cuando por instinto regresamos a lo que fue nuestro, indios invasores de tierras, ladrones de tierras de patronos hacendados, y soldados y chapas vienen de lejos y bala contra nosotros.

“Una de las cosas que más mueven a compasión por aquellas gentes es verlas

ya totalmente despojadas de sus tierras...”

Y yo, a guachar la tierra, desde entonces amor ajeno. Para ajenas mazorcas y espigas forasteras mientras por barriga que hilaba me conoció el hambre por vez primera, pero desde entonces para siempre.

Y ya inconocible

a envidiar a guagra por biencomido

a limpiar establos mejores que nuestras chozas

a pastorear páramo arriba rebaños de nubes y ovejas

donde pajonal afila cuchillos en viento

tragado por soledad

dando diente con diente

atontado por silencio

remedado por eco

cuando

para ver si todavía habla vivía en mí

me quejaba: Aaayyy Pachacámac.

“Indio ovejero: cuatrocientass quinientass ovejass osss entrego”.

Asihadeser amito.

Así en manada con qué dedos contar.

Yo recibía para cuidar vellones ajenos. Y yo en propia desnudez de granizo.

Cómo matar mi hambre matando animalitos de carne y así como en casa de hacienda peliaba por sobras con perros de patrón

arriba pico a pico con cóndor

garra a garra con puma de ojos de candelilla.

Y ahura tras cien docientos quinientos años lo mismo.

Todavía yo el huasicama

yo el gañán

yo el chagracama cuidando noche a noche maizal ajeno en bagazo propio.

Yo el yanapero yo el hambriento yo el desnudo yo el patiado. Todavía.

Qué tan podimos valer nosotros pobres runas

ni diez ni cien ni mil reunidos

frente a un solo guagra purasangre.

A quién importando nuestra hambre. A quién.  
Si solo tienen oreja para mugidos balanciados  
corazón y susto para aftosa en ganado.  
Intertanto nosotros muriendo en cal viva de esqueleto  
comidos por dentro por lumbrezas  
comidos por piojos por fuera  
atorados de cotos  
enterrando en bulto angelitos guaguas.  
Mama virgen de Quinche de gana tan romería.  
Asimesmo indio ladrón culpando patea fuetea patrón  
mezquina agüita de Dios.  
Asimesmo.  
De gana tan el pan nuestro de cada día mama virgen de Lajas  
orejas de palo para nuestro lloro.  
Limosnita tan dejamos.  
Misita tan dimos.  
Rusiaro estampita aguabendita tan compramos.  
De gana.  
Longuita maltona que a vos entregamos ca como fruta  
picotiada dejó patrón.  
Sequía limpio acabó maicito.  
Upa-guagua no suelta mesmo lengua.  
Mama virgen de Aguasanta de gana tan viniendo de tierrarriba.  
De gana tan encendiendo cerita limpiando cuerpo entero de pena y  
hambre.  
De gana tan.

¡Mestizos, media-sangres, con pecado concebidos! Hechura de viracochas en huracán. Huracán levantando túnicas de ñustas y después arranchando anacos de longas para morder en puro bronce la mazorca. Pero lo primero era lo primero: arranche de oro en gualcas, zarcillos, brazaletes, ajorcas. Luego, muslos y ojos abiertos al asombro, en la noche alcahueta o a la luz del sol, ¡Oh Pachacámac! Ahi, bajo las patas de los caballos, apenas terminado el berrinche de los volcanes que anunciaban la llegada de los viracochas. Ahi nomás, dejando a un lado la adarga, la lanza o el arcabuz. Ahi fue el caigo continental, con languidez en brazos. Imposible, en el comienzo, el abrazo de las ñustas. Habrían abrazado espaldas de armadillos metálicos o gigantescos escarabajos. Pero aún tendidas, los chapaban: ojos de borraja, cara de sandía. ¿Para qué robaban oro teniendo de oro crenchas y barbas? Y así fueron divinizados. Dioses rijosos. Dioses arranchadores. Y fueron para ellos sumisión, buen yantar, entrega en rebulicio. De eso nacieron los mestizos, dos sangres en pelea. La una, algo blanquiaba la cara. La otra negriaba, más que por fuera, por dentro. Tiznaba el alma. El tizne se avergonzó siempre, se hizo asco y náusea y luego vómito de odio. Mestizo negando a mama, renegando de mama. Mestizo apegado a taita por viracocha, pero taita viracocha, negándole, esquiándole. De ese despecho, el mestizo odia al indio. Mestizo en disfraz de blanco, en permanente sanjuán. Ridículo en sus poses de blanco. Insoportable en alardes de blanco, con apellido robado, con chaqueta y botines alquilados.

De cara a la mañana, la torre de la iglesia picoteaba el cielo. El reloj de la casa municipal acababa de cuartear y en el centro del parque de Imbaquí, el busto de Píntag se alza ha sobre un espejo de agua. En una banca, en frente de la cabeza del indio heroico, un parroquiano hojeaba el diario. Se detuvo en una noticia. Debía ser interesante porque se acomodó, dobló el diario y por unos minutos no alzó cabeza. De rato en rato, se le salían unos Indios comunistas, unos Roscas del carajo, y seguía la lectura. Cuando debió haber terminado, desmontó la pierna, se revolvió a un lado y otro como buscando a alguien con quien compartir su indignación. Pasaban otras y otras gentes, hasta que por fin vio que iba por una de las callecitas un compinche de baraja.

Vení vení.

Quihubo, curuchupa.

Vení y leé esta maravilla.

Algún disparate de tu candidato ha de ser.

Leé, pendejo, lo que dicen tus indios comunistas –y dando un golpe con el revés de la mano en el diario, le señaló el sitio de la noticia.

Tomó el pendejo el diario, se sentó junto al amigo y leyó:

*“Campesinos de Imbaquí se oponen al retiro del busto de Píntag de un parque.*

Dirigentes campesinos de sesenta comunidades del cantón Imbaquí, presididos por el doctor Andrés Tupatauchi, expresaron su oposición a que se retire el busto del General Píntag del parque central de Imbaquí, para reemplazarlo por el de Antonio José de Sucre.

Los dirigentes campesinos consideran que si existe una figura heroica en el Ecuador a la que debe rendirse permanente homenaje, es la de Píntag, quien fue un auténtico batallador contra los invasores cuzqueños.

Tupatauchi expresó que Píntag constituye uno de los más altos símbolos de

la lucha de los indígenas por la libertad, motivo por el cual consideran un atentado por parte de las autoridades el pretender retirar el monumento del héroe indígena nacional para sustituirlo con uno del General Sucre.

Aclaró que los dirigentes campesinos consideran significativa y relevante la figura del General Sucre pero estiman que ese monumento puede ser colocado en otro lugar de la ciudad.

Señalan los dirigentes indígenas de las comunidades de Imbaquí que una gran mayoría de la población de Imbaquí y sus alrededores está constituida por indígenas que tienen a Píntag como su símbolo y el más grande valor que ha producido la raza indígena, motivos por los cuales consideran que el monumento al héroe indígena debe permanecer en el sitio en que fue levantado por la voluntad y decisión populares.

#### NO PERMITIRAN

Por último, los dirigentes indígenas manifestaron que invocan el buen criterio de las autoridades municipales de Imbaquí para impedir que se cambie de sitio el monumento al General Píntag, ya que por parte de ellos no están dispuestos a permitir que se haga cambio de ninguna naturaleza en lo que concierne a este asunto”.

Cuando terminó, más que por solidaridad, por fastidiar al enchivado, que le planteó su Qué tal, sentenció:

Me parece bien.

Que te parece bien lo que dicen los roscas alzados?

Claro que sí. Y es una vergüenza para los llamados blancos que quieren hacer ese cambio que sean los indios alzados, como vos dices, los que les den una lección de ecuatorianidad.

Ve, más vale callá, bonitamente me vas a enojar.

Entonces según vos, debería permanecer arrinconada la estatua de Sucre. Fíjate que fue regalada a Imbaquí por el gobierno de Venezuela. Pero si hasta feo es el busto del indio este, una cara masacotuda.

Eso es otra cosa. El loco debió exigir una estatua de bronce.

Estatua y de bronce es la de Sucre que debe ser colocada aquí. Por inteligente que haya sido el loco, en esto le falló.

No, curuchupa. El loco, “nuestro lúcido alucinado” –como alguien

dijo de él, no se equivocó. Él sabía lo que hacía: en un pueblo de dinastía india como es Imbaquí nadie mejor que el General Pintag para honrar nuestro parque.

¿Y el General Sucre? ¿No es el héroe de Pichincha?

No se trata, curuchupa, de negar el valor y significado que Sucre tiene, especialmente para el Ecuador.

Y entonces, ¿qué?

Que está ya colocado el busto del General Píntag y no cabe que vayan a

Pero no le van a derrocar, le pondrán en otro sitio, en la avenida nueva, por ejemplo.

Ahi pueden poner la estatua de Sucre.

No puede ser, el General Sucre es el General Sucre.

Y claro, al General Píntag, por ser indio, hay que mandarle sacando trapo afuera. Ya te salieron tus pujos de noble, curuchupa.

Y que lo soy, lo soy, carajo.

Calmate, curuchupita, calmate. Ve. Supongamos que los venezolanos en lugar de regalar a Imbaquí la estatua de Sucre la hubieran regalado a alguna ciudad de México, por ejemplo. Crees que a los mexicanos se les hubiera pasado por la mente siquiera descabezar a alguno de sus indios heroicos para en su lugar poner la estatua del más grande de los héroes del mundo? Pero aquí sí, porque somos así de extranjerizantes, y más que todo porque nos pesa lo que de indio tenemos.

Lo tendrás vos, carajo.

Bueno, pura-sangre. Pero vamos a lo que vamos. ¿Harían los mexicanos lo que vos y otros como vos se proponen hacer con nuestro General Píntag?

Porque los mexicanos también son una tarea de indios.

Sí, y de eso se sienten orgullosos.

Allá ellos.

Falta en nuestro país un monumento que hable al mundo del heroísmo con que nuestros indios murieron en defensa de su libertad, de su tierra nativa, luchando contra los invasores cuzqueños, contra los conquistadores españoles.

Ya ha sido honrado el indio Espejo: calles, hospitales, colegios llevan su nombre.

Sí, pero también calles de la capital llevan los nombres de Diguja, masacrador de indios otavaleños, del presidente de la Real Audiencia, el español Villalengua que apresó a Espejo y le envió preso a Bogotá, a pie desde Quito, porque por indio, según una de las leyes coloniales, no podía montar a caballo, y entonces se dio el caso de que mientras el sabio precursor fue así llevado, los guardias españoles que le conducían, ignorantes de buena cepa, iban caballeros en sus caballos.

Bueno, pero creo que no estarás vos de acuerdo con la amenaza de estos roscas defensores del General Píntag. ¿Qué amenaza?

De poner sobre Imbaquí veinte mil indios para que no sea cambiado de lugar este busto.

Nada de eso se lee en este dato de prensa.

Sí, pero así dice la comunicación que estos indios togados dirigieron al jefe político, firmada por el mismo que ha llevado a Quito a los cabecillas de las comunas a quejarse en los periódicos.

¿Y le conoces al tal doctor Andrés Tupatauchi?

No. Y se firma doctor el rutushca. Debe ser uno de esos indios api-zarrados de Quinchibuela, esos que han llegado a la universidad y ya se creen mejores que nosotros los blancos.

Y aunque te pese, pero lo cierto es que son más cultos y piensan más racionalmente que muchos de los llamados blancos. Lo que pasa es que algunos como vos no les perdonan a los indioemierdas que les hayan ganado en conocimientos y títulos.

Qué ganado pes. Razón tenían los paisanos residentes en la capital de decir lo que dijeron cuando en romería vinieron en la fecha aniversaria de Imbaquí.

¿Qué fue lo que dijeron?

De poner al pie del indio la ofrenda floral que hemos traído, más mejores vamos a dejar al pie de la bomba de gasolina.

**V**e, Jusingo, vos ca todavía estás en tucto.

¿Y qué decís vos? –se defendió atacando.

Yo ca mozo mantenedor pes –replicó el Juancho, hábil tejedor de chalinas y tapices.

Y este guagua quiha de poder pes todavía –dijo el Antuco acariciándole infantilmente la barbilla al Fulgencio. ¿Guagua? Ya quisieras tener vos –le respondió reprimiendo un ademán de suficiencia de jari. Rieron todos.

Al fin, formaron un grupo de unos veinte maltones entre tejedores y estudiantes de los últimos cursos de colegio que ese año debían subir al cerro a graduarse de jaris. Se respetaban mutuamente, porque si bien los unos trabajaban con la cabeza y los libros, los otros lo hacían con la cabeza y los telares. Estos, además, ya se manejaban unos fajos de billetes y eran viajados. Manungo, un alumno del quinto curso, fue escogido para dirigir el grupo. Las madres de los maltones comentaban el suceso de diversos modos. Unas sonreían del tierno antojo de sus hijos:

Guambra peshte, ya pensando en cosas de jaris.

El mío tan ya cro que malicea.

Otras mezquinaban tempranamente:

Todavía guagua es pes el mío ca.

Mi Rosendo ca ricién en el colegio está pes.

Era el mes de julio, época en que el Imbabura amanecía amoratado de frío y de perfil en el cielo de verano. Debían dormir una noche en la parte más encumbrada de los pajonales y alimentarse únicamente con los frutos del monte. Durante el sueño de esa noche, el cerro debía contagiarles, cuerpo a cuerpo, su virilidad de viejo garañón, legendario violador de longas, infalible seductor de lagunas y montañas. Descen-

derían al día siguiente convertidos ya en varones, habilitados ante las longas para todas las argucias del amor.

Los taitas de los maltones y los jóvenes que ya habían cumplido con el rito, los miraban entre burlones y nostálgicos. Estaba también el doctor Andrés Tupatauchi. Los maltones, al sentirse por él observados, sonreían con vergüenza de sus amagos varoniles.

Cuántos años desde que también yo subí al cerro –recordó. Regresé creyéndome ya todo un jari, con derecho sobre las *aliguarmis*. Pero el destino es el destino, y las mujeres con las que no podía ni siquiera soñar, menos poner mis ojos en ellas, han pasado por mis manos. Cuántas. Pero solo han pasado, y si bien una de ellas es mi mujer, ¿está ella unida a mí como hubiera estado la Petrona, la Rosario, la Miche o –aquí entre nos–, la misma Mila?

A medio día, las longas casamenteras se agruparon en la plazoleta, esperanzadas, para gustar espionando a los maltones que iban a iniciar la subida. Se embromaban entre ellas:

Ve, el tuyo tan ha estado entre los que van a subir.

Claro pes.

Pero si es todavía longo guagua.

Qué va, para eso el tuyo pes.

Cuál pes, si yo no tengo a nadie.

¿Y el Fulgencio ca?

Uuuuu, él nues nada para mí.

Se quedaron pensando: ¿Cómo mismo será? ¿Qué harán para volverse jaris?

Iban alegres, en un bullicio de parla quichua, volviendo la mirada y respondiendo las señas de despedida que cuando ya los vieron algo distantes se animaron a hacerles pañueleando las fachalinas con entusiasmos mal reprimidos. Mantuvieron los ojos en el grupo hasta que todos desaparecieron en la espesura del bosque paramero. A la tarde ya se vieron las señas de humo que hacían con quemazones del pajonal que en la noche ardieron como llagas.

Ahí están.

Chapando nos estarán.

Con frío estarán.

Al cruzar la olorosa vegetación del páramo, olor a musgo, a zagalitas, a huacundos, se fueron empipando de mortiños, de gualicones, de cerotes. ¿Serán estas frutas las que dan fuerzas de hombre para las *guarmis*? (Y Andrés Tupatauchi: ¿Sería obra del cerro eso que en mí encontraron las gringas?).

El viento los embromaba tumbándoles los sombreros.

Cuando ya estuvieron encaramados sobre los hombros del cerro, cerca de la cocha donde comienzan las rocas casi verticales y peladas, se sentaron a descansar. Alzaron la vista a la cumbre y les pareció que el cerro se les iba encima. Un miedo de guaguas les temblequeó a quienes querían volverse hombres.

*Tatun Taita Imbabura.* (Oh gran Taita Imbabura).

*Can ñucanchig taita mi canguí.* (Tú eres nuestro padre).

*Ñucanchig Achili-taita.* (Nuestro dios-padre).

Le hablaron en quichua para que les entendiera mejor. Entonces era el miedo primitivo, el que hizo que los antepasados hicieran de los montes sus dioses al verlos a ratos encendidos en sus cóleras, a ratos perdoneros.

150 | Andrés Tupatauchi, desde el sillón del rectorado, lo seguía con sus recuerdos: Los guambras, seguro, estarán miedosos, como me pasó a mí. Desde aquí abajo, sentimos al cerro como si fuera cosa propia de los naturales: Ñucanchig Taita Imbabura. Pero allá arriba es otra cosa. Al pie de la roca viva, viva porque se siente que tiene vida, roca formada por pedrones filudos, ahumados como tizones de un gran incendio, nosotros resultamos propiedad del cerro. El cerro es taita porque es dueño de nosotros. Desde aquí abajo, tenemos corazón para el cerro, tenemos respeto, pero aunque respetándole, nos sentimos de igual a igual, le chapamos con tan solo alzar los ojos. Pero allá arriba, ante semejante enormidad, el shungo se achica y no es amor lo que se siente, sino espanto. Uno se vuelve insignificancia tembleque, como escuelero al pie del maitro de escuela de blancos, blanco de cólera, látigo en mano y longo bruto. Así estarán los guambras allá arriba.

En efecto, así estaban. Se sentían menos que hormigas en el lomo de un inacabable animal de pelambre de paja alborotada por el viento.

Si corcoviara el cerro ca, dónde fuéramos a parar –dijo uno de ellos.  
 Callá shunsho –le interrumpió otro, temeroso de que el cerro pudie-  
 ra entender lo que el imprudente insinuaba y se le antojara poner en prác-  
 tica semejante cosa.

Nos aventaría como sarapanga nomás –insistió cebándose en el  
 miedo de todos.

Sintieron que el cerro estaba vivo y que respiraba a grandes venta-  
 rrones. Tiritando se amontonaron en timidez de rebaño y miraron hacia  
 abajo. Ahí, a los pies estaba Quinchibuela, con sus casitas, sus sembríos,  
 sus árboles. Los cebadales tiernos se desleían en verde. Más allá en un re-  
 quiebro de lomas, aparecía Imbaquí. La laguna, ahí, abajito. hecha una so-  
 la plancha de vidrio, pensativa. Por ese otro lado, la vista se iba más atrás  
 de una crestería de cerros sobre la que se alzaba de puntillas un nevado.  
 Por el sur, penqueaban en el cielo los picachos del Mojanda. En frente, el  
 Cotacachi con su chispa de nieve. Por el norte, asomaban unos montes re-  
 montados en una lejura azulada.

¿Cierto será lo que dicen que el Cotacachi es guarumi del Imbabura?  
 Así diciendo viven.

Cierto es pes. ¿No han visto cómo sale las tardes a cainar puesta su  
 nagua de niebla?

Vuelta Taita Imbabura ca siempre anda con poncho.

Y cuando en las noches de relámpagos se prende y apaga el cielo, es  
 porque se están muchando.

Bandido Taita Imbabura ca, con laguna, con Cotacachi tan.

No hables así –reprendió el más asustado. Ha de tener oreja el cerro.

¿Y será cierto que en la punta del cerro hay un castillo de puro oro?

Claro que es cierto. Así diciendo están los que han visto.

Mi agüelo ha visto castillo de oro y mazorcas de oro.

¿Y por qué no ha cogido siquiera mazorcas de oro?

Dice que de susto no pudo mover.

Dicen también que cuando quieren acercarse para coger, todo se  
 hace humo.

Así dicen.

Se callaron para ojear en la lejanía la fogarada inapagable del atarde-

cer. Cuando volvieron los ojos deslumbrados a otro lado, había oscurecido y los montes ya no se recortaban en el cielo. Encendieron en el pajonal nuevas hogueras y detrás de la humazón miraron la luna enrojida y las estrellas apagasas. Cuando mermó el chisporroteo creyeron que el cerro, de dormido, comenzaba a roncar. Ellos también se apelotonaron en un baño de ponchos. Algunos se desvelaron. ¿Cómo mismo será eso de hacerse jaris? ¿Qué le hará a uno el cerro? ¿En qué rato? ¿Será en dormido?

Cuando despertaron, el sol había madrugado a los trigales y ensangrentaba los sembríos de quinua. Ellos se removieron desperezándose bajo los ponchos abrigadores, en medio de risas y bromas. Durmiendo habían velado las armas de su hombría. La sopladera del viento no había descansado un instante.

Comenzaron a bajar faldeando el cerro, en culebrilla, buscando los atajos fáciles, resbalando, cayendo y levantando.

*Jari jari, guambritos.*

Como machos mismo.

De pronto, el que iba adelante se detuvo y primero agitando los brazos y luego encogiéndose y agazapándose dio a entender a los demás que algo había visto. Señalaba, sin hablar, hacia abajo. Algunos, los que venían retrasados y no habían advertido las señas, seguían descolgándose bulliciosos. Con los índices cerrando los labios les hicieron el ruido del silencio y cuando todos estaban tendidos en el suelo al borde de un abismo, miraron hacia abajo, en la dirección que señalaba el brazo del primero que había visto. Por el fondo de una quebrada limpia de matorrales, pero sembrada de grandes pedrones, subía una joven pareja de soches. El macho iba adelante, como señalándole el camino fácil a la hembra. Esta le seguía dócilmente, deteniéndose tan solo para ramonear. Entonces él la halagaba doblegando las orejas hacia atrás, refregándole con la cabeza el esbelto cuello, dándole golpecitos en los nerviosos flancos. Ella le dejaba hacer, consentidora, para luego simular una carrerita de hembra recatada que no era sino la apurada búsqueda de un sitio a propósito. Cuando se adelantaba la hembra, el macho la seguía olisqueando en el aire no sé qué fluidos que le hacían estremecer. Igualito me pasa a mí con la Petrona –pensó el Manungo. Esos soches se parecen a nosotros dos. Así le llevé por ese chaquiñán. Ella

se dejó llevar. Buscábamos un rincón para. Y cuando pensé que ya.

Veeee, como cristianos: se esconden para eso –cuchicheó uno de ellos.

El grupo le acalló. La pareja siguió subiendo. Pero cuando por un momento se perdieron detrás de una enorme roca, los ojos de todos, libres de aguaitar, se volvieron a otros lados y vieron, uno tras otro, horrorizados, que arriba, en un promontorio, haciendo equilibrios ante el empujón del viento, confundido con las rocas, estaba un cóndor, atento a los movimientos de la pareja de soches que se acercaba precisamente hasta el pie del risco desde donde eran acechados. Seguramente el viento debía soplar en dirección contraria que la pareja no se daba cuenta del peligro. O tal vez, endulzados –tal como cristianos–, se descuidaban de ventear, amortiguados los sentidos por el mutuo y urgente llamado. Llegados a un sitio que los dos debieron encontrar adecuado, los halagos del macho se volvieron apasionados, briosos. Las enormes pupilas, las de los dos, debieron encenderse como noche de relámpagos. Entonces la hembra se volvió y, castamente, se ofreció. Cuanto el macho comenzó a empinar su inocente instinto, de súbito, el cóndor se dejó caer sobre la pareja como una piedra. Veinte alaridos reventaron como un trueno y los veinte se despeñaron, ladera a bajo. Era un revuelco de ponchos, de silbos, de amenazas. El macho huyó a grandes trancos. Ella como guaraní sorprendida, no atinó a defenderse. Pero el cóndor espantado por el estallido de gargantas humanas, apenas alcanzó a tocar tierra y con el mismo impulso comenzó su torpe correteó a zancadas y desplegando sus enormes alas en ademán de manos arriba, se alzó en vuelo. Al llegar los veinte salvadores al sitio, no encontraron a nadie. Abajo corría desalada la pareja, el macho muy adelante y la hembra retrasada, hasta que desaparecieron entre los matorrales. El cóndor volvió a aparecer en el cielo, alto, inalcanzable. Los puños de los veinte se alzaron contra él:

¡Cóndor, *misho shuguaaa!* (Cóndor, ladrón como el blanco).

¡Cóndor, *misho manapinga!* (Cóndor, sinvergüenza como el blanco).

¡Cóndor maricón, carajo!

¡Cóndor *isma, carajo!* (Cóndor de mierda).

Solo se callaron cuando el salteador desapareció detrás de una cu-

chilla del cerro. Cada uno se hombreaba a gritos de su aporte en esa buena acción. Luego fueron salvando, de bajada, los sembríos, el aroma dulzón de los habares, hasta que llegaron al Chilcal, cuyo abanico de piedras se abría hasta la laguna, por el cual ya bajaban los rebaños de la tarde.

El Manungo se derrumbaba junto con su resolución: Esta noche. De ahura no pasa. Sintió que comenzaba a hacer efecto en él lo del cerro.

Desde arriba alcanzaron a divisar a las casamenteras que los esperaban en el camino que bordea la laguna. Esa madrugada, las longas se habían bañado en grupo. Chapotearon entre los totorales, riendo de frío y de inocencia. Se aguaitaban unas a otras y hundiéndose en el agua hasta el cuello esquivaban, vergonzosas, los cuerpos ya frutecidos. Al atardecer, un guaperío de longas salió a dar la bienvenida a los que volvían convertidos en jaris. Pero ellos y ellas se mantuvieron a respetuosa distancia. Las parejas se limitaron a gustarse con los ojos, y luego las bebieron en los pilches de chicha que les fueron ofrecidos.

Comentando bulliciosamente los detalles de la subida y en forma especial el de la pareja de soches y el cóndor, llegaron a la plazoleta de Quinchibuela, desde donde se repartieron a sus casas.

Manungo y Patrona habían convenido en verse esa noche. Ella, en efecto, esperó que oscureciera y salió de su casa por agua. Se encaminó al desagadero de la laguna. Al llenar el pondo, en el agua que tiritaba presintió ella lo que iba a pasar. En el callejón de retorno, ya en penumbra, la esperaba el Manungo abierto de brazos como una tranca. Ella arrimó en la zanja su emoción y la vasija, y se dejó envolver en el poncho y en el deseo. El notó desde un principio que había desaparecido la timidez que le frenaba siempre que estaba con ella y quiso probarse en su condición de jari, y poner en práctica los poderes que debió de haberle contagiado el cerro. Petrona, por su parte, había aceptado la cita por curiosidad. Quería saber qué mismo era eso de que un longo se vuelva jari, de la noche a la mañana. Además, confiaba mucho en la fuerza de su negativa y en su habilidad escurridiza. Pero cuando el Manungo comenzó a poner en práctica adivinadas habilidades de varón, antes cohibidas, recién entonces, Petrona se dio cuenta que era un Manungo diferente, porque por vez primera los labios de él buscaron sus labios, y las manos no se detuvieron ante el ruido

de alarma de las gualcas de perlonos y cosechadoras, tentaron la madurez de sus pechos. Y como la arremetida fue creciendo, Petrona sintió que su negativa se le iba anguyendo poquito a poco, que sus manos defensoras se desgualingaban, que toda ella se abría en un consentir antes no consentido, y que, por fin, el cuerpo se le iba al suelo, sin remedio. Con los últimos sentidos, le echó la culpa a ese olor a monte que había bajado con él, en el poncho, en el pelo, en la boca aduladora, llena de promesas quichuas que tanto efecto le hacían. Le echó directamente la culpa al cerro y su poder de jari tumbador con que el Manungo había bajado favorecido. Pensó, ya madura, que era inútil y hasta un descomedimiento resistirse a las fuerzas todopoderosas del cerro con que él le trabajaba en el sexo, pejecito de laguna, lampiño, jabonoso, huidizo. Y cerró los ojos. Entonces creyó sentir sobre sí todo el peso del jadeo del cerro. En un momento, abrió los ojos y la boca, como que ayudara.

De la vasija volteada, el agua corría como en un desangre.

La noche había caído ninacuriada.

Se contaba de boca a oreja que hace mucho tiempo habían llegado hasta el valle del Chota unos como lagartos inmensos que tenían la virtud de volver calientes las tierras adonde llegaban con sus resoplidos de lumbre. Contaban también que cumplida su misión en el valle, una noche –las caminatas únicamente debían ser hechas por la noche, ¡cuidado con el día!–, iniciaron una escalada hacia las tierras del sur. Primero llegaron a Ambuquí y lo dejaron frutecido de hobos. A su paso por Pimán, fueron vistos por Gonzalo Zaldumbide desde el mirador de su “Égloga”, “como un rebaño de monstruos en desbandada”. Subieron por la cuesta de Aloburu y descendieron a la laguna de Yahuarcocha, en cuyas aguas chapotearon hasta dejarlas hirviendo. Prosiguieron a Caranque y Tontaquí, ya enfriándose les jadeo. Los indios de Quinchibuela cuentan, además, con el susto saliéndoseles todavía por los ojos que –*Paidiós* (Pordiosito), ellos los sintieron pasar, ya en la madrugada. Eran “*jatun-nina-palu*” (enormes lagartos de fuego). Iban fumando el vaho. Los viejos de Camuendo muestran con el brazo en alto uno de los monstruos que cogido por el día de quedó, convertido en piedra, al pie del cerro: Ahi está, chapando. Cierto, vean –dijo uno de los jóvenes que caminaba cerca de Andrés Tupatauchi, señalando hacia la loma de Araque. Ahí están las crestas, clarito se ve. Son esas piedras desmoronadas en las laderas. Los otros forzaban su imaginación tratando de ver también el lagarto petrificado.

Hasta ese sitio avanzaron en la visita planeada a los hermanos de la comuna de Camuendo. Habían ido esquivando de la mejor manera a los indios borrachos que compadrementemente los invitaban con pilches de chicha llena de ayer. Los desairados, sin poder mantener en pie su borrachera, se perdían en sospechas que se hacían insultos resentidos:

¿Qué serán mismamente estos, naturales serán, mishos serán?

No borrachando, no comiendo comidita de runas, estos ca.

No metiendo con pubris, hechos los escueleros.

Queriendo hacerse mishos.

¡Mishos caraju!

¡Huairapamushcas carajuuu!

Y chasqueaban las amenazas desde su despecho. Los que iban con el doctor Tupatauchi dejaron que se fueran en el viento. Iban viendo, al paso, a los borrachos destroncados, mancornados junto a las zanjas del camino, en un conyugal revoltijo de ponchos y anacos. ¿Qué podrías hacer, Andrés Tupatauchi, por estos tíos tan cerca de los cuchis y de los pencos, tíos que a pesar de todo y mal que te pese, son parte de tu gente? ¿Podrías apuntalarlas sus pasos tambaliantes? ¿Podrías entablillarles el alma? Frente a una de las chicherías, tres indias –les dijeron que la madre, la mujer y la suegra–, haciéndole cargamontón a un indio borracho le daban una bruta ortigada en la cara, en las canillas, en las partes: *Ama rijun huayna* (Para que no vaya a la amante). El indio se retorció como rabo de lagartija, pero las castigadoras le tenían maniatado y se daban modos para cumplir su propósito en la forma más vengativa. El correctivo debió haber sido aplicado por largo tiempo porque el ajusticiado tenía las canillas hechas una sola roncha y los labios y la nariz monstruosamente hinchados. Los párpados, convertidos en dos vejigas enrojecidas, parecía que ya se reventaban. Los jóvenes se alejaron haciendo propósitos de enmienda.

Fueron entrando en la pobreza de las casas en donde encontraban tan solo a las *cuitzas* (niñas). Los mayores estaban en las chicherías, en las bravuconadas, en el ronquido. Los largos aguanthambres salían a recibirlos y juntamente con ellos, los perros, en ladridos. A través de los huecos de los harapos, así como por las goteras de las chozas era posible ver el cielo, a ellos se les podía espiar el alma.

Esa comuna, ciertico, que era de indios mitimaes. Basta era mirarles la facha forastera, el ala caída del sombrero, las miradas alicaídas. Basta fue ver lo que le encontraron haciendo al curaca. Preguntando preguntando, llegaron a su casa. Sí, ahí estaba el viejo, tal como les habían dicho, hincado en medio patio, de cara al sol, adorándolo antiguamente. Para que no se diga que todos lo habían olvidado. Sobrecogidos, se quedaron contem-

plando a ese feligrés que, en bulto, mantenía viva la fe de sus antepasados. Luego, uno por uno, le fueron rodeando con pasos apagados. Pero todos esos cuidados habían sido inútiles porque el viejo tenía ya tapiadas las orejas, mineralizados los ojos de tanto adorar a su dios, todos los días de sol. Sería por hacerse a ese devoto rezagado, sería porque sintieron que desde muy atrás les llegaba una fe escalofriada, lo cierto es que se fueron hincando en torno a ese viejo adoratorio. Primerito vos, Andrés Tupatauchi, como el más sentido, porque en ese rato –la sangre chuta carajo–, creíste que un pulso de sol te trotaba por dentro. Cuando se les calmó el tumulto de sangre, pararon la oreja al quichua del viejo:

*Inti-yaya* (Padre-Sol): mandanos la lluvia, danos pancito.

Y en la boca desdentada, siguió un hervor de palabras que solo él se tragaba. Pobre heliotropo de harapos imantado de sol. Su oración seguía como savia enceguecida a lo largo de los brazos en bejuco, avanzaba por las raíces descaminadas de sus manos juntas. Subía como humito de boñiga, siempre arriba, siempre arriba.

Cómo no habrías querido, Andrés Tupatauchi, también vos hablarle: *Inti-yaya*: soy o no soy. Vengo o no vengo de vos. ¿Por qué no es más clara en mí la voz de tu sangre?

El viejo porfiaba:

*Inti-yaya*: mandanos la lluvia, danos pancito.

Pero el sol, como todos los dioses, estaba tan alto. Hundidos en esa remota emoción, largo rato se quedaron contemplando ese último pucho de fe solar y solariega, mantenida porfiada, runamente, en esa ruina de templo *mitimae*.

A los pocos días, el cielo se trizó en relámpagos y luego comenzó una de truenos que no había cómo dudar. A los truenos siguió una llovizna finita finita, como un guitarreo de contentamiento.

Regresaron orillando la laguna que vistoseaba de garzas. En ritmo de resuello, el agua subía a recostarse en sus propias playas. Unas indias con los anacos encalzonados, lavaban la ropa a golpes. Dos parejas de indios, antes del baño, pescaban con unas mantas que tomadas por las cuatro esquinas hundían en el agua y luego de tratar de arrinconar a los más ariscos, las alzaban. Del fondo recogían, ya cernida el agua, los pescados

que trastornaban en unas canastas en donde comenzaban a boquear co-  
leando en su purpurina. Las indias los tomaban en sus manos, los partían  
a lo largo y terminaban abriéndolos en dos hojas sangrantes. Eran para  
vender a los tíos platudos de Quinchibuela –les dijeron. A la tardecita, en  
efecto, había un innegable olor de emborrajados.

A la hora del abrevadero, bajaba el ganado por todos los chaquiña-  
nes: las vacas desparramando un olor a leche fresca; los toros, encelados,  
haciendo rodar desde la altura un trueno colérico. Corrían tras las vacas re-  
molonas, se alzaban sobre sus patas traseras y desenvainaban sus púas de  
fuego vivo. Los bueyes de arado, como que no era con ellos. Pero había  
nostalgia en sus ojos inmensos, en sus pasos resignados a su sed de tan so-  
lo agua.

Shuuuuu, huagra manavali.

Una mañana, después de toda una noche de no haber podido pegar los ojos, me encontré caminando hacia la vieja casa de mis taitas que permanecía botada. Cuando estuve ya cerca, ¿A qué vine? ¿A qué? No pude dar. De todas maneras, seguí. Puede que estando adentro. Al abrir la puerta ennegrecida a humo lento, ya me di cuenta que lloró de otra manera. Me quedé parado hasta hacerme a la oscuridad, y, entonces, detrás de la puerta, trabajosamente arrimado a la pared de adobón, encontré a mi abuelo, muerto hace muchos años. Más que por nada, le reconocí por el poncho y el mismo silencio en el que siempre vivió. Por el cansancio de todo su cuerpo, por su postura dolida, me pareció que sufría. Sin preocuparme por aliviarle, en lo primero que pensé fue en aprovecharle averiguando lo que tanto me importaba. El apuro me hizo olvidar las palabras con que era de comenzar la conversación con las tentaciones, Sois de esta o de lotra, porque de golpe, le pregunté en quichua, la única lengua que siempre le oí hablar por orgullo de indio o por desprecio a los blancos.

Taita, taiticó? ¿Qué nombre tenía tu abuelo? ¿De qué nombre era tu bisabuelo, tu tatarabuelo?

Al acabar de hablar, me di cuenta que mi voz tenía eco, como si estuviera hablando dentro de un socavón. Mi última palabra quedó cerdiando en el aire. Esperé que conteste, pero el abuelo, sin hacer caso de mis preguntas, se daba modos de decirme algo gangosiendo desesperado. Y yo, porfioso seguí con mis averiguaciones. El viejo hizo un esfuerzo por hablar y cuando abrió la boca vi que estaba llena de tierra. Entonces me olvidé de mis preguntas y solo traté de entender lo que el abuelo quería decirme con las mismas ansias con que en las pesadillas uno quiere hablar, y nada. Quise comprenderle por la expresión de su cara y me encontré con

su calavera. Tenía la tristeza de muchos años de muerte. Envanamente siguió porfiando por decirme algo, pero yo me quedé en las mismas. Al fin, cuando se dio cuenta que todo era perdido, que le era imposible comunicarse conmigo porque yo debo ser de este mundo, vi que el abuelo, con un desoblago de cuerpo entero, hizo el ademán de irse. Entonces la puerta se abrió solita y en la luz que entró fue escarmenándose como neblina de páramo. Le seguí con mis ojos en susto y ya en el sol del patio desapareció por completo. Con todo, el maizal, doblándose como bajo el viento, le dio paso. Al enderezarse las cañas, se quedaron con un temblor de piernas y tucto. A poco los perros, a un solo hocico, anunciaron tentación empujando hasta el cielo su miedolento auuuullido. Muchos días me pasé dando y cavando: ¿Por qué se habrá aparecido a mí el abuelo? ¿Qué era lo que quiso decirme? Repasaba su facha, punto por punto: su cuerpo hecho de tierra desmoronada, sus mejillas chupadas hasta el hueso, sus dientes despuntalados, las manos y sus uñas miedosamente largas y, más que nada, la mirada en negro que salía de los ojos vaciados. Cuántas noches me habré recordado con esa mirada clavada en mí. hasta que al fin pensé: Nuestros muertos siguen sufriendo en lotra la misma hambre que sufrieron de por vida. Tal vez por eso nuestra costumbre de ponerles cucayo en el ataúd y de dar de comer a las almitas por lo menos dos veces al año. En finados y en jueves santo, vamos con la ofrenda, recorriendo un camino de hormigas que va desde todas nuestras casas hasta el pantión de los indios, separado del cementerio de los blancos por un gran muro, tal como en la vida, tal como en el patio de la escuela. De guagua, yo iba con mis taiticos a ayudarles a encontrar –para eso era escuelero–, la tumba de cada uno de sus muertos, leyendo en las cruces los nombres patojamente escritos por algún blanco pagado para hacer ese comedimiento. Los otros naturales buscaban como perros los huesos que habían enterrado. Cuando creían haber dado, se sentaban igual que mis taiticos sobre los montones de solo tierra y abrían los quipes de comida. Convidados por su olor, se acercaban los rezadores, y comenzaba el cambalache de comida por responsos. Pedían nomás los nombres de las almitas y ya con ellos en la boca, se iban de bajada, en una mezclanza incontenible de padrenuestro, yopecador, diostesalve-reinimadre, hasta que se desinflaban por completo y entonces con el mis-

mo vuelo aspiraban y con el aire también las babas que se les iban ante los sabrosos vapores. Así sacaban del purgatorio lalma de taita Rafel, lalma de mama Miche, lalma de Jusi angelito guagua. Conforme avanzaba la mañana, maduraba el gunguneo de los responsos. Cada rezador sonaba como tapial de bungas, en diversos tonos de aleteo. Los infelices iban de tapial en tapial, que es como decir de tumba en tumba. A medio día, los responsos comenzaban a irse dejando antes junto a las cruces repuestas ese día, un montoncito de mote que era por todos respetado. En el largo camino de regreso hasta Quinchibuela, yo iba pensando en los rezadores: Ha sabido haber otros naturales más pobres, más hambriados, naturales que viven gota a gota, tasando la hora de morir, para que la vida les alcance taz con taz con el hambre.

Diossalvemaría llenerís desgracia ahura y en laura de nuestra muerte amín.

A la tardecita, luego de las clases, algunos maltones se quedaron jugando en la plazoleta de Imbaquí.

Premer cajón. Sigondo cajón. Tercer cajón.

Ña ña. Pisaste raya. Maná, alegón.

Mezclaban inopinadamente las lenguas. A trechos se intercalaban las voces de los mayores que en la misma plazoleta jugaban volley en un respiro de los telares.

Play.

*¡Japi! ¡Japiglla!* (Coge. Coge nomás).

*Ali pelota mi.* (Es buena pelota).

Los maltones volvieron a lo suyo. El que jugaba lo hacía saltando en un solo pie, llevando la ficha de un cajón a otro. Se habían sacado los alpargates para evitar el habladijo materno. Longo manavali, acabando una lástima alpargates. Pero también para precisar el golpe en la ficha y afirmarse mejor en el suelo, abriendo los dedos como si cada uno tuviera vida aparte. Cansados de jugar, se sentaron en las gradas de la capilla, a un lado de la plazoleta. Un perro iba trizando el atardecer en las cochas. El sol se había resbalado ya detrás de los montes y manoteaba sofocado debajo del amontonamiento de nubes. Por una hendija, los últimos rayos le daban todavía una manito de oro al Imbabura. El cerro se paraba de repente, ahicito nomás, a la espalda de Quinchibuela. Un caminito jadeaba desde la plazoleta, cuesta arriba, hasta Agato. Luego los trigales que laguneaban en agosto. Más arriba, los falderíos del cerro cubiertos de monte y los pajonales disputados por la hacienda a la comuna. Y por último, ya en la punta, las rocas y la nieve entrecana, para chapar las cuales había que trozarse hacia atrás y chumar la cabeza.

Vuelta por estotro lado, la loma de Cotama, aquí abajito, qué parece

la pobre. Una boñiga secándose al sol en medio del verde bien-comido de los potreros de la hacienda. Las casuchas de la loma se desbarrancaban ladera abajo, con espantajos y todo. Sus ocupantes estaban amojocados por siglos de infelicidad. Había que hacer algo por esos hermanos. Cómo abandonarles si eran tan vecinos, tan laderas, tan desamparo. Si ellos y nosotros andábamos por los mismos callejones. Fuimos de casa en casa, en medio de un cerco de ladridos. Al vernos llegar en grupo, temblaron con el mismo tiritar animal que cuando llegan los blancos, abuso en mano. Pese a la vecindad éramos unos extraños para ellos. No les calmaba ni siquiera el quichua común ni el familiar trato de tío Melchor ni tía Petrona. Se hacían una curpa esperando la mala noticia. Al invitarles para conversar, solo pujaron desganados. No había cómo ni siquiera ponerles a jugar al “yo quisiera”. Así fallaron tres intentos en sábados seguidos. Al fin, a la cuarta vez, el viejo alcalde de la comuna consiguió amansar la desconfianza de unos pocos. Orejeros y mugrosos, fueron llegando de uno en uno. Los demás espían desde su instinto de animales apaliados. A los que llegaron les hablamos en lenguaje de pobreza. Queríamos que nos contaran las suyas. Los infelices encallecidos en su miseria ya no tenían ganas de nada. Se aguaitaron unos a otros y todos cayeron en el mismo silencio de resignación. Y entonces, cuando taitico y mamita me sacaban a Imbaqui, junto con la Mila, unos blancos a quienes les decían compadritos, al vernos no cesaban: Pero si son igualitos, como dos gotas de agua, solo que el uno está vestido de longo y la otra de longa. ¿Cómo te llamas? Y la Mila nada de soltar la lengua. ¿Y vos? Yo tampoco, como si nos hubiéramos conversado. A ver, ¿tienen lengua o ne les ha comido el ratón? Y la Mila, seguro por su cuenta, y yo por la mía, movíamos la lengua para asegurarnos que sí estaba en la boca y que no era cierto que se nos había comido ningún ratón, sino que no queríamos, no porque no, para qué o sería por adredistos o porque de ciertico estábamos asustados. Y taitico empujándonos, pellizcándonos por debajo, sudando nuestra mudería y nosotros nada. Hasta que nos soltamos en llanto, la Mila primero y luego yo. No no, no lloren, pobrecitos. Y apuraban acariciando al pelo nuestro miedo de perros guaguas. Y esos tíos igual, no hablaban, no porque se les hubiera comido la lengua ningún ratón ni porque estuvieran asustados, sino porque no, para qué, no, porque no tenían ya remedio,

porque quién les podía salvar del hambre, del tugurio, del desobligo de vivir, quién, cómo, cuándo, dónde. Tonces para qué hablar. Por eso nos oían como oír llover. Como que ya no fuera posible que ellos hicieran vida con la vida. Daba ganas de darles un sacudón para sacarles el anguyamiento en que se dejaban estar, de puyar al burro en aguacero en que se habían parado, manadamente. Quién tuviera la trompeta de la resurrección. Quizá comenzaran con un gran bostezo de desperezamiento, con alguna señal de querer dejarse ayudar a salvarse. No ven nosotros. No nos ven. También estuvimos enterrados. Nosotros nos hemos mejorado a puro pulso. ¿Cómo? Alguien hizo el milagro. Tal vez el telar sería, la escuela sería o entriambos dos. Ustedes tan. Pero no. Habían perdido del todo la gana de vivir y se mantenían así rastrojando, sin vivir ni morir, pareciéndose a las piedras, a las curpas. ¿Habría que trabajarles de otro modo, que igualarse a ellos en la misma mugre, en los mismos andrajos? No. Los de Quinchibuela ya no son naturales. Como blancos viven en casas de alto. Como blancos manejan carros de blancos. Guarangueros, escuelaeros, futres nomás andan. Pero ustedes tan. Cómo pes aquí subidos en loma. Tonces ca bajemos a potrero. Agarremos nomás tierritas. De municipio nomás son. Mugieron su incredulidad. Sí, eso hay quihacer, taiticos. No portemos amujerados. Les hablamos de conseguir una parcelación, de lo que ya habían logrado otras comunas. Punyaro por ejemplo, Mojandita por ejemplo. Volvieron a mugir, pero ya algo animados. Darán nomás hablando, taiticos. Nosotros pobres cómo pes, dónde pes. Después de unos días, haciendo la derrama, reunieron alguna platita para que dos comuneros viajaran de malagana a la capital junto con los del comité “Rigcharishun”. A nadie le gustaba viajar a Quito. Semejante gentío. Como hormigas nomás. Vuelta las huarmis de Quinchibuela ponderaban dándose de viajadas y conecedoras. Me muero, simijante bulla. Del todo duele shungu con tanto carro. Yo ca me he llorado una vez que jui. Vuelta los longos ca como en llacta propia. Fueron de una oficina a otra oficina, de un jefe a otro jefe, hasta que luego de tantos vuelvan mañana les dijeron que era asunto que debían plantearlo en la Villa, en la oficina correspondiente. Como a la capital provincial era más cerca, la delegación que viajó a la Villa ya fue masiva. Pensaron que así, con una manada de pordioses lograrían ser atendidos. Pero al fin les habrán dicho lo que debían hacer,

¿no? Ni crea. Todos los jefes son cortados por las mismas tijeras. Los indios llenaron la casa donde funcionaba la oficina y como el señor director estaría a las once y llegó las doce y no estaba y cerraron la oficina, se enracimaron en la acera y abrieron sus cucayos. Estos indios estorbosos. Y cómo hieden, bonita. A la tarde, El señor director está en una reunión vuelvan el lunes. Y cuando volvieron el lunes. El señor director está en la capital cumpliendo una comisión, vuelvan la otra semana, mandaron nomás sacando.

Está dir a la presidencia a quejar –propuso alguien mirando con intención a la Mila.

Bueno hubiera sido destar todavía el general. Pero a este nuevo ni siquiera le conozco. No siha ofrecido.

¿Y ahura?

Nada pes: tendremos que tomarnos las tierras como sea.

Pero no podemos hacer eso.

¿Por qué no?

¿Y si los chapas nos tortolean?

Nuhan dihacer eso.

Nuhan dihacer –rectificó con sonrisa amarga el cabeza fría del grupo. Y cómo mataron en Colta, en Sicalpa, en Guántug, en Aztra.

Tonces que maten nomás.

Venció la desesperación. En la madrugada del siguiente día, convidando al corazón quién sabe si por primera vez, una reventazón de indios descendió loma abajo, atravesó el riacho y con el mismo vuelo, hombres y mujeres llegaron hasta las zanjas y en dos cuescos, con azadones tan, con patas tan, con shungo tan, abrieron un boquerón y entraron en los terrenos de San Clemente. Ya en ellos, como en un reencuentro con un ser querido que volviera después de años, de siglos, se tiraron a tierra y abriendo los brazos trataban de estrecharla contra su pecho. Las mujeres, sin que les importe lo que mostraban, se retorcían revolcándose, emborrajándose de tierra, dándole, a sollozos, la bienvenida en lengua de arrullos quichuas:

*Alpa-mama, alpagulla, bonitalla. Ña tigrajungui quiquin runacunaman.* (Tierra-madre, tierrita linda, ya regresas, ya estás regresando a los tuyos).

Los jaris, amasijados también de tierra se aferraban a los hierbajos,

raspaban el suelo bufando su regocijo. Alguno de esa masa de encontrados gritó algo que todos corearon en un solo rugido, golpeándose el pecho con los puños en los que apretaban la tierra.

*¡Alpa-mama!*

Sonó una flauta con el guerrero aire de los días de San Juan. Entonces todos los jaris se engranaron en las ruedas bailadoras, mientras las huarmis, sentadas en esa postura para llegar a la cual se arrodillan primero y se alisan a dos manos las nalgas, llevaban el compás machacón con las manos, con la risa del alma saliéndoles a la cara. Las bombas giraban en un hervidero de sangre encojonada, haciendo de la tierra un tambor.

Se espueleaban de una bomba a otra:

¡Media vuelta!

¡Jari jari!

Bailaban con machería de varones vencedores en una pelea por la hembra disputada y arranchada de manos del raptor, hembra que volvía a su legítimo dueño y que se tendía horizontal, terrenamente, para la entrega. Como antes. Y ellos la poseían con la furia castigadora de la cambiada, aunque sea por forzamiento, siempre cambiada. Por eso la pisoteaban en semejante forma, la machacaban a dos patas con iras de maridos ofendidos que limpiaran de ese modo ajenas huellas. Vociferaban enronquecidos el jalájaja-ja, hasta que sintieron que bajo el jadeo varonil, ella se puso a temblar como hembra conmovida en el placer recobrado con su antiguo dueño.

¡Jalájaja-ja! ¡Jalájaja-ja!

Al ver ese encuentro, tierra adentro, me tuve lástima: Indio de mi. Ya no sentía que la tierra tuviera esa fuerza de imán que hacía que los otros se pegaran a ella como fierros viejos. Sois un natural desnaturalizado, Andrés Tupatauchi, y hecho el rector te has cortado la tripa de la vida. Ahura sois sarapanga al viento, y de cargo en cargo a dónde irás a parar.

Después de esa soltadera de resortes con que rompieron el redil, después de ese desbarajuste inconocible, de esa creciente salida de madre, retrocedieron al sequedal de los propios cauces, dejando a la vista los padrones del alma. Volvieron a ser la misma cochita de tristura, como que quisieran ir gastando esa chispa de contento, poco a poquito, pensando en el día de mañana.

Con el mal ejemplo de los de Cotama, los indios de las otras parcialidades se veían y se deseaban, con los terrenos de las haciendas a la manito.

Había un fermento de rebelión por todas partes. Como que se les hubiera irritado el geotropismo sobreviviente en los pies lindantes con los barbechos.

Entonces se comenzó a correr la voz de que habían visto al lechero de Pucará, destotemizado, jinetear, poncho verde al viento, espuelas de altanoche en ijares de alazán desbocado. Sin que le pesen sus años ni los achaques de su tronco varicoso.

Por Asama tan.

Por Pinsaquí tan.

Por Pesillo tan.

El lechero de Pucará se había hecho guerrillero.

En braceo desaforado arengaba a fantasmas que acudían de todas partes a su llamado.

Bajo el sombrero esquivaba el rostro de los relámpagos y su flash identificador.

Escuadrones de guerreros emplumados se enfilaban en los maizales.

Los riachuelos afilaban en resplandores sus puñales y cuchillos.

Tras los fosforazos del rayo se veían caer disparos de tórtolas y codornices en los cebadales alunados.

De árbol en árbol, la conspiración se extendía en susurros de tinieblas.

Telegrafía de ninacuros.

Vorcerío de follajes al iniciarse el ataque con un viento macho a la cabeza.

Y el lechero de Pucará, Che Guevara resurrecto.

Por Guajinro tan.

Por Carabela tan.

Por Larcacunga tan.

Por Quichinche. Por Paltaquí. Por Cambugán.

Pero todo sucedía en la noche.

A la mañana, otra vez, parado en la punta de la loma, escampando el sol, como que no quebrara un plato.

Abajo, la laguna estaba en un solo cristal, olvidada del todo que era agüita manantía.

Había iniciado la subida hasta el lechero con su última esperanza.

*Ñuco churigu* (Hijito mío).

Le apretaba a dos manos contra su pecho que ya tres días no mataba. Solo con agüitas. Le quemaba la barriguita a pesar de las hojas de granadilla. Se había quejado toda la noche sin parar. Y apenas comenzó a lechar la laguna, había salido de la choza, loma arriba.

Achili-taita lechero, vos tendrás que sanarle.

A quién más podemos volver los ojos nosotros pobres runas. Vos tendrás nomás que curarle.

Ya vamos llegando llullito.

Ya vamos llegando guagualla.

Achilitaita lechero, aquí viniendo a molestar.

Mi unquito, mi legitimo queriendo morir está. Vos tendrás que sanarle.

Aquí está canguito de pelo tan. En huequito de tu tronco deajo.

Te daré en tus piernas con una piedrita para hacerte doler. Para que así consideres lo que es dolor de barriga, lo que es dolor de cabeza. Lo que es dolor de corazón que es lo que a mí mihastado doliendo.

Achili-taita lechero, harás nomás este favor.

Hacé por mi llullito.

Por mi legitimo.

Arrojó el guijarro contra el tronco apelonado de várices, con fuerza, como si el pobre tuviera la culpa, y se quedó esperando la respuesta. A poco. los párpados de la herida lloraron una, dos, tres lágrimas de leche que se fueron cuajando.

Era una buena señal.

Buscó la sombra del árbol y se quedó sentada, un buen rato. Aliviada, igual que su bultito, no pudo resistir más y se puso a cabecear las malas-noches. Con chulla oreja seguía ese pite de respiro. De-allí-a-un-rato, sintió que se despertaba con un gañido que no era de dolor. Clarito reconoció que era un reclamo. Se rebuscó presurosa dentro del lienzo y se lo ofreció como un panal, enderezándole el pezón a la boquita. Sintió que succionaba que succionaba en renovados sorbos. Mamaba a los tres días.

Chuchujun chuchujun, guagualla, ramita de romero, gorrioncito mío.  
Como nunca le pareció que esa vez le trasvasaba la vida.

Por raicillas de sangre.

Por pulsaciones de leche.

Chuchujun chuchujun, vidalla.

Pero había sido para morir. Al amanecer, como pejecito sacado de la noche, comenzó a boquear. Le sacudió desesperada para que no se le durmiera del todo. Le pareció oírle el último quejido.

*¡Ama guañupaichu!* (No te me mueras).

*¡Ama guañupaichu guaguagu!* (No te me mueras, ñiñito).

Pero todo fue inútil.

*Ñuca churigu.*

*Ñuca guaguagu.*

*Ñuca shungulla.*

Ahura quién gorjeando en la madrugada.

Quién llamando mama en su chaupi-lengua.

Quién iba a ser mi mandadero.

Quién mi mantención cuando ya paya.

*Ay ñuca jarigu.*

*Ay ñuca vidagu.*

Por qué me vais botando.

A quién me dejáis encargando. Ahura qué haré yo en soledad.

Con vos hubra ido a leñar en el cerro.

Con vos, guambra-chaqui, a todas partes.

*Ay ñuca urpigu.* (Ay mi tortolita).

*Ay ñuca cusagu.* (Ay mi maridito).

Ahura qué bultito cargaré, respirándome en la oreja. Qué parcito de

granizos reirán con pobre mama.

En qué ojitos me veré.

Trapitos de quién lavaré.

*Ay ñuco churigu.* (Ay mi hijito).

*Ay ñuco shungulla.* (Ay mi corazoncito).

*Ay ñuca guaguagu.* (Ay mi niño).

La muerte le dolía abajo. En donde le había tenido.

El taita contemplaba de pie, como una roca por donde resbalaba la lluvia.

Y mientras la madre arrullaba, todavía incrédula, el sueño frío de ese nardo, el indio volvió, a la tarde, con la cajita pintada de cielo, con la coronita de papel blanco. Y con el sanasana del aguardiente.

Le arreglaron como un altarcito con claveles colorados y cuatro velitas esquineras.

A poco, fueron llegando los acompañantes, “obligación” en mano. Llegó también el “achico”, quien, así como le apadrinó en el bautizo, debía darle la bendición y con ella su consentimiento para que pudiera mismo morir.

Amortiguada la pena, comenzó la fiesta del viaje del Anelito-guagua a su cielo.

Le velaron toda la noche, haciéndole la conversación.

Apenas destroncado el primer sueño, a la mañana fue el entierro.

El taita, desombrerado, le llevaba al hombro, pegando la oreja, todavía en un porsiacaso. Destapada la cajita para que lalmita mariposeara libremente hacia el cielo.

Una cuadra antes que el grupo de rebozos y ponchos pasara por enfrente de la iglesia parroquial, comenzó a sonar el laudate en las campanas.

Tilín-tilín. Tilín-tilín. Hasta que se acabó el sucre.

Era un tocado de alegría finita que quería ser lloro.

El de la madre era un lloro que quería ser canto.

Un indio viejo y cojo iba rasqueteando en un violín.

La musiquilla revoloteaba como una abeja en torno a ese lirio mustio.

(La cojera, pisando altos y bajos, marcaba un compás de risa en esa pena).

Iban camino del cielo del sur.

U nos cuantos alumnos entran en montonera en el rectorado y todos hablan al mismo tiempo, hasta que al fin le dejan que acabe de darme el recado el que tiene en sus manos alguna cosa enlodada. Lo que me dicen a retazos es que uno de los obreros, cavando los cimientos del nuevo edificio del colegio, ha dado con su pico en algo hueco, y lo que me traen es un pedazo de ese sonido. Recibo el pedazo enlodado. Sí, es un barro antiguo. Voy con ellos a la construcción y cuando llegamos me muestran los otros pedazos. Pero aquí está asomando otra cosa parecida –me dice uno de los trabajadores desde la zanja. Bajo y, dicho y hecho, en uno de los cortes, a unos ochenta centímetros de la superficie, veo un abultamiento. Pido un bailejo y despacito, oyendo los golpes huecos de mi corazón, voy cavando con todo cuidado, no sea que un golpe equivocado y se me. Pero no. Cuando ya he socavado por todos los lados, suelto el bailejo, y tras un suave tirón me quedo con una olla en mis manos. Salgo como si me hubiera hallado un tesoro. Ya afuera, en medio de los ojos y respiraciones de todos, voy limpiando la tierra y, poco a poco, como con las calcomanías en mis cuadernos de la escuela, van apareciendo unos dibujos. Lo que sientes, Andrés Tupatauchi. A dos manos. Es como si apretaras tu propio corazón. Hasta te parece que en su fría humedad, palpitará. (“Yo quiero que a mí me entierren / como a mis antepasados / en el vientre oscuro y fresco / de una vasija de barro”). Y eso sientes, como si vos mismo te hubieras desenterrado después de mil, tres mil, cinco mil años de estar bajo tierra, como que te reencontraras y te dieras la mano con los tuyos, con tus raíces que han seguido viviendo subterráneas, desde cuando los abuelos de tus abuelos figuraban la arcilla poniendo en ella su alma. Pero en estos tiempos, los que viven deshabitados, los que son tan solo la cáscara de lo que fueron, no hacen sino toscos barros para

su hambre mazarnorruda. Esta vasija, con sus dos asas intactas, con sus dibujos geométricos en colores todavía brillantes, he de guardar como una visita personal que me hacen mis familias de antes. Algún rato hasta he de querer tomar en esta vasija el yamor, poniendo mi boca donde ellos pusieron sus bocas para cumplir con la costumbre anual de beber el jugo de la tierra, maduro de sol. Esta vasija me dice mucho más que las que he visto, todo yo enternecido, en los museos, porque esta he desenterrado yo con mis propias manos y en mi propia llacta. Hasta me parece que fuera pedazo de mi carne o mi propia hechura, aunque también he sentido que algo hicieron mis manos en cada una de las vasijas que he visto en los museos particulares de Imbaquí. Cada vez que me siento alicaído, voy al museo del Banco Central. Últimamente he ido con mi mujer, a sacarle pecho, mostrándole de quienes vengo. Ella contagiada de mi sentimiento no ha hecho sino apretar mi mano y acurrucarse en mi hombro, más entregada. Estas son flechas de obsidiana de los hombres de El Inga, en las faldas del Ilaló, cerca de Tumbaco, adonde fuimos, ¿te acuerdas?, buscando la hacienda “Auqui Grande” cuando supe que esa fue la “estancia” de Francisco Topatauchi. Mira Karen, las Venus de Valdivia. Son figurillas de hace cinco mil años –dice la señorita que explica al grupo. Karen, mirando el peinado de esas mujeres de hace tanto tiempo, me dice a la oreja, sonriéndome: La mujer siempre fue mujer. Y todo en homenaje al hombre. Los de beauty-parlors deberían venir a copiar estos modelos. Mira Karen, estos son instrumentos de música, ocarinas y silbatos. Los silbatos tienen figura de mujer. Esos hombres fueron sabios también en esto: hacían música besando a sus mujeres, mansiéndoles. Hay que oír con los oídos de la imaginación la melodía de centenares de estos barros musiqueros en las fiestas del Intiraymi. En este departamento están las joyas trabajadas por los orfebres durante los veinticuatro quilates del día: zarcillos, collares, narigueras, brazaletes, clavos faciales, que no son para vos, Karen, pero que sí le quedan a la Mila. Las veces que he venido con ella ha sido en romería hasta la imagen de nuestro Padre-sol, los dos, uníquitos, sobrevivientes. Y nos hemos puesto a soñar: ella se ha enjoyado como hace mil, dos mil años, yo me he puesto esos pectorales guerreros y he aguaitado detrás de esas máscaras. Entonces nuestro Inti-yaya nos ha hecho un guiño de oro, reconociéndonos. Y hemos bebido en los vasos ceremoniales del Inti-raymi. Todos esos

figurines y estatuillas son nuestros vasallos, sin que importe que se parezcan a jaguares o lleven túnicas sacerdotales. Por eso nos miran amigueros y nos hacen la conversa y nosotros les hemos entendido todo. Vos no, Karen, porque no sois de las nuestras. Estas son las botellas-silbato. Ni el entierro durante tantos siglos ha podido quitarles su brujería. Y aquí están balanciándose en su propia voz. Esta llora como la tórtola, con igual sentimiento. Estotra suena abusionera, igualita que el chúshig. Esa remeda el chillido del mono y esta gruñe como un jaguar. Las veces que oigo el canto-loro de la tórtola de barro, me quedo así, entresoñado, porque me llega un chasqui desde muy lejos con un mensaje que tan solo yo entiendo y nadie más. Las botellas-silbato funcionan por un mecanismo de vasos comunicantes, creación admirable de nuestros artistas prehistóricos –explica la señorita. De querer, podría también contar:

En aquellos tiempos, la tierra era repartida anualmente según las necesidades de los ayllus,

sembraban y cosechaban cantando,

todos tenían que comer:

no hubo mendigos.

Una buena cosecha no era una maldición,

no producía pánico en la Bolsa,

no se arrojaba el exceso de mieses al mar,

no se derramaba la leche en los ríos para conservar su precio,

no se conoció el dinero,

había un amistoso cambalache,

todos tejían su ropa

y modelaban su vasija:

no hubo ladrones.

El vellón de llamas, alpacas y vicuñas era abrigo para todos, desde el inca-emperador hasta el último de sus yanaconas.

El inca no estaba en el trono para robar y oprimir.

El ejército estaba formado por bravos guerreros,

los bravos no disparaban contra el pueblo,

no eran soldados de soldada,

no eran aborrecimiento.

Aquí adentro, en el museo, paisanos y extranjeros se han sorprende-

do de la cultura de mis antepasados. Los paisanos se han hecho cargo por primera vez de su sangre india, han sentido recién el orgullo de su origen. A la hora. He visto brillar sus ojos ante cada una de las maravillas del indio prehistórico como diciéndoles mentalmente a los gringos: Nosotros venimos de esos orfebres, de esos sabios y artistas, de esa finura de alma. Y pudieron haber dicho también lo que ya dijo alguien: “Los mexicanos descendieron de los aztecas; los peruanos, de los incas; Uds. tan solo descendieron de los barcos”.

“En verdad te digo que antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces”.

Afuera, una madre india, cocha de miseria en el atrio, con un crío salido en huesos prendido de la teta chuna como jícama, levanta su mano y el pedido pordiosero. Otro hijo ya andariego, aprendiz de lloriqueante, con su cara amasada de mechales, mugre, mocos, va de una a otra de las patronitas-su-mercé que salen del museo. Qué asquerosidad. Indios afrentosos. La policía debería mandarles trapiando.

Entonces cómo no gritar, cómo no gramputiar:

Nosotros, los nosotros de ahura,  
así apocamiento, así diosolopay, así pura intemperie,  
somos papacara de la domesticación eclesiástica y cristera.

Nosotros, los nosotros de ahura,  
así, amontonados, así, amasados en hediondez y mugrería,  
nosotros, los nosotros de ahura,

así espantajos, así embrutecidos, así ladrones, aguarapados, pordioseros, pura asquerosidad,

somos hechura de cinco siglos de españoles y mestizos, hechura de encomenderos hacendados feudales mayordomos

soldados chapas curas frailes putas presidentes ministros cantineros  
guaraperos

intendentes comisarios guardas abogados tinterillos ingenieros contratistas

sobrestantes políticos chulqueros demagogos AZTRA IERAC IN-  
HERI rufianes cabrones indigenistas.

“Llorad, llorad, hermanos,  
todos en él pusimos nuestras manos”.

Adentro, lo que fuimos.

Afuera, lo que somos:

De Venus de Valdivia a lascivia en montes de Venus,

de joyeros a boyeros,

de aravico a ¡ara vago!

de amauta a ¡ah maula!

de quipucamayos a capacaballos.

¡Ñaupá tiempo de mi vida!

“Cerca de dos millones de ecuatorianos,

más de la cuarta parte de la población del país,

viven en condiciones dramáticas y pavorosas.

Son los marginados en el sector rural”.

El locutor anuncia FODERUMA, un proyecto de entablillaje que diositolindo ojalá no se quede tan solo en eso.

Mientras tanto, en el televisor gusanea un amontonamiento de almas-en-pena: indias embalsamadas en caras de chúshig, de raposa, de murciélago,

tapándose con mantas la viudez en sus cabezas,

indios irisos, amansurrados, irremediables,

todos, seguro manadamente fétidos,

que nos quedan viendo desde un hilito de vida,

ya sin pronuncia,

culpando con la ferocidad de su mansedumbre,

inmovilizados en lotraveda. Desterrados.

Un pingullo revolotea llorando por todos ellos

ya sin lágrimas, sin pulso, sin alma.

Adentro, lo que fuimos.

Afuera, lo que somos.

¡CARAJO!

**L**a única epopeya de América, la que cuenta las luchas por la libertad, nosotros, los indios, la ensangrentamos.

Yo luché junto a vos, Hualcopo Duchicela, contra los cuzqueños invasores.

General Epiclachima: Yo te acompañé en tu heroísmo y en tu muerte.

Mi lanza se unió a tu lanza, Nazacota Puento. Mi flecha a tu flecha, valerosa Quilago, señora de Cochasquí. Fue en las breñas del Pisque, a lo largo de quince años.

Yo seguí tronando tu bravura, General Píntag, en el tambor que forraron con tu pellejo.

Mi sangre desembocó en tus aguas, Yahuarcocha.

Pero cincuenta años más tarde, vengué en Quipaypán todas mis derrotas y entré victorioso en el Cuzco, la ciudad sagrada, la conquistadora inconquistada hasta entonces. Entré en reventazón al mando de los generales quiteños Rumiñahui, Quisquis, Calicuchima, Sotaurco. Las calles y plazas turulatas se colmaron con nuestra venganza.

Después, la lucha fue de hombres contra teúles y viracochas.

Pero yo le entristecí la noche a Hernán Cortés.

Yo sufrí, pie con pie, tu tormento, gran jefe Cuauthémoc.

Yo luché a tu lado, taqui Caupolicán.

Estuve en tu cólera corajuda, General Rumiñahui, estratega de tierra arrasada.

Yo, desde Canadá a la tierra de Arauca, luchando por la libertad, defendiendo a nuestras mujeres, nuestros templos, nuestros dioses, nuestra cultura rota a golpes de cruz y espada.

Pero desde entonces, todo ha sido un solo huacay-ñan.

Resentimientos de pueblos niños puyados por los conquistadores hicieron que yo flechara el pecho del hermano: tlaxcaltecas contra aztecas, cañaris contra quiteños.

Forzado, yo ayudé en la conquista española. Como guía, como guerrero, como burro de carga. Indios cubanos en la conquista de México. Aborígenes guatemaltecos traídos por Pedro de Alvarado para la conquista de Quito. Cinco mil naturales quiteños llevados por Benalcázar a la conquista de Pasto, Popayán, Cali.

Así ayudé a esclavizarme.

Así conocí lo que eran cadenas de un metal desconocido.

Y una vez amansado el chúcaro de mi sangre, indio mitayo siete oficios, ya van quinientos años.

Yo, el pordiosero, repartiendo a manos llenas el oro lavado en los ríos, minando en las vetas, cavando como cuso, tierra adentro, en el ojo de la muerte. Abajo, en socavón, una sola noche de semanas y meses, sin atinar a saber si estaba solamente en la oscuridad o ya en lotraveda. A veces lograba salir a morir de sol.

Yo, el desnudo, a tejer paños hasta el vómito de sangre, sin nunca tejer para mí sino un paño de lágrimas.

Yo, el hijo del sol, rebajado en priestazgos de un dios huayrapamushca, yo, esclavo de su incienso, sin ojos para su transparencia, levantando sus iglesias con mis manos de Koricancha.

Los gringos descachalandrados miraban por la boca los templos de Quito. Vean, señores turistas, las fachadas de estos templos, sus atrios, esta fermentación de cúpulas, todo es obra nuestra, hechura de nuestras manos indias.

Nosotros labramos las piedras del Koricancha, los murallones de Sacsayhuamán, el palacio de Ingapirca, los altares astronómicos de Tikal y Teotihuacán, el misterio en piedra de Machu-Picchu.

Nuestras manos y alma propia en las piedras prehistóricas.

Piedras de Machu-Picchu, pulidas a caricias, como muslos de mujer.

Piedras alisadas por la misma lengua de agua de los arroyos o el torrente de la lluvia bisabuela.

Piedras rituales de Tikal, talladas en adoración.

Cantos cantores de las canteras.

Pero después, las piedras históricas y en ellas nuestras manos y alma ajena.

Entonces, dolor en piedra.

Piedra dolorida.

Piedras de los templos de México y Guatemala, Quito y Lima, labradas a sudor y lágrimas, bajo el vetazo del látigo.

Por eso, en las noches, las piedras de las fachadas, de los atrios y campanarios lloran afinadas por el viento.

Al romper el día, cambian el lloro por el canto, como que el sol, aparte de hacerlas inapagables, las hiciera también musicantes.

Nosotros, los naturales, tenemos oreja para esa música.

Porque somos la parte viva de las piedras.

Porque nosotros las hemos compartido.

Piedras de San Francisco de Quito, la Catedral, la Compañía, el Sagrario. Piedras de la Calle de las Siete Cruces, con el alma de piedra de las canteras de Píntag, Guápulo, Las Llagas.

Piedras en pedradas de esclavitud, atadas a nuestras canillas como bolas de fierro en grillos de presidiario.

Cien, docientos, trescientos años en monumentos de piedra, pica que pica picapedreros, pica de día, pica de noche.

Nada de diablos nocturneros, a destajo del alma de Cantuña, aje-triando el atrio de San Francisco, a la luz de azufre de sus propios cuerpos.

Fuimos nosotros, los indios, los que trabajamos como diablos.

Para levantar fachadas, alzar campanarios, tallar santos en tamaño natural, suplefaltas de nuestros ídolos.

Churiando la piedra en capiteles y frisos, acariciando la piedra en caras de guaguas-ángeles.

Pero otra vez el lego capataz:

Indios: hay que labrar la custodia.

Nosotros labrábamos la imagen de nuestro Inti-yaya para darnos el gusto de coronar fachadas de iglesias y altares con nuestro dios en vez del que no entendíamos, pero a cuya imagen y semejanza nos crucificaron.

Indios: hay que esculpir estas columnas salomónicas.

Nosotros tallábamos el viento retorcido en el remolino, con el mis-

mo diablo brincando adentro.

Indios: a tallar estos mascarones.

Nosotros esculpíamos la sonrisa burlona del sol para chantar a nuestro dios en todas las fachadas.

Veán, señores turistas, la imaginería quiteña. ¿Caspicara? ¿Pampite? ¿Sangurima?

Los tres son indios.

El dolor de los cristos de Caspicara y Sangurima es dolor indio en una sola llaga de costado.

Tallaron esos cristos con el modelo de su propia alma en viernes-santo-de-por-vida, reflejándose en bulto, crucificándose en su hechura.

Nosotros, los indios, en la América Monumental. Desde Machu-Picchu y Tikal, Ingapirca y Teotihuacán, hasta San Francisco de Quito y el edificio Cofiec.

Nosotros, los indios, “ángeles de andamio” y “velorio de albañil”.

Y nuevamente la epopeya. Esa vez fue la guerra por la independencia. Eugenio de Santa Cruz nos había dejado su espejo. Entonces ya combatió nuestra sangre retoñada.

Pero también yo, indio enterizo, con lanzas y ondas de nueva hechura, por segunda vez contra los españoles. Yo me alisté en el batallón de peones de las haciendas del marqués Manuel Matheu y Herrera y del criollo José Guillermo Valdivieso. Luché y morí en Mocha.

Y otra vez, en 1820, cargando pertrechos, arrastrando cañones.

Pero después de Pichincha, de saber escribir, mis manos hubieran sido las escribidoras en las paredes de Quito:

*“Último día de despotismo y el primero de lo mismo”.*

Los españoles se llamaron entonces grancolombianos y luego ecuatorianos; los encomenderos, hacendados; los granaderos del rey, chapas y milicos.

Yo, esclavo con el nombre de mitayo en la colonia.

Yo, el mismo esclavo con el nombre de yanapero, arrimado, capari-che, huasipunguero, en la república. Y Conmigo, mi mujer, mis hijos.

“Algo peor que la caza o trata de negros en África es el concertaje: es la degradación sistemática de una porción inmensa de hermanos nuestros, con noso-

tros nacidos y consagrados a nuestro bien; es la condenación legal de toda una raza al embrutecimiento; y por la frialdad misma con que se la ejecuta, el concertaje es el más alevoso de los asesinatos, el del alma de un infeliz”.

(Abelardo Moncayo)

Y como el mundo da las vueltas, he llegado a ser chapa y soldado. Y después que me pasaron el guango a la corbata, después que me amaestran “a la derechuta, runa; a la izquierduta, rutushca, maricón de mierda, aquí te vas a hacer hombre, levántate hijue, corre carajo, diez vueltas la pista, plantón toda la noche”, y cuando ya me encaramaron sobre un caballo y me dieron sable y fusil y bayoneta y bombas lacrimógenas, salí desesperado a desquitarme de tanto maltrato, de tanta patiadura. A desquitarme con álguienes, con quienquiera. Y disparé a matar contra quishpes, perugachis, anaguanos que hacen quedar mal con cerdas tan, con culiverdes tan, con tufo de indio tan. Disparé a matar en huelgas, levantamientos, manifestaciones.

Decretos del Libertador, leyes compadecidas: bocados de polillas.

Leyes y reformas a esas leyes, la misma leguleyada que en la colonia: la igualdad ante la ley. Los indios –dicen esas leyes–, son iguales a los blancos. También en la colonia los indios no fuimos esclavos legalmente. Eramos tan vasallos como cualquier español. Pero a la intemperie, fuimos esclavos de esclavos.

Alguna vez, un presidente tragahostias, pero fusilador; cargador de la cruz en las procesiones, pero patibulario; consagrador del Corazón de Jesús, pero corazón de Lucifer, me quiso dar escuela. Mas, con su tema de hacer todo, hasta el bien, garciamorenamente, ordenó el requisamiento de longos otavaleños para “la letra con sangre entra”. Los taitas tuvieron que morir en un levantamiento defendiendo a sus hijos.

Un día, el viento paramero trajo una noticia: Indio-Alfaro viene desde abajo en revolución.

¿Será el salvador de los indios del que habla nuestra leyenda cuchi-chiada, sexo a sexo, tarde de la noche?

Amos-hacendados-católicos-apostólicos-romanos, enemigos del hereje indio-Alfaro eran. Católicos oían misa, confesaban, comulgaban, daban golpes de pecho, se quedaban con los brazos en cruz, viraban los

ojos, pero a peones ca peor que a animales trataban, valiendo cada rutush-ca menos que una vaca, que un borrego, que un perro.

Taita-curas, desde púlpito bramaban: Indio-Alfaro es hijo de Satanás, aborto del infierno, fenómeno con tres cabezas y rabo de diablo, hambriento de carne de guaguas, que por donde pasa va dejando un olor azufrado. Y un alemán, Schumaker, obispo de Portoviejo, desde el púlpito: “Matad liberales. Yo os absuelvo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

Qué miedo indio-Alfaro. Cómo mismo será indio-Alfaro.

Pero pensando bien, si hacendados están contrél, si taita-curas hablan mal dél, nu-ha-de-ser malo indio-Alfaro.

Otro día, indio-Alfaro ya estaba por Chimborazo.

Vamos chapar indio-Alfaro.

Miedo miedo cabecillas de Colta, de Sicalpa, de Cajabamba fuimos curiosiar.

Encontramos en Gatazo, una mañana tricolor.

Había sido amo indio-Alfaro.

Aquí viniendo.

Apenas dimos buenos días, nos dio nomás grados de militares: Ud., General Sáenz; Ud., Coronel Guamán. Trató nomás de usté a pobres runas.

Nosotros dijimos: Bueno, vamos peliar por nosotros mismos. Cuando ganemos, nos darás papel que diga que somos indios libres.

Bueno dijo y palmió nuestros ponchos.

¡Viva amo indio-Alfaro!

Peliamos en Gatazo. Morimos algunos.

Pero ganó amo indio-Alfaro y sizo Presidente. Y cumplió palabra, para qué tan.

Dejé de ser indio concierto, pero seguí siendo huasipunguero.

Arzobispo González Suárez, dioslepague, sí defendió, sí mezquinó de taita-curas abusivos, arrechos, lambidos desde siempre mesmo.

Habló contra costumbres de pongo y de servicia. Hizo de prohibir que nuestras novias quedaran en depósito en convento porque en vez de doctrinarles taita-curas les hacían la fusilica.

Hizo de prohibir priestazgos. “El pan que comiereis con la explotación, a los indios os sabrá amargo” –dijo y maldijo.

Pero no hicieron caso. Siguieron los abusos, las pasadas de cargo, los juegos de corpus, los responsos, el santo tal, la virgencita cual.

Y así hemos llegado a 1979.

Ya no somos huasipungueros. Ahora somos indios libres. Libres para andar buscando trabajo que no quieren dar. Tenemos la libertad de morirnos de hambre.

¿Y ahura?

Ahura nada pes.

De los siete millones de habitantes de este país, república democrática en la mitad del mundo que dicen, dos millones somos indios-vegetales.

Decimos que vivimos tan solamente porque todavía nos mascamos en nuestros piojos.

Porque todavía respiramos a través de tranca de cotos enracimados.

Porque nos sentimos comidos por tripas. Y nos duele lo que patean, lo que arrastran a cárcel, lo que hijeputean.

Vivos porque todavía nosotros regresamos de pantión, después de enterrar a nuestros muertos, angelitos-guaguas, huesito y pellejo antes mesmo de romper el habla, sin plata para curar, solo con hierbitas de brujo.

Guaraperos sin faltar un día, recogidos de cuneta después del último gruñido.

Upas, colgados en un reír lelo, porque no saben si babean en esta o en lotra, y que un día anohecen en lotra.

Hambriados, viviendo siempre en la víspera, hasta aliviarnos el propio día.

Y cientos y miles de víctimas destripadas en los levantamientos de Cusín, Pilchibuela, Pesillo, Cayambe, Colta, Sicalpa, Aztra y en cien geografías de la muerte.

Deben pedir ayuda, ustedes son pobres. Son indios que por propia cuenta, sin ayuda de nadie y mejor luchando contra la resistencia e incomprensión de los llamados blancos están superándose. Tienen derecho. Hay un instituto de ayuda a los estudiantes. Vayan a pedir una beca. Ahí están de directores dos poetas. Bonito escriben. Hablan bonito. Bronce dolorido dicen. Justicia social escriben. Fuimos. Diosolopay, sí atendieron. De diez becas que ofrecieron para indios que estudiamos en colegio nocturno de Imbaquí, tres dieron. Pero reglamento es reglamento. A ver, libreta mi-

litar. No tenemos. Deben tener. Debieron haber hecho el servicio militar obligatorio. La patria ante todo y sobre todo. ¿Qué será dihaber? Ustedes son remisos, ¿no? Tres mil sucres vale la libreta militar. Nos vimos las caras los tres desgraciados que aspirábamos a ser agraciados con las becas. Díónde pes. Fuimos a fiar. Con lo de la bequita mismo mos de pagar. Aquí está libreta militar. Bueno. A ver cédula de identidad. Pero. Sin eso imposible seguir el trámite. Y, ¿dónde será? Necesitan la partida de nacimiento, guambritos, y cien sucres por cada rutushca. Fuimos a abrir otra deuda. Con lo de la bequita mismo mos de pagar. Tras tantos vuelva-mañana, aquí está cédula de identidad. Bueno. A ver, cédula tributaria. Cédula ¿qué? Pero es que. ¿No dicen que trabajan tejiendo de día y estudian por la noche? Entonces debían declarar las ganancias para el impuesto a la renta. Y eso, ¿dónde? Averiguando averiguando, dimos con la cola. Cuando llegamos a la ventanilla Sí, aquí es. Deben llenar estos formularios. ¿Quién podrá hacer de ayudar? Eso es cosa de Uds. y como están fuera del plazo para hacer la declaración del impuesto a la renta, tendrán que pagar intereses y multa. Nueva deuda. Con lo de la bequita mismo mos de pagar. Al fin, aquí está la cédula trinitaria. Bueno. A ver, el récord policial. Por vida suya. No sé, pero sin ese requisito imposible seguir el trámite. Fuimos de oficina en oficina. Pero bueno, aquí está el récord poli. Bueno. A ver, la matrícula del colegio en que estudian y la libreta de calificaciones. Deben tener un promedio mínimo de dieciséis en todas las materias y en conducta. ¿Y este diez en matemáticas? Es que el profesor es muy jodido sumercé. Bueno. A ver el garante. Uno por cada uno. Pero a nosotros pobres quién nos va a garan. No sé, guambritos. El reglamento en su artículo tal, inciso cual así lo exige. El garante, en el caso de que pierdan el año, tendrá que devolver todo lo que hubieren percibido por concepto de la beca, más el diez por ciento de intereses.

¿Y qué pasó?

Nada pes. Cada uno de nosotros nos hemos endeudado como en cuatro mil sucres y nos dieron la beca de trescientos sucres mensuales. Pero en nombre, porque de eso ya son siete meses y no hemos recibido ni un centavo. Pero, ¿por qué no van a. Si fuimos a Quito. De Quito nos mandaron a la Villa. Aquí no sabemos nada, nos dijeron. Los que nos hicieron de prestar están cobrando el capital y los intereses. Más mejores vamos a

renunciar a la beca, no sea que con tantas faltas por andar en estas diligencias nos vayamos a cargar el año. Entonces juera garante.

“HOMENAJE AL PAPA POR ANIVERSARIO DE SU PONTIFICADO.– El Presidente del Consejo de Gobierno Militar aparece en momentos en que leía el discurso durante el banquete ofrecido en homenaje a su Santidad el Papa, quien conmemoró el día de ayer un aniversario más de su pontificado. En la gráfica aparecen el Nuncio Apostólico, los otros Miembros del Consejo de Gobierno Militar y varios Miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante nuestro Gobierno”. (“EL TIEMPO”. Quito-Ecuador, 1o. de julio de 1978).

En la misa de ese domingo, en todos los templos de Quito, unas devotas hediendo a olor de santidad pedían limosna a los feligreses. También les metieron en los ojos la fuente colmada de billetes a los ciegos, tullidos, lelos, pasadosdefrío, que en la puerta de los templos le habían estado haciendo contrapeso al pobrecito del Papa: Ve rutushca, da una limosna para el Santísimo Padre, por su santo, mamítico, en pobreza vive.

“Nueva York 19.–(ANSA).–En un estudio presentado en la sesión especial de la asamblea general de la ONU sobre el desarme y convertido en documento oficial de las Naciones Unidas, consta el dato de que equipar, adiestrar y mantener un soldado implica un gasto 80 veces mayor del necesario para instruir a un niño. Los gastos militares del mundo en 12 días equivalen a los gastos necesarios para alimentar, asistir sanitariamente, educar, dar vivienda y servicios a mil millones de personas entre los habitantes pobres de la tierra.” (EL COMERCIO. –Quito, Ecuador, 20 de junio de 1978).

Que cuándo se inició la diáspora? Nadie sabe con precisión. Lo cierto es que de un tiempo acá, los indios de Quinchibuela comenzaron a ponerse al hombro unas chalinas y cogían el camino y se iban. Por aquí es más derecho. Se los comenzó a encontrar en todas las ciudades del país, aun en las más distantes, unos asentados ya con sus telares, otros sentados a la entrada de los hoteles, junto a sus quipes que se abrían en colores de los más variados tejidos. Hasta que pasándose más allá de la romería al santuario de Las Lajas, se les dio por adentrarse en el país del norte. Con lo bien que les había ido en el primer viaje, regresaban a sus casas, desarmaban los telares, hacían con ellos un atado y se acababan de ir. Allá se sentían otros. La diferencia en el trato de parte de los paisas y sobre todo de las paisas, los sorprendía halagadoramente.

Ala, ¿cómo se llaman estos cosos?

Chalenas, neña.

Ah ya, chalinas. ¿Y qué valen?

Docientos pesos nomás, neña.

¿Nada menos? ¿No me hace usted un rebaja, señor?

Regresó a ver a quien la niña trataba de “usted” y “señor” y al no encontrar a nadie detrás, Ha sido a mí, a mí ha sido que me está tratando de usté y señor. Lo que en nuestra tierra ca, ve runa vos nomás, y se le llenó el pecho de gratitud:

Sí, neña, cómo no para ustecita ciento ochenta, no no, ciento cincuenta pesitos nomás.

Iban de sorpresa en sorpresa y de ciudad en ciudad, cada vez más lejos. Unos llegaron hasta la capital colombiana y allí se quedaron en semejante lejura. Otros habían avanzado a Venezuela, aguantándose como jaris el dulce llamado de la “llacta” que se hacía más pena cuando las flautas indias, llevadas bajo los ponchos como contrabando sentimental, eran besadas hasta la queja, en las noches hurañas de la posada. Pero cuando de-

cidían volver, volvían para las fiestas de San Juan. Las longas estudiantes comentaban durante el recreo:

Ha vuelto el Facundo. ¿Le han visto?

Futre futre ha venido.

Con pantalón blanco de poliéster en vez del calzoncillo de lienzo.

Pinganilla está.

Y cerrado. Como paisa nomás está hablando.

Dicen que ha traído harta plata.

Se ha hecho poner dientes dioro tan.

¿Volverá con la Lina?

Qué será, con tantos años de estar lejos.

Pero a ella ca con otro se le ha visto andar.

Volvían a deslumbrar a los que se habían quedado en Quinchibuela. A rumiar los recuerdos de las noches sobre-saltadas con unas malas muy buenas. Y no tenían ellos la culpa porque allá las hembras le buscan a uno, avemaría. Hacían la buena llegada bebiendo whisky, bailando cumbias. Y piropeando a las longas, avemaría. Pero los que no salieron no se habían quedado atrás. Había centenas de escolares, decenas de colegiales y universitarios. Algunos y algunas ya se habían graduado de licenciados, de profesores, de trabajadoras sociales.

Y olle tú, María, ¿estudias?

Claro pes.

Olle tú, ¿en qué curso?

En quinto.

Epa.

Me falta un añote todavía.

¿Aquí, en el colegio de Quinchibuela? No, en el de Imbaquí.

Llegando me he desayunado que ya tenemos colegio en Quinchibuela. Chévere.

Sí, y el rector es un natural, el doctor Andrés Tupatauchi.

Así sé que ya tenemos un doctor natural. ¿Y qué tal? Dicen que bien. Solo los mestizos de los profesores y empleados no dezque están conformes.

Claro, qué van a querer ellos estar mandados por un natural.

Pero el doctor ha hecho buenas cosas.

Sé que ha organizado una cooperativa el man.

Sí, la cooperativa de tejedores “Quinchibuela”.

Y que se han comprado la fábrica “La Alhaja”.

Sí, mi papi es uno de los que manda en la fábrica.

Los indios puercos, qué le parece amamía, de dueños de la fábrica, no dezque están pes mandando sacando a los obreros blancos?

¿Y qué pretextando pes?

Porque quieren tener solo runas como obreros. ¿Ha dihaber paciencia aligual?

Al mío ya lihan dado el aviso de despido. Estoy hecha una noche amamía.

Me muero, no le falta razón, vecinita. En este tiempo y sin trabajo, grave cosa.

Si les viera a los roscas, bonita, mandando y ordenando como a criados a los blancos. El rutushca del gerente, un diablo.

El ha de ser pes que solo en carro se le ve andar con otros rocotos como él.

Sí, son los dueños, los dirigentes de la cooperativa.

A los tiempos que hemos llegado bonita.

¿Siacuerda cuando los dueños eran esos españoles? Como dice mi marido, multaban, hasta patiabán tan, pero eran patrones. Ahura mirados mal, hasta carajados por los roscas. Solo la pobreza liha hecho aguantarse a mi pobre marido.

Y cómo así sihan hecho pes de la fábrica los verdugos.

No se sabe cómo mismo es la cosa. Unos dicen que el gobierno les ha regalado, otros conversan que compraron en una puchuela.

Y qué mismo será cierto.

Como la Caja del Seguro hizo de rematar la fábrica porque los dueños anteriores dezque no pagaban los aportes y pasó cerrada por más de dos años, dicen que los indios de Quinchibuela fueron y propusieron la compra, y que para eso se valieron de la Mila.

No sé no sé, pero dicen pes que hay algo entre la longa esa y el dictador.

Así dicen amamía. Imagínese llegar a esas alturas la longa posmona. Por ahí ha de ser la cosa.

Y ahura vea usted, los roscas de dueños y patrones y mandando a los blancos.

Y pobretes por aquí y pobretes por allá, qué cólera que nos anden así pobretiando.

Como que quiere llover. La india, con los ojos asimismo lloviznosos

–hasta el día me acompaña–, mira hacia el cerro.

*“Nublado el Imbabura, la lluvia está segura”.*

A poco, solo se oía el bisbiseo de la lluvia en las hojas.

Iba a ser un año que se le había ido el marido a Europa. Fue como en esta época, apenas pasadas las cosechas. Propiamente, fue la cooperativa la que le mandó a buscar nuevos mercados para los tejidos de Quinchibuela. El gerente regresó, pero su Juancho y otro de los tejedores se habían quedado en España sacando brillo a sus telares. Debía irles bien porque ni señas daban de volver y mejor mandaban a pedir más y más fardos de los afamados tejidos hechos a mano. Pero si bien todos los de la cooperativa habían salido ganando, ella había salido perdiendo a su marido. Y las malas lenguas y las malas voluntades.

Dicen por ahí que el Juancho se ha conseguido otra, española y guapa. Bienhecho, bienhechito, la india ya no pisaba en el suelo.

Dicen que ella se gasta dinerales en teléfono. Que como enamorada le llama por lo menos cada quincena.

Sí pes –le oían contar al mensajero de los teléfonos–, la india paga por cada llamada más que mi sueldo enterito.

Tener plata será pes.

Qué le parece. Los indios de Quinchibuela tienen hasta para botar en llamadas telefónicas, y nosotros, viéndonos y desiéndonos.

Otro de los indios tejedores ha llegado hasta el Japón.

Al Japón dice vecinito?

Como mioye, vecinita.

Y eso, ¿ónde?

Al otro lado del mundo pes, y desde ahí llamó por teléfono para pedir que le manden por avión otra remesa de tejidos.

Los roscas, como irse de paseo a la laguna vuelan a Estados Unidos, a Europa.

Se dan la vuelta al mundo, diga vecina.

Estos rocotos sí han levantado como espuma.

Y en esos países, cómo se arreglarán con la lengua.

Nada pes, ellos han estudiado y hablan el inglés a la perfección, no crea.

Entonces saben tres idiomas.

Sí pues: quichua y castellano que crecen hablando, y el inglés que

aprenden. Y en inglés nomás se les oye atender a los compradores gringos en la feria.

Y les entienden todito, porque hasta conversan y chanean con los gringos.

Y cuando vuelven, hay que ver lo que se traen.

Ah, ¿sí?

Primores: si aparatos de televisión, los de colores; si radiolas y grabadoras, las más finas: si aparatos domésticos, los más caros.

No me diga.

Así nomás son las cosas con estos indios de Quinchibuela.

Los blancos devaluados a mestizos y abaratillados no podían disimular la amargura: Bien dicen que estos rutushcas de Quinchibuela ya han hecho reservaciones para el primer viaje espacial.

Qué le parece comadrita el rosca de nuestro vecino.

Ay calle calle comadrita. Nos ha caído encima una desgracia.

Y como ahura ellos son los de la plata, pueden hacer lo que les viene en gana.

Pero la culpa es del vecino Antuco. Cómo nos ha dihaber pes semejante daño.

Dicen que el rosca liha pagado lo que liha pedido, y uno sobre otro.

En el club, entre dados, barajas y humo de tabaco, le bromearon a uno de los blancos afectados, pelmeándole la espalda:

Felicitaciones por tu nuevo vecino.

Calla, calla, carajo. No mihagas ni acordar. Nos jodió el rocoto. Nos malió el barrio.

Pero pese a la cara de olemierda de los blancos, al primer indio le siguió un segundo y luego una verdadera invasión de batracios que reeditaban la proliferación de la escoba del aprendiz de brujo.

Si Imbaquí ya es solo una población de indios.

Si los verdugos ya nos van a mandar sacando a nosotros.

Es de verles cómo compran los lotes mejor situados, en las calles principales, en lo que les pidan.

Y cómo han jodido los barrios. San Esteban ya es una sucursal de Quinchibuela, pura casa de indios.

Da no sé qué verles llegar verdinegros, verdesiques, verdeluises.

Y qué casas las que se manejan, con almacenes a la calle donde venden y venden desde la madrugada hasta la noche –eso sí, se sacan la madre trabajando–, con garajes para guardar sus carros, no uno nomás, sino automóvil y camioneta, con balcones a la calle.

Y las comadres quitándose la palabra de la boca:

Es de verles a las longas posmonas balconiándose.

Y esa runfla de longos güilli-güillis vestidos mitad indios mitad blancos que carcolean en aceras, patios, zaguanes.

Cómo cotorrean pasándose del quichua al castellano, todo el santo día. Y los radios y las radiolas a todo volumen.

Con los mismos cachullapis que repiten hasta la desesperación.

Si nuestro barrio más parece una chichería.

Ya no aguantamos más.

Nos van a volver locos los roscas.

Las amas de casa, cogiéndose la cabeza a dos manos, reprendían a los bullangueros:

Upallay longos de mierda.

Ya no se puede con esta plaga.

Los longos de mierda paraban en seco sus correrías y sorbiendo los mocos y espiándolas con los ojos de mortiño en aguacero, no entendían a las enojadas. Después de un rato, seguían venadeando.

Casi al reventar, los blancos narifruncidos terminaban vendiendo las casas devaluadas y exiliándose en la capital. Vamos a morir en tierra civilizada. Los que se quedaban, cerraban puertas y ventanas para no verlos ni sentirlos, se negaban a contestar el saludo de buenos días señora, buenas tardes señor, esperando el saludo indio. Vivían las señoras como con cumbleta a la vista, sintiendo que los rocotos les refregaban en las narices sus comodidades, casa amoblada a todo dar, cocina de quérex en vez de la tulpa de tres piedras, cujas de metal dorado en lugar de los camastros. (Pero el indio es indio, en el suelo dezque duermen los roscas). Con refrigeradora, con vajilla de aluminio y porcelana que reemplaza a la de barro y palo. Y con cocinera blanca. Qué pena, será por la necesidad, la pobre.

El hecho era ciertamente como para alarmar. El mundo entero se había quedado perplejo ante tal acontecimiento, deslumbrante triunfo de la técnica.

Lo malo estaba en que eso era cosa de Rusia.

Y Rusia era un país de comunistas.

Y los comunistas eran unos forajidos sin Dios ni ley.

Y claro que era un infernal desafío al cielo.

Y uno de los contertulios estaba de acuerdo con Ud., señor cura, porque eso debe ser únicamente atributo de Dios.

Los testigos de Jehová y los ba-hai andaban predicando que era imposible, que en los libros sagrados estaba que el hombre lo intentará, pero que todos sus esfuerzos estarán condenados irremediabilmente al fracaso.

Así se les ha oído. Pero esto, digan lo que digan los libros sagrados, es un hecho real.

Dicen que ha salido en los periódicos que hoy, a las diez y diecisiete minutos de la mañana –eso sí no sé cómo sabrán con tanta precisión–, estará pasando por encima de nosotros y que se lo podrá ver a simple vista.

Y también están transmitiendo todas las radios.

El apelonamiento de gentes en calles y plazas de Imbaquí se debia a ese anuncio. Los comentarios eran cada vez más temerosos.

Por culpa de eso ha de ser la sequía.

Dicen que va a producir temblores y terremotos.

Avemaría santísima.

Pero proponerse semejante cosa.

Bien dicen que estamos cerca del día del juicio final. En medio de ese aire temblón, alguien gritó:

¡Elé elé, ahí está! –y señalaba con todo el brazo hacia el lado suro-

riental del firmamento.

Ónde ónde.

Los ojos de todos escarbaban un cielo, por suerte, más o menos desconchado.

Sí sí, ahí está.

Brillaba como un lucero, pero a diferencia de los otros salidos de la mano de Dios, este se movía lentamente por el lado oriental, de sur a norte. Perdido el miedo, el espectáculo produjo en todos un infantil regocijo. Lo siguieron con la vista hasta que desapareció detrás de unas nubes. Quedaron en calles y plazas grupos de comentadores.

Vay, antes no pasó nada.

Un lucero nomás ha sido.

Y cómo brillaba.

En uno de esos grupos, desde luego honrándolo, estaban dos viejas que por andar choleando a todo el mundo se habían quedado para vestir santos. Habían dejado por un momento sus perros, sus chismes, sus macetas, sus jaculatorias y se habían dignado mezclarse con la chusma y así escuchaban, en un silencio de suficiencia, las preguntas de los demás:

¿Qué será?

¿Cómo será?

¿De qué será?

El satélite se llama Sputnik.

Está tripulado por un ruso llamado Yuri Gagarin.

Este es el primer astronauta del mundo en este primer viaje espacial del hombre.

La gente interesada en los datos que daba el joven indio le rodeó y él, alentado por la atención con que le escuchaban, siguió dando otros por menores:

El Sputnik está en órbita a tantos kilómetros de la Tierra.

La órbita es elíptica y el perigeo es así y el apogeo es asado.

Se demora algo más de dos horas en dar una vuelta entera a la Tierra.

Las dos viejas, tan culiguardosas, tan almidonadas, con los pelos en una blancura desparramada, al oír en boca de un indio tanta palabra difícil que ellas, con ser quienes eran, nada entendían, comenzaron a sentirse mal

porque creyeron que su buena sangre había sido humillada, y a duras penas se aguantaron para más después:

Ah no no, eso era intolerable. Qué se habrá imaginado el rocoto, hecho el expresado, que él nos iba a venir con explicaciones científicas a nosotras, a nosotras Iturralde del Castillo y Larreta. Eso era un atrevimiento, una insolencia del rutushca. A dónde hemos venido a parar, qué te parece, Rosa Emilia.

Pero las dos estantiguas, con su ignorancia cogida a las descuidadas, no pudieron aguantarse mismo su nobilísima indignación y primero poniendo cara de vinagre y luego abriéndose campo para hacer mayormente efectivo el bandazo de sus narices en ristre, le recorrieron con ojos al sesgo, de alpargates a guango, hasta que una de ellas le gargajeó:

Ay callá INTRUIDO.

El estudiante se calló. Pero la sonrisa con que las envolvió fue sentida por ellas como una humillación más.

Los del grupo se dispersaron, algunos ante la incomodidad de la grosería y los más encogidos conteniendo con la mano una sonrisita mojjigata.

Cuando le contaron al doctor Andrés Tupatauchi, dicen que se cerró en una cara amarga. (No nos van a perdonar nunca nuestro mejoramiento en rama. Mestizos, mishos mestizos. Para ellos, el indio, siempre de los siempres, seguirá siendo el mismo indioemierda, haga lo que haga, llegue a ser lo que llegue a ser, licenciado, rector, jabón-de-reuter, pintor, flautista, monja-viuda-soltera-casada, siempre ha de ser el mismo verde-luís, el mismo guazayamín. Llega un indio a la sinfónica con su flauta bien sabida y en ella logra que se queje su pajonal, pero para el mestizo no será nunca un artista porque seguirá siendo un-indio-hijo-de-una-gran-flauta. No hay cómo con los mestizos).

**D**e regreso a Quinchibuela, luego del fin de semana con Karen, llevo a las vueltas de Otón. Sí, ahí están, tal como decía el periódico. Longuitos como terrones de cangagua desmoronados talud abajo. Ahí están pordiosando de rodillas enfilados a lo largo de la carretera, las manos juntas, en un solo llorido de perritos guaguas. Al paso de los carros conejean, asimismo tierrosos, confundiendo con el gris del pavimento, recogiendo lo que les tiran. Nariciando nariciando el aire, habrán dado con que ya estaba cerca la navidad y han bajado de los montes, junto con los olores de musgos y huaicundos. No puedo más, y paro mi camioneta apatronada cerca de uno de los grupos. Al darse cuenta, los pobrecitos se levantan para correr, pero se quedan, como animalitos en espanto, temblándoles los ijares, con todos los sentidos en alerta. De rato en rato, hacen amagos de salir disparados, pero se aguantan, corriendo todos los peligros, con la esperanza de mi limosna. Me nace verles de cerca y abro la puerta y salgo de la camioneta. Entonces, pegan la carrera, lomarrriba. Uno va perrirrenguiando. Los más chiquitos no atinan a correr ni siquiera tirados por las menos ñarras y van dejando un reguero de llanto desesperado. Me quedo donde estoy. Alguno que corría regresando a ver les habrá dicho algo tranquilizador porque sin dejar de correr vuelven la cabeza y poco a poco se paran y se ponen en aguaita. Se deben estar haciendo un ñudo, porque han de encontrar que no corresponden mi guango y el poncho al carro que me han visto llegar manejando: Un tío croques. Abriéndose de par en par las mechas de la frente, me comen con los ojos. Solo les vuelve el alma al cuerpo cuando oyen que les hablo su propio quichua. Entonces la maltonita de unos ocho años les dice *Shuyay* (Esperen), y todos se quedan donde les deja el miedo, listos a huir al menor asomo de peligro. Mis palabras amansadoras algo les aquietan porque amontonándose esperan

sin quitarme los ojos de encima hasta que llego cerca. Nunca olvidaré sus cuerpiitos entisicados, empipados de bichos, sus caritas desconocidas, apenas asomadas debajo de la mugre. Se vuelven todo-ojos, brillantes de un espanto negro. Claro, ante la denuncia de periódico de “tan triste espectáculo”, algún patrullero habrá llegado con la amenaza de llevar presos a los longos de mierda que estaban haciendo quedar tan mal al país, qué iban a decir los turistas extranjeros. Como si ya no hubieran tomado fotos de tullidos ciegos mancos cojos guaguas viejos indios mestizos en muestreo de llagas postemas tajos muñones monstruosidades en aceras pretilas portales de las ciudades de este país petrolero, miembro, ¡porquería!, de la OPEP. Y aquí, en mi delante, estos gemidos pedigüeños:

Darís navidad.

A mí tan.

Para mi hermanito tan.

Para este chilinguito tan.

Ante esta hambre que les sale por los ojos, ante esta mugre temblorosa, ante esta trapería tan vieja malcubriendo esos cuerpos tan tiernos, de qué valen mis palabras de condoliente biencomido, porque lo que siento son ganas de sentarme a llorar con ellos o levantar a los pobres, a los hambrientos, a todos los indios del mundo para protestar y caer diunhecha abaliados.

“Bucarest, 19 (ANSA).—Los gastos militares mundiales llegaron en 1977 a 1.100 millones de dólares diarios”. (Traduccidos a sueres, el mundo gasta diariamente en armamento más que el presupuesto del Ecuador para todo un año).

“París, 23 (ANSA).—Un avión de caza a reacción cuesta 20 millones de dólares, suma con la cual podría abastecerse de medicinas a 40.000 farmacias rurales; con el costo de un cazatorpedero (100 millones de dólares) podrían ser electrificadas 13 grandes ciudades y 19 zonas rurales con una población aproximada de 9 millones de habitantes; con el costo de un tanque (medio millón de dólares) podrían ser instaladas 520 aulas escolares para el nivel primario con 30 alumnos cada una. Tan solo la construcción de un submarino Triden equivale a la edificación de 240 hospitales de cinco millones de dólares cada uno”.

(“EL COMERCIO”, junio de 1978, Quito, Ecuador.)

Tal vez el jatun-yáchag de Camuendo, el ciego que cada mañana conversa con el Inti-yaya y que es con él de tú y vos. Sí, él, que por tener los ojos de canica no los gasta en ver lo que nosotros vemos. ¿Acaso no anunció él, brujamente, el hundimiento del bote? Le había sentido con hambre al auquicocha que vive en las profundidades de la laguna. Él, sin ojos, se había dado cuenta del ventarrón y el oliaje que levantaba y de las crestas de espuma con que el monstruo bostezaba, muestras claritas de su antojo de carne humana. Y ese mismo día ocurrió la desgracia. Era un primero de mayo. En la mañana, celebrando la fiesta universal, había llegado al muelle un grupo de obreros de una fábrica textil. Disfrutaban felices porque siquiera en esa fecha estaban libres de la máquina que les resultaba al mismo tiempo que el pan, el dogal de cada día. Se embarcaron y cuando estaban en media laguna, sin saber porqué, el bote se viró. Quince se comió el auquicocha. Por no saber oír. El ciego había dicho esa misma mañana: No vayan a bañar a laguna, no vayan a pescar, han de morir. Sí, el jatun-yáchag de Camuendo me puede ayudar, porque así como ha sabido mantener la dignidad de sacerdote del Inti-yaya, algo también le ha de haber quedado del adivino, a quien consultaba el mismo inca-emperador, antes de las grandes decisiones. Y ya que de nada me ha servido todo lo que he logrado aprender en los libros, he de volver a las abusiones de mis abuelos.

Tuve que hablarle a gritos pero ni así pude hacerme oír porque también estaba al otro lado de sus orejas. La hija que le ayudó a salir hasta el patio para que me atienda, al ver mis apuros, se puso en mi lugar y comenzó a hablarle al oído más que con palabras quichuas con unos suaves apretones en la muñeca que debían sonarle al viejo como golpes de un lejano tunduli: Taitico, Quinchibuelamanta tío queriendo averiguar si taita Atahualpa inca es su tronco. Debió haberle entendido el viejo porque se vol-

198 | vió a su hija con una cara de susto y le preguntó ¿Atabalipa-taita? La hija le dijo que sí, *Ari taitico*. El ciego devolvió lo entendido palabra por palabra para asegurarse. La hija le repitió *Ari*, sí, con un nuevo apretón. Entonces en la cara del viejo, carcomida por las aguas lluvias de tantos inviernos, vi clarito la respuesta. No sabía qué hacer. Dejó que la cabeza se le fuera hacia el suelo y así doblado dijo su disculpa: *Na ushapashachu* (No se ha de poder). La hija, viendo mi desesperación, me ayudó con palabras y apretones: Decí nomás taitico que bueno, sí has de poder. El viejo se quedó sentado sobre un silencio largo en el que debió haber regresado hasta muy atrás, atando cabos, escarbando recuerdos, hasta ver si algo le decía el nombre de nuestro Atahualpa. Yo esperaba la respuesta como lo último. Removiéndose, como llegando de lejos, se dejó entender: Bueno, debe ser un viernes, viernes de conjunción. Respiré aliviado y le grité mi diosolopay, taitico, mientras busqué su mano que tantiando se encontró con la mía. Arreglé todo con la hija. Ella, ya con la platita en la mano, me alentó, quizá sin entender lo difícil de lo que yo averiguaba, Sí ha de poder taitico, robos tan hace nomás de encontrar, más que Santo San Pablo tan es bueno para hacer de llover, sí ha de poder taitico. Al despedirme agradeciendo a todos, vi que el viejo se quedó hundido en un grave compromiso.

Para el viernes de conjunción faltaban dos semanas. En los primeros días me levantaba a la madrugada a espiar el lento gastarse de la luna. Fueron dos semanas de preguntarme: ¿Podrá el viejo? Los poderes de jatun-yáchag, ¿llegarán tan lejos? Y sin embargo, él era tu último chance, Andrés Tupatauchi.

Dos semanas era muy larga espera. Debía seguir alguna otra pista para adelantar en algo la averiguación, no iba a quedarme mano sobre mano. Estaba así, cuando de golpe me acordé de la noticia que había traído al colegio un alumno de la Rinconada. Un peón de la hacienda buscando toros cimarrones, había llegado hasta muy cerca de la punta del Cusín y ahí había visto al mismo demonio pintado en una *jatun jaca* (enorme roca). El susto le había hecho decir *Caraju*, pero en seguidita, del miedo se había santiguado: Santudiós, santujuerte, saltomortal. Y no se acordaba más. Lo cierto es que le vieron bajar corriendo hacia su choza como indio que lleva el diablo y caer con las justas en medio patio, sin habla. Al día siguien-

te, todavía con los ojos pelados por el susto, solo sabía repetir que vio al diablo y que le hizo señas desde la piedra donde estaba pintado. Esto era lo que contó el alumno. Había que ver de qué se trataba. Subiría con los del comité “Rigcharishun”. Antes averiguamos entre los alumnos quiénes conocían ese lugar. Uno aseguró, Sí, mi taitico tan ha visto al ir a limpiar la cequia que baja del cerro. Conseguimos los guías, quedamos en ascender un domingo. Tomamos el camino de Agato en un amanecer ya trinado. Yo echaba ojo al pedazo de luna que caminaba delante delante de nosotros y que tanto demoraba en consumirse. Nuestras voces sonaban de otro modo en ese como túnel de la fría madrugada por donde íbamos. Cuando nos callábamos, en el silencio se oía, adelantado al bulto, el bungeo de las voces de otros naturales madrugadores con quienes al encontrarnos saludábamos. Al pasar por el Chilcal, ya alcanzamos a ver abajo la laguna. Junto a las chicherías que daban al camino, íbamos despertando los gruñidos de los que se habían pasado la noche donde les tumbó la borrachera. Estábamos ya por Camuendo cuando alguno recordó, Por aquí es la casa del jatun-yáchag. ¿Siacuerdan? Sí, hay que ir por este callejón. Y vos, Andrés Tupatauchi, calladito. Nadie debía saber que después de cabalmente once días estarías maquinando con el viejo. Nadie. Comenzarían a sospechar de tu buen juicio, a dudar de tu sabiduría, lloverían las conjeturas sobre vos, te caerías desde las andas de santo adonde te habían empinado. Sobre todo, en qué quedaría lo que tanto has predicado: No hay que creer en brujerías, ignorancias es lo que son. Se iría por los suelos eso que tanto has cantaletiado: La escuela es la salvación. hay que mejorarse estudiando, ahí tenemos el ejemplo de Espejo, de Juárez, y sobre todo, tu machaqueo: El libro es la tabla de salvación, que te han creído sin pisca de dudas porque algo parecido han oído siempre en boca de sus taitas, que en medio de su ignorancia repiten “*quilca mi rimani*”, los papeles hablan. Y vos has hablado con los papeles, Andrés Tupatauchi, has conversado con los libros, les has averiguado cuanto has podido, en donde has podido, pero ellos ya nada te dicen en este asunto, nada, y ante esta desolación, has sentido que renace en vos la antigua fe, la de tus abuelos, amantas y shamanes, fe en sus sabidurías secretas que deben seguir viviendo en el jatun-yáchag, porque él habla con el sol, con los cerros, con el *supay*, y que por lo mismo que no ve,

debe tener visiones. El te va a ayudar a encontrar tu pasado, le oirás hablar con los montes, con las lagunas, con las piedras, aprenderás a entender la voz del chúshig, del huacaco, del carbuncho, buscarás en sus mismas cuevas a las tentaciones y hasta al mismo diablo, revolverás infiernos y tierra y si para encontrar lo que buscas es necesario que pierdas la chaveta, la perderás, pero encontrarás respuesta a tu pregunta. Sí, esas son las rocas de Araque, el lagarto que se hizo piedra. Ahora mismo vas en busca del diablo en su propia guarida. En ese rato, los repiques de los campanarios de San Pablo te sacaron de tus pensamientos. A lo que íbamos en fila in, cuando nos enfilábamos por un caminito para comenzar propiamente la subida, el Cusín se fundía en el amanecer. Tras unas dos horas de trepar, alguno que se había adelantado gritó el hallazgo. Llegamos. Mis pálpitos no me fallaron: eran unos petroglifos. Largo rato permanecimos mudos frente a esos grabados que el corazón nos decía que eran señales dejadas por nuestros antiguos. Al principio nos pareció que eran igualitos a los dibujos que se ven pintados con cal blanca en las culatas de algunas de las casas de naturales, “para espantar al diablo”, porque no hay mejor cuña que la del mismo palo. Pero luego las preguntas de todos fueron para mí. Y vos, Andrés Tupatauchi, no tuviste respuesta, y dejaste que caduno viera con su propia alma. Círculos, cuadrados, triángulos como caras, unas con ojos y nariz pero sin boca, otras con nariz y boca pero sin ojos, figuras de animales con rasgos de humanos, parecidas a las de los tapetes tejidos por los de Quinchibuela. Se podía ver también una palma formada por nueve ramas sesgas que se iban hacia arriba, algunos trazos que parecían estrellas, una cara de la que salía algo como una corona de líneas puntiadas. ¿Era la imagen de las gotas de la lluvia que para nosotros son lágrimas de la luna? ¿Y esto? Los que estaban junto a vos, al oírte, volvieron los ojos a lo que señalabas con la mano. ¿Qué será? Sin atinar a encontrar el pie de esos trazos, torcíamos la cabeza a un lado y otro para acomodar la vista según la dirección de las rayas de que estaban formados. Parecían esos monigotes que la Mila y yo dibujamos esa vez por nuestra cuenta en los cuadernos de la Juana y el Antonio: Este es taitico, esta es mamita, felices de la primera hechura de nuestras manos y que al ser encontrados en plena rayada no atinamos el porqué de los lloros y cóleras y menos los golpes con que ma-

lagradecidamente nos pagaron. ¿Qué será? Eran dos dibujos casi iguales, uno junto a otro, con algún parecido a personas. Tras mirar y mirar, un suspiro con frío te corrió en la sangre. Era que sin pensar estabas siguiendo con tu índice por las rayas de esos trazos y creíste haber sentido el contacto de la lejana mano que grabó. Al verte, uno por uno, todos siguiendo tu ejemplo, fueron repasando con sus dedos los rasgos inexplicables. Creyeron quizá, como vos, que los dedos tendrían la misma virtud de la aguja sobre el disco y que menos pensado iban, íbamos a comenzar a oír algo, música o voz, que ayudara a comprender ese recado. A lo mejor. Porque ellos y yo, todos nos fuimos, caduno por su cuenta, a nuestro propio silencio. Y esperamos. Por lo menos, vos esperaste escuchar algo dentro de tu alma en aguaito. Solo oíste el viento que pasaba lijándose en el pajonal. Pero de golpe, como un vuelco, pensaste en la Mila. Era que el viento flautió igual que esa vez en el Imbabura, cuando te ayudó a levantarle el anaco y le viste tendida a tus pies, talcualita, como en este dibujo que poco a poco se le va pareciendo. Entonces, ¿somos los dos? ¿Estamos los dos? El uno junto al otro, ¿yo y ella? Hemos estado los dos desde cuándo, aquí, en este frío, en este desamparo. Volví con un golpe del viento. ¿Tomamos fotos, doctor? Sí, claro. Y me busqué la tiza que llevé para aclarar las rayas. Lo hice con todo cuidado, demorándome en cada trazo, mientras los demás me ayudaban con los ojos. Después, las fotos de los detalles de ese como pizarrón de piedra de unos quince metros de largo por unos cuatro de altura. Cuando me entregaron las copias, me pasé porfiaporfiando en caduna. Preferí los negativos que hacían juego con lo misterioso y que me ayudaban a espiar en la oscuridad como deben ver los ojos en descampado del chúshig. Cuánto tiempo te habrás pasado, Andrés Tupatauchi, espulgando cada figura con todos los ojos de la imaginación, dándote modos para entender. A ratos creías que las bombas y figuras estrelladas eran un reflejo del techo de la noche sobre las lagunas representadas por esas líneas onduladas y paralelas, y entonces el grabador resultaría ser un amaута rastriador del cielo que había llevado en esa piedra la cuenta de sus luceros. Esas líneas chispiadas que salen como rayos desde esa pequeña bomba que parecía una cara sin palabra pero con ojos para llorar, podrían ser la representación de la lluvia y, el conjunto, el himno de un aravico lejano que subió hasta el ce-

rrero para aventar desde ahí su canto en el huracán, con el acompañamiento de la voz de la piedra. O podría ser un historiador que contaba en piedra los hechos de unos hombres que asomaban apenas borroniados en la roca. O el artista que había hecho realidad sus sueños. O todos ellos en uno solo, al que la chifladura le había dado por quedarse noche y día en esta página de difícil lectura. Pero vos, Andrés Tupatauchi, vuelves a las figuras gemelas (ya te salió la palabra) y te quedas enredado en ellas. El escalofrío que te corta no es tan solo el recuerdo del frío paramero en que están, sino la tembladera de tu alucinación: de modo que esas figuras, las únicas apareadas, van resultando mismo que somos yo y la Mila. De ser así, el grabador habrá sido un jatun-yáchag que nos vio desde su pucará, a través de los siglos. Y en estas y las otras te comes los días, las noches, las madrugadas. Tiacuerdas también de los petroglifos que viste en Angochagua, con la representación del agua, la fertilidad, la serpiente cósmica; los dibujos mágicos de los shuaras: los trazados gigantes y misteriosos en las areniscas de Nazca, todos hechura de nuestros artistas y visionarios prehistóricos.

202

Ese día, caduno con su propia idea, buscaba más pruebas para salirse con la suya. Ellos, con ojos inocentes como los del artista, leyeron mejor esa página. Esa es una cara. Ahí están los ojos, la boca. Sí, pero es la cara de la luna, por esto tiene boca con la que canta mientras llora por los ojos la lluvia. Será por eso que nuestras mujeres también lloran yaravímente y cantan llorando. Y esas son cruces, ¿no es cierto?, están claritas. Pero no vas a creer que sea la cruz que trajeron y que ha servido para que nos crucifiquen. Por acá, esta cara de puma. Más parece de mono. Y estas caras triangulares. También hay cabezas cuadradas. Y esa circunferencia con corona debe ser el sol. Y esas estrellas. Deberíamos ponerle nombre a este sitio. ¿Qué tal *Lucero-jaca*, la roca de los luceros?

Llegó, al fin, el viernes de conjunción. Propiamente la luna había pasado el miércoles anterior, un día trizado por una garúa incansable de alfileres, seguido por una noche de espanto, en la que se pasieron todas las tentaciones.

Según en lo que quedamos con la hija del jatun-yáchag, llegué a su casa a la hora de los primeros murciélagos. La hija-tunduli le hizo saber

que yo había llegado y el viejo me tendió las manos tembleques. Asegurado así, de mi presencia, al tanteo, algo le dijo a la hija y esta fue y volvió con una olla de la que el viejo fue bebiendo a bocados de agua y rezo. Debía ser el agua de guántug-colorado que hacía entrar en trance. Se dejó estar un buen rato después del último bocado y luego se fue con los pasos de la costumbre al único cuarto que era toda la casa. Con una seña me dijo que le siga. Con sus tanteos comprobó que yo había entrado y cerró la puerta. Adentro ya era de noche. En medio cuarto vi que había una mesa con una vela encendida en la boca de una botella vacía, y una cazuela con claveles rojos. Llamiaban todavía en la tulpa unos leños iluminando el rincón acolchonado de hollín hasta el techo de vigas barnizadas por años de humo. De estos colgajos de hollín –pensaba el guagua que hay en mí–, deben estar hechas las ponzoñas y todos los murciélagos que salen a pañueliar en la oscuridad. Los cuyes corretiaban enfocándose de rato en rato con la candelilla de sus ojos. El viejo había dejado su poncho en el pobre camastro armado sobre horcones de lechero vivo, y así, en cuerpito, se sentó en un bancón cerca de la mesa y se quedó como esperando algo. Era, fijo, un mitimae, como todos los de su parcialidad. Los pómulos brotados que sesguiaban aún más los ojos, el sombrero alicaído sobre la cara, los tupas que con la cara del sol llevaban las mujeres, el tonito diferente con que cantaban su quichua, todo era de trasplantados. Hasta sus flautas sonaban forasteras. ¿De dónde habrán sido arrancados? ¿Qué crimen habrán cometido? ¿Hace cuántos siglos? ¿Qué cordilleras, qué punas, qué huaicos habrán cruzado hasta su destierro? Habrán llegado fucuchos, vacíos por dentro, porque se les habrá quedado el alma en su paisaje. Les habrá costado echar raíces en la tierra extraña. Pero debieron llegar cargados de todas sus costumbres, creencias y sabidurías. Todas deben estar, seguro, vivitas en este jatun-yáchag. Sí, taitico. El viejo ha rezongado algo y me hace señas de que me siente en un bancón frente a él, mesa de por medio. Entonces le puedo ver el agua turbia de sus ojos. Sus manos buscan mi cabeza y se quedan temblando sobre mis hombros. Oigo su respiración de fuelle viejo, roto en alguna parte.

*Ña ricurini. Ña ricurini.* (Ya lo veo. Ya lo veo).

¿Qué es lo que ves, taitico?

*Ña ricurini. Ña ricurini.*

¿Ves algo, taitico? ¿Ves a alguien?

El viejo, con sus propias ansias, no se da cuenta de las mías. Su temblequeo va en aumento, sus ojos inservibles se descuartizan vidriosos, atravesados por mechadas de pelo como rabos de ratón, de su cara en aguacero chorrea algo como asombro o espanto, hasta que sin poder más se desmorona de rodillas, las manos juntas, en alto.

¡Achilitaita! ¡Inti-yaya! ¡Achilitaita!

Las mismas palabras le oí dirigir al cielo en su diaria adoración al sol. Me llego al viejo y le abrazo por su espalda huesuda para no perderme una palabra.

*Ña ricurini. Ña ricurini.*

¿Qué ves, taitico? ¿Qué ves, taiticulla?

Más que en respuesta a mi ansiedad, cuenta lo que debe ver:

*Ña ricurini jatun-apu. Jatun-apu.* (Ya veo a un gran señor).

Me pongo también a temblar.

¿Cómo es el jatun-apu, taitico, cómo es?, ¿cómo se llama?

*Jatun-apu. Jatun-apu. Jatun Ja*

Fueron inútiles mis sacudones. El Viejo se fue apagando hasta que se hundió en un ronquido de sueño. Le levanté y le acomodé en su camastro. Al abrir la puerta, me encontré con su hija que con una sonrisa de preocupada venía a atender al viejo. Yo me perdí en la noche.

*Jatun-apu.*

Abajo sonaba apenas el resuello de la laguna que dormía.

*Jatun-apu.*

En el cielo, la luna del tercer día, se reía de vos, Andrés Tupatauchi, de oreja a oreja.

Fue en un panel en homenaje póstumo a uno de nuestros novelistas. Había curiosidad por escuchar lo que se decía sobre el cartelismo de su novela de tema indio, cuarenta y más años después.

Y entonces en el salón máximo, los escribidores engatillados.

Y los sabiondos percherones.

Y los jóvenes revolucionarios de apellidos azules, condolientes del indio en abstracto, pero a quienes les hiede el indio de oshotas y, qué coincidencia, en medio del público, precisamente, dos guangudos, bien chantados sus muchicos. ¿Y estos?

Y los árbitros supremos de la crítica.

Y los académicos líbranos Señor.

Y los intelectuales gallazos, ah, pues yo y nadie más.

Cuando comenzaron, que el estructuralismo por aquí y la estilística por acá. Que Greimas y sus actantes remitentes y sus actantes destinatarios. Que Tzvetan Todorov y la pluridimensionalidad del tiempo en la historia y el tiempo lineal en el discurso. Que para Tomachevski una cosa era la trama y otra muy distinta el argumento. Que Ud., señor de mis consideraciones, no tiene porqué desmerecerse creyéndose tan solo un lector sin nadita de la bruja perspicacia del crítico, porque según el autor tal en su obra cual, página tal y cual, el escritor no escribió su obra para el crítico, no, señores míos, sino para ese inocentísimo y terriblemente interesante que es el lector. Que según Saussure la lengua no es habla y el habla no es lenguaje. Que Propp y la categoría actancial correlativa y su valor orientante. Que si esta novela está dentro de la *nouveaux roman* o si el autor se orinó fuera del pilche.

(Y los dos guangudos bien chantados sus muchicos, como burros en aguacero).

Que si el autor en verdad conoció al indio o lo supo de oídas y yo creo que lo segundo porque mientras más conversaba con Jorge más me convenía que solo vislumbró al indio durante unas vacaciones pasadas en una hacienda. Y en cuanto a la trascendencia de esta novela, el mismo autor había muerto bien creído que la abolición legal del huasipungo, inmarcesible conquista de la enésima dictadura, era, al fin, resultado de su denuncia.

(Y los guangudos bien chantados sus muchicos, como burros en aguacero).

Que la nueva novela debe meterse en la urbe y desentrañar su horripilante realidad. Que ya pasaron de moda el campo y su fétido y cargante protomártir. (Y claro, al indio que le coman los perros).

A esta altura, sorpresa: Parece que uno de los dos guangudos bien chantado su muchico levantó el brazo y pidió la palabra, porque el moderador, sonrisa muy democrática, se la concedió, no faltaba más, estando en público y en un acto referente al ídem.

Verán señores, nosotros tan hemos leído este "Huasipungo", mandados por el profesor en el colegio, pero aunque el libro según dicen ha sido escrito hace cuarenta años y más, igualito seguimos padeciendo hoy los naturales. (Habían sido naturales. Los únicos, entre tanto adefesioso). Verán señores, nosotros somos de Peguche y ya tres años estamos andando en el IERAC queriendo que nos parcelen la hacienda de Guchepe, y nada. Nosotros tenemos títulos de propiedad muy antiguos, la hacienda es de la comuna de Peguche, pero, bueno, no queremos que nos devuelvan, hemos hablado claro, queremos pagar, pagar un precio justo; pero el IERAC, nada. Que tienen que estudiar, que hay que nombrar una comisión, que el personal está muy ocupado, que esperen, que no jodan tanto, qué rocotos más ansiáticos, gué roscas para jodidos. Al fin, tras tanto rogar, fue una comisión, pero primero el dueño les dio su buen almuerzo y su buena bebida, después de eso y del cheque por lo bajo, claro, los comisionados se hicieron al dueño y el informe fue contra nosotros. Nosotros fuimos huasipungueros, el huasipungo, aunque una puchuela, ha sido desde siempre nuestro, así, naturalmente nuestro, nadie nos ha querido quitar ni siquiera el hacendado, y como huasipungueros, nosotros teníamos derecho a potreraje para nuestros pocos animalitos, teníamos derecho a leñar en

bosques y monte de la hacienda, teníamos derecho al agua de la cequia, pero ahora, desde que nos dieron los huasipungos con escrituras que dijeron era un gran favor que nos hacían: y que debíamos agradecer al gobierno, al general-dictador eso, nada de esto tenemos, entonces, dónde pastorear nuestro ganado, dónde leñar, dónde pueden lavar nuestras mujeres, con qué agua regar nuestros sembrados, una lástima sufrimos, señores. Y como el solo huasipungo no alcanza para vivir, bastantes naturales han tenido que dejar botando a su mujer, a guaguas para ir a buscar trabajo en otras partes y cuando consiguen tienen que dormir en las obras, tienen que pasarse casi sin comer para poder llevar la semanita. Otros nos hemos huminado a volvernó yanaperos, entonces tenemos que trabajar en la hacienda dos tres días a la semana de balde, nuestras mujeres tienen que ordeñar el rejo de la hacienda, tarde y mañana, y lo mismito que en el libro “Huasipungo” son violadas, son forzadas, los peones son fuetiados, la hacienda tiene su calabozo propio donde encierran, a nosotros, por indios leídos, pero también a nuestros taitas, a nuestros hermanos por no salir a trabajar o culpando de ladrones o hasta que paguen multa por animales cogidos en daño que dicen, una lástima señores.

(El otro guanguado, bien chantado el muchico, se fue a su propio recuerdo: Un día llegó nomás el mayoral a casa de taiticos. Desde caballo mismo gritó:

¡Tiburcio!

Taitico paró telar y así en cuerpito salió del corredor al patio.

Amú.

Indio carajo, tus guagras han estado haciendo daño en potrero de hacienda.

Nuhan de ser mis guagras, amitú.

Carajo, tus guagras son.

Carajo y acial cayeron sobre taitico.

Vendrás a pagar la multa, indio pendejo, mañana mismo, si no vamos de matar guagras.

Al otro día madrugadito fui acompañando a taitico y mamita. En el corral de hacienda encontramos guagras, estaban presos, sin dar de comer, sin dar de beber. Apenas nos vieron nos reconocieron y se levantaron tra-

bajosamente. Se quejaron a nosotros con sus mugidos y comenzaron a agradecernos lengüetiando de nariz a nariz. Avergonzaban la ternura de sus ojos, como personas mayores cogidas en travesura. Buscamos a mayordomo. Salió de su cuarto tilintín las espuelas y con voz de perro de patrón:

Son docientos sures de multa, ish cay patzag sucre –en runa-shimi, para que entendiéramos mejor. Cien sures por caduno.

No teniendo ish cay patzag sucre, amitú.

No teniendo? Tonces ca vamos a despostar guagras.

Cincuenta surecitos pagaremos amitú.

Carajo, te dicho que son docientos sures.

Sinquiñaqui tan cobrando, amitú.

Purdiós, amitú –lloriquió mamita y juntó sus manos.

Cómo sinquiñaqui, rosca cojudo –y se acercó amenazador.

Sinquiñaqui pes amitú, qué daño haciendo tan guagras en potrero.

Conque yo mentiroso, ¿no? Conque sinquiñaqui, ¿no?

Toma indio carajo.

208 Dos tres puñetazos. Y como taitico se defendió alzando brazos, también patadas. Mamita alcanzó a jalarle del poncho para mezquinarle de los golpes del mayordomo. Yo me abracé de las piernas de taitico, chillando como perro apaliado. Taitico tenía la cara ensangrentada y temblaba. Mamita recogió el sombrero del suelo, le puso en la cabeza y con algunas palabras remordidas contra el mayordomo, espiondo espiondo la cara a taitico a ver si estaba averiado, volvimos a casa. Yo iba lloriquiando cogido de una esquina del poncho de taitico. Esa misma tarde fue mamita con los docientos sures fiados a alguien y regresó con los guagras. Por la noche, llorando llorando le curó con unas hojitas frescas conocidas de ella, que tascaba con los dientes primero y le ponía sobre los magullados. Todos esos días taitico pasó más silencio que de costumbre. Debía dolerle la hinchazón, pero más me parecía que debía dolerle adentro. Pobre taitico. pegado, patiado como perro, aunque después desquitará con mamita y fuetiará con más cólera a nosotros. Entonces, ¿quién dará diciendo, pobre longuito, no pegues así? Quién sabe, otras veces le habrán pegado los mishos, pero esa vez fue más vergüenza porque le pegaron delante de mujer y de hijo. Esas noches yo soñaba que era quilico que volaba picotando

a gallinazo que tenía cara de mayordomo. Años después, cuando yo estaba en el colegio, al subir al bus en la Villa para volver a Quinchibuela, me encontré manos a boca con mayordomo que también subía al mismo bus. Sentí que apuñé las manos hasta clavarme las uñas, pero solo le quedé viendo con toda la lumbre de mis ojos. Me pareció que el viejo se dio cuenta. Este runa por qué me verá así. Cómo podía acordarse que era yo ese pobre longo que lloró con todos sus mocos cuando pegó a mi taitico. Pero como me vio en guango y calzoncillo, por lo menos me reclamó con su derecho de blanco: Alabádotá churay, runa. (Saluda, indio). Casi le respondí, No me da la. Pero ya había aprendido a morderme la lengua y solo le crucé y me subí yo primero al carro. Me senté en una de las bancas de atrás, las que son para los indios. Desde mi puesto liba haciendo tasajos el cogote, cuesquiándole a mi gusto, tumbándole al suelo, pisotiéndole, escupiéndole, bebiéndole la sangre).

Nos hemos quejado, señores, pero comisario, pero intendente, pero gobernador se hacen al dueño por rico, por patrón y nadie hace caso a nosotros, y como porfiamos, indios comunistas dicen y meten presos a cabecillas. Lotra semana llegaron soldados a la hacienda, fue la caballería, requisaron nuestros animalitos y cada día despostaron una cabeza y se comieron. Todos los santos días se pasaron echando bala en los potreros, aballando con metralladoras sobre nuestras chozas, decían que el dueño les consintió hacer prácticas de tiro en su hacienda con tal de asustarnos, ya mismo disparan al bulto igual que en el libro “Huasipungo”, pero nosotros no tenemos miedo, hemos de seguir reclamando y si es de morir, hemos de morir gritando ¡Ñucánchig alpa, carajo!

Los aplausos finales se llevaron solo los indios que habían cogido a los doctores de la ley haciendo daño, hablando a sus espaldas, eruditamente despistados.

**E**n todas partes se cuecen indios. En Izalco y en 1932, treinta mil indios asesinados a mansalva por “las fuerzas del orden”. En abril de 1978, indios sioux, apaches, navajos, iroqueses, pieles rojas, ya no emplumados como el águila, ya no los pies en danza, caminando mil, dos mil, cuatro mil quinientos kilómetros, a punta de mocasines, en cien, en docientos soles llegan a Washington a protestar ante la Casa Negra por el genocidio contra ellos cometido, por la esterilización a sus mujeres, por la usurpación de sus tierras:

*“Estas tierras son nuestras,  
nadie tiene derecho a sacarnos,  
nosotros fuimos sus primeros dueños”.*

Llegan a pedir piedad al presidente de los derechos humanos dientes-para-fuera. Como pidieron al Gran Padre General Clark. Porque la tierra que era parte de nuestro barro nos ha sido amputada. Porque ya en 1810, en Nebraska, en Kentucky, en Wyoming, en Denver no negrean los búfalos. “El búfalo era el Universo”: alimento, vestido, alumbrado, vida de las praderas. “El ferrocarril avanzando y avanzando”, tiznando nuestros cielos, cortando nuestros campos y nosotros reducidos a reducciones. El Gran Espíritu estar enojado. Pero ya no querer la guerra. Querer fumar Pipa de la Paz, fumar por oración, no fumar por vicio como carapálidas. Pero el presidente del diente-frío es también el presidente del-oído-sordo.

Y en el Brasil:

“Los nambikwaras, indios del Mato Grosso, están siendo eliminados por granjeros, acaparadores de tierras y buscadores de diamantes. De veinte mil que eran han descendido a la drámatica cifra de setecientos. Estos viven en el constante temor de que les priven de sus tierras o bien los maten de un disparo”. (“Pueblos primitivos”).

En marzo de 1978, los periódicos del mundo entero denunciaron:

“Managua 13.–(ANSA).–La guardia somocista entró a sangre y fuego en Monimbo, población de indios, por el delito de pedir pan y justicia. Los indios lograron hacerlos frente con ondas y flechas, pero los guardias somocistas fueron ayudados por tanques y carros blindados y recibieron el apoyo de la aviación que arrojó bombas de naplam y fósforo blanco, como si se tratase de una invasión a país enemigo. Monimbo ha sido borrado prácticamente del mapa, las víctimas se cuentan por centenares”.

Entonces, sin querer, se le salió al doctor Andrés Tupatauchi:

Desgraciados, *shuguas*, *manapingas*. La misma historia desde hace quinientos años.

Yo, en setiembre de 1978, te quito la palabra, Andrés Tupatauchi. Porque necesito gritar con propia garganta, desfogarme vociferando mi protesta. Si no, reventaría de indignación. Me moriría de vergüenza si no lanzara mi escupitajo a la máscara de la bestia.

Satanasio Somoza ya tienes un sitio entre los nerón los atila los hitler los franco los pinochet los trujillo los papadoc los idi amín, matarifes prontuariados.

Caín, no. Somoza no está matando a sus hermanos: los nicaragüenses no son hijos de puta.

A este rollizo marrano el infarto debió darle en el tripaje. No otra inmundicia debe llenar esa panza de torzón miserere.

Y la OEA, marioneta garrapulada por el yanquimperialismo, calla, duerme, ronca frente al genocidio.

La OEA mariconea, alcahuetea, como siempre.

Y los ministros de relaciones posteriores, ante las atrocidades de los somocistas, blanden blandengues y estúpidas teorías de no intervención.

Y los gobiernos de la misma laya que la satrapía –hoy por ti, mañana por mí, puján, gangosean, carraspean, hasta escuchar la voz del amo.

¿Y ese Mr. presidente, campeador de los derechos humanos y su fermentida verborrea?

(Y yo que comencé a creerle y a mirar con simpatía su sonrisa a todo diente).

Sigue monaliseando, sigue celestineando al robot nicaragüense con clave en inglés.

El monstruo, baba babeando: “El comunismo internacional me ataca”.

Ernesto Cardenal, el poeta, rostro nazareno, manos eucarísticas: “El ‘Grupo de los Doce’ está integrado por personas que nada tienen de comunistas: uno es gerente de un banco: otro es un próspero y adinerado industrial: dos son sacerdotes, uno de ellos, mi hermano Fernando Cardenal, jesuita que en junio de 1976 denunció ante el congreso de los Estados Unidos las atrocidades de la tiranía somocista. Y así, los doce”.

¿A quién creer, al poeta o al sátrapa?

El conservador Pedro Joaquín Chamorro, director del diario de oposición “La Prensa”, asesinado por los sicarios, comunistas.

Los quince mil indios de Monimbo que se rebelaron contra el abominable blandiendo sus aperos de labranza, comunistas.

El arzobispo de Managua y todos los obispos de Nicaragua que le pidieron la renuncia en guarda de la paz y por el bien común, comunistas.

Comunista la niña de cuatro años baleada en el atrio de la catedral de la ciudad de León. Cayó junto a su muñeca.

Comunista el obispo de Estelí que denuncia ante el mundo el apocalipsis desatado sobre esa ciudad por la guardia nacional.

Comunista el niño acibillado cuando salía corriendo a una calle de Estelí, en pos de su juguete. La pelota que aprisionaba en sus manitas debió haber sido una bomba terrorista.

“San José,– Costa Rica, setiembre 19.–(AP) Por Vicente Morales.–El arzobispo de Managua ha dicho que ni como persona ni como obispo ha contemplado la posibilidad de que esta lucha significaría el triunfo del comunismo en Nicaragua y que ningún otro jerarca eclesiástico lo ha contemplado. El frente sandinista es un movimiento que solo busca el derrocamiento de la dinastía de Somoza.”

¿A quién creer? ¿Al prelado o al somosaurio?

Comunista el representante al congreso americano Mr. Koch que acusa, el único:

“The personal instrument of General Anastasio Somoza... it has remained of this day the principle power base for the ruling Somoza family”.

(Congressional Record, april 27, 1976)

El presidente de Venezuela que denuncia el genocidio en Nicaragua, comunista.

Comunista el presidente de Colombia.

Comunista el de Panamá, comunista el de Costa Rica, el de México.

Y pare de contar. El resto, puro gorilismo.

Nos ha tocado vivir en la época de la peor mierdería del mundo.

Y siempre nos hemos apuntado –malapata–, a las de perder.

Perdimos la república española. No nos pudimos sacar ese clavo y largo tiempo, cuarenta años, la velamos insepulta.

Perdimos el gusto por el triunfo de Fidel, porque van para veinte los años de colerín por la cuarentena que mantienen el imperialismo y los paisitos atraillados por los gorilas pentagonales.

Perdimos con el Che en Ñacanhuasú. Su remontado trajinar buscando la insurrección de los humildes le resultó inútil.

Tres décadas agonizamos en Vietnam, hasta la sonrisa de arroz en la muerte.

Nos bombardearon junto al gran salvador Allende.

Nos fusilaron en el estadio de Santiago y morimos un poco con Neruda.

Y ahora: Nicaragua, pase de mí este cáliz.

Porque el abominable, con técnica neroniana, está incendiando ciudad por ciudad.

Y nos mata de rabia la alimaña que encuevada en su bunker ordena urbi et orbi: “Matad sandinistas”.

Y herodesmente: Matad niños, mujeres, ancianos.

Matad a los jóvenes especialmente por más propensos a la dignidad, a la náusea, a la rebelión. Matad, aplastad, destrozad.

Y hemos visto huir a los niños ya en plena ternura, salvando sus juguetes, poniendo a buen recaudo la esperanza.

Al otro lado de las brutalidades, en aterrada inocencia preguntaban:

“Y aquí, ¿a qué hora tiran las bombas?”

Y hemos visto, oído y compartido el llanto de las madres, las hijas, las esposas, las novias, con el horror acuchillado en el alarido porque en la misma acera, el novio, el hijo, el esposo, el padre eran fusilados por haber sido sorprendidos portando almas blancas por querer una Nicaragua sin guardias somocistas, sin ladronería somocista, sin barbarie somocista, sin podredumbre somocista por querer liberar el aire el agua el cielo la flor la tierra porque

“Nosotros iremos hacia el sol de la libertad o hacia la muerte y si morimos, nuestra causa seguirá viviendo. Otros nos seguirán”.

En Nicaragua como en Chile ha ocurrido en el mismo setiembre negro.

Y la ley marcial y las cortes marciales y las bestias marciales amaestradas en los yunaites.

Mercenarios de a mil dólares mensuales y manos libres en saqueo, requisados entre los criminales de guerra de Vietnam y los gusanos anti-castristas, esos de la Bahía de los cochinos.

Esos que coleccionaban trofeos hechos con orejas de guerreros norvietnamitas, con vulvas de mujeres norvietnamitas, tras violarlas y despostarlas.

Esos están defendiendo “la democracia somocista”, liquidando al pueblo de Nicaragua, ciudad por ciudad, casa por casa, aurora por aurora.

Bestias marciales armadas y equipadas por la dulce Francia; por España –se explica–, todavía emporcada de falangistas; por Israel, olvidada –tan pronto–, de los hornos crematorios, de los Bormann, de los campos de concentración hoy redivivos en plenitud de muerte en Nicaragua: Siquia, Macueliso, Amatillo, Ococora, Waslala, Río Blanco, Kilala, equipados con laboratorios de experimentación de torturas, con asesores sudvietnamitas, expertos en brutocidades, con amparados verdugos nazis, con técnicos de la represión brasileña.

Satanasio Somoza, hijo de criminal, criminal él mismo, padre de criminal, hijo parido por su padre, de tal palo tal canalla.

Pandilla cebada en la sevicia, desmamantada con la infamia, con-

turalizada con el encarnizamiento.

Y todo queda en casa:

El hermano carnal es el comandante del ejército privado del monopolio somocista.

El tío carnal es el amo y señor de ENALUP, que controla todas las fuentes de electricidad.

El sobrino carnal es experto en torturas y dirige los campos de concentración.

La mujer carnal es presidenta de JNAP y dirige el INS.

El primo hermano preside el “chiquero”, enmarranamiento de diputados.

Otro es alto manipulador de la mafia, perito en latrocinios, en compañías de inseguros, en coimas, en bancos de familia.

En Washington permanece un cuñado, 40 años el mismo esbirro-embajador, condigno decano del cuerpo diplomático, que se vanagloria de haber batido el record mundial de Asistencia a cocteles, banquetes, fiestas, saraos.

El lechón de esta piara del crimen, el príncipe heredero, mayor de la guardia nacional por ser el mayor lombrosiano, ya ha hecho armas contra el pueblo desarmado, ya ha demostrado que puede demoler ciudades enteras, torturar, matar a mierda fría. Ya puede heredar el trono sangriento.

Estos comemuertos, hasta con las diez mil víctimas del terremoto de 1972 hicieron su pitanza:

“La ayuda internacional aportada por la comunidad mundial, incluyendo la que en dinero, alimentos, medicinas envió el pueblo de los Estados Unidos, todo fue para beneficio de la familia Somoza. Estos alimentos y medicinas, lo mismo que ropa, frazadas, tiendas de campaña, fue escandalosamente patente que eran vendidos en el mercado negro por los miembros de la Guardia Nacional. La USAID hizo una donación al pueblo de Nicaragua de tres millones de dólares para reubicar a familias que habían perdido sus hogares. Somoza entonces compró con fines preconcebidos tierras ocupadas por algodones en el sector de los Brasiles por una suma de treinta mil dólares. Esas mismas tierras fueron vendidas al estado, a través del Instituto Nicaragüense de la Vivienda por los tres millones de dólares recibidos de la USAID. En estos terrenos negociados en cien veces su valor original, nunca se construyeron vi-

viendas para los damnificados”. (Testimonio sobre Nicaragua leído por el P. Jesuita Fernando Cardenal ante la Cámara de Representantes del Congreso de los Estados Unidos, en junio de 1976).

Y la infame ganzuaria ha sido completada por CASANICA, CONCRETO PENSADO, TECHOS NICALIF. URDESA, NIAPSA, INTERFINANCIERA, BANCO CENTROAMERICANO, toda la industria de la construcción, con la exclusiva, en manos de la mafia somocista.

Campeñinos nicas, pequeños propietarios de una esperanza, tenéis que abandonar vuestras tierras: las quiere “mi” coronel, le han gustado a “mi” brigadier, a “mi” contralmirante, las ha echado ojo “mi” general. Eso es todo. Y es suficiente. Que no? Entonces sois comunistas. Os prenderán. os sumirán en los campos de concentración, os torturarán hasta la muerte.

Campeñinas nicas, pequeñas propietarias de vuestra hermosura, tenéis que abandonaros en brazos de los ranger:

Os desea “mi” sargento, habéis gustado a “mi” cabo, sois el antojo de “mi” coronel, de “mi” general. Eso es todo. Y es suficiente. ¿Os negáis? Entonces os violarán, os envilecerán, os mantendrán desnudas para interrogarlas hasta el desfallecimiento: ¿Dónde está el depósito de armas? ¿Dónde se esconden los guerrilleros?

En la geografía del heroísmartirio están ahora Managua, ciudad León, Masaya, Chinandega, Matagalpa, Jinotega. Estelí, como ayer Madrid, Stalingrado.

Entardecieron olorosas de cafetos, en monjíos de algodonaes.

Amanecieron heroicas, invocando libertad.

Entonces la guardia nacional contra ellas, trucidando, incendiando, demoliendo.

Helicópteros-zopilotes, aviones-cernícalos sobre ellas.

Bombas, metralla, granadas, rocket americanos contra ellas.

Bazucas españolas, cohetes israelíes.

Y la típica brutalidad made in USA contra ellas.

Cadáveres de sandinistas en calles y trincheras disputados por perros y buitres.

Sangre llanto muerte hedentina pestilencia desolación.

Y en las garras y en los picos de los zopilotes vuelan pedazos de los bravos luchadores.

Los sayones avanzan escudados detrás de mujeres y niños.

Pero los que quedan resisten.

Las madres los bendicen, las esposas los respaldan, los impulsan las novias.

Pero son los pechos contra los tanques.

Los puños contra los aviones.

Por un boquerón de la aurora se fueron los muchachos a remontarse en Segovia, a releer las proclamas de Sandino.

Ciudad León, cenizario del Poeta, cómo me queman tus tizones.

Masaya, Chinandega, Matagalpa, Monimbo, onomatopeya de chirimías chorotegas: clavo mi rojo clavel sobre vuestro duelo.

Rotas, escombradas, incendiadas han ido cayendo en sangre, en angustia, en muerte, de una en una.

Estelí resiste. Sobre ella el apocalipsis, pero resiste.

Hermana de Guernica en el escombros, pero resiste.

Estelí, estela de heroísmo. Han carbonizado el oro lento de tus ocasos. Han trizado tu limpio aire campesino, el ángel de tu nombre manantío.

Estelí: quiero llorar sobre tu albahaca destrozada. Llorar y gritar, llorar y bramar por tu holocausto.

Estelí, estela matutina. Estelí, estela de estertores.

Un día llegué a ciudad León, por reparar el “Coloquio de los Centauros”. En el parque, alguna flor invisible llegó a mí con su aroma. Pensé: el espíritu de Darío.

Hoy ciudad León hiede a muerte. A pecueca de la guardia nacional. A chamusquina de cadáveres.

“Managua, setiembre 19.-(UPI).-Periodistas que lograron entrar en la destruida ciudad de León alcanzaron a ver en las zanjas decenas de cadáveres quemados y los escombros producidos por el ataque de la aviación y sus cohetes, por la artillería, los tanques y metralla pesada”.

Acertaste Rubén Darío, vate vaticinador:

*“Eres los Estados Unidos,  
eres el futuro invasor  
de la América ingenua...”*

Marines en el Istmo para el hachazo de Panamá.

Marines en Cuba para la dentellada de Guantánamo.

Marines en Guatemala y Guatepeor, en Honduras y Santo Domingo.

Y ya con el mundo en pleno uso de razón, Puerto Rico, nueva estrella boqueando su luz en extraña bandera, constelación de atracos.

Y tras la brutalidad de estos “civilizadores”, la United Fruit y su cadena de “repúblicas bananas”.

Y la Standard y la Texaco y la Gulf y sus mil subditarias dolarizando a los vendepatrias.

Y el imperialismo desembozadamente inaugurando mayordomías.

En Nicaragua, la “estirpe sangrienta”, alibabá y sus cuarenta cabrones, ya van para medio siglo.

Ese montón de carne se ha tirado a dormir, entre ronquido y babeo, en un solo resoplar de animal recién cebado.

Miradle: gusanea en contorsiones, comido por dentro por los fantasmas.

Su mascarón sudoroso gesticula bestialmente.

De sus fauces le cuelga una baba verduzca.

La sangre de sus víctimas le da ya en la garganta, le llega a los belfos, le va a cortar el resuello.

Se ahoga la bestia: bracea manotea patalea.

Araña un asidero.

Pero le cercan las miradas de sus muertos desvelados.

Se le burlan calaveras en sonrisa interminable.

Le ahuyenta el macabro cloqueo de esqueletos entrechocando.

Le aturden los alaridos de los ajusticiados.

Le asfixian las pestilencias insepultas.

Ved a la bestia acorralada en una sola convulsión, en una sola pesadilla.

El remordimiento le zarandea por dentro y dándose contra las paredes busca salir de esa caparazón abominable.

Pero no, no le atormenta remordimiento alguno al chacal: “Me

puedo presentar ante el mundo porque nada de lo hecho en Nicaragua me avergüenza”.

Y añade el cinismo en él animalizado: “La culpa de la sangre derramada en Nicaragua la tienen Costa Rica y Venezuela que ayudan a los guerrilleros que combaten mi gobierno democrático”.

También tendrán la culpa de la matanza, de las atrocidades, de las ciudades bombardeadas, incendiadas, demolidas. La culpa también será de los pueblos latinoamericanos. De los yunaites, no. Porque ese es su hijo putativo. La debe tener el mundo entero que le acosa con universal condenación.

Pero no: “El mundo me agradecerá algún día por la batalla que estoy librando en Nicaragua”.

Agradecedle, madres: la bestia mató a vuestros hijos.

Agradecedle, huérfanos: el gorila asesinó a vuestros padres.

Agradecedle, novias: el capador mutiló a vuestros muchachos.

Nicas que veis vuestras ciudades demolidas, que no acertáis a saber dónde quedaban vuestras casas, agradecedle.

Desaparecidos que causáis en los vuestros doble congoja porque no saben cómo ni dónde lloraros ni tienen el triste consuelo de señalar con una cruz vuestra muerte, agradecedle.

Feligreses que lloráis entre las ruinas de los templos bombardeados, agradecedle.

Exiliados que os apagáis en muerte lenta, que ya veinte, treinta, cuarenta años suspiráis por el aire de la patria, por los brazos bienamados, por el río, por el árbol, por los atardeceres añorados, agradecedle.

Refugiados que habéis huido de la matanza y que ahora deambuláis por extranjeras tierras, sin trabajo, sin techo, sin alma, agradecedle.

Muertos en ya cincuenta años de satrapía, salid de vuestras tumbas, de la zanja común, de la gusanería, resucitad, recobrad el habla, agradecedle.

Niños que lloráis sin explicaros, que hacéis el duelo a vuestros juguetes, agradecerle.

Nicaragüenses: vuestro ginecillo de pasamonte ha hecho de Nicaragua su sierra morena. Medio siglo de atracos y atrocidades, agradecedle.

“El mundo me agradecerá...”

Pueblos de Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil, torturados por vuestros verdugos, aplaudid al verdugo nicaragüense, agradecedle.

Pueblo chileno, aunque sufrís en carne llagada a vuestro somoza propio, agradeced al pinochet nicaragüense. Olvidad que también fuisteis heroicamente bombardeados por aviadores chilenos, olvidad a vuestros fusilados, a vuestros torturados, a los exiliados aventados por el mundo entero, dejad de llorar de gratitud por los beneficios contra vosotros consumidos por el trágico pinocho-pinochet, olvidad que ha convertido vuestro puro Chile en un largo puñal clavado en el pecho de América, olvidad que vuestro Pablo, asqueado, falto de aire, “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”, se crucificó en la Cruz del Sur, volveos al idi amín nicaragüense, agradecedle.

Dejad todos de maldecirle, dejad de llorar de angustia de hambre de furia de congoja de impotencia de desesperación. Llorad de gratitud, agradecedle.

Que la pandilla haya tenido las manos libres para bolsiquear a todo nicaragüense hasta adueñarse de media Nicaragua, pase. Pase el ladrón, pase el salteador, el depredador. Pero que se haya alzado con la libertad de todo un pueblo y haya instaurado una dinastía de tortura de cárcel de envilecimiento de campos de concentración, es un crimen que hay que cargarle al titiritero yanqui, tan criminal él como su sádico polichinela.

“Algún día tendrán que agradecerme lo que estoy haciendo en Nicaragua”.

Vosotros, los infelices que por hambre tenéis que venderle vuestra sangre a este vampiro de PLASMAFERESIS, agradecedle.

Agradeced al ladrón: él os arrebató vuestras tierras.

Agradeced al matón: él fusiló a vuestros llorados.

Agradeced al cabrón: él entregó vuestra Nicaragua al yanqui expoliador.

Agradeced al rufián: él emputeció a vuestra patria.

Agradecedle agradecedle. Por los siglos de los siglos.

(P.S.–Hoy, 17 de julio de 1979, a las 4 a.m., Satanasio Somoza ha fugado hacia Miami, refugium peccatorum de todos los sátrapas que en el mundo han sido.

“Los claros clarines” rubendarianos han anunciado la victoria.

¡Gloria al heroico pueblo nicaragüense que ha sabido cumplir al pie de la letra la consigna!:

¡PATRIA LIBRE O MORIR!

A poco de las flautas de San Juan, el verano se instaló con sus celajes desolados, con el aire verdoso de las tardes y el ramalazo del viento en los altos eucaliptos. Los estudiantes del colegio, tras el sobresalto de los exámenes finales, habían desaparecido del todo. Tan solo unos pocos merodeaban por los corredores buscando el año perdido. Los muchachos empinaban sus cometas hechas con sigses del monte y papeles de colores. Con los cimbrones del viento, cabeceaban exigiendo más hilo, hasta que terminaban tronchándose, atravesadas el corazón por los espinos de los pencos o ajusticiadas en los árboles. A través de las ventanas del rectorado, el doctor Tupatauchi las miraba. Yo no tuve nunca una cometa. Acompañaba tan solo a los niños hijos de los blancos de Quinchibuela. Me hacía el comedido en los apuros de desenredar el hilo y alguna vez, al coger el ovillo, de prestadito, sentí en mis manos las corazonadas del viento. La Mila vuelta jugaba con una tusa vestida de muñeca. Yo me entretenía también con un llullo-zambo en el que hundía cuatro palos como patas, le pegaba hojas de lechero que eran las orejas y le porfiaba que ande y sufra como mi cuerpo. Los sábados y domingos nos dejaban cuidando la casa, junto con el alcu. Taiticos iban los sábados a la feria a vender los ponchos y se quedaban en la guarapería. Los domingos a la misa y otra vez a la guarapería. Volvían de noche, empilchados de chicha, después de dormir en cualquier cuneta un pedazo de su chuma. Llegaban bravos, taitico, vociferando su lloro, mamita cantando su lloro. Nosotros nos acorralábamos en nuestro miedo. Los sábados y domingos eran nuestros peores días.

Pasábamos solos y con más hambre que nunca. La Mila no era compañía. Se pasaba conversando con la tusa de su muñeca. Era una conversación cerrada. A ratos le adulaba *guagua-shimi*, como mamita, otras veces le reprendía con las mismas cóleras de mamita. Y cuando decía que lloraba,

le metía de cabeza debajo de su camisa: *Chuchujun, guagualla*. Yo le gritaba ¡Mila! para romper mi soledad. Pero ella ya estaba dormida abrazada a la tusa de su muñeca. Y el viento, como hoy, bajaba en río crecido por los altos eucaliptos. Y las tórtolas, como hoy, inconsolables. Cuando paraba el viento, creíamos oír voces sin bulto que salían del maizal. Asustados, parábamos las orejas, conteníamos la respiración y agarrándonos por las miradas de espanto, nos quedábamos esperando oír algo, y en ese callar de aguacero escampado solo sentíamos el tun-tun de nuestros corazones. Otras veces, alguien nos engañaba haciéndonos oír a taiticos que ya volían. Pero nada. Y otra vez el llorido de las tórtolas. Nosotros tan éramos dos tortolitas y así, como ellas, llorábamos. Nuestro miedo aumentaba cuando la noche comenzaba a picarse de ninacuros y el diablo revolotiaba en los murciélagos. Con el silencio se oía cerquita la náusea seca del brujo que esperaba la noche para curar a alguien del mal-viento o de la ojizada. Entonces salía el chúshig a silbar a las almas. Este patio del colegio, así, desolado, es mi propia soledad. Qué será. El verano siempre me enferma. Su aire destemplado da vueltas y vueltas a mi alrededor y acaba metiéndose en mí y enfriándose por dentro. Siento que se me vacía el alma a través de los cielos descampados, sin la tranca de las nubes. Los vientos del verano soplan que no les alcanza el mundo y me traen la hojarasca de tantos recuerdos. Como hoy, los vientos del verano llegaban al mismo tiempo que mi susto por los exámenes finales. Los vientos del verano han venido siempre con mis enfermedades y con mis penas. En un verano como este me despedí de la llecta para ir a los Estados. "*Imbabura de mi vida, / tierra donde yo nací...*". Dentro de mí viajaron todos los rastros, todas las tórtolas en llanto. Y el viento. El viento que despluma los árboles, el viento que despluma los árboles con un guaaaaaashshshh inacabable. Como hoy, en el patio botado, igual que en mis adentros. Qué será. A veces quiero hacerme el alhaja con todos. Por la mañana, al despertar y darme cuenta que estoy en soledad, me hago el firme propósito de cambiar mis maneras en bruto, de sonreír a todos, de atender todos los pedidos, de portarme bien con todos. Qué más. Pero en cuanto mamita me da el desayuno y pienso que esa es obligación que debía cumplir mi mujer, pero que ella prefiere vivir en la capital y yo aquí botado, se acaban todos mis propósitos. Voy al

colegio y en el camino, los buenos días de compromiso que me dan los padres de familia me encrespan. Llego al rectorado y me encuentro con la timidez blanca de la secretaria y me revuelco en ella, veo cómo se arrecelan al saludarme los empleados y profesores mestizos, como espionando el cielo con el que he amanecido y me entran ganas de tronar de puro jodido. Recibo la sonrisa confianzuda de los empleados indios, les veo tan pendejos y termino emperrándome contra unos y otros. Contra los unos, por mestizos dados de blancos. Contra los otros, por lo mismo que indios pendejos. Qué será. A veces pienso: sois malagente, Andrés Tupatauchi. Pero puede ser que yo mismo no tenga la culpa, sino que. Porque la cosa es que me chingan tanto los melosos que me hablan con la boca en U, como los sobrados a los que yo mismo les he dado ala para que ahura anden sacándome pecho. Qué será. Cómo será de embuenecerse. Yo creo que he hecho valer el quichua, con el ejemplo, hablando un quichua orgulloso. Pero viene un runatural y me habla en quichua y me siento mal, faltado al respeto, porque me parece que no reconoce en mí la distancia que he logrado poner entre el indio que me habla y el hombre que he llegado a ser. Viene un mestizo y me habla en quichua y me enfurezco porque en mi cara me está tratando de indio. Entonces en qué quedamos. Yo mismo a veces utilizo el quichua para joder a los mestizos que tirando más a indios que a blancos quieren estar sobre nosotros los naturales, por enzapatados y porque se cortaron el guango en buen tiempo. Es de ver lo coloradotes que se ponen esos indios retocados. Qué será. Me doy cuenta de las malas voluntades y resistencias que me creo. Sé que los mismos naturales ya no se conforman con que sea un indio el rector del colegio y que preferirían estar mandados por un rector blanco. La anterior secretaria renunció a su cargo porque quihaciendo me he de aguantar los maltratos del rosca fieróstico. Me han dicho que la actual llora y Solo mi pobreza me hace soportar tantas groserías. Me doy cuenta que también los profesores se aguantan por necesidad estar mandados por un indio, y permanecen como diablos en botella y en cuanto pueden se van a otros colegios, aunque sea ganando menos, por librarnos del rutushca. Conozco lo que dicen los empleados de servicio, indígenas y mestizos: Me muero, simijante malo ques. Sé que les dan luces: Por qué no se quejan, por qué no piden el cambio del rocoto.

Ques pes, con la palancota que se maneja, si tiene de parte dende al mismo presidente, más mejores a nosotros nos ha dihacer de cancelar. Y yo sé que lo de la palancota es por la Mila y que por darle gusto a ella el general me dio el cargo que tengo. Carajo. Como rector creo haber servido a mi gente. A todos les he dado la mano. Me he interesado por la suerte de los hermanos de las otras parcialidades, he logrado cortar muchos abusos de los mestizos, he arreglado los mezquinamientos de aguas de regadío de parte de los hacendados, he dirigido un movimiento indígena para la devolución de la tierra a sus dueños naturales, les he desinflado la bolsa a los curas disminuyendo en algo siquiera los priestazgos, les he quitado de la boca a las longas casamenteras a las que les aprovechan con eso de adoctrinarles (adoctrinarles con la bragueta), les he negado hasta el saludo a frailes y curas que han buitriado por siglos sobre nosotros. Claro que todo esto me ha valido la amenaza del obispo con la excomunión. Pendejada. He organizado cooperativas de tejedores, alcancé que casi nos regalen la fábrica “La Alhaja”, he logrado abrir mercado en Europa para los tejidos de Quinchibuela, y otras tantas cosas. Sin embargo, sobre las habladurías de los mestizos, sobre el odio de los clérigos y las amenazas de los hacendados, he comenzado a sufrir el malagradecimiento de mi propia gente. Me han metido en chismes y me han expulsado de la cooperativa que yo fundé. Los compañeros del comité “Rigcharishun” que conmigo han venido luchando por aliviar en algo la situación del indigenado, me han ido dejando solo, poco a poco. He comenzado también a ser combatido por los de mi propia comuna, me insultan en las paredes, han aparecido carteles contra mí en la plazoleta y en los caminos. Salado. Los padres de familia indígenas se niegan a matricular a sus hijos en el colegio que dirijo: Para qué tan hemos de mandar a ese colegio, en pura minga nomás se pasan. Sé que los indígenas de Quinchibuela murmuran que no atinan mismo conmigo, porque se dice y se desdice, porque el apego a los naturales es pura mentira, que por qué se casó entonces con la gringa. Esto de mi mujer gringa se ha hecho un problema que me va jorobando cada día más. Con la ida del José Farinango mi soledad es más soledad. Me siento acorralado por propios y ajenos. Pero, carajo, no me harán a mí un segundo Cajamarca.

A través de la ventana del rectorado contempla cómo el viejo viento, el de todos los veranos, achiquillado, hace diabluras: corre y levanta las faldas a las follonudas matas del zambal, se empina y les baja los pelos a la frente a los altos eucaliptos que se doblan para dejar pasar sobre ellos el estruendo de un río crecido, entra en los maizales, tumba las cañas y se refocila sobre las mazorcas como sobre pechos maduros.

He dejado que Karen se vuelva resentida. Ella, viendo que ya dos semanas no iba a verle, ha venido a buscarme. Toda la noche me he pasado hecho el estirado, remordido en mi capricho sin querer hacerme diabluras. Y ella se ha regresado a Quito, y ahora me siento mal. Por qué no habré cedido a sus caricias. Si hasta llegó a pedirme perdón. Y yo nada.

Pero ya ha de volar este mi hermano tras la gringa. Le hace lo que le hace y él ahí, con ella. A ver, qué mujer deja botado a su marido y se va a vivir en Quito, diciendo que tiene que trabajar, que otra cosa es tener su medio propio, que allá, en los Estados, trabaja el marido y trabaja la mujer. Y hasta el Andrés, que Hay que lavarse la cara con las dos manos. Claro que el tiempo está difícil, que los sueldos no alcanzan para nada y el de rector no ha de ser gran cosa, pero tiene que avenirse a la pobreza del marido, el Andrés no liha dihaber ofrecido grandezas, y lo primero es que la mujer esté junto a su marido y no la gringa en Quito, sola, a sus anchas, y el Andrés botado en Quinchibuela, a expensas de nuestros taitas y cuidado por mamita.

El bus inició la marcha con Karen de regreso a Quito. Well –comenzó a auscultarse. Entonces creyó haber hecho lo que debía hacer. Pero nada le había valido. Tenía el presentimiento de nunca volver a Quinchibuela. Si él va a verme, bueno. Analizando fríamente la situación, llegó a confesar en su intimidad que había fracasado. No había podido descifrar la personalidad de Andrés. Recordó esa ocasión:

Mira, Karen –le dijo entregándole algo.

¿Y esto?

Era como un estuche cuadrado, tejido con tiras de alguna fibra, coloreadas de un rosado brillante combinado con blanco natural.

Es una canastilla de Punyaro –le dijo. Está hecha con suro, un junco de monte.

Con la canastilla en sus manos, Karen la miró por todos los lados. Andrés le insinúo destaparla y se quedó observándola en espera de su reacción. Karen abrió la tapa y encontró que dentro había otra y esa, a su vez, contenía una siguiente. Ese era su curioso atractivo. ¡Oh, fanthastic! Fue abriéndolas con cuidado. Las tapas se resistían al trabarse la una con la que la contenía. Karen presionaba con tiento. No sea que mis uñas. Porque de pronto le pareció que estaba desempacando el alma de Andrés, excavando en su tola, capa por capa. Ocho, diez, doce tapas encajadas unas en otras. La última tenía la forma y tamaño de un dedal. En esta –pensó–, había estado encerrado el yo disminuido, hermético, inalcanzable de Andrés. Se volvió a él y le miró a los ojos. Le pareció que sonreían. Luego fue haciendo la operación inversa, encajando una canastilla en otra, en orden, dejando dentro de la última más y más encerrada el alma de Andrés y resignándose a no tenerla nunca. Desde entonces, cuando la envolvía en silencios de días, de semanas, recordaba la canastilla de Punyaro. En ella tenía el símbolo de ese hombre cuya rareza había intentado descifrar y compartir. ¿Hasta qué tapa habré llegado, con todo el poder de mi intuición? Había sentido los silencios de Andrés como un largo viaje hacia sus propias lejanías. De ellas advertía que retornaba eufórico, a veces, como que en sus reinos interiores tuviese una mina de tesoros de la que iba abasteciéndose, poco a poco, para la diaria subsistencia de su alma. Otras veces, como que no hubiera dado con la mina, le había visto volver vacío, desolado. Sus estados de ánimo dependían luego de los hallazgos en la investigación que realizaba. En un comienzo, el colmo de su felicidad apenas se había rayado en una sonrisa. Fue cuando encontró la probanza según la cual Francisco Topatauchi era el primogénito de Atahualpa. Sus ojos brillaron con fogatas, su poncho se infló con orgullo imperial. Entonces Karen procuró agazaparse en sus brazos, intuyendo posturas de coya. Le do-

lían sus ojos azules, su pelo rubio, sus muslos blancos. Habría querido encarnarse en el soleado kori-cancha de una ñusta. Él, pensando posiblemente en sus coyas (Atahualpa estuvo en Cajamarca con cinco mil mujeres, escriben los cronistas –le dijo en esos días–), había redoblado en ella sus arrestos. En cada vez, debía parecerle otra y otra de las felices escogidas. Pero cuando perdió la pista y sus pesquisas le iban resultando infructuosas, su silencio era de abatimiento. No le alzaba los ojos. Como que al no resultar descendiente de los shyrís y los incas imperiales la hubiera engañado y ella le fuera a reclamar algún Tahuantinsuyo. En esos días, Karen procuraba tranquilizarle dándose con la misma decisión que en la época de su certeza imperial. No debe importarte, Andrés, por favor. Por mí no debes preocuparte. Sé el valor que tú le das. Sé también la importancia que para ti tendría el que resultaras con ascendencia real. Si no es así, no vayas siquiera a suponer que yo me sienta mal. Pero todo fue inútil. A medida de la ineficacia de las investigaciones, advertía que Andrés Tupatauchi se hundía más en su desaliento. Le había sorprendido desvelado muchas mardrugadas, con las manos en la nuca, anidando la cabeza que pensaba. Coincidió con sus abstenciones. Le costó levantarle el ánimo. En esos días de alma entoldada era propenso a las descargas eléctricas que no pasaban del chasquido de algún relámpago. Karen presintió en él, desde cuando comenzó a tratarle en la universidad americana, la placidez lacustre de su tierra y una soledad igual a la que luego encontró en los páramos andinos, a los que había ascendido en su compañía. Era, además, un animalito desamparado. Se acurrucaba en sus muslos. Se le había hecho muy difícil tratarla de tú, y en medio de los gozos hasta le había oído decirle sumercé. Ya en Quinchibuela, Karen entendió lo que expresaba con esa palabra. Le interesó su primitivismo, su adanismo la cautivó. Creyó que Andrés conservaba intacta su oriundez aborígen con sus ritos, tabúes, supersticiones. Durante las primeras noches, junto a su cabellera trenzada, a su olor a helechos, a su silvestridad, le pareció haberse encarnado en una mujer autóctona de cinco o seis siglos atrás. Pero luego Karen amanecía en el mismo ambiente de estridencia, drogas, polución, amenaza atómica. Se sincronizó con ella misma en los amaneceres de Quinchibuela. Allí sintió la felicidad de su reencarnación retrospectiva. Comenzó a gozar del regreso al pa-

raíso, con todos los seres y las cosas en la inocencia del séptimo día, con la vida elementalizada, simplificada y reducida a las exigencias vitales: agua de las fuentes, frutos de los árboles y plantas, horario de sol. Conoció de primera mano las aves y sus trinos. La luna, rescatada de su condición de meta de astronautas en competencia, brillaba en su plata de buena ley. Las lagunas y los montes todavía baldíos. Los campos roturados por bueyes de proas mugidoras. Este monte es nuestro Taita Imbabura. Es el padre de todos y el dueño de las lluvias. Ese es el Cusín. Aquel monte ahumado como un yunque es el Muenala –le había hecho la presentación de sus montañas como si se tratara de personas. Después Karen comprobó que para Andrés y toda su gente, los montes tenían vida, eran varones, cada uno con su propia historia mitológica, ¿Y esta laguna? Es el Chicapán de los imbayas. Al ascender por el antepecho de Cajas –sí, Cajas me dijo que se llamaba esta ensillada–, Karen volvió la mirada, por última vez, hacia la laguna y los lugares por donde había deambulado con él y fue despidiéndose de ellos de uno en uno. Se había ido encariñando con esa tierra, a través de Andrés, familiarizando en su boca los nombres de ríos, montañas, comunidades, unos musicales como sonajeros, otros cálidamente sensuales. *Pucará* le sonaba como un guerrero golpe de timbal. Al hacerle conocer su tierra. Andrés lo había hecho con un aire de jactanciosa vanidad. Pero en medio de esa naturaleza recién inaugurada, Karen había encontrado la horrenda paradoja: la huella del hombre, la del hombre comido por el hombre, seres brutalizados en cinco siglos de explotación, hambre, enfermedad, ignorancia. Andrés resultaba ser uno de los pocos que había alcanzado la orilla. Karen recordaba que Andrés desde antes de su regreso, había comenzado a borrar planes de ayuda a los suyos, a los de su pueblo, cuya situación le había descrito con una pena iracunda. Por la índole de sus estudios, Karen estaba acostumbrada a ver la miseria humana. Había tomado parte en algunas investigaciones en los slums habitados por negros, chicanos, portorriqueños. También estaba informada de la pavorosa realidad de muchos pueblos de Asia y África, pero nada se acercaba siquiera a lo que vio en las comunidades indígenas del país. Le pareció una degradación total del ser humano. Como que alguien, algún científico desquiciado se hubiera propuesto ensayar con el indio un proceso darwiniano in-

verso, una regresión masiva hacia los estadios de los seres primitivos, y para lograrlo hubiera acertado en la utilización sistemática de todos los medios animalizables y hubiera llevado la anotación prolija de los resultados de la aplicación de cada uno de ellos: hambre y subalimentación y sus efectos; inoculación de todas las enfermedades, no tratamiento y sus resultados; trabajo forzado, explotación, látigo, maltrato en todas sus crueles sutilezas, guaraperismo, alcoholismo, desnudez, ignorancia, cárcel, represión militar y policial y sus consecuencias, hasta conseguir, en quinientos años, no solo su objetivo, sino romper el lindero de lo humano y arrear a toda esa manada ya dentro de la animalidad. Empavorecida, conmovida, separándose del grupo y ocultándose para vomitar no tanto por asco cuanto por compasión y angustia, desesperándose porque los del comité “Rigcharishun” y el mismo Andrés la malentendieran, los había acompañado en sus primeras visitas. Pero eso fue superior a su capacidad de resistencia y no pudo más. Cada una de esas visitas la postraba y tuvo que excusarse. Por otra parte, advirtió que su presencia causaba temores e inhibiciones en los entrevistados. En los de Quinchibuela había observado otra reacción. Entendió y hasta justificó la sorpresa al verla llegar como mujer de Andrés. Su curiosidad infantil los sacaba de sus casas para examinarla sin disimulo. Las gentes a quienes la presentaba, la sonreían y permanecían a buena distancia por timidez y recelo. Igual comportamiento tuvieron los padres y hermanos de Andrés. Advirtió que la habían esperado en sus mejores trajes y facciones. Les habían preparado la mejor habitación en el piso alto de la casa familiar que era muy diferente de las otras casas, y en los primeros días inclusive la comida había sido especial. Pero mantenían la distancia. La observaban, se sonreían con ella, cada vez, pero no acertaban en el trato:

Buenos días, sumercé. No, mamita: Buenos días, Karen. Vos, Karen –había escuchado que Mila rectificaba un tanto amoscada.

Pese a las insinuaciones de Karen, los viejos de Andrés no pudieron tratarla por su nombre. Era una situación un tanto embarazosa. Se alivió cuando le dieron el nombramiento de rector y entonces pudo ir con él al colegio. Los alumnos la observaban y comentaban entre ellos en su quichua para ella inalcanzable. Alguien debía decir algo gracioso que siempre terminaban riéndose dichosamente. Cuando salía con Andrés a Imbaquí,

los jóvenes la miraban con extrañeza al principio y luego, cuando debieron haberse enterado que era la esposa de Andrés, lo hacían descaradamente y siempre colgaban de sus espaldas unas risas mal contenidas. Procuraron reducir las salidas a las indispensables o Andrés iba solo. En cambio, los jóvenes de Quinchibuela, colegiales y universitarios e inclusive algunos tejedores que formaban parte del comité, aprovechaban la oportunidad de las visitas a las comunidades indígenas a las que los acompañó, para practicar su inglés. Karen se sentía feliz cuando le hacían la conversación en su lengua. Y donde la encontraban, jactándose ante los demás:

Good morning, misses.

Good afternoon, misses.

How are you, misses.

Bye, bye, misses.

Poco a poco voy cayendo en cuenta que metí la pata. Y teniendo como tenía por delante el espejo del Angel Farinango. Por lo menos él no se casó con gringa. Debía suponer yo que Karen no se acomodaría, imposible, a nuestra pobreza, a nuestro atraso y sobre todo a nuestras costumbres. Ella venía de otro mundo. El amor nos cegó. A mí y a ella. Me acuerdo que allá pensaba con esa forma facilona con que uno, desvelado, hace planes, y que ya en pie, Qué pendejo que soy, cómo pude pensar así. Y, claro, allá pensaba que yo no tendría problemas y que mejor a todos les iba a gustar que yo haya logrado casarme con gringa. Cuando a ratos me acordaba lo del Ángel Farinango, me decía que otra cosa sería conmigo. Pero la verdad es que no pensé en la Mila. O creí que se conformaría.

Yo no me he conformado nunca. Sospeché desde un comienzo que algo se había conseguido el Andrés en los Estados. Mi corazón me fue fiel. Entendí clarito lo que le pasaba porque me dejó de escribir por semanas y meses y cuando volvió a escribirme, con sus cartas comenzaron a llegar fotos y más fotos con sus compañeros gringos y en las que no falta ha la carisonreída de Karen. Pero nunca me imaginé que hubiera salido casándose y menos con gringa. Y me duele como hermana que los de Quinchibuela no quieran nada con el Andrés y todo por culpa de ella.

Andrés había comenzado a inquietarse y tenía razón. Él mismo le había contado lo ocurrido con un tal Ángel Farinango (le había quedado

el nombre), único caso de un indígena que rompiendo con la tradición endogámica se había casado con una mujer blanca de Imbaquí. El rechazo de la parcialidad había sido total, pese a que ella, tratando desesperadamente de congraciarse, había adoptado la vestimenta india. Resultaron marginados por indios y mestizos. En el caso de Karen, había varios agravantes: sus ojos, su cabello, su piel y sobre todo su condición de extranjera. Ella era “la gringa” que se había valido de algún bebedizo o había empleado sus malas artes para hacerse de Andrés, no hablaba quichua, no se hacía a las costumbres, su estómago, a pesar de su buena voluntad y de su humildecimiento, no soportaba lo que ellos comían. (Supo que a eso llamaban “la venganza de Atahualpa”, venganza que debía ser algo comedida conmigo –pensaba–, pero que por el contrario fue muy cruel).

Pero yo todo le conté. Clarito le hablé. Le dije del primitivismo en que vivíamos, nuestra pobreza en casa y comida, la falta de todas las comodidades y lujos en que, uuuufff, ella había nacido y crecido. Nada, Karen, de cuartos de baño ni agua caliente ni duchas de presión. Tendríamos que bañarnos en los riachuelos y en la laguna, y desnudos, para seguir la costumbre. Fue para peor, porque se entusiasmó más y ya no quiso despegarse de mí. Estábamos, además, ella y yo, endulzados con el amañamiento indio. Yo, con mi muñeca blanca, suca, ojiazul, embutida en su blujin. Ella, con su posible príncipe shyri-inca que cualquier rato podía resultar heredero legítimo del Tahuantinsuyo, que ahura, ella y yo, sabemos que es Tahuantinnada. Hoy, tras dos años, no sé. No sabría decir si en ella vive todavía algo de esa ilusión que le hizo venirse conmigo dejando allá todo o si extraña su mundo y está arrepentida por creerse engañada.

El ofrecimiento que le hicieron a Karen de un trabajo fue una buena excusa para radicarse en Quito y también su salvación. Andrés se quedó en su colegio y en la casa de sus padres y hermanos. Solo pasaba con Karen los weekend. A su llegada, ella miraba la expresión que Andrés tenía, que le era el seguro informe de cómo había sido su semana. Muchas veces había llegado más profundo que nunca. Le dejaba estar en su silencio y nunca trató de sacarle palabras porque sabía que él terminaría contándole todo, a retazos o con algunos vacíos que ella rellenaba. Así llegó a enterarse que las cosas no andaban bien. El domingo de ramos se le iba convirtien-

do en semana de pasión a causa de egoísmos, habladurías, incomprensiones. No se lo dijo, pero una de las mayores inculpaciones era ella.

No es que me alegre, pero bienhechito, está pagando lo que me ha hecho. Ser lo que fuimos, ofrecerme lo que me ofreció antes de irse y volver casado. Fiero me hace verle con la gringa. No le aguanto. No depende de mí. El Andrés se da cuenta de lo que me pasa, pero no tiene cara de reclamarme. La gringa ha querido varias veces, hecha la melosa, amistarse conmigo. Pero no. Por culpa de ella, los naturales de Quinchibuela se han vuelto contra el Andrés. Desamorado, dicen. Descastado, dicen. Que se quiere dar de café-en-leche, murmuran. Y sobre todo, le echan en cara: Elé, se va a casar con gringa para esto, para que le vaya botando, para vivir como viudo nomás.

Karen llegó a saber que Andrés tenía problemas en su colegio con los profesores y empleados mestizos; en Imbaquí, con autoridades y pobladores a cuyos abusos se oponía. Pero mientras él se había hecho de resistencias y se había vuelto un hombre conflictivo por defender a los suyos, estos nada reconocían y permanecían en la más desalentadora indiferencia. Cuando algo le contaba, lo hacía en inglés, pero sus indignaciones las expresaba en un castellano reforzado por explosivas palabras quichuas. De repente, creyéndose solo, solía lanzar algunas expresiones cuyo colérico contenido Karen adivinaba por la detonación de disparos con que eran dichas. Otras veces se abatía y entonces buscaba el calor de sus muslos. Luego comenzó una larga época de un raro comportamiento cuyo origen le fue difícil intuir. No era preocupación de las comunes, no eran los problemas conocidos que desencadenaban en él silencios remordidos o que reventaban en interjecciones ni los otros silencios que luego terminaban resolviéndose en la conversación-confidencia, por las mañanas, todavía metidos entre las sábanas. Eran miradas obsesivas, colgadas de la nada. Cuando Karen le hacía volver pasándole la mano por delante de los ojos, Andrés le esquivaba la mirada. Coincidieron con el anuncio del matrimonio de Mila. Karen creyó explicable que algo le inquietara. Pero como sus retraimientos se agravaron, comenzó a intranquilizarse. Le veía llegar los viernes agobiado, evasivo. ¿Alguna mujer? A la noche se quitaba de la mente la sospecha, dado el ímpetu con que le hacía entrega del débito se-

manal. A su apasionamiento se había dado en añadir desacostumbrados apretones, mordiscos, estrujamientos, en vez del inicio con las caricias previas, tosquedades que la entusiasmaban con su juego sádico-masquista y que tenían el límite de sus quejas doloridas y esquivamientos. Luego venían las arremetidas violentas de su ritmo de-li-cio-sa-mente tardo con mucho handicap por Karen ya recorrido, en medio de las cuales le oía balbucear expresiones posiblemente quichuas que le sonaban a arrumacos y cuyo sentido exacto no se daba tiempo de explicarse, perdida como estaba en su propio y repetido gozo. Por esa época, Mila había dejado de visitarlos. Nunca lo hizo entre semana, cuando Karen permanecía sola y aburrida. Las pocas ocasiones que llegó fueron siempre los sábados y cuando estaba Andrés. Vivía en un cuarto, junto con una amiga que también era trabajadora social. Antes de venir al país, Karen estaba enterada al detalle de los miembros de familia de Andrés y de la manera de ser de cada uno de ellos. Los había visto, además, en fotografías con todos sus atuendos indios. Sabía que Mila era su hermana melliza y su predilecta, por lo que le había pedido, desde antes de casarse, que procurara su amistad en cuanto la conociera.

Karen trajo la más buena intención de así proceder. Cuando llegaron al aeropuerto de Quito, tan solo ella los recibió: Karen se abrió de brazos y de corazón, la llamó *pani*, hermana, con la palabra que le había aprendido a Andrés. Al verla con los mismos rasgos fisonómicos de él, pero afeeminados, la volvió a besar entusiasmada, pero Mila tuvo una actitud que la descorazonó. Se esmeró, eso sí, con su hermano, cosa que Karen encontró muy natural. Luego, mientras era sometida al trámite de inmigración, advirtió que Mila la miraba con una incómoda insistencia.

Sí, cierto es. Yo fui la única que salió a recibirles en el campo de aviación. Tenía curiosidad de conocerle, de ver qué tal era la gringa que se había levantado el Andrés. Apenas le vi, me tranquilicé. No era gran cosa. También es cierto que cuando hacía cola para llegar a la ventanilla de inmigración le calibré a mis anchas y me comparé con ella, de arriba-bajo. No. No había porqué intranquilizarse. Era una gringa desaguada.

Durante los meses que Karen permaneció con Andrés en casa de su familia, Mila llegaba a pasar sus weekend. Siempre evasiva con Karen. La rehuía. Karen advirtió muy fácilmente que no le había caído bien. Esas no-

ches eran para Andrés de abstención total. Como la habitación en que dormía Mila estaba junto a la que ocupaban los dos, Karen entendió como una delicadeza extrema del hermano. Tal vez los ruidos podrían. Cuando se instalaron en Quito, tanto Andrés como Karen, la invitaron a compartir el apartamento. Hay una habitación disponible. Así se acompañarán las dos y de paso te ahorras unos sucos –le había dicho Andrés. Agradeció, pero se negó a aceptar. Qué rara tu hermana, Andrés –al fin se le salió a Karen. Andrés se mantuvo en su silencio. Después Karen entendió que le preocupaba su soledad tanto como la de su hermana. Por su parte, Karen procuró dejarse absorber por su trabajo. Aceptaba horas extras, trabajos especiales para no aburrirse con el tiempo vacío y con la soledad. Rehuía invitaciones para no tener que retribuir las ya que sabía lo que le costaba a Andrés eso del trato social. Visitas en el apartamento, solo de compañeros con sus esposas. Una temporada, alarmó a Karen la insistencia con que un joven que vivía en uno de los apartamentos más altos coincidía en el ascensor. Entendió a donde iban sus saludos, sus amabilidades en marcar el número del piso, sus venias y sonrisas. La miraba con insolencia, especialmente en esos momentos en el ascensor que al ocuparlo tan solo ella y él tenían cierta intimidad equívoca. Debía resultarle provocadora su soledad. Cuando ella salía del ascensor, el muchacho la despedía *Bye misses*, pronunciando *misses* con un tonito intencionado que Karen entendía algo como señora, pero, qué pena, de un indio, casadita y entonces no habría peligro.

Detenía el ascensor con la puerta abierta para mirarla hasta que hiciera el trayectísimo hasta su puerta, hasta que pudiera destrabar la llave de la chapa y hasta que entrara y se encerrara con todas las fuerzas de su miedo. Alguna vez le chapurreó un repasado *I love you*. Karen puso sus ojos en el botón de alarma. Fueron noches de una tensión atroz. Se despertaba con la pesadilla de que se entraban forzando las ventanas. Tuvo que recurrir a tranquilizantes y solo lograba dormir nembutalmente. Creyó entonces que debía avisarle a Andrés para ver de mudarse, pero luego reflexionó que sería echarle a perder su tranquilidad en Quinchibuela y exponerle a un incidente.

Y, ¿qué fue?

¿Le arrimaste la propuesta? –le preguntaron los otros dos muchachos con quienes formaba el trío que carreteaba a la gringa.

Claro que le dije.

¿Y qué fue lo que le dijiste?

I love you.

¿Y?

Nada.

¿Cómo nada?

Nada pes, ni siquiera me miró, nomás puso su mano en el botón de alarma.

Deberíamos acorralarla los tres. Que ella escoja.

Qué se han creído cojudos, que yo le voy a trabajar tanto tiempo para que ustedes quieran a manos lavadas. Si resulta, me resulta a mí.

Por felicidad, el jovencito dejó de coincidir. Karen supuso que se cansó o su familia se mudó o se le dañó el espinazo a fuerza de venias. Los asuntos en Quinchibuela parecía que no andaban bien. Karen veía que Andrés llegaba más preocupado que nunca y tan graves debían ser las cosas que muchos fines de semana se volvió metido en el mismo silencio en que había llegado. En esas veces, Karen no contaba en nada para él. La dejaba intocada. A pesar de todo su cuidado por ser exacta en sus llegadas al apartamento, por evitar visitas y cumplidos, en una de las llegadas repentinas no la encontró en casa. Había entrado con su llave y la esperaba muy disgustado. No le valieron explicaciones de ninguna clase. Esa noche procedió a tratar de encontrar evidencias de sus sospechas con ciertos manipuleos en ella. Tuvo que llevarle al día siguiente a la oficina y en forma disimulada indicarle su tarjeta personal de entradas y salidas para que algo se aliviase ante la evidencia de la hora marcada que correspondía a su salida de la víspera. En otra de sus llegadas sin anuncio –la causa de ese enojo–, la encontró con la visita de varios compañeros y compañeras de trabajo. Eran también sus conocidos, no sus amigos, porque dada su manera de ser, a nadie le concedía la calidad de amigo. El agravante fue el vaso de whisky que tenían en la mano. Más que saludar, los gruñó. Luego, se limitó a monosílabos y sonrisas forzadas. Karen notó que luego se puso a examinar a cada uno de sus compañeros varones, en búsqueda de algún indicio reve-

lador. No aceptó un trago. Estoy enfermo –explicó. La enfermedad comenzó esa noche, luego que se despidieron las visitas al sentirse prácticamente echados.

Pensando bien, Karen tiene razón. Se debe sentir muy sola, lejos de su familia, de su tierra. Cosa dura, es la ausencia. Yo debo ser todo para ella, pero esta separación, yo aquí, ella sola allá. Y nosotros que pensamos que esa pega que se consiguió era una buena cosa para los dos. La soledad le debe empujar a ir en busca de alguien con quien conversar. Pero ella me conoce y sabe que no me gustan invitaciones, cocteles ni pendejadas. Esa noche llegó con la ilusión de estar juntos los dos solos, solitos, entro en el apartamento y encuentro que tiene invitados y que están bebiendo.

No Andrés, please. Yo no he invitado y tampoco hemos estado bebiendo.

Y lo que tenían en la mano era agua bendita, ¿no?

Mis compañeros de trabajo sabían que yo tenía en casa una botella de mistela de mora de Imbaquí, que tanto les gusta y que tú mismo les has ponderado lo tasty que es. Me pidieron que les brindara y se me hizo duro negarles. Vinimos. Tomaron la copita de mistela y como se quedaron conversando, pensé que debía brindarles un vaso de whisky. En eso estuvimos, cuando...

Y claro, tenía que estar en mi casa ese tipo que no me entra.

¿Quién?

Miller creo que se llama.

Es mi compañero, trabaja en mi oficina y oyó que veníamos. No pude.

Y claro, estaba sin su mujer.

Es que ella está con sus padres, en Jefferson.

Por eso mismo.

Andrés, please.

Yo no hago esa clase de favores. Qué harás las noches que yo no estoy.

Eso sí que no, Andrés. No te lo permito.

Después Andrés cayó en un silencio remordido. El resto de la noche se pasó hundido en un sillón. Le fue imposible lograr que se acostara.

Karen le reclamaba desde su cama. Le vio husmear muebles, paredes, aire. Buscaba huellas, huellas. De rato en rato, bufaba como un puma. Cuando amaneció se fue sin despedirse. No vino dos weekend. Al tercero, Karen resolvió ir a Quinchibuela. Su enojo persistía. Allí encontró a Mila. También en su actitud había una desmejora: su resentimiento de siempre que malcubría con un sonreír postizo, se había convertido en indiferencia. La vio ir y venir en sus quehaceres domésticos, como ama de casa, ignorándola por completo y cuando Karen acertaba a estar por donde ella andaba, la miraba como se mira una cosa que no está en su lugar y que interrumpe el paso y poco le faltó para que la tomara y la colocara en donde no pudiera estorbar. Karen pensó: ¿Le contó Andrés y se solidariza de esa manera con su hermano o ella dedujo que algo ocurría entre los dos por el retorno intempestivo de él? Los viejos, en cambio, mantenían el mismo humilde cariño y persistían en el desatinado trato de vos y sumercé. Esa mañana se volvía muy dolida. Por suerte, su trabajo le era una distracción. Tenía la oportunidad de tratar con tantos americanos que llegaban, algunos de los cuales eran conocidos o relacionados, estaba durante el día en un ambiente netamente americano, sus jefes le guardaban consideraciones, le pagaban bien, les agradaba que estuviera casada con un indígena.

Además les había servido de guía a muchos de ellos en sus visitas a Imbaquí y Quinchibuela y sus encantos naturales y Karen lo había hecho con la jactancia de conocedora y hasta un poco dueña del paisaje, de relatora de las leyendas indias, con el orgullo de ser parte de esa comunidad cuyo primitivismo tanto les encantaba. Eso se había acabado para ella. Sí – pensó –, ya adormilada, algo tiene de parecido esta cuenca del Guayllabamba con el Cañón del Colorado. La tierra rota, dislocada, la misma aridez, igual desolación, los abismos verticales, los ocres en sus diversos matices. Y este calorcito sabroso y adormecedor. El aire retiembla sobre el asfalto. Y este calorcito sabroso y adormecedor, este calorcito, este calorci. Por el túnel salen primero los chirridos del subway. Luego de unos momentos en que yo no sé si es el que me conviene, aparece como un relámpago la mole reluciente. Chirridos de frenos, de puertas que se abren y vomitan gente gente gente.

Hallo, Karen.

Oh, Henry.

Me dijeron que te fuiste.

No sé si me fui de verdad.

Sí, te fuiste y supe que casada con un indian of Equator.

Porque tú sí en verdad te fuiste. Terminó lo de Vietnam?

No. Siempre hay otros vietnam en cualquier parte del mundo.

Pero tú has retornado, Karen. ¿For good?

No sé si he retornado.

Si te veo es porque has vuelto.

¿Tú me ves? Yo hace mucho tiempo que no me veo.

You look now like an indian.

Y tú. Henry, luces muchas condecoraciones en tu pecho.

No son condecoraciones, Karen, que son orejas de guerreros vietnamitas y vulvas de mujeres vietnamitas. ¿OK?

¿Y esto?

Son lo que ves, huecos de metralla en mi cuerpo.

¿OK?

Tus manos están ensangrentadas.

Las mías no son manos, son dos colmillos de ghoull. ¿OK?

Bien que así, has vuelto.

Y hay que celebrar este reencuentro. Como antes?

¿Yes? Me aceptas un.

No puedo. Estoy casada, ¿sabes?

Y tú, ¿sabías que estaba muerto?

No puede ser.

Después de lo que mis ojos han visto y han hecho mis manos, todo puede ser.

Pero yo sí estoy casada.

¿Y eso qué?

No no, por favor, Henry. Nos están viendo los árboles.

Los mismos árboles, los mismos ojos rasgados que nos escudriñaban desde las tinieblas de la selva para matarnos. Por eso había que matarlos antes, antes y después. Pero tú, Karen, y yo, estamos juntos otra vez y entonces.

Pudiera ser, porque esta vez me veo sincronizada en el azul de tus ojos, a los tiempos. Y mis dedos se hunden en tus rizos de varón rubio. Y siento que tus manos me comienzan a recorrer, sí, por el mismo camino que conduce hacia mí. Y tu boca se sacia en mi boca con appetite guardado por tanto, por tantísimo tiempo. Pero, cuidado. Qué susto. Por suerte solo fue.

Es de verle al Andrés, como diablo en botella, arrepentido de haberse portado así con la gringa. Pero, qué le habrá hecho que se vino enojado como se vino y para que hoy le haya dejado ir sin hacerse diabuenas. Bienhecho que no se deje hacer trapo. Quihaciendo. La gringa ha de pensar que porque es natural le ha de tratar como quiera a mi hermano. Pero, ¿qué habrá hecho? No será que le está. Puede pes. Porque la gringa ha de querer gringo. Para que vea cómo son otras. Yo, en cambio, tontimuda, mihace lo que mihace y yo fiel. Si me pasó lo que me pasó, fue por culpa de él mismo. Y ahora que está casado y que se muere por ella, qué me quedaba a mí. Le he aceptado al Fermín, él tan profesor es. Y más que todo, es natural. Así pes, entre iguales.

Me propone ir de vacaciones a su casa en esta navidad. Quiero visitar a los míos –me ha dicho–, estar junto a la chimenea y ver que afuera cae la nieve que tanto añoro y que en esta primavera permanente tan solo puedo verla en las cumbres de los montes. Me ha dicho también que tiene ahorrado lo suficiente para los pasajes. No sé. Yo no tengo la intención de volver a los Estados, y de porfiar, ella tendría que irse sola. Y es que a ratos, debes confesar, Andrés Tupatauchi, has pensado que ella quizá quiera quedarse un tiempo largo con sus padres o irse del todo. Te aliviarías. Porque entonces, por qué me ven como me ven esos muchachos que viven en los departamentos de arriba, cada vez que llego. Por qué me acuchillan con sus risas por la espalda. Con semejante recibimiento, llego y me desquito con ella. Y comienzo las preguntas y las conjeturas y las sospechas y el aguaito de huellas a todo lo largo y ancho de su cuerpo y el examen de sus reacciones, de sus miradas, de sus gestos, de los muebles, de las paredes, del aire y sus posibles olores. Atormento y me atormento. He comenzado a esperar los fines de semana con el corazón encogido, mientras el resto de días paso como gusano en candela. De irse mismo, bueno, ojos que no ven.

Pero otros ratos, tienes miedo que una vez ida, te entre el amor por ella, porque cómo puedes negar que gustar te gusta, que le encuentras tan patrona, solo que esto mismo es tu problema, Andrés Tupatauchi, esto también te empuja a lo que sabemos, como que te hubieran cansado y –aquí entre nos–, te hubieran acomplejado sus blancuras-sumercé y extrañarás una huarmi con calor de tulpa y olores de romero y cedrón en su pelo, con unos ojos negros de remate, con una boca quichua que en quichua te devuelva tus besos, con un cuerpo amazorcado de gualcas, un cuerpo entero de ñusta que funcione según tu aborígen sistema de señales con fogatas, pingullos y tambores, que responda de igual a igual a tus caricias, que sea tuyo y solamente tuyo desde siempre porque desde siempre ha estado redondiándose hasta llegar a maíz en señorita, un cuerpo que te haya estado esperando en su cerrazón de vaina no picotiada para que vos entres en él como varón primerizo, regodiándote en la queja-crujido, un cuerpo al que descascararle el anaco para en llacta propia reconocer colinas y hondonadas, y entonces sí, en cuerpo limpio y conocido hundirte como pato en laguna.

(El arpa suena como una fina llovizna sobre los maizales, directamente sobre los arroyos, las acequias, la laguna. No se sabe si el arpero toca en las cuerdas o en la lluvia).

El Viejo alcalde está en la puesta de los rosarios, costumbre nuestra que la Mila y su novio han querido cumplir. Y te has puesto a pensar, Andrés Tupatauchi, que como vos no hiciste eso, a lo mejor no estás mismo casado. O quizás porque ella es gringa y allá en los Estados el casarse y divorciarse es cosa de todos los días. Mientras el viejo da sus consejos en quichua a los novios, te diste cuenta que la Mila estaba potrancamente atenta a tus reacciones. Parecía nomás que sus miradas caían al suelo, pero te aguaitaba con el cuerpo entero. Para que veas y consideres lo que yo también sufrí cuando supe que te casaste y con gringa. Entonces era por desquitarse. Por venganza.

Y qué más me quedaba. Yo no tenía más corazón que para el Andrés. Claro que me daba cuenta de todo, y no soy tonta para pensar que podíamos casarnos. Pero hubiéramos seguido siendo lo que siempre habíamos sido los dos, el uno para el otro. Yo hubiera sido su coya, asimismo sagrada y a él consagrada. Pero él se fue. Me acuerdo sus primeras cartas. Yo leía a escondidas, en un mar de lágrimas, como cartas del guambra ausente mismo. “Te extraño mucho estoy tan solo en esta tierra ajena tan distinta de la nuestra cuando me pongo a pensar porqué me siento tan botado me doy cuenta que me faltas vos que el cariño a la tierra es el cariño que a vos te tengo dónde estás Mila por qué te escondes porque a veces me parece que solo estamos jugando a las escondidas y que de repente te voy a encontrar o vos vas a salir a abrazarme ya encontrada en tu escondite pero nada y vuelvo a la realidad y pienso lo lejos que estás de mi y te sueño y me despierto llamándote a gritos ¡Mila!” Cuántas veces habré leído esas car-

tas. Me sabía de memoria. Lo mismo me decía el Andrés que hacía con las mías. Yo le contestaba contándole que todo estaba vacío sin él, que las cosas en Quinchibuela ya no tenían alma, que no me hablaban como cuando él estaba en ellas. Y dejé de ir los fines de semana a mi casa. Tenía miedo a los recuerdos. Me quedaba en Quito, en el cuarto en que vivía con una compañera de estudios. Ella me sacaba de mis silencios en los que me sentía junto a él. Parecía que ella entendía mi pena y me consolaba y hasta juntaba sus lágrimas con las mías. No sabía porqué o por quién lloraba, porque yo no le conocía guambra. Cuando más cariñosa estaba, se metía en mi cama. Yo cerraba los ojos y me parecía que era él el que me besaba, que eran sus manos las que me tocaban, las que me andaban por. Porque hasta a eso llegué de tanto extrañarle. Nada con hombres, ni ella ni yo. Claro que me molestaban, pero yo sabía a donde tiraban los blancos y no les daba oído, y los naturales solo me quedaban viendo sin atreverse. Así le he guardado las espaldas. Pero él fue y se casó. Qué tal le hubiera parecido si al volver él me hubiera encontrado casada. Y él sí llegó con su gringa y tan amatrerado está que me doy cuenta que no le falta con la semanita. Entonces también yo. Pero, en qué pensará el Andrés con los ojos sembrados en el vaso que tiene en su mano. Mi Fermín le hace la conversa y él como oír llover. Será porque está ya alumbrado o porque no mismo le traga.

(Yo no sé por dónde el arpa tenga cuerpo de mujer. Tal vez la curva que hace el brazo desde donde cuelga en cabellera el cordaje. No sé por dónde el arpa huele a hembra, pero el arpero la aprieta contra su pecho rodeándola con sus dos brazos para tocarla, para acariciarla tierra adentro, cerrando los ojos para oírla él solito, con los labios murmurantes de palabras quichuas que el arpa debe entender porque le responde en música de llovizna que cae directamente en el alma).

Bueno, esto me ha hecho la Mila. Creerá el caripendejo del novio que porque ya están puestos los rosarios, ya. Claro que esa es la costumbre. Pero con la Mila, se equivoca. Se va a topar conmigo.

**T**e has dado cuenta desde el primer momento de lo que se trata, porque al preguntarme nada más que con la mirada, debiste encontrarme resuelto a todo. Y te he visto resignarte con tus ojos humildecidos al nivel de las violetas, como que me hubieras estado esperando desde siempre, y ahura que es cierto, te aliviaras en el suspiro. Hemos comenzado la huida en la madrugada, antes que nos persigan nuestras propias sombras, desatinados, pero sin remordimientos, como los peones en los inocentes avances contra la hacienda, con los que se hacen justicia por sus propias manos, igual que nosotros que también pensamos que vamos a hacernos justicia con nuestros propios sexos, a recaudar caduno lo suyo de ajenas manos, aceptando nuestro destino, legitimando, porque lo que es del agua es del agua. Por aquí Mila, hacia el Imbabura. Él me entenderá como jari que es, él cuántas veces habrá estado en las mismas con su hermana la montaña Cotacachi, con la que vive encariñado. El Imbabura nos esconderá, lomerío y niebla. Pero, qué pasa, ya no hay camino, se acabó el chaquiñán, los pencos hacen cadena de manos para cerrarnos el paso. De la tierra brotan padrones para atajarnos. El viento nos aulla como a desconocidos. ¿Estaremos, de cierto, inconocibles? O será que estoy mismo chispo. Yo tomé todas las copas que me brindó tu él. Nos quedamos bebiendo mano a mano hasta hace un rato. Quería tenerme de su parte para, como si fuera nomás, como si por ejemplamente Taita Imbabura dejara que otro cerro se lleve a su hermana, a manos lavadas, sin sufrir toda la vida lo que yo he sufrido. Cuando le vi borracho, pensé en lo fácil que me sería. Yo tengo casi entero el frasco que me recetó el doctor para poder dormir. Y claro, el fin justifica los remedios. Dame la mano. Por aquí, por donde subíamos a leer esa novela que nos hizo llorar y que nos quitó los últimos escrúpulos, porque si también en los libros, por qué no nosotros. Qué

hermoso ese amor en la selva, tal como el nuestro, hermanado, paralelo, como las palmeras en las que grabaron sus nombres, ¿tíacuerdas? Y luego en el lago Chimano, tan parecido al nuestro y en el fondo la luna, desnuda detrás de los árboles, como te he visto esta madrugada, detrás de las totoras. Por aquí subíamos a pastorear nuestras ovejas, doliéndonos más de su hambre que de la nuestra, jugueteando con ellas, contrariando a veces su inocente instinto porque creíamos que estaban pe.liando y no comprendíamos porqué las hembras no se corrían defendiéndose y mejor se quedaban aguantá. ndoles, ventiendo algo que les dejaba como idas. Después, riéndonos porque creíamos que esa era su manera de jugar. Ya éramos maltones cuando descubrimos que los llamingos se separaban de la manada para eso, se escondían como gentes, igual que nosotros en esta madrugada, y cuando una vez les seguimos y les trincamos, nos contagiaron, a mí más o quién sabe si a vos, porque me regresaste a ver como animada. En este sitio leímos esa novela. Ella también huyó por no entregarse a Yahuarmaqui, huyó a través de la selva parecida a esta arbolada de silencio, musgo y helechos por donde vamos en busca de un descampado. Huyó con el amor en el pecho y las flechas a su espalda. También a nosotros nos estarán persiguiendo, siguiendo nuestras pisadas, y van a dar con nosotros porque han de oír los tambores de nuestros corazones que no se quieren callar. Pero aquí estamos, vos con tu cara de Por fin Andrés, después de tanta espera, de tantas dejadas con los churos hechos. Por fin, los ojos en los ojos, tus brazos en mi cintura, los dos, vientre con vientre. Así debimos haber estado antes de nacer, flotando en una luz rosada, latiendo con el mismo pulso (“Mamíticos, casaditos dende el vientre de la mama”). Los dos siempre juntos, yo enamorado de vos sin nunca haberte visto por primera vez.

Así, tu boca buscando mi boca, sin esa vergüenza que yo por vos y vos seguro por mí sentimos la primera vez que fuimos al cine haciéndonos la ilusión o mejor engañándonos que éramos dos enamorados, y vimos que en la película ella y él se besaban a todo dar y cuando después te dije que no entendía que se besaran cerrando los ojos, vos me explicaste: Es para verse mejor. Y me quedé pensando cómo sabrá porque yo solamente después de haber besado a muchas mujeres pensé que podía ser para no

desperdiciar ni una gotita de esa gozadera de-puertas-para adentro. Y vos haces lo mismo, mientras me abres la boca. Dejé que te apersones de los preparativos de tu matrimonio, uno por uno, sola, sin pedir ayuda a nadie, en un silencio que no sabía si era pena concentrada o desquite. Y para que el daño que sabías me estabas haciendo fuera más daño, en los últimos días no te has dejado ni ver, porque has salido de madrugada y has vuelto como parte de las sombras, sin habla para mí, fingiendo que achicabas mi sufrimiento, pero sabiendo que de ese modo volvías más fina tu venganza. Entonces comencé a sentir tu boda como un entierro y que vos, que te me ibas a morir de matrimonio, hicieras tus propias diligencias, como recogiendo los pasos. Supe que escogiste la iglesia, que contrataste la misa de cuerpo presente y el cura que te casaría cantando responsos. Me contaron también que redactaste el parte que para mí iba a ser invitación a tu entierro, con mi nombre como único huérfano; que pagaste por las ofrendas florales y el hisopo del agua bendita y el melodio y su conocido desinflarse en ajenos ayes y el sitio para la tumba en el pantión de indios sobre la cual hubieran tenido que poner nuestros nombres en cruz y las campanas que cambiarían su alegría para tristar igual que mi corazón. Nunca supiste que estas noches me he despertado llorando y que durante el día me adormilaba la pena. Mejor así, porque a ratos he pensado que no tengo derecho para amargarte la vida, para quitarte la ilusión de estar de novia y esperando desvelada la primera noche, pero luego, Qué bruto, cómo puedo consentir que la Mila. cómo asistir al *ñavi-mayllay* una mañana en la laguna, a la orilla de garzas y totoras, cómo ver que vos bañes la cara de tu novio en agua de flores y que el novio te devuelva la caricia, y que también te bañe de rosas los tobillos, a la vista de todos los convidados, entre risotadas que le piden subir las manos más arriba, más arriba, hasta donde tan solo yo debía llegar. Con qué corazón hubiera podido ser el padrino de tu matrimonio, según querías, si mi obligación hubiera sido acomodarte junto a él en la primera noche y, al amanecer, asistir al *jatarichí*, botella en mano, al son de la conocida tonada del arpa y la picardía de la letra, para darles, a vos y a él, agua de canela con punta, y así levantarles las fuerzas, y cómo hubiera podido verte abrir la puerta y aparecer vos con tu pecado de cuerpo entero y a tu lado la jactancia del pendejo que te había mansiado

toda la noche. Esta madrugada te sentí salir con dirección a la laguna, pero yo ya no pude aguantar que te bañaras para otro hombre y te he seguido y me he quedado aguaitando tu desnudez, tu nerviosidad de golondrina aletando en el goce del agua, tal como siento que aletea tu corazón junto a mi pecho, porque yo bajo desde la cumbre, en aluvi3n, y arremeto contra vos y los dos rodamos siglos atr3s, en revoltijo de un solo cuerpo, sintiendo que nace en m3, desde muy adentro, como el-ojo-diagua, un deseo que deber ser el del inca para su coya, primeramente en ternura hermanada durante nueve lunas de germinaci3n, dormidos en un solo sue1o y despu3s arrojados del para3so por la misma espada, desolados bajo la misma inclemencia, en una sola hambre, en una sola soledad (“Mamiticos, *cusa* y *guarmi*, casaditos dende el vientre de la mama”), y asimismo, a ratos peli3ndonos y otros vi3ndonos, yo en tu cara y vos en la m3a, sospechando que no 3ramos completamente iguales porque tal vez vos no tengas memoria que una ma1ana, debi3 de ser s3bado, porque est3bamos solos y taiticos y hermanos hab3an ido a la feria, jugando mi mano dio con alguna parte de tu cuerpo en que estabas abierta y tibiamente h3meda y vos sintiendo mi mano paraste en seco tu risa y te quedaste como en aguaito de algo que pod3a seguir y que no atinabas qu3 mismo pod3a ser y luego me dijiste *ishpana* y saliste a orinar, despu3s ambulando por un solo camino, cantando las mismas s3labas en la escuela, longuiados los dos, perseguidos por el mismo odio, cuid3ndonos el uno al otro, sintiendo que los dos est3bamos imantados sin remedio. 3Tiacuerdas? Im3n en mano despert3bamos en las limallas uno como instinto animal y cuando ya les ten3amos vivas y el3ctricas les hac3amos desesperar contrariando sus ganas enloquecidas, como de animales en celo con que quer3an saltar, abalanzarse al im3n, tal como nosotros que nos hemos abalanzado, vos a m3 y yo a vos, limalla m3a, Milalla m3a, porque ahura s3 te descubro que mi desesperaci3n por saber si ven3amos del shyri-inca era desesperaci3n por encontrarte leg3tima, coya, hermana y esposa, ternura y deseo, y hoy he vuelto desde los confines del Tahuantinsuyo, guerrero invencible, sabio en saberes de gobernante, divino en mi pulso y humano en mi impulso y llego a los brazos de mi coya, arranc3ndome de otras 1ustas que pretend3an retenerme en sus halagos. Llego al palacio donde me espera mi coya, mi otra

mitad guardada y resguardada para mí solo, para esta unión cantada por aravicos, envidiada por mil vírgenes, sahumada por los sacerdotes, y me recibes con la coqueta esbeltez de las vicuñas y yo comienzo a gozar de tu cuerpo, modelando mi propia vasija en lomeríos de Asamas y Cotamas. Y vos, ya sin poder aguantarte te acuestas, como en ofrenda, en la hierba y yo te quedo viendo a mis pies como le debe ver Taita Imbabura a la laguna, antes de írsele encima con todo el peso de su sombra y penetrarle hasta las últimas profundidades, sintiendo que tiembla y se hace trizas, igual que vos bajo mi abrazo porque en este rato siento que el cerro me contagia todas sus fuerzas como cuando subí a graduarme de hombre y yo me gozo también en tus ansias y trato apurado de salvar del hundimiento tus pechos que bambolean en la madurez del pepino sin que me importen los tintines de alarma de tus gualcas que también me sonaban en las orejas con tu recuerdo cada vez que entraba en tiendas de chinos que me sonreían por la hermandad de las comunes trenzas antepasadas y cierras los ojos pero te abres toditita y te veo boquiar como si te estuvieras terminando vuelta Betty en esos ratos solo mugía con los ojos en blanco como el cielo en el estremecimiento del amanecer Susan se retorció agonizante como que toda ella solo viviera por donde se rajaba para recibirme Doroty ponía una cara de torturada por un puñal que le jurguniaba en una muerte dulce “Andrés Tupatauchi debes patentar tu ritmo” y nosotros ya no somos dos mitades porque estamos fundidos por tu entraña palpitante dando tumbos en el mismo huracán tragados por el mismo remolino girando en redondo hasta qué abismos de peces repentinos qué chisperíos de quindes qué relámpagos de venados acezantes chorriándonos por qué derrumbaderos de plumas levantados en sarapangas al viento para después salir al otro lado náufragos en una playa deshabitada sin poder y sin querer abrir los ojos por negarnos a regresar y permanecemos así como dos ríos confluidos y entonces sí nos ha reconocido nuestro Padre el Sol y por eso nos apacienta con una sonrisa y porque de sus vuelos andariegos ha regresado Guayanay pero nosotros nos negamos a dejar el Yavirac donde algo o mucho tenemos que ver con la princesa Toa y con el rey Condorazo montificado en la lejanía y con Manco Cápac y Mama Ocllo por parte de padre porque quién sabe si seamos otro par de hermanos enviados a esta laguna hijos de

nuestro Padre el Sol como muestra de que los viracochas no lograron castigarle del todo. Y vuelvo en mí después de qué tiempo y en qué tiempo y entonces los dos somos dos, dos sentados en una cumbre que flota y que debe ser el “huacayñan” sin guacamayas, porque desde aquí contemplo los escombros del diluvio, la destrucción de las aguas desbocadas. Abajo, para los otros, se queda todavía el sol. Aquí estamos en otro mundo. Como un sabanazo baja la niebla con su cara de compadecida, desvaneciendo todo, guardando entre algodones, hasta el siguiente día, sus cumbres sus árboles sus balidos sus sonámbulos su silencio su propia soledad. Y se hace la nada. Dónde estamos. Dónde estoy. ¡Dónde estás! ¡Dónde! ¡Dónde!

¡Milaaa! ¡Milaaaa! ¡Milaaaaaaa!

El día volaba ya alirroto hacia el moridero del Muenala. Levantadas por un viento siniestro, las garzas, como lalmita de la laguna, levantaron también el vuelo. Aspergeando melancolía se errumbaron hacia el occidente. Se las vio alejarse con las alas ya lamidas de ocaso. Pero ellas volaban sin retorno.

## VOCABULARIO

### A

**Achico:** *padrino.*

**Achili-taita:** *Dios-padre.*

**agrado:** *obsequio en comestibles.*

**alcu:** *perro.*

**alairito:** *ágilmente, en el aire.*

**ali-guaimi:** *mujer virgen.*

**amañarse:** *tener relaciones prematrimoniales.*

**amishcado:** *bien abrazado de alguien.*

**anaco:** *refajo, porte de la indumentaria de la india.*

**ananayes:** *adornos primorosos.*

**anguyarse:** *marchitarse.*

**aruchico:** *disfraz indio parecido al sátiro.*

**asentar:** *servirse licor en celebración de un buen acontecimiento.*

**atzagnar:** *amarrar las patas a un animal.*

**ayllus:** *gente del mismo ayllu o comunidad.*

### B

**Boñiga:** *estiércol seco de ganado.*

### C

**Ca:** *partícula pospuesta que refuerza la expresión.*

**cabuya:** *pita o maguey.*

**cainar:** *permanecer, pasar un rato agradable.*

**camareta:** *petardo de fuerte detonación.*

**camellones:** *huecos que en los caminos de herradura dejan los pasos de las*

*acémilas.*

**carishina:** *coqueta, marimacho.*

**catiro:** *rubio.*

**catulo o cutul:** *perfolia de maíz.*

**cerote:** *fruto silvestre de los páramos.*

**cerrado:** *dícese del que ha asimilado el dialecto de otra región o país.*

**coco:** *doncella.*

**coto:** *bocio.*

**cuitza:** *niña india.*

**cumblesa:** *la rival por adulterio.*

**cuchicara:** *piel de cerdo.*

**curuchupa:** *afiliado al partido conservador.*

**cuyes:** *(de las manos): crujidos de las articulaciones al ser apretadas.*

**Chagrillo:** *pétalos de rosas que son arrojados a una imagen en las procesiones.*

**chamico:** *planta afrodisíaca.*

**chamiquear:** *dar a beber un filtro amoroso, cautivar amorosamente en forma total.*

**changa:** *pierna.*

**chapar:** *espiar.*

**chapa:** *policía.*

**chaquiñán:** *camino de a pie.*

**chilpir:** *rasgar.*

**chinchoso:** *orgullosa, ostentosa.*

**chingarse:** *fastidiarse, encolerizarse.*

**chivilo:** *de pelo ensortijado.*

**chuchujun:** *imperativo de mamar.*

**chulla:** *joven apuesto; único.*

**chuno:** *fláccido.*

**churo:** *caracol marino, rizo.*

## D

**Dejar con los churos hechos:** *dejar a alguien chasqueado.*

**descharche:** *dar calabazas.*

**desgualingado:** *desmayado, flácido.*

**E**

**Emperrarse:** *encapricharse, llorar sin término:*

**F**

**Fachalina:** *manta del tocado de la india.*

**folleque:** *vehículo viejo.*

**G**

**Guacaba:** *ave lacustre.*

**guacho:** *surco.*

**guagua:** *niño o niña.*

**guagua-shimi:** *hablado de niño.*

**guaguayasquiando:** *comportarse como niño.*

**guagcho:** *cría sin madre. Huérfano.*

**gualca:** *collar de abalorios.*

**guagra:** *toro.*

**gualicón:** *fruto silvestre que crece en los páramos.*

**guambra:** *muchacho, muchacha.*

**guambra-chaqui:** *a paso de muchacho, a paso ligero.*

**guango:** *cabellera trenzada.*

**guarmi o huarmi:** *mujer o esposa.*

**guañucta:** *golpe con el puño, algo grueso.*

**guarapo:** *chicha tóxica.*

**guaranguero:** *indio adinerado.*

**H**

**Hacer carbón:** *hacer un negocio fraudulento.*

**huacay-ñan:** *camino de llanto.*

**huaicundo:** *planta parásita que crece en los huaicos o ...quebradas.*

**huayrapamushcas:** *extraño. Literalmente: traído por el viento.*

**J**

**Jari o cari:** *varón, macho.*

**Jatarichí:** canto entonado en las cosechas de maíz.

**Jatunruco:** muchacho crecido.

**jatun-yáchag:** sabio.

## L

**Lambido:** tacaño.

**langarote:** muy alto, grandote.

**lechero:** planta de la familia de las eupherbiáceas, cuyas ramas,  
al ser heridas, derraman un líquido lechoso.

**longo:** niño indio. Es usado como insulto.

## LL

**Llacta:** terruño.

**llama:** oveja.

**llucho:** desnudo.

**llullo:** tierno, sin madurar.

**lluspirse:** resbalarse.

## M

**Maltón, maltona:** muchacho, muchacha crecido o crecida.

**mana cargo yalishca:** insulto que significa "tú no has pasado el cargo".

**manavali:** inservible, que no vale.

**matar una materia:** estudiarla con ahínco.

**matón:** estudiante muy aplicado.

**mingachiguay:** saludo quichua al entrar en una casa que significa "venimos  
a ayudar".

**mishar:** adelantarse a alguien, ganarle.

**misho:** despectivo con que el indio nombra al blanco.

**miche:** automóvil Mercedes Benz.

**mortiño:** fruto silvestre.

**muchico:** sombrero viejo.

**munachir:** provocar la envidia ostentando lo que se tiene.

**muchar:** besar.

**mucha:** beso.

**muspa:** *tonto.*

**N**

**Natural:** *eufemismo que usa el indio para referirse a sí mismo.*

**ninacuro:** *luciérnaga.*

**Ñ**

**Niarra:** *muy pequeño.*

**ñaupa tiempo:** *tiempos antiguos.*

**ñavi-mayllay:** *ceremonia del matrimonio indio en la que el novio y la novia se lavan la cara con agua con pétalos de flores, recíprocamente.*

**ñucánchig-alpa:** *tierra mía.*

**O**

**Obligación:** *regalo que se entrega en ciertas oportunidades.*

**¡Ojó!:** *qué me importa.*

**oshota:** *calzado indio hecho con cuero crudo de res.*

**P**

**Pana:** *amigo.*

**pana:** *carretera Panamericana.*

**pani:** *hermana.*

**paya:** *vieja.*

**pecueca:** *mal olor de los pies.*

**penco:** *magüey.*

**pilche:** *vasija hecha con la corteza del fruto del árbol del mismo nombre.*

**pite:** *poco.*

**pingullo:** *pífano.*

**pogyo:** *manantial.*

**pucará:** *fuerte indígena.*

**pondo:** *vasija grande hecha de barro.*

**probana:** *bocado que la vendedora de comida ofrece al cliente para estimular la compra.*

**puchuela:** *insignificancia.*

**púchicas:** *interjección que expresa susto, contento o sorpresa.*

**pucho:** *resto final de algo, colilla.*

**Q**

**Quipe:** *atado.*

**R**

**Rosca, roscón, runa, rutushca:** *peyorativo de indio.*

**S**

**Sangre: (La sangre chuta):** *expresión que habla del llamado de la sangre.*

**sarapanga:** *tallo seco de maíz.*

**sigse:** *junquillo de monte.*

**shigra:** *bolsa para guardar dinero.*

**shungo:** *corazón.*

**shugua:** *ladrón.*

**sinquiñaqui:** *sin motivo.*

**sombro:** *sombrero.*

**shunsho:** *tonto.*

**suca:** *rubia.*

**supay:** *diablo.*

**T**

**Taita:** *padre.*

**tulpa:** *fogón.*

**turi:** *hermano.*

**tío, tía:** *tratamiento entre indios que significa señor o señora.*

**tzantza:** *cabeza humana de un guerrero enemigo reducida al tamaño de una naranja por los jívaros (salvajes de las selvas amazónicas del Ecuador), mediante secretos procedimientos. Hoy se venden imitaciones.*

**tzuntzo:** *pobrete.*

**U**

**Upa:** *cretino, sordo-mudo.*

**uyanzas:** *agasajo con motivo de las cosechas.*

**V**

**Venganza de Atahualpa:** *desarreglo intestinal que padecen los extranjeros producido por la comida nacional.*

**vivulla:** *listo, inteligente.*

**volador:** *petardo.*

**volateria:** *juegos pirotécnicos.*

**vuelta:** *en cambio.*

**Y**

**Yáchag:** *sabio.*

**yacu:** *agua.*

**yangagu:** *insignificante, sin valor.*

**Z**

**Zambo:** *calabaza.*



Gustavo A. Jácome fue esteta de la palabra docta, sabio en lenguajes, hombre austero, moral. Es quien más ha contribuido al desarrollo del castellano en el país. Desde la cátedra y desde sus libros. Permanentemente recordaba a Unamuno 'Menos gramática y más lengua'. Su espejo existencial fue Fernando Chaves Reyes, 'Me hizo a su imagen y semejanza', declaró más de una vez. Cultivó con excelencia la docencia. Irrumpió en la novela, el cuento, la estilística, la gramática, la ortografía. Precisaba sobre sus novelas: '¿Por qué se fueron las garzas? tiene una base real, el matrimonio de un indígena, que estudió en los Estados Unidos, y una norteamericana, que lo sabía todo Otavalo, lo demás es imaginario'. Y sobre los 'Puchos Remaches': 'Los Remaches eran indios saltadores de caminos, fusilados en 1896 en la plaza de Otavalo, en presencia de sus hijos, a quienes se les llamó luego puchos Remaches. Sus descendientes son los ladrones que están infestando este país. Alrededor de este tema nace la novela'.

Creador de bellas estampas de la ciudad, que quedaron impregnadas en sus 'Acuarelas' y 'Viñetas'. Su poesía infantil toma esplendor nacional, por ser bella, translúcida y motivadora. Es una ronda, en permanente waje hacia la naturaleza, las nubes y las estrellas. Siempre Otavalo estuvo presente e invariable en su retina. En sus Viñetas está inscrito su testamento de amor a la ciudad. Enamorado, lleno de ausencias, le murmura: 'Yo retornaba a tu lado después de cada trimestre estudiantil. / Y te encontraba, aquí y allá como siempre, salpicada de lagunas. / Otras veces, aromada de musgos navideños, frutecida de maizales, / morena de montes, valles y praderas tendidas al sol'. Después de una agonía larga y silenciosa muere Gustavo A. Jácome, a los ciento cinco años de vida, el espíritu cristalino y luminoso de la otavaleñidad.

Marcelo Valdospinos Rubio



[www.casadela cultura.gob.ec](http://www.casadela cultura.gob.ec)

*La CCE, sembrando la buena semilla de la patria*